

CUANDO
PASE
la
LLUVIA

JUDITH
MENDOZA-WHITE

emece

Índice de contenido

Portadilla

Buenos Ayres, 1828 / Verano

Buenos Aires, 2007 / Verano

Buenos Ayres, 1828 / Otoño - Invierno

Buenos Aires, 2007 / Verano

Buenos Ayres, 1828 / Invierno

Buenos Aires, 2007 / Verano

Londres, 1828 / Invierno

Buenos Aires, 2007-2008

Buenos Ayres, 1836 / Invierno

Buenos Aires, 2009

Buenos Ayres, 1836 / Primavera

Buenos Aires, 2010

Córdoba-Buenos Ayres, 1836 / Primavera-Verano

Buenos Aires, 2010 / Verano

Buenos Aires, 2011

Buenos Ayres, 1853

Buenos Aires, 2012 / Otoño

Cornwall, Inglaterra, 1853 / Invierno

Agradecimientos

Judith Mendoza-White

Cuando pase la lluvia

Mendoza White, Judith

Cuando pase la lluvia / Judith Mendoza White. - 1a ed . - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : Emecé, 2018.

Libro digital, EPUB

Archivo Digital: descarga

ISBN 978-950-04-3958-9

1. Narrativa Juvenil Argentina. I. Título.

CDD A863.9283

© 2018, Judith Mendoza-White

Diseño de cubierta: Departamento de Arte de Grupo Editorial Planeta S.A.I.C.

Todos los derechos reservados

© 2018, Grupo Editorial Planeta S.A.I.C.

Publicado bajo el sello Emecé®

Independencia 1682, C1100ABQ, C.A.B.A.

www.editorialplaneta.com.ar

Primera edición en formato digital: agosto de 2018

Digitalización: Proyecto451

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del “Copyright”, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, incluidos la reprografía y el tratamiento informático.

Inscripción ley 11.723 en trámite

ISBN edición digital (ePub): 978-950-04-3958-9

*A mis abuelos Segundo y Teresa Gelsomino,
por quienes aprendí que el amor es lo único
que vence a la muerte*

¿En qué ayer, en qué patios de Cartago
cae también esta lluvia?

JORGE LUIS BORGES

Buenos Ayres, 1828
Verano

Mercedes se despertó sobresaltada de un sueño pesado, espeso como el sopor de la fiebre. Molesta, tironeó impaciente de las cintas que le ajustaban el camión alrededor del cuello. El calor de la siesta de enero se detenía en el cuarto enroscándose en los cuerpos dormidos, en las almohadas húmedas y el tul de los mosquiteros, recogidos en un intento de hacer circular el aire entre los lechos. El reloj de la iglesia de Santo Domingo dio las tres. Mercedes no lo sabía, pero esa era la última hora de ausencia de dolor que disfrutaría en su vida.

La joven intentó incorporarse y advirtió que una de las piernas de la prima Milagros, la más gorda de la familia, aprisionaba las suyas. No es justo, se dijo irritada. La casa está llena de parientes por el compromiso de Sofía, y soy yo la que se lleva la peor parte.

Hoy hacía más calor que nunca, tal vez porque había demasiada gente en el cuarto. La casa era una de las más grandes de Buenos Ayres, pero la avalancha de parientes había sido demasiado abundante para contenerla en los cuartos de huéspedes. Los tíos de Córdoba habían llegado al alba, llenos de polvo y baúles. La había despertado el ruido de voces y pasos apresurados, y después, la cara redonda de la negra Dominga en la puerta del dormitorio para anunciar las nuevas visitas y ayudarlas a peinarse y vestirse. El desayuno se había servido en la larga mesa del comedor principal, con la vajilla inglesa de plata repujada que sólo se sacaba en las ocasiones especiales, después de haber dado a los recién llegados tiempo de quitarse de encima la suciedad y el fastidio de largos días de viaje.

El reloj de la sala se unió a la última campanada de Santo Domingo. Mercedes echó una mirada a la mulata adolescente que se ocupaba de agitar el abanico de plumas en dirección a las camas, y advirtió irritada que la cabeza adormilada de la muchacha caía sobre su pecho, el abanico olvidado sobre sus largas piernas huesudas como las de un potrillo recién nacido.

Fastidiada, comenzó a arrancarse uno a uno los papeles que le enroscaban

los cabellos. Después de todo eran una molestia inútil, ya que su pelo se negaba a enrullarse como era debido; «Lacio y negro como pelo de india», solía decir la tía Augusta Tomasa, frunciendo la nariz afilada en un gesto de desprecio. El cabello de Sofía era perfecto, pensó Mercedes observando la mata dorada enroscada en las almohadas. También el delicado perfil de su hermana mayor era bello y armónico como los rostros de Botticelli; Sofía siempre le recordaba un grabado de *El nacimiento de Venus* que había visto años atrás, porque sus rasgos eran casi idénticos a los de la figura más importante del cuadro. Recordaba también a su madre arrancándole el libro de las manos, y el subsiguiente castigo por estar husmeando libros no apropiados para una niña decente.

Aplastada por la quietud de la casa, Mercedes se levantó y caminó hasta la ventana. Deslizándose bajo la muselina del cortinado, apoyó la frente en el vidrio y observó la calle vacía, pensando que Buenos Ayres era mortalmente aburrida en horas de la siesta. Nadie caminaba, nadie existía fuera de la penumbra de los dormitorios cerrados. Pero, ¿quién podía moverse con este calor? Desperezándose, desprendió uno a uno los botones que le cerraban el camisón desde el cuello a la cintura. Pensó en baños de agua fresca y jabonosa, en la piel libre, sin puntillas ásperas ni ballenas clavándose en las costillas, en echarse a correr por las calles sin quemarse las plantas, como los negros, igual que las lagartijas que cruzan el empedrado como un relámpago verde.

Absorta en sus ensoñaciones, no escuchó el ruido de caballos acercándose hasta que el primero se detuvo frente a la casa. Volviéndose hacia las camas para ver si alguien más lo había oído, encontró las jóvenes dormidas con las piernas y los cabellos extendidos sobre las sábanas calientes. Tras un instante de vacilación, se deslizó hacia el exterior. El sol se derramó sobre ella, cegándola, ardiente como una bocanada del infierno.

El coche detenido frente a la casa tenía las ruedas y las puertas manchadas de barro seco. Inclinando la cabeza para evitar el resplandor, una dama de mantilla clara descendió apoyándose en la mano que le ofrecía un joven de casaca gris.

Seguramente parientes del novio de Sofía, pensó Mercedes sin demasiado interés. Eso significaba más cuartos ocupados y creciente mal humor de parte de su madre, que no cesaba de recorrer la casa con su paso rápido y nervioso desde que habían llegado los primeros huéspedes, enloqueciendo a las niñas y a los negros con órdenes y reprimendas. Por suerte mañana llegaría el novio

acompañado de sus padres, se realizaría por fin la petición de mano, y entonces tal vez su madre se tranquilizaría un poco.

Los recién llegados desaparecieron uno tras otro dentro de la casa seguidos por los criados cargados de baúles, excepto un hombre joven que se separó del grupo para hablar con los jinetes que escoltaban la diligencia. Mercedes se inclinó sobre la barandilla y vio una coleta de cabello marrón rojizo cayendo sobre la espalda ancha por debajo del sombrero. En la nuca, algunos mechones se oscurecían, húmedos de sudor.

Tironeando la puntilla de las mangas, la joven dejó caer la camisa de dormir hasta sentirla enroscarse alrededor de sus tobillos. El sol le quemó el pecho y los hombros con una sensación nueva, desconocida.

El silencio había vuelto a la siesta, interrumpido por el rumor bajo de la voz del desconocido en la calle. Entrecerrando los ojos, Mercedes rozó con los dedos la piel mojada en torno al ombligo por debajo del corpiño. La figura del hombre se desdibujó entre sus pestañas, dejándole solamente el resplandor de los cabellos cayendo sobre la camisa clara. Después de un rato creyó ver sus ojos bajo el ala del sombrero. Pero ella estaba oculta tras la barandilla del balcón, y él estaba lejos, y no podía verla.

O tal vez sí. Pero en realidad no importaba.

* * *

Recostada contra la pared, Mercedes tarda un instante en advertir el brusco movimiento de los postigos acompañado de la voz que estalla en un murmullo espantado, y no intenta siquiera cubrir parte de su desnudez con el camisón olvidado.

—¡Mercedes! Por el amor de Dios y de la Santísima Virgen, ¿qué haces aquí? ¿Acaso te has vuelto loca?

La joven nota que la cara de su madre está cubierta de un rubor furioso que le tiñe hasta el cuello y las orejas. Sus manos están crispadas cuando intenta levantar el camisón amontonado a sus pies y al mismo tiempo evitar mirar o rozar el cuerpo semidesnudo de su hija.

—Tenía calor, madre. No soportaba la cama ni la ropa, y salí al balcón buscando aire.

—¡Aire! ¡Por Dios, todavía no son las cuatro de la tarde y el sol da de lleno en esta parte de la casa! ¿Y tu piel? ¿Y los vecinos? ¿No pensaste que cualquiera pudo haberte visto? ¿Te olvidas de quién eres? ¡Mercedes

Saavedra Thompson no puede andar desnuda al sol como una sirvienta, como una negra, como una... cualquiera!

Tiemblan los dedos y las palabras de doña Asunción Thompson de Saavedra. Atando con fuerza los lazos de tafetán alrededor del cuello de Mercedes, ya puede mirar a su hija a los ojos y dejar paso al furor que la sorpresa y el embarazo habían reemplazado en el primer momento.

—Nadie me vio, madre. El balcón es ancho y alto; además no hay nadie en la calle, a esta hora y con este calor.

—Pues te equivocas. Acaba de llegar el prometido de tu hermana con su familia. No los esperábamos hasta mañana, y ahora tengo que hacer nuevos preparativos para el té y la petición de mano, y no necesito ninguna de estas locuras. Te quiero lista, peinada y vestida con las otras en media hora, en el salón.

Apartando de un golpe el cortinado, doña Asunción cierra la ventana y atraviesa el dormitorio donde las muchachas bostezan con los pies colgando fuera de la cama. Dos criadas negras adolescentes de pechos puntiagudos, libres bajo el percal claro de los vestidos, las rodean con peines de carey y palanganas de agua tibia.

La prima Milagros está recostada contra la columna de roble del dosel, comiendo dulces de la caja de madera pintada que sostiene entre los muslos. Arrodillada frente a ella, la criada desliza las medias de seda blanca sobre las piernas rechonchas. Milagros parlotea con la voz pastosa por los dulces y el sueño interrumpido.

—Esta es la última caja de los chocolates que mandaron los tíos de Londres. Ahora no tendremos más hasta la próxima navidad... No hay dulces como los ingleses. ¡Y las cajas! Mira, Matilda, llévate esta que ya está vacía y úsala para guardar mis puños de encaje.

La criada se inclina, delgada y oscura como un animal exótico. La proximidad de la joven de piel blanca y rosa la hace aparecer aún más flaca y morena, tesa su mota negra junto a los bucles de Milagros, pálidos y finos como el hilo de los gusanos de seda.

* * *

Después de asegurarse de que toda la casa estaba despierta y alistándose para recibir a los últimos y más importantes huéspedes, doña Asunción volvió a dirigirse al dormitorio de sus hijas mayores para vigilar la toilette de

Sofía, su primogénita.

Sentada frente al espejo del tocador de jacarandá, la joven sonreía plácidamente a su rostro enmarcado por los cabellos dorados que la criada se ocupaba de sujetar con un peinetón de nácar salpicado de perlas. Doña Asunción la contempló con una semisonrisa de orgullo, sorprendiéndose una vez más de la belleza de su hija.

La dama se inclinó y levantó la falda del vestido de la joven para ver si llevaba el calzado adecuado. Comprobando que así era, buscó sin encontrarlo algún otro detalle que hiciera falta corregir. De todas maneras agregó:

—No olvides el orden en que debes saludar a los Andrade, Sofía. Tal vez —agregó observando el largo y blanco cuello de la muchacha—, deberías llevar mi collar de brillantes, que va muy bien con el escote de ese vestido.

Despidió a la criada con una orden breve, quien salió del cuarto para volver segundos después con un pesado joyero de plata en las manos.

—Sí —agregó como para sí misma observando el efecto de la alhaja sobre la piel de la joven—. Así está mejor. Que tu futuro marido advierta la clase de mujer que va a ser suya. La primera impresión es la más importante.

—No será la primera, madre —señaló Sofía acariciando el brillante central del pendiente—. Mariano ya me conoce. Nos conocimos en Córdoba, en casa de los Ocampo, recuerde.

Doña Asunción hizo un gesto de indiferencia.

—No importa. Eso fue hace casi un año, y los hombres tienen la memoria frágil.

Al parecer no tanto, si había pedido su mano, pensó doña Asunción mientras atravesaba el corredor en dirección a su propio dormitorio. Aunque después de todo, quién podía saber a ciencia cierta los motivos que habían llevado a Mariano Andrade a pedirla en matrimonio. Tal vez la belleza innegable de Sofía, o un improbable amor a primera vista (improbable, porque en ese caso no habría dejado pasar tanto tiempo). O más probablemente, el antiguo compromiso tácito entre ambas familias lo había llevado a escoger a una de las hijas de Octavio Saavedra, ya que había elegido a la mayor, la única que conocía y la que por lógica debía casarse primero. Qué buena fortuna que fuera Sofía quien se iba a casar con el hijo mayor de los Andrade, y no Mercedes o Rosa María. Rosa María era demasiado joven, todavía no había cumplido los catorce años, y Mercedes, peligrosa. A veces le asustaba la idea de casar a su segunda hija. Mercedes carecía de las gracias sociales y la delicadeza que había intentado transmitir a

todas sus hijas. ¿Cómo conseguir un buen matrimonio para esa muchacha extraña, a veces un poco loca, que rehusaba a ser un buen exponente de la familia, y lo que era aun peor, ni siquiera advertía que sus rarezas eran indignas de su clase? Recordó con horror el momento en que la descubriera semidesnuda, con el cabello suelto y el cuerpo bañado en transpiración, en el balcón que daba a la calle.

El cuerpo humano era un misterio que doña Asunción no quería descubrir. Se le había enseñado a lavar su propio cuerpo por partes, manteniendo el resto escrupulosamente cubierto. Aun en los días de calor insoportable como este, la dama vestía gruesas medias, altos cuellos cerrados hasta el mentón y puños que caían sobre sus manos, y exigía que todas las personas que habitaban su casa se presentaran en el mismo estado de decencia. Solamente los criados gozaban de una mayor libertad de ropa y movimientos. Al fin y al cabo los negros no eran hombres ni mujeres a sus ojos, pero se les asemejaban mucho, y doña Asunción desviaba la vista con disgusto cuando el contorno de los pechos de las criadas se perfilaban bajo las blusas, sin corsés ni armazones que los sostuvieran. Los negros de Buenos Ayres ya nacían libres gracias a las nuevas leyes, pero ella seguía considerándolos seres inferiores al servicio del blanco, sin encontrar nada extraño en la idea, con la que había vivido toda su vida.

Sólo disponía de unos minutos antes de bajar al salón y hacer los honores como dueña y señora de la casa. Pensó en llamar a su criada con uno de los grandes abanicos, pero no había tiempo. Además los negros olían mal en estos días de tanto calor, era preferible soportar la temperatura. Se sentó frente al tocador con un suspiro y observó su rostro de treinta y siete años. La boca y los ojos eran duros, descoloridos y sin luz. Se miró sin interés ni coquetería. Después de todo, ya era vieja. Casada desde hacía veintitrés años y con nueve partos y cinco hijas vivas y en edad casadera ellas mismas, estaban muy lejos sus épocas de coqueteos y juventud.

El reloj de la iglesia dio la media. Ya era hora. Doña Asunción se pasó un cisne con polvos de arroz por la cara. No usaba cosméticos ni perfumes, su olor era el olor de la mujer honesta que se baña una vez a la semana. Había oído hablar de mujeres de mala vida que se sumergían a diario en baños jabonosos y se perfumaban la piel para esperar a sus amantes.

Por el pasillo se acercaba el rumor de las voces de las jóvenes y el roce sedoso de sus faldas amplias contra las paredes. Los gatos se desperezaban en el patio, sacudiéndose el calor de la siesta.

* * *

Mercedes deslizó los dedos sobre las hileras de libros y aspiró el aroma familiar del papel viejo mezclado con el olor de la tinta nueva. La habitación enorme y acogedora, llena de marrones y rojos, era su lugar favorito en la casa. En puntas de pie intentó alcanzar un libro del estante superior y una mota de polvo le ensució la manga de su mejor vestido. Su imagen se reflejaba en las vitrinas, el pelo recogido en dos trenzas enroscadas a ambos lados de la cabeza, el único peinado que su madre consideraba adecuado para domar sus cabellos en las ocasiones importantes. De todos modos sabía que su madre apenas echaría una mirada a su toilette, la reina del acontecimiento era Sofía, y lo sería hasta el momento de su boda, que tendría lugar en ocho días. Su hermana mayor siempre era la primera a ojos de su madre y de todo el mundo, pensaba Mercedes sin rencor ni demasiado interés; siempre había sido así y ella se había acostumbrado al hecho.

Su hermana y ella nunca habían estado unidas, nunca desde aquellos juegos nocturnos que las habían unido brevemente hacia el final de la niñez. Mercedes se preguntó si la idea hubiera surgido de todas maneras, de no ser por aquella tarde en que el aburrimiento la llevó a caminar hasta las casillas de los criados. Se había quedado inmóvil frente a la ventana semiabierta, en puntas de pies, observando largamente los cuerpos desnudos entrelazados en movimientos y sonidos que no comprendió pero nunca olvidó.

Esa noche, con las cabezas cubiertas por las mantas, había propuesto a su hermana el juego que las unió brevemente en un placer culpable. La luz de los amaneceres las encontraba siempre dormidas en sus camas respectivas, y nunca hablaron del tema después del primer acuerdo y el juramento de secreto eterno, hasta que por un acuerdo tácito el juego cesó. Mercedes estaba segura de que su hermana ni siquiera lo recordaba, lo había olvidado como olvidaba todo aquello que no convenía a su vida.

A ella, en cambio, esas viejas fantasías hacia una raza que se le había enseñado a considerar inferior, la llenaron de una culpa real, mayor que la de haber instigado el juego nocturno, culpa que se había manifestado en un cierto asco a los criados, a sus pieles oscuras y su olor diferente.

Pero hoy, en cambio, había sido un hombre de piel clara el que la había llevado nuevamente a experimentar las viejas sensaciones que no podía comprender pero tampoco dominar. Absorta en la contemplación de ese desconocido del que sus ojos parecían no poder apartarse, ni siquiera había

sentido vergüenza cuando su madre la había encontrado casi desnuda bajo el sol de la siesta. Sus propios comportamientos la asustaban a veces, como la asustaban los partos, las tormentas y la muerte, y todas las cosas que había que aceptar porque no se podían comprender.

El reloj del escritorio marcaba las cinco y media, hora de reunirse con la familia y los invitados para el té y la petición de mano de Sofía. «Sólo ocho días más hasta el casamiento y luego todo volverá a la normalidad», suspiró Mercedes cerrando el libro, y podrían irse a la quinta de los abuelos en San Isidro a escapar del bochornoso calor de Buenos Ayres por el resto del verano. Recogiendo su abanico con una mano y los pliegues de la falda con la otra, atravesó la biblioteca y salió al pasillo.

Una de las puertas que daban al patio se abrió dando paso a Julián, un criado adolescente, que precedía a un hombre alto de pulcra elegancia y ojos verdes en la cara tostada por el sol. El hombre se descubrió de inmediato frente a ella y Mercedes vio el cabello castaño rojizo, ahora húmedo y sujeto en la nuca por una cinta marrón.

* * *

Sabe que la ha reconocido, es algo burlón el brillo de la mirada sobre su cuerpo ahora cubierto por el crujiente vestido de seda. No siente vergüenza ni pudor, su mente está vacía excepto por un ruego que se repite una y otra vez en su cabeza como una loca plegaria desesperada. Que no sea él. Que no sea el prometido de mi hermana. Que sea un primo, un amigo, un hermano. Que no sea él. Por favor.

—¿No le han pasado —pregunta Mercedes de repente, casi sin darse cuenta de lo que dice—, cosas que no puede comprender y por eso le causan temor?

—Sí —responde él como si encontrara natural el hecho de que una joven le dirija una pregunta semejante sin haberle sido al menos presentada—. Muchas veces. Pero esas mismas cosas son las que hacen la vida interesante, ¿no cree?

Mercedes piensa vagamente que su madre sufriría un síncope si la oyera entablar tal conversación con un desconocido, y se asombra de no sentir siquiera un asomo de vergüenza aun sabiendo que muy probablemente él la ha visto casi desnuda en el balcón. La vieja escena del cuarto de los sirvientes vuelve a aparecer frente a sus ojos. Pero esta vez la piel no es negra, y hay

cabellos oscuros y rojizos entrelazándose sobre las almohadas.

No se puede recordar lo no vivido. ¿O sí?

* * *

—Mariano Andrade.

Mercedes sacude la cabeza como para despertar de un sueño doloroso, pero el sueño se adhiere a sus ojos como una nube pertinaz, aislándola, desdibujando el mundo a su alrededor. Advierte que él ha estado hablando, que ha dicho algo de lo que sólo oyó el nombre, destacándose sobre el resto como dos golpes secos en el parche de un tambor. Le extiende su mano a través de la nube y él se inclina sobre ella.

—Mercedes Saavedra. Usted es el prometido de mi hermana Sofía.

—Mercedes... la segunda hija. Tengo sumo placer en conocerla.

Julián se balancea sobre un pie descalzo. Una mosca le zumba una y otra vez sobre la cabeza y él la aparta de un manotazo inútil, con la obstinación de un gato que sigue una y cien veces el dedo que mueven frente a sus ojos.

Mercedes observa a Mariano Andrade con una mirada fija, desesperada, que él sostiene con sus ojos verdes donde brilla un reflejo risueño. No puede ser para Sofía.

Con una inclinación respetuosa, Julián indica al huésped el camino hacia el salón. Mariano extiende una mano y se inclina levemente hacia Mercedes, que recoge sus faldas y empieza a caminar.

No puede ser para Sofía, no quiero que duerma con ella, no quiero que hagan las cosas que hacían los negros, y Sofía y yo.

Los pies descalzos de Julián están sucios, negras las uñas en los dedos que se achatan contra el piso a cada paso.

El estómago de Mercedes se anuda dolorosamente, con un deseo furioso, casi inhumano, que no comprende.

Lo quiero para mí. Quiero estar desnuda junto a él, dormir a su lado.

Las baldosas del pasillo forman un dibujo asimétrico. Algunas se perdieron o se rompieron en el viaje desde Sevilla, de donde vinieron años atrás, y el diseño quedó trunco. Mercedes alarga el paso para no pisar las dos baldosas desiguales. Si piso las baldosas lisas él no se casará con Sofía. Una larga hoja de la maceta que está junto a la ventana roza los cabellos de Mariano. La hoja se sacude y queda balanceándose, hacia atrás y hacia adelante, hacia atrás y hacia adelante otra vez.

No puede casarse con mi hermana, lo quiero para mí.

La mano de Julián empuja la puerta, cinco dedos abiertos sobre los rombos de vidrio verde oscuro.

No, don Octavio, no es la mano de Sofía la que pido en matrimonio. Hay un error. Es Mercedes, su segunda hija, la que quiero para esposa.

El jarrón panzudo tiene asas grandes que le cuelgan a los lados como los zarcillos en las orejas de la negra Dominga. El perfume de los jazmines que contiene se derrama en el aire caliente del salón.

Mariano y yo, juntos para siempre. Sus ojos verdes y su cuerpo grande, fuerte. Dominga tiene la barriga hinchada como el jarrón de jazmines, y los aros redondos le cuelgan de las orejas. Y tocarlo y verlo cada día, su boca y su pelo que parece casi rojo cuando le da el sol. La negra Dominga es un jarrón.

Pero cómo, don Andrade, usted escribió pidiendo la mano de mi hija Sofía. Es la mayor y la más bella, se conocieron en Córdoba hace casi un año. Ya todo está arreglado y listo, el matrimonio será en ocho días.

La fuente de los buñuelos tiene una orla de narcisos pintada en el borde de loza. Los buñuelos parecen montañas nevadas. La prima Milagros apresa una montaña y el azúcar de las cumbres cae sobre los narcisos.

Lo lamento, don Saavedra. No quiero a Sofía. Me llevo a Mercedes. Doña Asunción sonríe con cara de gato siamés bien alimentado. Mariano Andrade se inclina para besar su mano. Un mechón se le desprende del moño y roza los encajes flamencos de las mangas de doña Asunción. La llevo conmigo.

En la tetera de porcelana hay una pareja de pastores pintados. La cara de Sofía sonríe detrás del humo que se escapa del pico de la tetera.

Mariano y Mercedes se ríen, tomados de las manos como los pastorcitos de porcelana. Sus dedos tiran de botones y lazos. Las ropas caen al piso, una a una; las enaguas blandas y el corsé duro, la levita de paño fino, las camisas blancas como nubes. Dominga tropieza, un pie se le engancha en la pila de ropa, vuela la fuente de dulce de leche que trae en las manos. La fuente cae sobre la cara sonriente de Sofía.

Doña Asunción sirve el té en las tazas de porcelana Davenport con borde de oro. Eran de su bisabuela, vinieron con la familia medio siglo atrás, y se reservan para las ocasiones importantes, lo mismo que ese té fragante que envían los tíos de Londres dos veces por año. La primera taza es para Mariano, su futuro yerno, que se inclina levemente para recibirla.

El dulce de leche pegotea los bucles de Sofía, le ensucia la pechera del

vestido de seda bordado en distintos tonos de azul.

Las primas de Córdoba toman mate y charlan por lo bajo en un extremo de la larga mesa de roble. El roble no se ve porque lo tapa el mantel que bordaron Mercedes y sus hermanas el verano pasado, sentadas en el patio debajo de la planta de naranjas amargas que no se pueden comer porque son de adorno.

Mariano y Mercedes se ríen, desnudos. Se borra la sonrisa estúpida de doña Asunción. Sofía los mira entre las pestañas pegoteadas de dulce de leche.

Una vez Sofía y Mercedes treparon a la planta a buscar naranjas; cuando las mordieron eran amargas y corrieron al aljibe a buscar agua para lavarse la boca.

Mercedes y Mariano salen por la puerta abierta que da a la calle, trepan de un salto al caballo que está atado frente a la casa. Las primas bobaliconas los miran con la boca abierta y medio pastel olvidado entre los dedos.

Brilla una rosa azul de zafiros con centro de diamante en el dedo de Sofía. Doña Asunción se inclina sobre la rosa azul, extasiada. Las tías rodean a Sofía.

Mariano y Mercedes se alejan al galope por las calles empedradas. Las vendedoras los miran con ojos redondos como los platos donde colocan la mazamorra pegajosa para ofrecerla a las señoras. Mercedes siente el roce áspero del lomo del caballo contra la entrepierna desnuda, sus pechos se aplastan contra la espalda de Mariano, caliente de sol y sudor.

Doña Augusta Tomasa, la solterona, se acerca también a ver la rosa azul. Sus labios se doblan en una mueca que quiere ser sonrisa. Toca la rosa con un dedo seco, la frota con la yema arrugada, pero no dice nada.

A Mercedes le duele en el pecho un dolor negro, afilado como el corazón de diamante de la rosa azul.

Las criadas se llevan las fuentes vacías y traen otras llenas de pasteles donde todavía cruje la grasa de la fritura. Los pasteles se abren en pétalos de hojaldre. Dominga deposita un plato de flores sobre la mesa. Doña Augusta Tomasa toma una y la muerde con rabia, la tía solterona se come la rosa azul.

Un par de garras azules con uñas de diamante aprietan las sienas de Mercedes. Una ráfaga fría rodea su anular vacío en una sortija de hielo.

Don Octavio Saavedra sirve otra taza de té a doña Irene Mitre de Andrade, quien le agradece y después se vuelve a hablar con su hijo, que está sentado al lado de Sofía, su flamante prometida.

Dominga trae chocolate recién hecho en la bandeja que apoya sobre la barriga ancha, redonda como la tetera y el jarrón de jazmines.

Los últimos rancheríos ven pasar el caballo que galopa hacia el horizonte de árboles azulados por la distancia, llevándose las risas y los cuerpos abrazados lejos de la casa y de Buenos Ayres.

Acta de matrimonio rubricada el día 29 de enero de 1828:

En el año del Señor de 1828, a veinte y uno de enero, producida la información de Libertad, en que fueron testigos el presbítero don Ferdinando Unzué, el doctor Felipe Murcia y el doctor Miguel Ángel Moreno, todos mayores de edad y vecinos de esta ciudad, habiéndose publicado las tres proclamas en tres días de fiesta continuos a tiempo de la misa parroquial, y no resultando impedimento ninguno, el señor doctor don Ferdinando Unzué, Canónigo Magistral de esta Santa Iglesia Catedral Metropolitana, con mi licencia casó y unió solemnemente en matrimonio por palabras de presente, al doctor don Mariano Andrade, natural de la ciudad de Córdoba, hijo legítimo de don Juan Justo Andrade y de doña Irene Mitre de Andrade, con doña Sofía Saavedra, natural y vecina de esta ciudad. Asistieron al matrimonio como testigos don José Carranza y el doctor don Luciano Mitre, y en el veinte y ocho de este mismo mes y año los bendijo, según el rito de nuestra Madre la Iglesia, en la celebración de la misa, dicho señor doctor don Ferdinando Unzué, siendo testigos el coronel don Amadeo Saavedra y su esposa doña Remedios Saénz de Saavedra, quienes fueron padrinos, y yo el Cura Rector más antiguo certifico que es así y lo firmé. De orden del señor Provisor lo firmé:

DON JUAN DE DIOS MARTÍNEZ MEDRANO

En el margen del acta se lee:
«DOCTOR MARIANO ANDRADE Y DOÑA SOFÍA MANUELA
SAAVEDRA, DESPOSADOS Y VELADOS»

28 de marzo

Hoy falté a misa. Pretexté un fuerte dolor de cabeza para quedarme en casa y en cuanto todos se fueron, corrí a ocultarme en un rincón alejado del patio. Me quedé sentada detrás del aljibe con la gata gris que apareció el mes pasado. He decidido llamarla Victoria. Estuve sola hasta las once, cuando todos volvieron de la iglesia. Ya está haciendo bastante frío, sobre todo a la mañana temprano. La gata parece más gorda pero es solamente por el pelo, está cambiando el pelaje de verano por el otro más espeso, de invierno. Me quedó toda la falda llena de pelos grises.

Desayunamos a las siete. Había mermelada de higos, la mandó doña Petrona Ugarte y la sirvieron en el cuenco de cristal celeste. Pronto llegará la fruta de los abuelos y haremos dulces para todo el invierno. Mariano dijo que la mermelada era excelente y untó una rebanada grande para Sofía. Cuando se la dio le dijo algo bajito, al oído, y Sofía se rio cubriéndose la boca con la mano.

Yo estaba sentada a la izquierda de tía Remedios, como siempre, casi frente a Mariano. Puedo verlo durante cada comida, puedo mirarlo todo el tiempo cuando nadie me observa. Casi no hablo.

Antes hablaba con las niñas, las hacía reír durante el desayuno y mamá me hacía callar con esa mirada tan desagradable que tiene cuando está enojada, porque dice que una señorita bien educada no se ríe nunca fuerte, y menos aún durante las comidas. Ahora no puedo hablar, no quiero hablar. Cómo quisiera poder irme del comedor, comer en la cocina con los negros, irme corriendo de la casa y comer las frutas de las quintas, no comer más, no verlos nunca más.

No soporto verlos juntos. Cada vez que Mariano le sonrío o le roza

una mano quiero levantarme de un salto, tirar del mantel hasta que la vajilla se haga pedazos contra el suelo, y correr y correr hasta una tierra lejana, desconocida, donde él no exista. Pero después lo busco todo el día en los pasillos, abro las puertas una a una para saber dónde está y me quedo en el balcón a esperarlo, si sé que ha salido.

¿Cuándo van a mudarse a su propia casa? ¿Por qué no se van lejos, como la prima Hortensia cuando se casó?, su marido la llevó lejos y ella prometió volver pronto de visita, y prometió escribir. Lo hizo un par de veces y después ya no llegaron más cartas, y nunca supimos de ella más que por tía Dolores, que siempre está hablando de lo feliz que está su hija viviendo en el norte, en una casa de altos con docenas de criados y un coche para su uso personal.

Pero Mariano quiere establecerse en Buenos Ayres. Espero que la casa que escoja esté lejos de esta, muy lejos, para que sólo se pueda ir en coche; las calles están muy malas cuando llueve y el coche no se puede usar. El último invierno salimos muy poco porque los vestidos se arruinaban de arrastrarlos por el barro, y las ruedas del coche se atascaban y resbalaban sobre el empedrado. Ojalá se muden pronto, muy pronto, ojalá llueva todo el invierno. La abuela dice que los sapos anuncian lluvia, y yo los escuché croar todas las noches esta semana.

Esta tarde hay que acompañar a mamá a hacer visitas. Me voy a poner el vestido de seda verde oscuro, porque vamos a la casa de doña Josefa Hernández y siempre llevamos los mejores vestidos cuando visitamos a esa familia. Mamá dice que toda la nobleza española, hasta la misma reina, recibía a esta señora cuando vivían en España, y siempre lamenta que sus hijos varones estén todos casados desde hace años.

Ayer empecé a leer *The Vicar of Wakefield*, una novela que encontré en la caja de libros que vino de Inglaterra con los padres de mamá. No es muy interesante, pero al menos me ayuda a dejar de pensar.

Voy a dejar de escribir para seguir leyendo ahora mismo.

* * *

29 de marzo

Esta mañana hablé con Mariano. Yo estaba en la biblioteca y él se sentó en un sofá frente a mí y me preguntó que qué leía. Él no lee inglés y me pidió que le tradujera algunos párrafos.

No sé cómo conseguí estar ahí, sentada a su lado, leyendo como si nada pasara. Cada vez que lo miro tengo que clavarme las uñas en la palma de las manos para no tocarlo, para no gritarle que me muero por él. Tengo las manos llenas de surcos rojos que parecen pequeñas lunas coloradas.

Me mira de una forma extraña. Yo sé que a Sofía no la mira así, ni a las otras mujeres de la casa. ¿Lo sabe?

Es tarde, escribo en la cama. La vela ya se apaga.

Creo que Victoria está llena de gatitos. No puede ser sólo el pelo de invierno lo que la hace más gorda, además recién estamos en otoño. Me gustaría un gatito negro, con los ojos amarillos. Cuando se enrosque para dormir y cierre los ojos será una pelota negra y peluda, como el ovillo de lana que usé para tejer los guantes de mi padre el año pasado.

2 de abril

Hoy fue un día tranquilo, agradable. Mariano y mi padre salieron de viaje para visitar una estancia que tío Amadeo piensa comprar, y los tres van a estar fuera algunos días.

Resulta rara la casa sin hombres. Anoche estuvimos de tertulia en la sala, mamá, tía Remedios, la prima Milagros y mis hermanas. Isabel y Amalia se fueron a dormir temprano. Lloriquearon un poco y pidieron permiso a mamá para quedarse un rato más, pero mi madre apenas levantó la vista de la seda española que está bordando con hilos dorados. Será un manto nuevo para la estatua de Santa Isabel que va a ser colocada a la izquierda del altar mayor. El padre Ferdinando nos habló de la nueva santa el domingo pasado, cuando estuvo aquí almorzando después de la misa. Acaba de llegar de Roma y es obra de un artista de mucha fama cuyo nombre no puedo recordar, y mamá propuso de inmediato bordar un manto para cubrirla. Algo especial, dijo, y ofreció la seda azul con la que pensaba hacerse un vestido.

Mariano no está, y yo estoy libre. Camino por la casa sin temor a encontrarlo, sin ansias de encontrarlo. Puedo hablar libremente en las

comidas, levantar la vista del plato sabiendo que no encontraré sus ojos o su mano junto a la de Sofía, y disfruto de algo que se asemeja a la paz.

Siempre he sido tan ansiosa e impaciente; de continuo aguardando algo que no sabía definir. Ahora advierto que desperdicié muchos momentos esperando el mañana, ese futuro que me mostraría el objeto de mi vida. Nunca aprecié realmente la tranquila alegría de una existencia que se desliza sin grandes acontecimientos, donde la rutina se llena de dulces momentos repetidos. Recién ahora consigo disfrutar de una tarde simple, aburrida quizás, pero siempre preferible al sufrimiento constante de estos días.

Esta angustia permanente es injusta y no tiene razón de ser ni de haber nacido; sin embargo, no me es posible adivinarle un final.

¿Cuándo volveré a estar en paz, a olvidar el dolor? ¿Por qué no supe que era feliz, cuando lo era?

* * *

3 de abril

Esta mañana hicimos dulce con la fruta que mandaron mis abuelos del campo. Había montañas de peras y de higos, kilos y más kilos de fruta que pelamos y cortamos sentadas en el patio durante toda la mañana. Nos turnamos para contar cuentos. El mejor fue uno que contó Rosa María en inglés, una historia relatada por un personaje de una novela de Walter Scott que leyó el año pasado con miss Smithers antes de que ella se volviera a Inglaterra. Miss Smithers estaba con nosotros desde que Sofía cumplió siete años, vino recomendada por las tías de Londres y mamá estaba muy orgullosa de tenerla en la casa. Recuerdo lo furiosa que se puso cuando la institutriz nos anunció su decisión de regresar a su tierra. Ni siquiera salió a despedirla cuando se subió a la diligencia con su enorme baúl marrón, y se alejó rumbo al puerto.

Dejamos hervir el dulce durante toda la siesta al cuidado de Dominga. Después pasamos la tarde poniéndolo en frascos; llenamos casi cincuenta. Habrá para todo el invierno y para regalar a los abuelos, los tíos y algunas familias amigas. A mamá le gusta obsequiar dulces hechos por nosotras. Cuando terminamos, le llevamos un plato para

que los probara y decidiera si eran lo suficientemente buenos para regalar.

Son las nueve de la noche, todavía escucho el eco de las campanadas del reloj de péndulo que está frente a la chimenea. Mi madre hizo encender el primer fuego del año, hace mucho frío a pesar de que apenas comienza abril, y está sentada junto al hogar bordando la seda azul con las niñas. Sofía toca una melodía muy suave y dulce en *mi* bemol mayor, estoy segura de conocerla pero no consigo recordar el nombre aunque cada nota parece murmurármelo... *sol... do... mi* bemol... Beethoven, de eso sí estoy segura.

Me excusé con mi madre diciendo que quería contestar a algunas cartas antes de sentarme a bordar con ellas. Deseaba escribir sobre el día de hoy, tan simple, tan lleno de tranquilidad; porque sé que debe terminar.

Quizás Mariano no vuelva nunca. Tal vez tío Amadeo compre la estancia y Mariano y mi padre decidan quedarse con él y ya no vuelvan. A lo mejor no fueron a ver ninguna estancia, se marcharon para unirse al ejército y ahora están muy lejos, galopando sobre montañas heladas, o luchando en un campo de batalla perdido entre tolderías. Quizás se olviden de volver, y de nosotras. O queden muertos en una tierra lejana de donde nunca llegarán noticias. Nosotras también nos olvidaremos de ellos, de sus caras y sus nombres, como si nunca hubiéramos tenido padres, ni tíos ni esposos, y nos quedaremos juntas en la casa por días y años, todos iguales al anterior y al que vendrá.

Es verdad que Victoria va a tener gatitos. Le pregunté a Dominga y ella le tocó el vientre y dijo que sí, está preñada pero todavía falta al menos un mes para que nazcan.

Doña Asunción se llevó a la boca un bocado de pollo frito y una vaga sensación de malestar le hizo cubrirse los labios y abandonar la mesa con paso apresurado. La sensación aumentó mientras recorría los pasillos hasta llegar a su dormitorio. Dejándose caer en el sillón del tocador, escudriñó su rostro buscando otras señales de la terrible sospecha, pero sólo encontró su palidez acostumbrada. Sus repetidas preñeces solían dar a sus mejillas un color vivo que habitualmente no poseían, incluso desde antes que ella pudiera saber a ciencia cierta que estaba encinta. Respiró aliviada, y se dijo que sin duda, alguno de los platos del desayuno le había caído mal. En realidad la manteca de las tostadas parecía algo rancia, ahora que reparaba en ello. Tendría que hablar seriamente con Dominga para que no volviera a ocurrir.

Descartada la preocupación, al menos por el momento, volvió a pensar en Mercedes, otra de sus más apremiantes preocupaciones en estos días. No era la misma desde el casamiento de su hermana, a decir verdad. Esa muchacha era un problema, siempre lo había sido. «Es necesario casarla», pensó apretando los labios. El recuerdo de la desnudez de su hija en el balcón la tarde del compromiso de Sofía le molestaba, trayéndole ideas que se había acostumbrado a desterrar de su mente. Había escuchado decir que los negros dormían desnudos en sus casuchas en el barrio de Monserrat, hombres y mujeres, igual que los perros. Muchos veranos atrás, en una noche de tertulia en el patio, dos perros habían aparecido ante la concurrencia pegados uno al otro, y no había sido tarea fácil para los hombres separarlos y alejarlos de los ojos espantados de las damas. Esa misma noche su esposo la había buscado bajo las sábanas bordadas y el camisón espeso, y ella había vuelto a sentir el asco desesperado de aquella primera noche de recién casada de catorce años.

Esa primera violación de su cuerpo desprevenido le había dejado una mezcla de horror y respeto hacia los hombres. Había pasado algún tiempo hasta que juntó valor para comentarlo con una de sus primas casadas, y entonces se había enterado de que a todos los hombres les gustaba hacer lo

mismo en la oscuridad de la noche, y que era el deber de la esposa permitirlo. Saber que su desgracia era común a la de todas las mujeres casadas le sacó el temor de haberse casado con un monstruo, que la obligaba a realizar actos contrarios a Dios. Su prima también le informó de que Dios aprobaba y alentaba esos actos, porque así se daba origen a los hijos. Dos meses después de esta conversación que le hizo aceptar los requerimientos de su marido como una parte desagradable pero normal de su nueva vida, se despertó un día con los calzones manchados de sangre. La misma prima le explicó esta nueva y pesada carga de ser mujer, y aún no había tenido tiempo de acostumbrarse al sucio y molesto acontecimiento mensual, cuando este desapareció y comenzó su primer embarazo.

Aquel primer parto de Sofía, a sus quince años recién cumplidos, le quitó para siempre su frescura. Jamás se olvidaría de ese día y esa noche interminables en que se mezclaban las caras de la comadrona y de las negras inclinadas sobre ella, los susurros de las tías entrando y saliendo del cuarto con ollas de agua caliente, los pasos del doctor con el reloj de oro cruzado sobre la levita manchada de sangre, y las voces que no comprendía ahogándose en sus propios gritos y en las cortinas que arrancó del dosel.

Después de esto, perdió su alegría juvenil por largo tiempo. Si antes se había resignado a la tortura nocturna y a la pesada carga mensual como parte de su destino de mujer, esto le pareció demasiado. Ya no dudó de que los hombres eran la raza superior y los amos del mundo: les habían sido ahorradas todas esas miserias, suciedades y dolorosos horrores. Se llenó de terror ante la seguridad de un nuevo embarazo que sobrevendría más tarde o más temprano. Se despertaba noche tras noche gritando de miedo, reviviendo en sueños el horroroso alumbramiento.

El paso de los años y otros partos más fáciles le hicieron resignarse a su destino femenino, pero nunca se desprendió del asco a la visión del cuerpo humano desnudo, que le traía a la mente momentos de dolor y suciedad. Ni siquiera había visto a sus hijas desnudas de pequeñas, evitando entrar en sus habitaciones cuando el ama de leche las bañaba o las cambiaba. No había prestado gran atención a sus hijas hasta que crecieron lo suficiente como para poder permanecer en su presencia sin hablar más que cuando se les dirigía la palabra, sin llorar o ensuciarse los vestidos.

Doña Asunción se mojó las sienes con agua de colonia y se dijo que era mejor volver a la mesa para los postres. Mientras se retocaba el pelo estirado hacia atrás en el acostumbrado rodete, pensó en el cabello suelto de su

juventud, que había sido casi tan largo y brillante como el de Sofía. Sus tiempos de niña parecían tan lejanos; tanto que casi no los recordaba. Había sido muy breve el tiempo transcurrido entre su entrada en sociedad a los trece años, y su compromiso con don Octavio Saavedra. Conservaba de ese lapso un vago recuerdo de bailes y vestidos pesados apretando su cuerpo de pecho completamente liso y piernas delgadas como juncos.

Hacía mucho frío el día que conoció a don Octavio. Dos grandes braseros calentaban el salón donde los esclavos habían dispuesto todo para el té, que los Thompson siempre prefirieron al mate ritual de su país adoptivo. La niña Asunción saludó a don Saavedra, hombre corpulento de treinta y cinco años y espesos bigotes, sin demasiado interés. Le entusiasmaba la idea de la boda, donde ella sería la figura principal y llevaría un vestido que ya viajaba por el océano desde Inglaterra. Casi podía ver la enorme nube blanca de gasas y sedas acunada por las aguas, encerrada en su caja de raso, como una perla rara entre los marineros ásperos de sol y de sal. El día del casamiento aparecería Asunción como una reina, como la mismísima reina de Inglaterra de la que hablaban sus padres, cubierta su delgadez por las telas suntuosas, brillantes los rizos rubios bajo el velo largo, largo, salpicado de perlas, que barrería la puerta de la iglesia de Santo Domingo cuando ella estuviera ya arrodillada ante el altar.

La joven Asunción vio en el hombre que le presentaron esa tarde de julio a la persona cuyo apellido llevaría por el resto de su vida, quien se haría cargo de satisfacer sus necesidades y rodearla de lujos, tal como lo habían hecho sus padres hasta el momento. Era un cambio fácil y cómodo que sus padres habían arreglado para ella, como era natural. Después vendrían los hijos, como sucedía siempre que dos personas se casaban, y ella seguiría ofreciendo tertulias y reuniones de bordado, y sería una señora y madre de familia.

Doña Asunción curvó los labios en una mueca de sonrisa que el espejo veneciano le devolvió. Qué fácil había parecido todo hasta que descubrió que el matrimonio no terminaba en compartir una casa y asistir a fiestas del brazo de un hombre que se ocupaba de que a una no le faltara nada. Y que los hijos no aparecían milagrosamente, como ángeles llenando cunas vacías, sólo por vestir la nube de raso blanco traída a través del mar.

En fin. El período de inconsciencia juvenil había sido benigno con ella. Se alegraba de haber ido al matrimonio sin preparación alguna, porque de haber sabido todo lo que traía aparejado, tal vez no se habría casado. En el mismo momento en que lo pensó, sin embargo, se dio cuenta de lo ridículo de la

idea... ¿No casarse? ¿Y ser otra Augusta Tomasa, la solterona seca de lengua ácida, que cada mes llevaba a la iglesia un nuevo mantel para el altar bordado con sus manos ociosas de mujer sin hijos y sin marido? ¿Ser conocida como Asunción Thompson, la solterona, la que sería de por vida una carga para sus padres y hermanos, porque ningún hombre había querido sacarla de la casa paterna para hacerla su esposa? No, el matrimonio era la única salida decorosa para una mujer. Eso o el convento; y ella había sido afortunada.

Ahora eran don Octavio y ella los que tenían el deber de casar al resto de sus hijas. Sofía había permanecido soltera demasiado tiempo, tanto que había temido por ella a pesar de la belleza que parecía augurarle un brillante futuro. «Bueno —se dijo con un suspiro de alivio—, al menos ahora, a sus veintidós años, ya estaba felizmente casada con un hombre adecuado en fortuna y alcurnia». Mercedes también, a sus veinte y uno, ya debería haber estado casada por muchos... Las otras tres hijas eran niñas y todavía no le preocupaban.

Cuatro mujeres más por casar. Y los tres varones que diera a luz habían muerto: uno a días del nacimiento y los otros dos de niños. No había sido afortunada con su prole. «Ojalá hubiera sobrevivido alguno de los varones —pensó—, entonces tal vez don Octavio, satisfecho con su heredero, se olvidaría de engendrar más niños». Por suerte en los últimos años estaba mucho afuera, alejado por largos viajes a las provincias para vigilar la marcha de las muchas estancias de la familia. «¿Cuántos hijos más vendrán?», se preguntó doña Asunción con impotencia. No era justo ni decente seguir pariendo todavía, cuando pronto tendría nietos. Si alguno de los varones hubiera vivido, quizás habría conseguido reunir el valor para decirle a su esposo que ya no debería haber más niños. Una vez más se dio cuenta de que la sola idea era ridícula, al momento de pensarla; ella jamás se atrevería a hacer referencia a los episodios nocturnos de los cuales ni su esposo ni ella habían hablado jamás. En una ocasión había escuchado un comentario en la estancia de sus padres: «El niño no puede ser hijo de ese negro viejo, debe ser del otro, el mulatito joven». Y don Octavio era ya un anciano de cincuenta y seis años. «¿Cuándo dejaban los hombres en paz a sus esposas?», se preguntó Asunción poniéndose de pie para volver al comedor. Quizás si Sofía tuviera un hijo varón... Tal vez muchos nietos varones...

14 de abril

Tengo que irme, tiene que irse, no puedo seguir viéndolo y pretender que me da lo mismo verlo a él que a mi padre o a tío Amadeo. Voy a volverme loca si no se van de esta casa.

Son las siete y acabo de despertarme. Tuve un sueño que todavía no consigo separar de la realidad. Mariano y yo. Toda la noche me despertaba una y otra vez para volver a dormir y seguir soñando lo mismo. Creo que me dormía, porque despertarme y ver la almohada vacía a mi lado era demasiado doloroso, y era tan dulce volver a dormirme para seguir estando entre sus brazos, y sentir su piel y sus besos sobre mí.

No quiero levantarme, no quiero que empiece el día. Quiero que vuelvan la luna y las estrellas, y que la noche y las sombras me lo traigan otra vez. Voy a quedarme envuelta en las mantas, con los párpados apretados para que vuelva el sueño. Quisiera morirme antes que despertar, o que la noche y el sueño fueran tan largos como mi vida, y soñar y vivir o morir, pero con él.

El mismo día, por la tarde

Esta mañana me levanté y desayuné con los demás a las ocho, como siempre. No pude quedarme en la cama. Rosa María, que duerme en la cama que antes era de Sofía, hablaba fuerte con Milagros; después entraron las negras con el agua y los vestidos, y el cuarto se llenó de gente y de voces. Me tapé la cabeza con la almohada para no escuchar, pero Dominga abrió las cortinas para ver por qué no me había levantado todavía, y tuve que ver su cara brillante y redonda; el sol

entraba por las ventanas abiertas y yo todavía quería morirme pero tuve que levantarme, y vestirme y peinarme como las demás.

No sé cómo pude soportar el desayuno. Mi padre hablaba de campañas y ejércitos con tío Amadeo de un extremo al otro de la mesa y mamá daba órdenes en inglés a Isabel y Amalia, que seguían riéndose como dos idiotas. Milagros me hablaba al oído con la boca llena, mientras manoteaba dulces de todos los platos que se iban trayendo a la mesa. Dominga iba y venía con la tetera y las fuentes humeantes.

Yo sentía el olor a canela y ralladura de limón de los buñuelos, la charla de Milagros y el ruido de la vajilla como si no estuviera ahí, como cuando leo tratando de imaginar la escena y yo estoy afuera, viendo sin ser parte de la historia. Lo único real era Mariano, sentado frente a mí, y yo que no podía dejar de buscar en sus ojos una mirada cómplice.

El sueño que nos había unido toda la noche me llenaba la garganta de una mezcla de nostalgia y anhelo que no me dejaba tragar. Mariano y yo, nuestra noche juntos y nada más. El resto era mentira, no había desayuno ni charlas ociosas, y yo quería gritar pero no podía, porque gritar me hubiera hecho despertar, y necesitaba seguir soñando.

Más tarde, de noche

Rosa María me pregunta que por qué no apago la vela, dice que la luz no la deja dormir.

Al fin terminó el día, este largo y horrible día. La tía Remedios advirtió que yo no comía ni hablaba durante la cena y se lo dijo a mamá, pero mamá estaba hablando con mi padre sobre una cena que va a ofrecer la Sociedad de Beneficencia, y no prestó atención. Entonces Isabel le contó a la tía que yo estaba siempre de mal humor, y que debía estar enferma porque casi no comía, la pequeña idiota, apenas tiene doce años y siempre está observando a todo el mundo. La tía acercó su cara a la mía para verme bien y me recomendó una tisana de hierbas que ella misma prepara. Tiene el cutis seco y amarillento como las hojas de los libros viejos, y tuve ganas de decirle que tal vez haría bien en tomarse una taza de su propia medicina. Pero no se lo dije, no valía la pena. Antes se lo hubiera dicho para hacerla rabiarse, pero ahora

no me interesa reírme a su costa, no me interesa lo que piense o diga ella, ni nadie.

Rosa María vuelve a quejarse de la luz. Todos duermen. Qué maravillosa noche la que se lleva este día horrible. Que se lo lleve lejos, muy lejos, al país de los días muertos que no regresan nunca más.

Voy a dormir. Finalmente estoy otra vez en mi cama, envuelta en la luz suave de la vela que pronto voy a apagar, y entonces el cuarto se hundirá en la gloriosa oscuridad que despinta todo, hasta la angustia y el dolor. ¿Hay un dios de la noche? Los griegos lo tenían, creo. Desearía recordar su nombre, para poder invocarlo y pedirle que me traiga el sueño, porque sé que con el sueño vendrá él, y será mío una vez más.

La casa está tan silenciosa, no se oye ni un rumor de voces, ni el chirriar de una puerta, ni siquiera la pisada de terciopelo de un gato. Estoy tranquila, casi feliz. En esta oscuridad y esta quietud me resulta fácil creer que la noche no va a terminar nunca, que nunca habrá otro sol ni otra mañana.

Ven, dios de la noche, aprésame en tus alas negras. Dame el sueño que lo trae a mí, y no me dejes despertar a un día nuevo sin él, sin Mariano.

18 de abril

Esta madrugada, mientras me entretenía buscando figuras entre las sombras del cuarto para ahuyentar mis pensamientos, tuve una extraña visión.

Era una especie de nube circular que flotaba en el aire frente a mí; una nube violácea donde se dibujaba claramente el rostro de una mujer desconocida. Un rostro pálido y triste, rodeado de cabellos castaños, cortos, lisos como los míos. Sus ojos estaban clavados en mí, llenos de una tristeza suave que me acarició durante un largo momento.

¿Qué significa esta visión? No lo soñé, podría jurarlo. Estuvo frente a mis ojos durante un par de minutos, tan real como la presencia de Rosa María en la cama vecina.

Tal vez la angustia de tantas noches sin sueño ha perturbado mi mente, alejándola del mundo conocido. Pero no puedo sentir miedo, ni

siquiera de la locura. Porque me es imposible sentir nada fuera de esta pasión abrumadora, incomprensible, absurda como la muerte.

* * *

19 de abril

Anoche, durante la cena, mi padre anunció que Sofía y Mariano se quedarán a vivir con nosotros. «La casa es muy grande —dijo—, y hay suficientes habitaciones libres para ofrecerles comodidad durante el tiempo que permanezcan aquí. Además —agregó—, tío Amadeo pronto se mudará a la Quinta que acaba de comprar en San Isidro, y la casa resultará aún más espaciosa. Mariano está de acuerdo en la conveniencia de quedarse a vivir con la familia durante dos o tres años; esto le dará el tiempo necesario para poner en orden sus asuntos en Córdoba, y ocuparse con tranquilidad de encontrar una vivienda definitiva para él y su esposa.»

Van a vivir aquí.

Lo veré junto a Sofía en cada almuerzo y cada cena. Le tomará la mano en las noches de verano, cuando nos sentemos en el patio bajo los naranjos, y después se dormirán juntos, abrazados en su cama, a metros de la mía.

No puedo soportarlo. Prefiero morirme.

Pero antes de morirme, prefiero matar.

Córdoba, 14 de mayo

Mi apreciable y respetado padre:

Por las presentes líneas quiero agradecer nuevamente a usted y a mi señora madre el permiso para disfrutar de una temporada junto a mis tías, y asimismo hacerle saber de mi feliz arribo a Córdoba.

Mi llegada se produjo sin más inconvenientes que los normales, provocados por la distancia y el mal estado de los caminos. Mis tías y primas se regocijaron mucho con mi llegada, de la que acababan de tener noticias por medio de su carta de usted.

El clima es muy agradable, tenemos cielo despejado casi a diario y el aire es fresco y seco. Mis dolores de cabeza han mejorado notablemente desde mi llegada, por lo cual me permito solicitar a usted permiso para permanecer aquí durante el invierno y la primavera, cuando mi hermana Rosa María vendrá a reunirse conmigo.

Mis tías doña Carlota y doña Augusta me encargan envíe a usted, mi madre y mis hermanas sus cariñosas memorias, y asimismo a mi tío el coronel Saavedra, tía Remedios y mi prima Milagros. Agregó, es excusado decirlo, mis afectuosos respetos.

Suya afectísima,

MERCEDES SAAVEDRA

* * *

Buenos Ayres, 30 de mayo

Mi apreciable hija:

Con satisfacción he recibido tu amable carta del 14 próximo pasado, de la cual he hecho partícipe a tu madre, como así también de tu petición. Encontrándose ella de acuerdo en alentar tu permanencia en Córdoba durante el invierno y la primavera, no encuentro motivo para denegar un permiso que sin duda robustecerá tu salud.

Envío junto a este correo otro dirigido a mi hermana Carlota. No tengo dudas de que tanto ella como mis sobrinas recibirán con alegría la noticia de tu prolongada permanencia, a la que se sumará la de tu hermana Rosa María al terminar los rigores del invierno.

Recibe las afectuosas memorias que te envían tu madre, tus hermanas y tu hermano Mariano, y la bendición de tu padre.

OCTAVIO SAAVEDRA

* * *

Córdoba, 31 de mayo

Mi apreciable padre:

La presente es para enterarle de mi inmediato regreso a Buenos Ayres. Mis dolores de cabeza, que han empeorado hasta volverse insoportables en los últimos días, urgen mi regreso con el fin de ponerme en manos del doctor Jiménez. Conociendo la confianza que tiene usted depositada en nuestro viejo médico de cabecera, sé que aprobará usted una decisión tan precipitada. Parto en la diligencia que sale mañana por la mañana.

Reciba usted, mi madre y mis hermanas cariñosos respetos. Esperando ver a usted muy pronto, se despide su hija.

MERCEDES SAAVEDRA

Buenos Aires, 2007
Verano

El sol ya atraviesa las persianas; lo noto a través de los párpados cerrados, casi lo adivino trepando el azul tenue del día recién nacido. El día nace y crece y muere, pero hay cosas y personas que nunca nacerán ni crecerán.

En una casona inglesa, el mayordomo apaga los restos del fuego que crepitó en la chimenea durante todo el día. Qué tontería, quedan pocas casonas y pocos mayordomos en Inglaterra. Tal vez ninguno fuera de esas novelas que me cautivaban las tardes de domingo. La campana del pub invita a la última ronda. Los obreros apuran una cerveza más y bostezan camino a casa, a las esposas aburridas que acunan niños llorosos de sueño. Otra idea sacada de algún *best seller*, ¿quedan esposas aburridas que se van a dormir mientras los maridos se emborrachan en el pub de la esquina?

Sin duda he leído demasiadas novelas.

Además no cae la noche en Inglaterra sino en Oriente en estos momentos, otra idea tonta. Sombras sobre picos de pagodas oscurecidas, sobre barcas cargadas de vino de arroz.

El sol se insolenta contra mis ojos, riéndose de mi pretendido sueño. La noche ya se escapó de mí, se marchó a regalar horas de oscuridad e inconsciencia a la otra mitad del mundo. Tal vez muchos otros la esperaron con la misma ansiedad que yo, contaron las horas de luz y de vida que faltaban para hundirse una vez más en el sueño indoloro, vacío de temores.

El piso del baño está frío, un estremecimiento me corre por la espalda. La heladera me muestra las posibilidades del desayuno que todas las personas toman a estas horas del día. Pero yo no; tomaré un té, muchas tazas de té, la pava sobre el fuego, el saquito en la jarra, ya está. Queda tanto día por gastar.

Hay que correr las cortinas y ver el sol, saludar la vida con una sonrisa y una canción, como en las películas de la década de los setenta. ¿Por qué hay tan pocos días nublados, realmente grises, en el verano de Buenos Aires? No es posible escapar del sol en esta ciudad. Es un hermoso país para ser feliz. Es un país y una época de mierda para ser desgraciado.

Las naranjas están frías, saco una de la heladera, me la paso por la cara. Una vez, cuando era chica, estuve mucho al sol y me puse muy roja, me ardía la piel, papá me metió bajo la sombrilla y sacó una naranja fría de la heladerita, esa heladerita fea de telgopor que iba con nosotros a todas partes, y me la apoyó en la frente mientras sostenía un vaso de gaseosa contra mis labios. Quiero recordar el placer de esa bebida y la seguridad de saber que papá estaba ahí, pero es como caminar descalza sobre escarcha intentando recuperar el calor de la arena bajo los pies.

Noches de verano en Europa. Las piernas desnudas y los trenes ruidosos de lenguas mezcladas, murmurando en mi oído con cien acentos distintos: «Puedo hacer lo que quiera... puedo hacer cualquier cosa...», acunándome hasta dormirme estirada en la cucheta. Cierro los ojos esperando el despertar a otras caras y lugares diferentes que todavía no existen, pero que serán míos para siempre a partir de mañana. Me duermo rápido, porque casi no puedo esperar a que llegue mañana; pero un manojito de mariposas se agitan en mi estómago, despiertas.

El agua hirviendo cayendo sobre el té, tiñéndose de marrón oscuro. Los platos de anoche están apilados en la pileta de la cocina, restos de comida flotando en el agua quieta. No hay que dejar los platos sucios secos, después es más difícil limpiarlos, mamá me lo recuerda cada vez que viene.

De nuevo la cama deshecha, las sábanas están calientes todavía, mis ojos están cerrados como en el tren que viajaba a través de Europa, pero las mariposas están dormidas y yo estoy despierta.

Los dedos en el cuadrado negro lleno de botones que encienden mundos de vida artificial. Si cierro los ojos sólo queda el resplandor inquieto golpeándome los párpados, y las voces. Los abro y un hombre habla por teléfono mientras acaricia el lomo de un gato gris y blanco. Los gatos duermen casi todo el día, se enroscan y duermen y eso está bien, porque son gatos.

Una rubia perfecta me cuenta cómo cambió su vida desde que consiguió un abdomen chato. El pelo y el maquillaje son apropiados para una noche de fiesta, no para hacer docientos abdominales en la máquina maravillosa que transforma vidas. Pero la rubia no suda ni pierde la sonrisa mientras explica cómo trabajan sus abdominales inferiores. Las amigas del barrio se revuelven rabiosas frente a la pantalla, unidas por los kilos de más y una historia común de embarazos, tardes de mate y telenovelas. Mirala vos, con esa cara de tonta, te acordás en la secundaria, flaca como una escoba y encorvada en el último

banco, quién iba a decirlo. Bueno, hay formas y formas de conseguir las cosas... Se curvan las bocas en una mueca de complicidad agria. Yo miro a la rubia junto a las vecinas envidiosas que no conozco, junto a otras mil caras que tampoco conozco ni conoceré nunca.

Quizás en este momento, sin saberlo, estoy compartiendo esta imagen con una persona que algún día será parte de mi vida. No nos conocemos, no nos necesitamos, y en algún momento nos preguntaremos cómo pudimos vivir el uno sin el otro. Que loca es la idea.

Tal vez la que está loca soy yo.

Me inclino para levantar la taza, negro, puntos brillantes que giran frente a mis ojos. Quizás me desmaye, tal vez me muera. Pablo vendrá y me encontrará muerta, sucia, con el pelo grasiento y enredado, envuelta en una remera vieja.

Mi bebé.

Pablo no vendrá hoy, ni mañana, porque está en San Pablo sentado frente a una mesa larga de mármol, en el *conference room*, rodeado de hombres como él. Trajes de Armani y olor a loción de afeitarse, olor a dinero y éxito.

El teléfono otra vez. Me muero por hablar con él pero no puedo, no ahora, más tarde, después.

El sol entra finalmente, tengo que cerrar la persiana. Puedo vivir sin sol ni día hasta el lunes, puedo creer que es una sola noche, larga, y dormir. No era un bebé, no era nada todavía, ¿qué era?

Qué soy yo.

Las caras en el televisor son ilusiones pintadas en un pedazo de vidrio frío, nada existe si cierro los ojos. Voy a dormir otra vez, tengo hambre. No vas a comer, no te mereces la comida, no la necesitas.

El resplandor aumenta, me molesta, pero no puedo levantarme. No importa. Me pesan los brazos y las piernas, voy a dormir.

El domingo es un día extraño, melancólico, lleno de una pereza lenta un poco vacía. El sábado tiene rumbo propio, movimientos destinados a un fin; siempre hay algo que hacer o que planear, y las caras están iluminadas de espera. Pero el domingo languidece ya desde el comienzo, con la amenaza del lunes pendiente sobre las horas que se deslizan sin expectativas ya cumplidas o abandonadas en la noche del sábado.

¿Qué color tienen los domingos? Verde oscuro, con vetas marrones. El sábado es blanco, a veces plateado, abierto en las dos *aes* que lo iluminan. Pero el domingo se cierra en las dos *oes* redondas, en el eco oscuro de la *m* y la *n* retumbando en el medio.

En San Telmo, sin embargo, el domingo tiene dirección y sentido. Es un día de actividad que comienza a perfilarse desde ahora, a las nueve de una mañana donde la neblina matinal empieza a disolverse presagiando un día espléndido. Cecilia dobló por Defensa y caminó por la angosta vereda esquivando las botellas de cerveza y las cajas de vino barato esparcidas frente a las cortinas bajas de los dos bares de mitad de cuadra. El sol le dio de lleno en la cara, haciéndola fruncir los ojos, desacostumbrados al resplandor del verano.

Dieron las nueve en el campanario cercano de la iglesia de Santo Domingo. Una mujer de ojotas y ceño arrugado dobló la esquina arrastrando un feo carrito de compras de donde asomaban algunas verduras y un paquete de pan. La visión de los rulos cubiertos por una redecilla aumentó la presión en el pecho de Cecilia. Siguiendo con la mirada el «clac-clac» de las ojotas a través de la vereda desapareja, se preguntó vagamente los detalles de la vida de esa mujer anacrónica, que hubiera encajado igualmente si una hipotética máquina de Wells la arrancara del presente para llevarla a la década del setenta, aun a la del cincuenta.

«¿Por qué es tan difícil vivir?», se preguntó Cecilia sintiendo que el estómago volvía a apretársele de angustia. Tal vez es fácil para la mujer de

los rúleros, quizás la vida es más sencilla para quien no tiene otra preocupación que tener la comida en la mesa a la hora apropiada y la casa limpia. Precisamente el tipo de mujer que siempre la había intrigado, provocándole una especie de fascinación, mezcla de curiosidad y repugnancia. La clase de mujer en la que se había jurado nunca convertirse.

«¿Pero en qué clase de mujer me he convertido?», se preguntó mientras se alejaba. Las redondeces del empedrado le acariciaron la planta de los pies a través de la suela de los zapatos. «En una eficiente secretaria ejecutiva clase A con un problema alimentario, un amante casado y un aborto».

El dolor, otra vez la punzante sensación de pérdida. Cecilia se detuvo y cerró los ojos durante un momento. No pienses, no pienses, te escapaste de la casa y de una semana de encierro para dejar de castigarte.

Pablo me ama. Mañana lo veré y me dirá que me quiere, como me lo repitió toda la semana por teléfono, como me lo dijo el viernes cuando pasó a verme antes de ir a su casa, de regreso del aeropuerto. Vino a verme a mí, antes que a Sandra y los chicos.

Dobló a la izquierda y apuró el paso por la callecita lateral, casi tan angosta como las de una ciudad medieval. Casi tanto como el Callejón de los Muertos, en Toledo. Los bordes del ataúd rozaban los bordes de las casas, y el cortejo venía detrás, de dos en dos, mientras las campanas de la Catedral desgranaban campanadas lentas que iban despertando ecos en el pueblo silencioso. Yo lo vi, yo caminé por esas mismas calles, escuché las mismas campanas que doblaban por los muertos tantos siglos atrás. Desearía estar en Toledo ahora, sola con el eco de mis pasos sobre las piedras, olvidándome de mi vida y de mi historia entre el peso de siglos de angustias pasadas.

Llegó al final de la calle y se detuvo. Como había supuesto, don José ya estaba sacando a la vereda el pesado cartel colgante donde se leía: LIBROS Y OBJETOS RAROS Y ANTIGUOS, escrito en letras góticas sobre una plancha de hierro pintada de verde inglés. La vista del anciano le dibujó una leve sonrisa. Él mismo era una reliquia, una reminiscencia de épocas pasadas, como los libros que se amontonaban en la tiendecita oscura que no muchos conocían. Era fácil hablar con él, casi tan fácil como había sido hablar con su padre.

Cecilia respondió al saludo de don José a través de la persiana a medio subir y entró a su vez. El aroma conocido a papel viejo la envolvió como una mano protectora. ¿Por qué siempre había sentido que la protección contra el dolor estaba en el pasado? Tal vez porque hundiéndose en historias ligadas a

vidas de otros tiempos era posible olvidarse por un rato de uno mismo, de una época o de un presente no deseado. «Cada uno tiene su propio método para luchar contra el miedo y el dolor», se dijo a modo de justificación mientras pasaba los dedos sobre los lomos color ocre de una *Enciclopedia Británica* de fines de siglo pasado.

—¿Cómo está, Cecilia? —preguntó don José a su espalda—. Hace tiempo que no la veía por acá.

—Así es, un par de meses.

—¿Mucho trabajo?

—Bastante, sí.

El rostro de don José se iluminó con una mirada traviesa.

—Estaba esperándola. Pensaba llamarla la semana próxima si no venía. Tengo algo para usted.

—Algo muy importante —agregó después de una pausa—. Algo *grosso*, como dicen mis nietos.

Con una sonrisa desapareció en la habitación trasera de la tienda, regresando un instante más tarde con una caja cerrada con cinta de embalar.

—En realidad se trata de algo que debería ir a parar a algún museo, no a manos de un particular —dijo en tanto despegaba las solapas de la caja—. Pero la familia que me lo ofreció necesita dinero rápido, y quieren evitar trámites y papelerío.

Terminó de abrir la caja y, con infinito cuidado, extrajo una pila de cuadernos de tapas de cuero marrón gastado.

—Un diario —murmuró triunfante, colocándolos frente a Cecilia—, de la primera mitad del siglo XIX.

Cecilia contuvo el aliento.

—¿Un diario? ¿Un diario personal?

—Sí. El diario íntimo de una joven de la aristocracia porteña, escrito a lo largo de varias décadas de su vida.

—¿Cómo llegó hasta usted?

—Me lo trajeron dos hermanos hace un par de días. Son nietos o biznietos de una familia alemana que se mudó a lo que fuera la residencia de la familia Saavedra durante el siglo XIX. Una enorme casa solariega que no estaba lejos de aquí... a pocas cuadras, a decir verdad. Cuando esta familia de alemanes compró la casa, alrededor de 1900, decidieron reformarla casi en su totalidad, tirando abajo algunas partes y construyendo un segundo piso. Parece ser que en medio de las reformas los albañiles encontraron este montón de cuadernos

escondidos bajo el piso del altillo de lo que fuera la casa original.

»La familia, que era de gran fortuna —continuó el anciano—, conservó los diarios en su biblioteca sin darles demasiada importancia. Parece ser que estos dos hermanos heredaron los libros y varios objetos de valor cuando fallecieron sus bisabuelos y la casa se subdividió y se vendió. Y ahora, necesitados de dinero, se están desprendiendo de casi todo.

Cecilia abrió el primer cuaderno y observó la caligrafía, grande y despereja como la de un niño.

—Ocho de marzo de mil ochocientos veinte y tres —murmuró.

—Sí —asintió don José—. Ese es el comienzo. La joven empezó a escribir a los dieciséis años. Los primeros cuadernos están llenos de detalles inocentes de la vida diaria típica de las muchachas de esos tiempos. Después... pero no, no le quitaré a usted la emoción de ir descubriendo la historia como lo hice yo, sin ninguna expectativa —hizo una pausa y agregó—. Los diarios están ordenados según las fechas, yo los ordené a medida que iba leyendo. Y no me costó poco trabajo, mi vista ya no es la de antes.

—La tinta está muy bien conservada, tratándose de algo tan antiguo —dijo Cecilia acercando el cuaderno a la luz.

—No hay dudas acerca de su autenticidad —apuntó don José—. Los hice examinar por mi colega, Martínez, ¿se acuerda? El de la galería de Palermo Viejo, que fue restaurador de arte en Europa.

—No quise insinuar lo contrario.

Cecilia cerró el cuaderno y lo colocó sobre los otros.

—¿Cuánto pide, don José?

El anciano mencionó una cifra, añadiendo:

—Sé que es mucho, pero los dueños fueron muy claros en cuanto a la cantidad que quieren obtener por esto. Si no les consigo lo que piden, intentarán venderlo por otra vía.

Cecilia permaneció en silencio. La suma representaba casi la totalidad de sus ahorros de meses, pero sabía que no se atrevería a regatear, ni siquiera a don José.

—Piénselo. Quería que usted fuera la primera en saber de esto, pero no puedo esperar más que un par de días. Después tendré que ofrecerlo a otros coleccionistas, usted sabe, clientes como usted que pasan o llaman de vez en cuando en busca de cosas como esta.

Cecilia deslizó los dedos sobre las frágiles hojas de los cuadernos. Después abrió su bolso y sacó su billetera.

—Puedo pagarle una pequeña parte en efectivo. Pondré el resto en la tarjeta, si no tiene inconveniente.

* * *

A las ocho y media, Cecilia se despertó con el timbre del portero eléctrico. Miró el reloj y advirtió que había dormido durante horas. ¿Quién podría ser? Se incorporó en el sofá y se esforzó por pensar a través de la debilidad y el sopor que le empañaba la vista. Mamá nunca vendría sin llamar antes para asegurarse de encontrarla. Pero tal vez, como ella había cancelado su visita semanal... Todavía no tenía coraje para sentarse frente a Mamá y decir que todo estaba bien, como siempre. Se frotó los ojos y miró el paquete de cuadernos envuelto en papel madera. Había pensado en dormir sólo un rato antes de empezar a leer el primero. No, no podía ser Mamá, hoy era su día de cine y cena con amigas, nunca vendría a aburrirse a casa de su hija un domingo por la noche. El portero sonó otra vez.

—Soy yo, Ceci. ¿Puedo subir?

Cecilia se quedó muda, conteniendo la respiración.

—¿Ceci?

—Sí... sí, claro, subí —y agregó casi sin aliento—. Estaba en la ducha, entrá y esperame.

Recogió frenéticamente algunas de las ropas y platos sucios amontonados sobre la mesa y el sofá, después corrió a encerrarse al baño y abrió la ducha. Alcanzó a quitarse la camisa y el pantalón antes de sentir la llave en la puerta, y terminó de desvestirse bajo el agua. Se estaba enjabonando cuando él golpeó la puerta del baño.

—Esperame un minuto, enseguida salgo.

—No puedo quedarme mucho. Te llamé para avisarte de que venía, pero no contestaste —dijo Pablo desde el living.

Frenética, se enjuagó y se envolvió en la toalla. Corriendo al dormitorio, se delineó los ojos y los labios, se perfumó y se puso un vestido negro suelto mientras metía los pies en un par de zapatos de taco alto. Cinco minutos después estaba sentada al lado de Pablo, con la cara hundida en su cuello.

—¿Cómo estás?

—Mejor. Mañana vuelvo a la oficina. Falté cinco días, tengo que volver.

Él le apretó la mano y sonrió.

—Bien, Ceci. Estaba preocupado por vos. Pero ya pasó todo, mi amor.

Tenemos que seguir con nuestras vidas.

«¿Nuestras vidas? —pensó Cecilia mientras se ponía de pie para servirle un whisky—. La tuya y la mía, que sólo se juntan en algún momento perdido, en estos ratos perdidos que son toda mi vida, pero no la tuya. Él me ama», se dijo sintiendo culpa y vergüenza por esos pensamientos negativos hacia el hombre que estaba allí a escondidas de su familia, en una noche de domingo, porque la amaba y se preocupaba por ella, por su salud y su bienestar.

—¿Qué hiciste hoy? —le preguntó, con ese afán perpetuo de enterarse de lo que le dolía conocer, sabiendo que más tarde cada palabra volvería una y otra vez a torturarla durante horas y hasta días sucesivos. Ignorante de la angustia contenida de su voz, Pablo se explayó en pormenores.

—Lo mismo de cada domingo. Los chicos me despertaron con el desayuno y se quedaron en la cama conmigo. Los domingos no me los puedo sacar de encima en todo el día. Es lógico, durante la semana casi no los veo. Solamente a la noche, y la mayoría de las veces ya están dormidos cuando llego.

Yo también te veo sólo a ratos, y no todos los días. Ellos al menos te tienen los fines de semana. Ellos y Sandra. Pero hoy es domingo y está acá, mintió por mí, miente y engaña a Sandra y a sus hijos para verme. Te amo, te amo tanto.

—Almorzamos con los padres de Sandra. Los chicos estuvieron todo el día en la pileta, no había manera de sacar a Flor del agua. Pero le dije a Sandra que tenía que volver para hablar con Julio sobre la reunión de mañana, y a las seis ya estábamos en la ruta.

La buena y comprensiva Sandra, con sus papás ricos y su ejército de niñeras y mucamas. Pero él no te quiere, está con vos por tu dinero y porque sos la madre de sus hijos.

—¿Y vos, que hiciste? —preguntó Pablo acariciándole el cuello por debajo del cabello húmedo.

—Fui a San Telmo, a la librería de don José, el anticuario. Conseguí un diario del siglo XIX, algo apasionante. Me muero por leerlo.

No le dio más detalles porque sabía que Pablo no se interesaba por el pasado ni por lo antiguo a menos que se tratara de un objeto de valor y con posibilidades de reventa.

—Qué cansado estoy —dijo Pablo estirándose en el sofá—. Los fines de semana no me alcanzan ni para empezar a relajarme. Y mañana tengo que estar en la oficina a las siete, hay reunión de directorio con el equipo español.

Cecilia empezó a masajearle los hombros. Él cerró los ojos y siguió hablando de lo que le esperaba en la oficina durante los próximos días mientras ella le frotaba la espalda. Después se tendió en el sofá y la atrajo hacia él, murmurándole al oído:

—Ceci..., ya sé que no podemos... pero estar junto a vos me vuelve loco...

Comprendiendo, Cecilia se arrodilló frente a él y comenzó a desprenderle el cinturón.

Te amo, Pablo. No te vayas. Voy a hacerlo despacio, muy despacio, para que te quedes conmigo mucho tiempo.

Pero él salió del baño mirando el reloj y diciendo que era tardísimo, que cuando estaba con ella el tiempo pasaba volando, y que mañana tenía que levantarse antes de las seis.

—¿Querés tomar un café? ¿Otro whisky? —preguntó Cecilia siguiéndolo por el living mientras él recogía el celular y lo encendía, se alisaba la ropa y se pasaba un peine frente al espejo que estaba junto a la puerta de entrada.

—No, mi amor. Me encantaría quedarme con vos, ya lo sabés, y poder besarte y abrazarte durante toda la noche.

Cecilia se colgó de su cuello intentando apresar su olor a loción de afeitarse y un resabio de perfume caro.

—Te amo. Te amo.

—Yo también, Ceci. Mañana te llamo.

La puerta se cerró y Cecilia se quedó sola. El espejo le mostró la palidez de su rostro entre los cabellos mojados y el reflejo de su cuerpo hueco. La soledad de la noche de domingo cayó sobre ella, ahogándola. Dio dos vueltas de llave a la puerta y se desprendió el cierre del vestido, dejándolo caer al suelo. Fue al dormitorio y se puso un pantalón y una remera amplia.

La heladera estaba vacía. Rebuscó en las alacenas hasta encontrar un paquete de galletitas y se las comió de a dos mientras se ponía las zapatillas y metía dinero en el bolso. En el placar, bajo la ropa interior, había quedado media barra de chocolate, estaba segura. ¿O lo había puesto en el cajón de la mesa de luz? Rebuscó frenética hasta encontrarlo y lo guardó en la cartera mientras se metía en la boca la última galletita. Alcanzaría para comer en el camino, hasta llegar al kiosco-almacén que estaba a dos cuadras y no cerraba en toda la noche. La heladería todavía debe de estar abierta, pensó mientras apretaba impaciente el botón del ascensor.

Buenos Ayres, 1828
Otoño - Invierno

El primer día de viaje fue relativamente fácil, apresurado por la excitación de estar finalmente en camino. Todavía escuchaba los adioses austeros de la tía Carlota y las preguntas apenas respondidas entre el armar desordenado de baúles. Sabía que las primas cuchicheaban desconfiadas, clavándole los ojos en la espalda, aprensivas ante la mirada ardiente y un poco desquiciada de sus ojos y el color encendido, casi febril, de sus mejillas. No le importaba.

Había llegado ahogada por el peso de su amor desesperado, huyendo de Buenos Ayres y del miedo de sus propios pensamientos. La efusividad de las tías y la abierta alegría de la casa ante su llegada, que agregaba una nota de novedad a las monótonas veladas familiares, la habían oprimido hasta casi hacerla gritar. Le molestaba la charla ociosa y constante, las preguntas sobre la familia, la casa y la ciudad que quería olvidar. Se arañaba las manos debajo de la mesa cuando se veía obligada a hablar sobre Sofía y su esposo. Como era lógico, los recién casados eran tema recurrente en las conversaciones del ramillete de muchachas todavía solteras, ansiosas de detalles sobre la vida de casada de la bella prima a la que habían dejado un par de días después del matrimonio.

Mercedes hubiera deseado encontrarse con las sierras desnudas y el aire seco, con la naturaleza callada que no la molestaba con preguntas ni le recordaba su desesperación. Tal vez entonces podría olvidar. En las largas comidas seguidas por veladas de mate y labores interminables, soñaba con una nueva huida, esta vez para siempre, con una choza en una ladera solitaria, con envejecer y morir sola entre los árboles y las piedras de contornos caprichosos. Esconderse como las heroínas de las novelas baratas, hasta que la soledad y el tiempo mataran su deseo y sus recuerdos.

Llegó a pensar en el convento, único refugio digno para la mujer que no quería o no podía unirse al destino común y bendecido del matrimonio, en ocultarse detrás de un velo como tantas otras lo habían hecho a lo largo de la historia. Pensó en las pasiones ahogadas con horas de rezo y penitencia, en el

deseo apagado bajo el peso de años de frases latinas cantadas en alabanza al Señor. La idea la perseguía en las siestas insomnes, cuando se escapaba del dormitorio para pasear su angustia entre los árboles del huerto. Sintió el frío de la celda en las madrugadas de invierno, cuando la campana llama a maitines, los atardeceres nostálgicos del claustro solitario, los cabellos cortos creciendo vigorosamente sin que un beso los roce, la piel secándose sin sentir el calor de una mano, jamás. Y abandonó la idea con un escalofrío cuando la visión romántica de un destino idealizado cedió paso a los detalles crudos, verdaderos, de una existencia que la horrorizaba, y que sólo el consuelo de la fe hubiera vuelto tolerable.

Las tías se extrañaban ante su mutismo, la agobiaban a consejos mientras ella se inclinaba sobre el bastidor y fingía permanentes dolores de cabeza. A veces se ofrecía a leer en voz alta o a tocar el piano. De esa manera podía dejar fluir sus pensamientos o tal vez no pensar en nada, recitando palabras que no entendía, hundiéndose en acordes que no escuchaba.

Las horas se deslizaban en una cantinela de tareas femeninas que la enloquecía. La ausencia de hombres en la casa hacía que la conversación recayera de continuo en las pequeñas menudencias femeninas acerca de las cuales la joven nunca había sido muy afecta a hablar.

Mercedes siempre había sentido, aunque de una forma vaga, que no encajaba en el patrón acostumbrado y aceptado de la joven porteña de buena familia, sin otorgar al hecho demasiada importancia. Pero ahora el abismo entre ella y el resto de las mujeres que la rodeaban en todos los momentos de su vida se había hecho enorme, insalvable. Hasta la conversación más sencilla se le hacía imposible. Las palabras flotaban y se detenían en el aire como pájaros cansados antes de llegar a sus oídos transformadas en ruidos huecos, sin sentido. Desesperada, se preguntaba si esto era el comienzo de la locura, de algo que la llevaría indefectiblemente a un mundo diferente del que tal vez no habría regreso.

Los días claros se sucedieron y las noches se hicieron más dolorosas, hasta que una tarde, en medio de los acordes trágicos de la *Appassionata* de Beethoven, Mercedes sintió que si estaba un día más, una hora más sin ver los ojos de Mariano, se volvería realmente loca. Porque sabía que ella ya no era ella, porque tenía miedo de sí misma desde que Mariano había entrado en su vida.

Las primas habían alzado la mirada, extrañadas ante el silencio repentino del piano, pero ella no se había molestado en explicaciones. Salió sola de la

casa y caminó hasta la posta más cercana, donde compró un lugar en la primera diligencia con destino a Buenos Aires. Después consiguió papel y tinta en la pulpería y redactó unas líneas apresuradas dirigidas a su padre, bajo las miradas de los gauchos que la recorrieron abiertamente sin que ella lo advirtiera. Sabía que nadie se atrevería a faltarle el respeto a la sobrina de Carlota Saavedra, viuda de Juan Billinghamurst y dueña de una de las estancias más extensas de Córdoba. Pero eso no impedía que las miradas oscuras de los hombres se deslizaran sobre su cuerpo adivinando los contornos bajo la muselina rosa del vestido.

Las monedas y el sobre apresuradamente lacrado pasaron de la mano de Mercedes a los dedos cetrinos del pulpero en medio de un silencio completo. Fue entonces cuando el loco Venancio, ese personaje atemporal que se había convertido años atrás en parte inseparable del paisaje del pueblo, abandonó la silla y la botella donde un día se había ahogado su cerebro embrutecido. Mercedes no advirtió la proximidad hasta que olió el alcohol sobre sus cabellos y sintió los dedos clavados en su antebrazo. Entonces, sin darle tiempo a sentir miedo, otros dedos apartaron la mano de su brazo y brilló un facón entre ella y Venancio.

—Váyase a casa, señorita. Este no es lugar para una niña como usted.

Mercedes miró el filo del cuchillo que el hombre sostenía contra el cuello del borracho. Después vio los ojos del hombre, que eran verdes como los de Mariano, más verdes aún contra la piel oscura de sol, y no se movió.

—Váyase.

Mercedes corrió hacia la calle, pero el miedo a sus propios pensamientos se aferró a ella, pertinaz. Ni cuchillos ni hombres podían más que el horror de su angustia y su deseo.

* * *

Mercedes cambia de posición en el asiento y mil agujetas se despiertan en la parte superior de sus piernas. La sensación le provoca primero ganas de reír, después una molestia casi insoportable, hasta que la inmovilidad forzada la hunde de nuevo en una piadosa insensibilidad. Piensa que debe haberse adormecido rememorando los días pasados en Córdoba, porque siente el cambio de luz detrás de los párpados cerrados. Abre los ojos y descubre las cortinillas descoloridas por el sol para ver el camino. Las últimas luces del atardecer pintan el horizonte de naranjas increíbles, mezclados con azules que

se funden en las sombras violáceas de los montes lejanos. Después nada, solamente campo liso, eterno, extendiéndose hacia el horizonte cada vez más oscuro.

Poco a poco las primeras estrellas aparecen en el cielo casi violeta que precede a una noche perfecta. Más tarde una luna brillante, casi redonda, alumbra la pequeña caravana solitaria en medio de la inmensidad. Mercedes contempla esa piedra brillante colgada de la nada, y nota una vez más que la superficie clara está despareja, como manchada de hollín. Qué noche tan calma y estática, qué inmenso el cielo cubierto de estrellas inmóviles, como joyas sobre una pechera de terciopelo oscuro.

Mercedes vuelve a correr las cortinas y el interior del coche queda aislado de la belleza de la noche. Los viajeros cabecean, dolorosamente acomodados en los asientos duros. Hay un viejo que viene del Alto Perú, un matrimonio joven que va a Pergamino y dos damas ancianas, hermanas, que viajan acompañadas de una negrita muy joven. Mercedes viaja con Dionisia, una mulata cuarentona de caderas tan anchas que desborda la madera de los asientos.

El viejo que viene del Alto Perú reza, pasando una a una las cuentas de un rosario de hueso al ritmo de una plegaria silenciosa. Su cabeza se mueve como la de los demás, de izquierda a derecha, de arriba hacia abajo y arriba otra vez, sacudida por el andar desparejo. Mercedes inclina la cabeza contra el vidrio. Otra noche más. Siente que cada parte de su cuerpo se va convirtiendo en un trozo de carne insensible, tratando de acomodarse al respaldo duro y al asiento plano. Se pregunta una vez más cómo hacer para resistir hasta la mañana, encerrada en esa caja que huele a comida y a cuerpos sin lavar. Se envuelve mejor en el mantón de lana espesa, hunde la cara en el almohadón bordado que la tía le entregó a Dionisia antes de la partida, en un intento de hacerle más soportable ese viaje que no comprendía ni aceptaba.

Chocan las cuentas de hueso del rosario. Los dedos del viejo frotan la cruz con un afán casi sacrílego, mientras sus labios siguen musitando una letanía interminable de avesmarías. Mercedes cierra los ojos y vuelve a pensar en Mariano, y en las tías asustadas, y en aquellas últimas horas en Córdoba, porque la noche es tan larga, y no es posible dormir.

* * *

Era casi de noche cuando volvió a la casa. Las cabezas juntas de las tías

asomaban por la ventana que daba al jardín, asustadas.

—¡Mercedes, niña, por el amor de Dios! ¿Qué es esto de salir sola de la casa sin decir una palabra a nadie? ¿Dónde has estado? ¿Por qué no llevaste a Dionisia contigo? ¿Qué le diré yo a mi hermano, si algo te sucede? Si mi esposo viviera...

La tía Carlota, viuda desde los veinticinco años, se había habituado a la vida sin marido desde tantos años atrás que la idea de tener un hombre a su lado ya no tenía cabida en sus pensamientos, y Mercedes lo sabía. Sin embargo, cuando algo la perturbaba, enarbolaba el nombre del olvidado difunto como un estandarte ante su condición de mujer desvalida.

—Cuando supe que habías salido, envié de inmediato a los criados a buscarte. ¿Tienes idea de lo que significa para una señorita andar vagando por las calles sin compañía, como una cualquiera? ¡Ah, si viviera mi pobre Juan, que Dios tenga en la gloria! Él nunca hubiera permitido un comportamiento semejante en una joven de su familia, en su propia casa.

La tía Augusta Tomasa, que nunca había tenido hombre, mostró su aprobación con un movimiento de cabeza tan vigoroso que las puntas del moño le rasparon la nariz.

—Mi hermano siempre supo señalar el camino a la mujer respetable que quisiera seguir siéndolo. La muerte de nuestro padre lo dejó a cargo de mi madre, mis hermanas y yo cuando él apenas había cumplido diez y siete años. Como único hijo varón, y aún después de casado contigo, Carlota, jamás descuidó su responsabilidad sobre nosotras. Se ocupó de nuestra educación, vida social y matrimonios. Y de no ser por esa muerte repentina que se lo llevó siendo aún joven, estoy segura de que hubiera sido capaz de hacer de Mercedes una verdadera señorita. Que no sólo lo fuera —agregó después de una pausa para respirar—, sino que también se comportara como tal.

Mercedes clavó la mirada en los ojos duros de doña Augusta Tomasa.

—Yo diría que mi difunto tío no puede haber sido tan hábil en el cumplimiento de su deber, tía Augusta, ya que no consiguió encontrar marido para usted.

Un gorgoteo horrorizado separó los labios de la solterona y dos manchas rojas como bofetadas aparecieron bajo la capa de polvos de arroz que le cubría las mejillas. Temblaron sus manos amarillentas que nunca habían tocado la piel de un hombre.

Asustada, doña Carlota miró a su cuñada. La soltería de la hermana de su esposo era un tema que nadie en la familia se había atrevido a tocar jamás en

su presencia. Augusta Tomasa llevaba su condición como una carga humillante que la separaba del resto de sus hermanas, como un estigma que la volvió fría y mala. A diferencia de otras mujeres en su misma condición, no tenía una carta, borrosa por el tiempo y las lágrimas, que releer en las noches vacías, ni una flor aplastada entre las hojas de un libro que mostrar a sus amigas. El paso de los años no había atenuado su rencor, y todavía ahora, a pesar del cabello gris y las arrugas, cada nuevo casamiento de las jóvenes que podrían haber sido hijas suyas le agriaba un poco más el rostro sin sonrisas.

A pesar de su estado de ansiedad casi enfermiza, Mercedes advirtió el odio de la tía Augusta, un odio espeso de años de amargura y decepción que pareció materializarse en medio de las tres mujeres calladas. Pero ella ya estaba harta, harta de las tías y de las primas y de los buenos modales, y tenía que ocuparse de sus baúles.

—Me vuelvo a Buenos Ayres, tía Carlota. Acabo de comprar un asiento en la diligencia que sale mañana temprano, y he escrito a mi padre anunciándole mi regreso. Mis dolores de cabeza son peores desde que llegué, y necesito ver al doctor Jiménez lo antes posible. Lamento mucho tener que abreviar mi estadía, pero no puedo esperar más tiempo.

El odio de los ojos de la tía Augusta y el estupor de doña Carlota se transformaron en dos miradas horrorizadas.

—¿La diligencia? ¿La diligencia pública?

—¿Volver a Buenos Ayres? ¿Sola en la diligencia, con un montón de extraños?

—Te lo dije antes, Carlota, y esto lo confirma, esta niña no está bien de la cabeza. Yo me lavo las manos. No estoy dispuesta a escuchar más de esta insolencia y esta locura.

Y doña Augusta Tomasa salió de la habitación casi corriendo, agitando a su paso enervado las colas del chal gris de lana y el rosario que colgaba de su cintura. Mercedes no esperó más. Encontró a uno de los negros pequeños jugando con el perro en los pasillos y lo mandó en busca de Dionisia.

La tía Carlota la siguió al dormitorio.

—Mercedes, esto es una locura. No saldrás de aquí sin el consentimiento de tu padre. Soy responsable de tus actos mientras estés en mi casa. Si tanto necesitas un médico puedes consultar al mío y volver a Buenos Ayres una vez que mi hermano esté informado de tu deseo de regresar. Tú misma pediste pasar el invierno en Córdoba, y ahora te despachas con semejante desatino. Una Saavedra no viaja durante días y días en una galera pública con

un montón de extraños. No saldrás de mi casa de ese modo, aunque tenga que encerrarte.

Resoplando, Dionisia doblaba la enorme falda de encaje del mejor vestido de Mercedes. Casi parecía que el baúl no tendría suficiente capacidad para contenerlo, pero Mercedes lo aplastó impaciente con un par de zapatos y empujó la tapa hasta cerrarla de un golpe.

—Me vuelvo a Buenos Ayres, tía, y mañana mismo. Enciérreme si quiere, y me obligará a escaparme. Romperé las ventanas, gritaré hasta que el pueblo entero se agolpe a su puerta. Entonces sí que el daño será grande para usted y para mí.

La tía Carlota se puso pálida y sus labios se agitaron como si fuera a llorar. Con un gesto de desamparo, se dejó caer en una silla ocultando el rostro en un pañuelo.

—¿Qué haré yo contigo, por Dios y su Madre Santísima? Si viviera mi pobre Juan Billingham... —repitió—. Si alguna de mis hijas hubiera sido varón...

Las primas habían preguntado poco y hablado mucho a sus espaldas, repelidas por su actitud ausente y exasperada. La tía Augusta Tomasa no salió a despedirla.

Mercedes se olvidó de todas desde el momento en que la puerta del coche se cerró detrás de ella, llevándosela junto a Dionisia, los baúles y el almohadón bordado de la tía.

* * *

¿Qué se hace con el agujero de la nada que se agranda a nuestro alrededor hasta el infinito? ¿Qué se hace con la noche insomne, llena de vacío?

La pampa se alarga, interminable como el deseo que aprieta el pecho de Mercedes. El grito de los caranchos rompe el silencio con un ruido diferente al de las ruedas de la diligencia. La luna dibuja contornos en el horizonte y sombras en la frente de Mercedes, que quiere dejar de pensar pero no puede hacer otra cosa, qué otra cosa se puede hacer encerrada en la caja temblorosa, rodeada del olor rancio de los cuerpos sucios y la comida amontonada bajo los asientos. Si tan solo pudiera escribir, escribir como lo hizo en cada hora libre en casa de tía Carlota, seguir derramando en el papel la angustia y la pasión que la trastornan.

El viejo del rosario se durmió, su cabeza cae sobre el pecho y un ronquido

apagado le agita la boca abierta. Duermen las hermanas viejas, dos bultos informes de chales y frazadas descoloridas. Mercedes mira el anillo en una mano áspera, un anillo gastado y feo, y siente pena por esos dedos colgantes, por el viejo que ronca con la boca abierta, por esos cuerpos retorcidos dolorosamente. Siente ganas de cargarlos a todos en un pájaro de alas enormes y llevarlos por el aire lejos de la caja cerrada y los caminos eternos como esa noche maldita, interminable.

Pensar y pensar... Si al menos pudiera leer, ya que no escribir, hundirse en un mundo donde no exista la diligencia ni la cama caliente donde Mariano duerme abrazado al cuerpo de Sofía, sus ojos verdes cerrados contra los bucles dorados, las piernas húmedas entrelazadas.

Mercedes aprieta los párpados con tanta fuerza que mil estrellas minúsculas explotan delante de sus ojos. Laten sus sienes doloridas. La escena imaginada casi la hace gritar. Todos los pensamientos la llevan a Mariano; a Mariano que duerme junto a su esposa mientras la diligencia sacude sus huesos doloridos a través de la pampa. Sofía descansa en los brazos de Mariano mientras ella se acurruca en el asiento duro junto a un puñado de personas que nunca antes vio en su vida. Los pasajeros de la diligencia comparten la noche como Mariano lo hace con Sofía, pero ellos están casados y así debe ser; en cambio ella y los demás viajeros no se conocen, nunca se habían visto ni se verán después, y sin embargo allí están, compartiendo el sueño y la oscuridad.

Mercedes piensa en lo extraño de esa convivencia forzada, desmenuza la idea con desesperación, porque su mente la tortura mostrándole una y otra vez la misma imagen, y ella quiere escapar, pero no puede. El odio la lastima más que el encierro o la inmovilidad. Se pregunta cómo puede odiar tanto a su propia hermana, que no cometió más pecado que casarse con el hombre elegido por sus padres, cumpliendo con el destino de toda hija, mujer, de buena crianza. Sofía no sabe nada de su amor ni de su odio. ¿Por qué, entonces, siente ella esa sensación de furia, de pérdida, por alguien que no es suyo ni nunca lo fue? Sus uñas se clavan en sus sienes mientras se esfuerza por comprender ese amor nacido de la nada, de improviso, avasallándola a ella y a su vida.

Las cortinas empiezan a filtrar la luz de un día nuevo sobre los rostros amarillentos de los pasajeros apenas despiertos, lastimándoles los párpados hinchados de sueño. El viejo abre la boca en un bostezo ruidoso que termina en un acceso de tos flemática. Las hermanas se desperezan debajo del

traperío informe que las cubre. El viejo saca una escupidera de bolsillo negra, levanta la tapa y escupe dos veces dentro de la abertura. El soldado y su esposa están despiertos, la joven deshace el rodete que contiene sus cabellos opacos y vuelve a peinarlos en una trenza flaca que enrosca sobre la cabeza. El soldado revuelve la canasta que está debajo de sus rodillas y saca medio pan redondo y un trozo de queso amarillo oscuro envuelto en una servilleta. Corta una rebanada de queso con el facón que lleva a la cintura y el olor rancio y penetrante se adueña del aire, ahogando por un instante el resto de los olores.

Mercedes mira por última vez a cada uno de los viajeros a través de los párpados entornados, porque pronto estarán en Buenos Ayres y no volverá a dormir con esas personas que no conoce ni quiere conocer, sólo unas pocas horas más y cada uno partirá por un camino distinto para no acordarse de los otros, nunca más. Siente asco y lástima por esas cinco personas que la acompañaron en el penoso viaje. No cuenta a las negras porque ha sido criada en el convencimiento de que los negros no son personas, aunque ahora la ley los hace nacer libres.

Finalmente la diligencia se detiene, un último descanso y luego, sólo unas pocas horas más hasta Buenos Ayres. Tiempo para vaciar las vejigas hinchadas, estirar los miembros doloridos y respirar, respirar el aire puro y frío de la mañana de fines de otoño. Mercedes no acepta más alimento o bebida que un vaso de agua. Camina, manchándose los zapatos con el rocío que humedece el pasto, ansiosa esta vez por volver a la prisión del coche que pronto la llevará a Mariano. A un hombre al que no podrá tocar ni casi hablar, a un hombre que es su hermano, el esposo de Sofía.

* * *

Atontada por el viaje, con el cuerpo entumecido y la mente desordenada, Mercedes no estaba preparada para la hecatombe que produjo su llegada en la casa y la familia. Su carta había sido recibida esa misma mañana junto con otra de la tía Carlota, que sin duda había escrito de inmediato al enterarse de su inminente partida.

Mercedes apenas había puesto un pie dentro de la casa cuando fue llamada a presencia de su padre. El despacho era una habitación grande y poco iluminada, con paredes recubiertas en madera oscura y sólidos muebles de dimensiones majestuosas. Hasta la notable altura y corpulencia de don

Octavio Saavedra se veían reducidas frente a la amplitud de la mesa de jacarandá que lo separaba de Mercedes. Don Octavio levantó los ojos al verla entrar y se quedó mirándola, los codos apoyados en el grueso cuaderno que contenía la historia de la economía familiar apuntada con su caligrafía enrulada. Las emociones que se agitaban dentro de la joven eran demasiado poderosas como para permitirle sentir miedo, y pudo sostener sin esfuerzo la mirada de los ojos oscuros enmarcados por cejas casi tan espesas como los bigotes y las patillas crespas. Sobre el libro había un sobre abierto manchado de lacre rojo.

No la invitó a sentarse, y Mercedes permaneció de pie frente al escritorio, con el vestido arrugado y los cabellos pegoteados de suciedad de días y de polvo. Su padre la observó con una mirada parecida a la que hubiera podido dirigir a un negro que hubiera desobedecido sus órdenes.

—Casi no sé cómo empezar a hablarte, Mercedes. Viendo tu aspecto, sumado a esta carta insensata —agregó volviendo a sacar el pliego del sobre y apoyándolo sobre el escritorio—, me avergüenzo de tener que llamarte mi hija.

Hizo una pausa para sacar otra carta de la gaveta superior del escritorio.

—Te advierto que estoy haciendo un gran esfuerzo para controlar mi ira. Ya no eres una niña, Mercedes, tienes veintiún años y si no estás casada es sólo porque aún no hemos encontrado marido adecuado para ti. A tu edad, tu madre era una señora madre de cuatro hijos. Por lo tanto, el hecho de que continúes soltera no es una excusa para seguir comportándote como una niña, porque has dejado de serlo hace tiempo.

Mercedes mantuvo los ojos fijos en el rostro crispado de don Octavio Saavedra. Pensó distraídamente que Sofía se hubiera desmayado de angustia de encontrarse en una situación semejante, pero el pensamiento se desvaneció, indiferente como el eco de las palabras de su padre. Se preguntó si Mariano estaría en la casa. Tal vez estaba cerca, a metros de ella. Tal vez en algunos minutos estaría frente a él.

Don Octavio desplegó el papel que había sacado del primer sobre y Mercedes reconoció la caligrafía diminuta y elaborada de tía Carlota, seguida por un párrafo en letra picuda, de la mano de doña Augusta Tomasa.

—Mi hermana no encuentra palabras para describir tu comportamiento. Me escribe que se sintió impotente para detener tu partida, cuando amenazaste escapar y finalmente saliste de su casa como una loca después de faltar al respeto a ella y de insultar a doña Augusta Tomasa. Realmente,

Mercedes, jamás esperé que una hija mía, criada y educada con las mayores ventajas que se pueden ofrecer a una niña, pudiera llegar a avergonzarnos de esta forma. Tu madre se niega a recibirte, y me alegro de que no haya querido estar presente en esta conversación, porque tu aspecto no es propio de una de sus hijas. Y tus actos, mucho menos.

Otra vez don Octavio la miró de pies a cabeza, como si no pudiera creer a sus ojos. La calma de Mercedes pareció aumentar su indignación.

—¿No tienes nada que decir?

Mercedes deslizó una uña sucia sobre el cuero de la silla y observó cómo sus patas anchas, en forma de garra, se hundían en la alfombra que cubría casi por completo el piso de la habitación.

—Yo no falté el respeto a tía Carlota, padre. Simplemente le anuncié mi partida por razones de salud. Y no creí que fuera un insulto decirle a tía Augusta Tomasa que su hermano, el difunto esposo de tía Carlota, no había sido tan servicial como ella afirmaba, cuando no había podido encontrarle marido.

Don Octavio se quedó con la boca abierta, probablemente tratando de imaginar la expresión de su hermana cuando Mercedes le echó en cara su soltería, su vergüenza y su cruz. Finalmente volvió a doblar las cartas, las metió en los sobres respectivos y se puso de pie.

—Prefiero no hacer comentarios sobre esto. Tu conducta es inconcebible. Si tenías salud para hacer un viaje como el que hiciste, hacinada con un montón de desconocidos de sólo Dios sabe qué condición, la tenías igualmente para esperar el coche de la familia. No pareces enferma, y esta actitud alocada, aun cuando tu salud la justificara, no tiene fundamento. Puedes retirarte. Te llevarán la cena al dormitorio, tu madre no quiere verte en el comedor esta noche.

Mercedes se inclinó y salió de la habitación. Atravesando el largo pasillo, salió a la galería para dirigirse a su dormitorio a través del patio.

* * *

El patio está tranquilo, casi vacío. Sólo hay dos criados sacando baldes de agua del aljibe que está en un extremo del patio, junto a la higuera. Suena la roldana en la tarde calma.

Un gatito diminuto, hijo de la gata Victoria, se acerca juguetón a los pies de Mercedes. La joven lo levanta, es negro y tiene ojos amarillos como ella

quería. Le da un beso en la nariz y el gatito cierra los ojos. Mercedes cierra los ojos también y se da cuenta de lo cansada que está, completamente agotada de viajar y pensar. De repente ya no le importa nada, sólo dormir y dormir y no pensar en nada más.

—Otra vez en casa, Mercedes.

Mercedes abre los ojos. La espalda de Mariano contra la columna de la galería, su mirada verde sobre ella.

—Sí. Mi salud no mejoró en Córdoba y decidí volver para consultar al doctor Jiménez.

«Mentira, volví por ti, me fui para no tener que verte y volví porque no puedo vivir si no te veo», pensó.

Los baldes llenos suben desde el aljibe, uno a uno. Se hinchan las venas en los brazos de los negros, los músculos se dibujan en las espaldas arqueadas.

—El doctor Jiménez es un excelente médico. Mejor que los de Córdoba, sin duda.

«Volviste por mí», pensó él. El gato se despereza contra el hombro de Mercedes, estira las uñas diminutas contra el canesú del vestido.

—Mi madre está disgustada por mi regreso inesperado, no quiere verme en la mesa esta noche —(Toda la familia va a estar en el comedor, yo voy a estar sola en el dormitorio).

Los sirvientes se llevan los baldes llenos hacia la cocina. Algunas gotas salpican el suelo, se mojan los azulejos pintados que vinieron de España años atrás.

—Yo tampoco voy a cenar con la familia hoy, ya me disculpé con doña Asunción. Tengo que terminar unos documentos urgentes en la biblioteca —(La biblioteca tiene llave y yo la tengo).

La base de las columnas de la galería tiene un borde de azulejos azules. En el azulejo del medio hay un pájaro extraño, un ave fénix, el pájaro maravilloso que renace de las cenizas. Las plumas están pintadas con pinceladas grandes de colores vivos, una mano anónima las pintó en alguna casa del sur de España, tal vez un viejo que fruncía los ojos porque su vista estaba gastada de pintar azulejos que viajarían por mar para adornar patios de casa lejanas que él nunca conocería. Tal vez el viejo ya está muerto, enterrado cerca de la casa blanca donde pintaba cerámicas para ganarse la vida, una cruz de madera sin nombre y un ramo de flores marchitándose bajo el sol de Andalucía.

—Yo voy a tomar un baño y me iré a la cama temprano —(La biblioteca

está al final del pasillo, lejos del comedor, en el otro extremo de la casa).

Las sombras van bajando sobre el patio. En la cocina los sirvientes dan comienzo a los preparativos para la cena, que será larga y abundante en platos, como de costumbre, aunque esta noche no se esperan invitados.

Julián vuelve a atravesar el patio con dos patos recién muertos en las manos. Los picos entreabiertos arañan las baldosas, mudos como la tarde que cae sobre la casa, donde las velas empiezan a encenderse detrás de las ventanas.

Algunos nubarrones gordos y espesos comienzan a cubrir lentamente el cielo. Un rumor lejano de trueno quiebra el silencio del patio vacío, callado, y los gatos se desperezan esperando la noche.

* * *

A las nueve y media, Dominga deposita el segundo pato asado sobre la mesa del comedor. Viene acostado en una fuente ovalada, rodeado de papas hervidas y adornado con ramitos de albahaca y perejil. Don Octavio Saavedra hunde solemnemente el cuchillo en la superficie dorada, crujiente, y comienza a trincharlo con cortes precisos. Sentada a su lado, doña Asunción se lleva el tenedor a los labios y una gota de aceite se desliza hacia el cuello alto, de encaje color hueso, que casi le roza el mentón. Contrariada, se apresura a secarla con la servilleta que tiene sobre la falda. A la derecha de don Octavio se sienta su hermano, el coronel Amadeo Saavedra. El coronel se sirve un nuevo vaso de vino Carlon y luego se vuelve hacia su esposa, doña Remedios, para ofrecerle un poco.

En el otro extremo de la larga mesa, Sofía se ríe detrás de su abanico. La prima Milagros ríe también, se inclina hacia ella para decirle algo al oído, pero se atraganta y tose, tapándose la boca con una servilleta. Sofía intenta reprimir una carcajada recostándose en la silla vacía que está a su lado. Doña Asunción vuelve la cara hacia ellas con el ceño fruncido, pero no dice nada.

Isabel y Amalia charlan en voz baja, juntas las cabezas de trenzas atadas con cintas color rosa, del mismo color que sus vestidos casi idénticos. Las trenzas de Isabel son tan largas que las puntas se le enroscan sobre la falda. Su cabello es tan bonito y abundante como el de Sofía, y doña Asunción se lo hace llevar suelto y rizado cada vez que hay invitados a comer.

Suenan los tenedores contra la loza color marfil de la vajilla. Dominga vuelve a llenar las paneras con rodajas gruesas de pan redondo y bizcochos

salados perfumados con granos de anís. Sus manos agitan la llama de las velas, que tiemblan cuando las mueve entre los platos.

* * *

La cocina está caliente, llena de vida y movimiento. Hierven las ollas grandes, negras de humo, colgadas sobre el fuego. Jimena, la cocinera, una mulata baja, de pechos enormes que le caen sobre el vientre cubierto por un delantal a rayas, trajina sin cesar moviéndose de una cacerola a la otra, de la sartén a los platos limpios que dos criadas jóvenes van apilando sobre la mesa. Dominga los irá llevando al comedor a medida que la familia vaya terminando los anteriores.

Jimena inclina la cara sudorosa sobre la mazamorra que está terminando de cocerse y prueba unos granos con la punta del cucharón de madera. Olvidada, la pava lanza chorros de vapor con aroma a mate cocido.

En un extremo de la mesa de madera sin cepillar, cuatro negros comen las sobras de puchero de los platos que volvieron del comedor. Grandes trozos de miga que cortan de una hogaza redonda les sirven para rebañar los restos, mientras esperan que traigan el pato. Dos perros se enredan en las piernas de los sirvientes, estorbando el paso. Esperan también, las bocas abiertas y las lenguas colgando, los huesos que les arrojarán los negros una vez que hayan terminado.

* * *

El pasillo está vacío, silencioso. El borde de la falda barre las baldosas con un susurro callado, acaricia la rosa asimétrica que tiene un pétalo menos porque dos cerámicas se rompieron en el viaje desde España, que está muy lejos, al otro lado del mundo.

Hay un rumor lejano de voces en el comedor. Una risa joven se eleva sobre las voces, poniendo una nota aguda en el aire espeso. La luz de la vela tiembla y se escapa hacia la penumbra del pasillo, iluminando las pupilas dilatadas y los cabellos sueltos de Mercedes.

* * *

La lluvia empieza a caer sobre el patio oscuro, iluminado apenas por el resplandor que se filtra a través de las ventanas.

Las primeras gotas golpean el lomo de los gatos dormidos sobre el aljibe, despertándolos, haciéndolos correr al refugio seguro de la galería. Un olor fresco a tierra mojada se desprende de las macetas y de los jarrones grandes de barro, que tienen la superficie sembrada de malvones y asas redondas cayendo sobre el contorno panzón.

* * *

Don Octavio le dice a su hermano que el pato que acaban de comer estaba un poco duro. El coronel asiente y se sirve otro trozo de asado que es muy tierno y viene acompañado de chauchas hervidas.

Un relámpago ilumina las ventanas con un resplandor blanco cegador. Doña Asunción se sobresalta, deja el tenedor y permanece alerta en espera del trueno. Cuando llega, las niñas lanzan grititos de miedo y Sofía y Milagros las hacen callar, pero ellas también se aferran al borde de la mesa, asustadas.

Julián se apresura a cerrar el postigo de la única ventana abierta, y doña Remedios lo manda a revisar el resto de la casa para ver si todo está cerrado, porque ya se siente ruido de lluvia contra los vidrios.

* * *

Jimena escurre con una espumadera los buñuelos que flotan en el aceite hirviendo y los apila en un plato. Después, deshace un terrón de azúcar entre los dedos y los espolvorea hasta dejarlos blancos.

El trueno la sobresalta, le hace soltar la cuchara llena de pasta que está volcando en la sartén. El aceite le salpica una mano. Jimena gruñe una maldición y hunde los dedos en el balde lleno de agua que está debajo de la mesa.

La lluvia entra por el vidrio roto de la puerta de la cocina. Dominga llega con una fuente vacía, ve el charco en el piso, busca un trapo y tapa el agujero.

* * *

Julián corre por el pasillo revisando las ventanas. Entra en el despacho de don Octavio y asegura un postigo que se sacude con el viento. En el gran salón vacío, todas las ventanas están bien aseguradas, apenas se oye el rumor de la lluvia golpeando el techo.

El muchacho camina por el corredor hasta el otro extremo de la casa. Aferra el picaporte dorado de la puerta de la biblioteca pero la puerta no abre, está cerrada con llave. Da dos golpes suaves y espera, pero nadie contesta. Julián se encoge de hombros y se aleja en dirección a los dormitorios.

* * *

Dominga sirve las tazas de té sosteniendo la tetera con las dos manos, porque es antigua y muy pesada. Después trae una a una desde la cocina la fuente de mazamorra, buñuelos calientes y torta de ciruelas.

Doña Asunción estira una mano para tomar la taza de té que le alcanza su cuñada y levanta la voz para agradecerle, porque el ruido de la lluvia apaga las conversaciones. Las niñas se pelean por el buñuelo que sostiene en alto Rosa María, y Sofía las hace callar porque su madre las está mirando con una expresión de advertencia en los ojos duros, que no pestañean jamás.

* * *

Mercedes está desnuda sobre la alfombra peluda. Tiembla de amor y de triunfo, abrazando el cuerpo de Mariano que la cubre con sus manos y con su boca, y finalmente puede dejar de pensar para sentir, sentir su olor y su piel y el goce increíble de tenerlo.

Cierra los ojos y la luz de la vela desaparece llevándose la casa y el resto del mundo, y no existe nada más que su piel mojada contra la de él, y el ruido de la lluvia cayendo en el patio detrás de las ventanas.

El otoño se deslizó hacia el invierno desnudando árboles y encendiendo braseros, quebrando las hojas de las macetas en las madrugadas de escarcha.

La casa siguió viviendo sus horas llenas de actividades repetidas una y mil veces en la perezosa rutina diaria, ignorante del secreto que dos de sus habitantes escondían en sus rincones. Las flores se helaron en el patio, que se volvió amarillo y marrón en los rincones. Los gatos dormitaban al sol durante las siestas, pero las mañanas y los atardeceres tempranos los encontraban en la cocina o los pasillos, buscando el calor del horno y de los perros que se ovillaban en cualquier parte de la casa, interrumpiendo el paso. Los sirvientes cambiaron sus camisas abiertas por prendas cerradas de lana, para satisfacción de doña Asunción, cuya vestimenta no sufría grandes cambios con las diferentes estaciones.

Mercedes empezó a vivir ese invierno en una transición constante de estados de ánimo, que la llevaba de la alegría más exacerbada a la amargura total de un momento al otro. Al principio sus días se acortaban con la felicidad y el triunfo de tener finalmente a Mariano. Empezaron a buscarse en mitad de las noches cada vez más largas, en cada siesta al amparo de la casa dormida. Se encontraban en uno de los cuartos de huéspedes que estaba en el extremo más alejado y poco visitado de la casa. Era un cuarto frío y sin ventanas, que se había dejado de usar años atrás cuando la humedad empezó a dibujar extrañas visiones sobre las paredes pintadas de celeste.

Allí, sobre el lecho cubierto por un edredón descolorido, Mercedes vivía momentos que no hubiera sabido describir. Esos ratos robados la llenaban de un goce que ella creía inigualable, resistiéndose a creer —como todos los amantes, en todas las épocas— que alguien antes de ella hubiera podido vivir algo similar. Su historia le parecía única, sin precedentes, la llenaba de orgullo. Vivía para esos momentos, para las sensaciones que la recorrían cuando su cuerpo y su mente se entregaban a Mariano. Entonces era tan fácil sentirlo suyo, creer que también él vivía esperando esas horas que los unían

brevemente.

Pero los ratos de felicidad pronto comenzaron a desdibujarse. Las horas sin él se poblaban de monstruos de soledad y de celos negros que la desgarraban como fieras hambrientas, devorándola. Las noches en que iba a verlo se quedaba despierta hasta la madrugada, hasta el momento de escaparse por los pasillos en dirección al cuarto lejano. Pero esas noches eran pocas, y tan peligroso abandonar sus habitaciones respectivas en medio del silencio de la casa, que dormía junto a sus habitantes. Era más fácil encontrarse durante las siestas, cuando la enorme casa proveía tantas actividades diferentes para justificar una ausencia, en caso de que fuera descubierta.

Las noches eran, entonces, la obsesión mayor de Mercedes. Casi dejó de dormir, y las horas que el reloj contaba desde la sala la encontraban rígida bajo las sábanas, con los ojos abiertos en la oscuridad y el temor de volverse loca pensando en Mariano, en Mariano que dormía abrazado a su esposa mientras ella estaba allí, obligada a la inmovilidad y al silencio, cuando hubiera querido correr por la casa gritando su angustia y su impotencia.

* * *

Mariano, mi amor, mi vida:

Te escribo esta carta que no sé si tendré el valor de darte porque tengo tanto que decirte, tengo tanto amor y tan poco tiempo, siempre tan poco tiempo. Los momentos que pasamos juntos no me alcanzan para atreverme a contarte lo que siento. Pero cómo decirte que no puedo vivir si no estás conmigo, que sólo estoy viva durante el breve tiempo que te tengo a mi lado, si no me está permitido pedir nada ni esperar más que lo que me estás dando.

Sé que no tengo ningún derecho sobre ti. Mi amor no vale nada para el mundo y las leyes. Amar al marido de mi hermana me hace un monstruo a los ojos de la humanidad y una pecadora a los ojos de Dios. Entonces, ¿por qué sigo sin sentir culpas ni remordimientos, por qué siento que si no podemos estar juntos es por un error de alguien o de algo que torció el destino?

No puedo evitar creer que esto que nos sucede es algo único, precioso, y no sólo para mí... Pero no sé. ¡No lo sé! En ocasiones me

enloquece pensar que tal vez no es más que una ilusión creada por mi deseo, y me digo que lo que ocurre entre nosotros no es para ti más que una situación novedosa, diferente, que tomaste aprovechando una oportunidad que yo misma te ofrecí. Porque jamás, desde el momento en que te vi por primera vez, pude ocultar el amor que me llena los ojos cada vez que te tengo cerca. Si es así, si no me amas, quiero morirme. Pero si en cambio sientes por mí algo similar a esta pasión que consume mi vida, estoy dispuesta a enfrentar la vergüenza, el repudio, el odio, para estar junto a ti para siempre.

Pero cómo podría decirte esto, cuando no sé si estarías dispuesto a algo semejante, cuando no sé lo que sientes. Qué sé yo del amor de los hombres, si ni siquiera logro entender lo que me está ocurriendo, si todo lo que leí en los libros no me sirve para comprenderte. No puedo vislumbrar un fin a esta situación que me impide vivir. Casi no puedo recordar cómo fui alguna vez antes de conocerte, ya no recuerdo cómo era la vida.

A veces intento traer a la memoria aquella vieja sensación de bienestar, de suficiencia, que me producía crearme superior al resto de las mujeres y hasta a algunos hombres de mi trato, sólo porque he leído y estudiado más de lo que es común en una mujer, por mi propio gusto y elección. Me sentía tan orgullosa de mí misma, tan protegida de las miserias que acosan a los seres sencillos.

Tal vez esto que me está ocurriendo es un castigo a mi pecado de orgullo. Pero no, nadie merece un infierno semejante. Ahora sé que todos somos iguales ante el amor y el odio, los celos y el dolor. De qué me sirven los años de lectura, las gramáticas de lenguas extranjeras, los tratados filosóficos, cuando ninguna frase latina ni la voz de ningún autor puede ayudarme a llenar un minuto de los que paso lejos de ti.

Me miro al espejo y no me reconozco. No conozco a esta mujer sin vida que ha reemplazado a aquella persona libre, sin miedo a casi nada ni nadie, cuya seguridad se basaba en la inteligencia y en la seguridad de que la vida le daría el destino de felicidad que creía merecer.

Ahora no tengo más deseo que uno, ni más ambición que tenerte. No me importa el mundo, ni siquiera me importo yo misma, porque me desprecio al verme reducida a esto, y sin embargo no puedo ser otra. Me pregunto si podrás leer esta colección de clichés, de folletín francés barato, sin perder tu amor o tu interés, o lo que sea que te trae a mí.

¿Cómo amar a alguien que no es nadie sin ti, a alguien que ni siquiera existe cuando no está a tu lado?

Soy una cáscara vacía, un fantasma torturado que sólo se convierte en mujer entre tus brazos. Me he olvidado de Dios. ¿Qué más puedo agregar, después de decir esto?

MERCEDES

* * *

Doña Asunción Saavedra Thompson levanta la hebra de hilo de plata con los párpados fruncidos para ver mejor. Estirando la seda que tiene sujeta en el bastidor apoyado sobre las rodillas, clava la aguja en el dibujo de una nueva flor. El manto está casi listo. Será el manto más bello, más lujoso que se haya visto nunca en la iglesia de Santo Domingo, tan maravilloso como los que cubren las figuras sagradas en las iglesias españolas. Doña Asunción no las ha visto pero pasó su infancia oyendo los relatos de su madre, que visitó España en el viaje camino a Buenos Ayres desde Inglaterra. Todavía hoy, años después, siempre tiene a flor de labios descripciones fascinantes de iglesias donde las figuras de los altares de oro y plata maciza cuentan pasajes de la historia sagrada a quienes no pueden leerla.

La madre de doña Asunción había adoptado la religión de su marido, que era de madre española, poco antes del matrimonio. El descubrimiento del fausto de las catedrales españolas, con sus órganos celestiales y sus figuras vestidas con telas de oro y plata, había contribuido a transformar su nueva fe en un fanatismo que comenzó en ese viaje y se fortaleció en su vida de casada en Buenos Ayres. Doña Asunción, al igual que sus hermanos, había sido educada en la fe católica e inculcada de un fanatismo tan marcado como el de su madre.

Otra flor de plata brilla sobre la seda azul. Doña Asunción da vuelta el bastidor y corta la hebra con las tijeras que le alcanza Sofía. Las flores que borda Isabel están algo desaparejas. Doña Asunción frunce el ceño y se inclina sobre el bordado de la niña, pronuncia una frase seca e Isabel empieza a deshacer las puntadas que acaba de dar, una a una. Rosa María está sentada al piano tocando un lead de Schubert, ensayando acordes lentos que sus dedos inexpertos no consiguen encadenar todavía.

Doña Asunción dirige la mirada hacia Sofía, su hija favorita, y sus ojos se

suavizan un poco. Su hija mayor, su orgullo secreto. Siente por ella un afecto especial que jamás demuestra, pues la trata de la misma manera distante e impersonal que al resto de sus hijas. La observa con una mirada oblicua sobre la tela extendida entre ellas. Es tan blanca, tan rubia y delicada, sus facciones tan armónicas que mirarla es un placer siempre renovado. Pero no es su belleza lo que más la enorgullece, sino la alcurnia y la gracia que se desprende de sus gestos y de toda su persona. Y ahora ya es una señora, piensa doña Asunción, quien siempre supo que su hija mayor haría un buen matrimonio. Valió la pena esperar para casarla, piensa, el nombre y la fortuna de Mariano Andrade así lo demuestran. Sofía tiene un marido adecuado a su mérito, y su madre puede despreocuparse de ella para siempre y volver su atención al resto de las hijas.

Mercedes no borda, juega con la cesta de hilos que está frente a ella. Saca una hebra del carretel y la enrolla alrededor de su dedo índice, después la suelta para ver cómo se desenrosca y vuelve a repetir el juego. Doña Asunción aprieta los labios y pega un tirón demasiado brusco al hilo, que se frunce afeando el dibujo. Mercedes siempre fue un problema, se repite como tantas veces antes. Casi no parece hija suya, reflexiona tirando de la hebra para aflojarla, ni mucho menos hermana de Sofía y las niñas, sobre todo de Sofía. Si no fuera ella misma quien la cargó en su vientre durante nueve largos meses y la parió con la sangre y el dolor que tan bien recuerda, diría que no es una de ellas. Ni siquiera en su aspecto se parece a las demás, que son rubias o castañas como todas las mujeres de la familia Thompson. Mercedes tiene el cabello muy oscuro, casi negro, tan largo que le cubre la espalda cayendo hasta los muslos cuando lo deja en libertad. Por suerte lo lleva recogido desde los catorce años, piensa doña Asunción recordando con disgusto el aspecto algo salvaje, casi indígena, que tenía su hija cuando corría por la casa con la larga mata saltando a su espalda. Mercedes se parece mucho a una hermana de don Octavio por la que doña Asunción siempre sintió una especie de rechazo indefinido, porque la repelía con sus ojos irónicos y su aspecto retador e independiente. Recuerda con un poco de culpa el secreto alivio que sintió cuando su cuñada cayó enferma de fiebres y murió en pocos días, hace más de diez años.

Mercedes suelta el bastidor, se pone de pie bruscamente y va hacia la chimenea. Doña Asunción cree oír un crujido, ¿un papel arrugado?, y levanta la vista. Le parece distinguir un cambio en el movimiento de las llamas, un chisporroteo leve, como si algo se estuviera quemando. Pero su hija sigue

contemplando el fuego sin moverse, y doña Asunción vuelve a la labor con un suspiro. Hay que conseguir un marido para esta muchacha, y rápido. Últimamente está siempre ausente y taciturna, ni siquiera hace un esfuerzo por comportarse decentemente cuando hay visitas. También ha adelgazado, su cuerpo largo y delgado se nota aún más fino en el talle y los pequeños pechos. Doña Asunción recuerda esa siesta de verano en que la encontró semidesnuda en el balcón del dormitorio, y se sonroja inclinada sobre el bordado. Hay algo en Mercedes que la altera y la violenta, y no es sólo el recuerdo de su desnudez, ni tampoco su rebeldía al volver de Córdoba de esa manera alocada. Hay algo más en ella, una cualidad invisible que la hace sentirse incómoda en su presencia, algo que sacude un poco su mundo ordenado y seguro. Pero doña Asunción no se molesta en indagar sus propios sentimientos, nunca lo hace. Hay que encontrarle marido, se repite resumiendo sus cavilaciones. Entonces Mercedes se irá a casa de su esposo y dejará de ser un problema. Mañana mismo hablará con don Octavio y lo urgirá a actuar en el asunto de inmediato.

La voz lejana del sereno canta las diez, y nublado. Doña Asunción manda a Dominga a buscar el libro de salmos para la oración nocturna. Las niñas dejan la aguja y se frotan los ojos, soñolientas, mientras comienzan a desajustar los bastidores para liberar el bordado nuevo. Sofía desprende los trozos de hilo adheridos a su falda, relucientes como la trenza que rodea, a modo de diadema, su rostro plácido.

* * *

Doña Asunción aprieta los párpados y acomoda su respiración a un ritmo lento y acompasado, como el de una persona dormida. Aguarda algunos minutos antes de echar una mirada furtiva hacia su marido, esperando encontrarlo dormido. Pero don Octavio tiene la camisa levantada sobre el pecho y se rasca ruidosamente el vientre cubierto de pelos oscuros. Después se incorpora en la cama y se inclina hacia ella, tanteando bajo las sábanas hasta encontrar el borde del largo camisón. Doña Asunción aprieta los dientes y mantiene los ojos cerrados. Siente las manos frías en sus pechos y se estremece. La vela está encendida, querría pedirle a su esposo que la apague, porque la tortura es más soportable cuando la habitación está a oscuras, pero no se atreve. Don Octavio desprende los botones de los calzones de ambos y le separa las piernas con una mano. Unos segundos más tarde está sobre ella,

ahogándola con su peso y su olor fuerte a hombre. Doña Asunción siente la presión del miembro duro contra su vientre y se estremece de asco cuando lo siente deslizarse entre sus piernas. La boca de don Octavio se aplasta contra su cuello y sus manos le retuercen los pezones mientras el monstruo golpea en su interior, raspando dolorosamente los tejidos secos. Doña Asunción aprieta fuertemente los párpados y espera, inmóvil bajo el cuerpo de su marido. El movimiento se hace frenético y después, por fin, cesa, y don Octavio se deja caer a su lado con un gruñido y el cuerpo bañado en sudor.

La dama se levanta, se envuelve en un savillé y apaga las dos velas que están sobre el tocador. Siente las gotas deslizándose por los muslos hacia sus rodillas, espesas y calientes. A oscuras, vierte un poco de agua en la palangana de loza y se inclina para limpiarse con una toalla húmeda.

Cuando vuelve a la cama, don Octavio ronca con la boca abierta. Doña Asunción se acuesta a su lado con las piernas separadas para no sentir la humedad entre los muslos. Cerrando los ojos, estira una mano para apartar un pliegue del mosquitero que le roza la frente y recuerda la cena del día siguiente. Las Ezcurra, los Quintana, don Francisco Ignacio de Ugarte... El sueño comienza a pesarle en la frente mientras repasa la lista de los platos que va a mandar preparar. Son invitados importantes, y todo debe resultar perfecto.

Don Octavio Saavedra se puso de pie para recibir al visitante. Don Segismundo Echeverría entró con la barbilla alta, un hombre de cuerpo estrecho con los brazos y las piernas delgadas como palillos, donde el vientre prominente parecía un agregado caricaturesco, ajeno a su persona. El cabello castaño claro le cubría los costados del cráneo cayendo hacia los hombros en mechones lacios, dejando al descubierto la parte superior de la cabeza que, como la piel del rostro, era de un blanco casi rosáceo. Inclinandose, correspondió con una mano suave y flácida al apretón firme del dueño de casa.

—Muy buenas tardes tenga usted, don Echeverría. ¿Cómo se encuentran su hermana y su excelente madre?

Don Segismundo se sentó en el sillón que se le ofrecía y desabrochó algunos botones de la casaca de paño de lana, descubriendo un chaleco bordado de impecable corte anglosajón.

—Las dos se encuentran bien de salud, gracias a Dios. Mi madre, por supuesto, casi no sale de la casa durante el invierno, a excepción de los domingos en que asiste a misa de una. A su edad...

—Es cierto, debe cuidarse mucho. Me alegra oír que doña Bernardina se encuentra bien.

—Su esposa e hijas lo estarán asimismo, espero.

—Así es, a Dios gracias.

Los dos hombres encendieron un par de cigarros de la caja de nácar que don Octavio puso frente a la visita y hablaron un rato de campos, ganado y comentaron los últimos acontecimientos políticos. Finalmente, después de una pausa, don Segismundo se enderezó en el sillón y dijo:

—Bueno, amigo mío, supongo que usted se imaginará el asunto que me trae hoy a verlo.

Inclinándose para apagar el cigarro, don Octavio ocultó una sonrisa de satisfacción enroscándose el bigote con los dedos.

—Usted me dirá.

—Ya sabe usted que soy viudo desde hace ocho años. Mi difunta esposa, que en gloria esté, no me dejó hijos para heredarme y prolongar mi apellido. Mis viajes y mis negocios me han hecho descuidar la necesidad de buscar una nueva esposa durante todos estos años de viudez. Pero ahora mis asuntos están en orden y puedo permitirme llevar una vida más tranquila, más hogareña. Por lo tanto, creo apropiado el momento para tomar una nueva esposa que me acompañe y que me dé, si Dios así lo dispone, un heredero para mis tierras y mi fortuna. La cual —agregó tras una pausa—, es bastante cuantiosa, si me permite usted decirlo así sin faltar a la modestia.

Don Octavio estaba bien al corriente del estado de la fortuna de la familia Echeverría. Eso, y la alcurnia del apellido del viudo de cuarenta y tres años, lo habían decidido a insinuarle en diversas ocasiones el mutuo beneficio de una unión entre ambas familias. Y el apremio había sido algo más sugerente en las últimas semanas, ante la insistencia de su mujer.

—Añado esto —continuó don Segismundo—, para dejar en claro que estoy en condiciones de dar a la mujer que se case conmigo una vida agradable, con todo lo necesario para su bienestar, y aun de ofrecerle, digámoslo así, cierto lujo.

Don Octavio asintió con una inclinación de cabeza.

—No me cabe la menor duda sobre ello, don Echeverría.

Se produjo un silencio. Viendo que el dueño de casa no iba a agregar nada más, don Segismundo se aclaró la garganta tapándose la boca con un pañuelo de seda donde se entrelazaban sus iniciales, y continuó:

—Y bien, don Saavedra, por estas razones me permito hoy pedirle a usted la mano de su hija Mercedes. Habiendo contraído matrimonio recientemente su hija mayor y siendo sus tres hijas menores demasiado jóvenes, considero que es ella la apropiada para convertirse en la señora Echeverría, si usted y su esposa quieren concederme ese honor.

Una ancha sonrisa iluminó la cara de don Octavio, que abandonó su aire circunspecto.

—El honor será nuestro, don Echeverría, de poder contar a usted de ahora en adelante como un miembro más de nuestra familia.

Estirando la mano, hizo sonar vigorosamente la campanilla de bronce que estaba a su derecha.

—Haré venir a mi esposa para comunicarle la noticia, que sin duda la regocijará tanto como a mí. Será una gran satisfacción para ella ver a su hija

casada con un hombre de su mérito y de su apellido.

* * *

Sentada en un rincón del patio, Mercedes tiene los ojos cerrados y el libro sobre las rodillas dobladas. Las campanas de Santo Domingo empiezan a contar las horas. Mercedes cuenta con ellas las seis campanadas que marcan el final de la tarde y del sol. Se sorprende al notar que ha pasado casi una hora hundida en la lectura, distraída de la angustia con la que ya se está acostumbrando a vivir.

Pero el momento de olvido ya pasó, se rompió en mil pedazos con las seis campanadas y Mercedes está sentada entre los fragmentos azules que se oscurecen al tocar el suelo, haciéndose marrones como la angustia que vuelve.

¿Dónde está Mariano? Hace dos días que no lo ve a solas. Iban a encontrarse en esta siesta que ya terminó, pero Mariano tuvo que partir al alba a ocuparse de un negocio de su padre, y aún no ha regresado. O tal vez sí, quizás ya regresó y está en su dormitorio lavándose, y ella no tiene cómo saberlo. La palangana de loza con dibujo de flores, la jarra pesada, las venas dibujándose en los brazos al levantarla. Ella no puede salir corriendo a recibirlo, no tiene derecho a estar con él cuando llega y va a su cuarto a asearse y cambiarse de ropa. El ruido fresco del agua sobre la loza, el pecho desnudo, los mechones mojados pegándose al cuello, las gotas resbalando por la espalda donde se clavan sus uñas y las de Sofía.

—El amo desea verla en la biblioteca, niña Mercedes.

La joven alza la vista hasta el escote del vestido blanco que lleva puesto la mulata. Es muy joven, apenas adolescente. Los pezones dilatados de los pechos que comienzan a nacer se dibujan bajo el grueso percal blanco. ¿Amarán los negros? ¿Serán capaces de sentir un amor como el que ella siente por Mariano?

Poniéndose de pie con desgano, Mercedes sigue la falda de la criada a través del patio. Mira los tobillos desnudos que aparecen fugazmente bajo el ruedo y siente envidia de su piel oscura, porque nunca sentirá el dolor que ella padece hora tras hora desde que conoció a Mariano. La galería está fría, protegida del sol que ya cae detrás de los árboles en el fondo del patio. ¿Sentirá la muchacha el frío de las baldosas en la planta de los pies? Pero tampoco podrá vivir el goce increíble de amar a alguien como ella ama a

Mariano en los ratos escasos en que es suyo, lejos de su esposa y del mundo. Los pies de los negros están curtidos por el calor y el frío, pueden caminar sobre las baldosas calientes de sol en el verano y el pasto escarchado en el invierno, y no les hace daño.

La puerta de la biblioteca está entreabierta, Mercedes golpea y entra. Se sorprende un poco al encontrar no sólo a don Octavio sino a su madre y a otro hombre, un hombre mayor al que no conoce, sentados en los amplios sillones tapizados en suave terciopelo rojo oscuro.

Don Octavio Saavedra la hace acercar con un gesto y le ofrece asiento. El desconocido, que no es tan viejo como le pareció en un primer momento, se pone de pie y le besa la mano mientras don Octavio los presenta. Mercedes se inclina y se sienta al lado de su madre.

El terciopelo rojo era suave y tibio contra su piel desnuda y la de Mariano, aquella primera noche de lluvia en la biblioteca. El viento y el agua golpeaban los vidrios, pero el brasero encendido calentaba la habitación y sus cuerpos unidos. Recuerda el gusto de la piel de Mariano, su boca y sus manos descubriendo el cuerpo desconocido y sin embargo familiar, como adivinado en la espera.

Don Octavio Saavedra habla dirigiéndose a ella, dice algo del invitado, que es viudo desde hace años y no tiene hijos. Sentada en el borde del sillón, doña Asunción escucha las palabras de su marido con la espalda muy erguida y un asomo de sonrisa en la cara. La profunda arruga vertical entre las cejas casi no se le nota. Don Segismundo Echeverría, ese es el nombre con el que lo presentó su padre, la mira con una sonrisa abierta que muestra una buena dentadura casi completa. Sólo hay un espacio vacío entre los dientes superiores manchados de amarillo por el tabaco. La barba rojiza de Mariano huele siempre a tabaco, ella se arrima a su cara para sentirlo cuando están solos.

—... Y es por eso que don Echeverría nos hace el honor de pedirnos tu mano en matrimonio, pedido que tanto yo como tu madre agradecemos y aceptamos en tu nombre.

El aire se congela alrededor de Mercedes, atrapándola en el sillón de terciopelo blanco. Doña Augusta muestra los dientes entre los labios sin color, son blancos los ojos de don Octavio y las ropas de don Echeverría, blancas las paredes y los libros que cubren los estantes. La mano de Segismundo Echeverría se despega del brazo del sillón con el crujido seco de la escarcha de la mañana cuando se quiebra bajo los pies, se estiran hacia ella

los dedos blancos de estatua. Pero la mano se apoya sobre la suya y el hielo se rompe; los colores vuelven a pintar la piel, las ropas y los muebles, y las figuras recuperan la movilidad y la vida.

Mercedes rechaza la mano rosada y se levanta de un salto del sillón rojo.

—Padre, yo no voy a casarme con este señor. Lamento que haya usted decidido por mí sin consultarme, pero no acepto este matrimonio ni lo aceptaré jamás. Con el permiso de ustedes, me retiro. Muy buenas tardes, don Echeverría.

Doña Asunción sigue con los ojos horrorizados la peineta que sujeta los cabellos de su hija hasta que desaparece detrás de la puerta. Sin palabras, don Octavio dirige la mirada hacia el invitado. Las mejillas de don Echeverría están cubiertas de un rubor violento, que se va extendiendo hacia el cuello y el cuero cabelludo bajo los cabellos escasos.

* * *

—Mariano, por favor, por favor, tengo que hablar contigo.

—Pero Mercedes, ¿estás loca? ¿Qué haces aquí?

La puerta entreabierta entre los dos la desespera. El torso de Mariano está desnudo, húmedo todavía, la palangana llena de agua jabonosa sobre la mesa, como ella lo imaginó.

—Por favor, déjame entrar.

—Mercedes, no hagas locuras, cualquiera puede vernos. Recuerda que este es también el dormitorio de Sofía.

—Por favor. Por favor.

Ya está adentro, apartando la puerta con violencia, con los ojos brillantes como los de un tigre acorralado y la cara enrojecida hasta el comienzo de los cabellos, más desordenados que de costumbre. Ni siquiera cuando se viste de raso y puntillas parece una dama, piensa Mariano. Siempre parece un poco indígena, como si su lugar estuviera en una toldería en medio de la pampa y no en una casa de la aristocracia porteña. Tal vez eso mismo fue lo que le atrajo de ella desde un primer momento, ese aire resuelto, un poco loco, que la hace tan diferente a todas las mujeres que conoce.

—Mercedes, no hagas esto. No me pongas en esta situación. Te lo suplico. Ella levanta dos ojos feroces en el rostro desfigurado.

—No aguanto más, Mariano. Esta situación, como tú dices, es lo que me está volviendo loca. No puedo vivir sin poder verte más que en un rato

perdido que le robas a Sofía, a tus ocupaciones, a tu vida. ¿Y yo? ¿Qué soy yo? ¿No soy también parte de tu vida?

Las lágrimas comienzan a rodar por sus mejillas. Sorprendido por su llanto y la desesperación de su voz, Mariano afloja los brazos con los que instintivamente la mantenía apartada de él.

—¿Puedes darme una respuesta a esto? Me desespera no saberlo. Y como si esto fuera poco sufrimiento, tengo que soportar que mi padre me anuncie un matrimonio con un hombre al que no vi nunca antes de hoy. Un matrimonio que por supuesto acabo de rechazar, pero, ¿por cuánto tiempo? ¿Y de qué me servirá negarme a este o a cualquier matrimonio que se arregle para mí? Algún día tendré que casarme e irme de aquí, o bien encerrarme en un convento por el resto de mis días. Y en cualquier caso no volveré a verte, y en cualquier caso no quiero seguir viviendo.

Ya estaba. Lo había dicho. Era como arrojar lejos una carga enorme que le doblara la espalda, como arrancarse el corsé de un tirón y llenarse el pecho de aire. Era volver a ser ella, la mujer que hablaba de frente y sin miedos, y valía bien la pena haberse recuperado a sí misma, aun si la confesión de su entrega desmedida significaba ganarse el desprecio de Mariano.

—Esta soy yo, Mariano. No quiero tener que seguir ocultando cuánto te amo, no quiero callarme más.

Se aferra a su cuello, pegándose a él.

—Quiero tu amor. Me es imposible conformarme con menos.

Mariano mira los ojos húmedos casi pegados a los suyos, y no responde. Mercedes hunde la cara en su cuello, se afloja contra su pecho y sus lágrimas empiezan a correr nuevamente cuando la mano de él se apoya sobre sus cabellos.

—Vámonos de aquí, Mariano. Llévame contigo, a donde sea, a donde tú decidas. A cualquier lugar en el mundo donde podamos estar juntos, sin tener que escondernos nunca más.

Hundida en sus brazos es tan fácil creer que puede ser posible. Tan fácil como decirlo, como abrazarse a él.

La repentina tensión en el cuerpo de Mariano la devuelve a la realidad antes de abrir los ojos y ver a Sofía, todavía con la mano aferrada al picaporte de la puerta que había abierto silenciosamente unos momentos antes. Mercedes ni siquiera llega a apartarse de Mariano antes de que su hermana, con el hermoso rostro desfigurado, salga corriendo de la habitación con un grito de horror infinito cuyo eco queda flotando en los pasillos.

* * *

Don Segismundo Echeverría se despidió casi sin palabras de los consternados dueños de casa. Doña Asunción ocultaba el temblor de sus manos retorciendo un pañuelo de gasa, pero dos manchones rojos le cubrían obstinadamente las mejillas. Después de un breve discurso entrecortado excusando la conducta de su hija y atribuyéndola a la sorpresa, don Octavio Saavedra aseguró a don Segismundo que todo se arreglaría en breve y se levantó para acompañarlo.

La puerta de la biblioteca se abrió de un golpe antes de que don Octavio pudiera girar el picaporte, y los tres se quedaron inmóviles frente al rostro desconocido de Sofía. Tropezando con don Segismundo, con la cara empapada en lágrimas y las manos hundidas en el cabello desordenado, Sofía se arrojó en el sofá y allí, hecha un ovillo sobre los almohadones, empezó a llorar a gritos.

* * *

Doña Asunción atravesó el corredor casi corriendo, pisando las baldosas de un mundo nuevo, desconocido y hostil, donde su hija preferida gritaba y lloraba, la arrastraba de la mano a mostrarle cosas que no quería ver, le contaba horrores que no quería escuchar. ¿Dónde había quedado aquel viejo mundo seguro y ordenado, donde todo sucedía como debía suceder?

El dormitorio. La puerta abierta, la expresión tranquila, desafiante, de Mercedes. Los gritos y el llanto renovado de Sofía, los brazos de Mariano luchando para desprenderse una vez más de Mercedes e intentando acercarse a su esposa. La mirada redonda del negro Julián en el pasillo; el rostro de don Octavio, helado como una máscara monstruosa.

Abandonado a su suerte en un extremo del corredor, don Segismundo Echeverría intentaba adivinar el motivo de las idas y venidas apresuradas por los pasillos y las frases lejanas, casi inaudibles, que caían en sus oídos. Después, viendo que no había amo ni criado deseoso de acompañarlo a la salida, arrebató de un tirón su sombrero y su abrigo del perchero de la sala y se dirigió a la puerta con el ceño y los labios apretados.

* * *

La noche cayó sobre la casa sin traerle el descanso acostumbrado. El fantasma de las noches sin sueño se paseaba de una habitación a otra riéndose de los ojos abiertos y los cuerpos tensos, haciéndolos revolverse febrilmente entre las sábanas. La oscuridad se agitaba, deteniéndose sobre los rostros crispados y los cortinados quietos.

Ignorante de la angustia y las emociones que oprimían la casa entera, el patio dormía iluminado por la luna nueva. Los malvones se oscurecían entre las hojas que la helada comenzaba a blanquear, acunados por el canto acompasado de los grillos.

Dos gatos negros atravesaron el patio saltando entre las macetas con veloces patas acolchadas, y un maullido penetrante partió en dos el silencio nocturno.

Después, la calma volvió al patio, pero la casa siguió agitándose, poblada de ojos despiertos.

Buenos Aires, 2007
Verano

Cuando Cecilia salió de la oficina el sol de febrero estaba alto todavía, furioso como el tráfico que ensordecía la calle. El resplandor le dio de lleno en la cara mientras esperaba el colectivo. Delante de ella, una chica delgada tarareaba una canción acompañando el ritmo inaudible de sus auriculares. Cecilia admiró la piel joven y lisa de su rostro despejado y el vientre chato, desnudo sobre la cintura baja del jean desteñido. Subió al colectivo sintiéndose vieja y poco atractiva dentro del traje celeste de lino y los zapatos formales de taco cuadrado. Tenía calor, el sudor le chorreaba bajo los pechos, pero no se quitaría el saco a menos que pudiera sentarse. Se sentía hinchada y gorda, su vientre casi nunca estaba liso a menos que ayunara.

Finalmente se desocupó un asiento. Con un suspiro de alivio se sacó la chaqueta y la dobló sobre las rodillas. De pie cerca de ella, la jovencita se balanceaba al ritmo de la música, su cuerpo libre dentro de la remerita corta. Cecilia cerró los ojos pensando en la Cecilia adolescente, en el acné rebelde intentando ocultarse bajo el flequillo siempre suelto sobre la mirada huidiza y solitaria, en la ropa amplia y sin forma cubriendo el cuerpo martirizado por dietas continuas.

«Pablo me ama», se repitió mientras bajaba del colectivo y caminaba las tres cuadras que la separaban de la casa de su madre, maravillándose una vez más de tener el amor de un hombre como él. Pablo, hermoso, exitoso, que pudiendo elegir a cualquier mujer la amaba a ella, Cecilia, la adolescente oscura sin amigos que se había transformado en esa mujer solitaria que hasta sus compañeras de trabajo rehuían. Ella notaba las miradas hoscas a su espalda y se sabía tema de conversación en los almuerzos que no compartía, pero no podía ni quería hacer nada para evitarlo. Mejor así. Ella no podía compartir almuerzos por obvia razón, ni tenía nada que decir a esas mujeres que hablaban incesantemente sobre sus novios, hijos y maridos.

No importa. Me basta con saber que Pablo me quiere. Ellas no entenderían. Tampoco les interesaría.

La puerta de la casa de Mamá. El beso descuidado de Mamá, su aroma a polvos y lápiz de labios, el «clic-clic» de sus tacos altos y finos guiándola hacia la cocina. La cocina grande y fresca que no se parecía en nada a la cocina de su infancia, ni siquiera a la de su adolescencia, porque a Mamá le gustaba redecorarla por completo cada dos o tres años. La decoración actual,

en rosa y verde agua, había sido regalo de Cecilia para el día de la madre, respondiendo a la poco velada insinuación de Mamá.

—Ayer llamó Luciana —dijo Mamá en cuanto estuvieron sentadas—. Se mudan a Boston. Alfredo fue ascendido la semana pasada y la firma lo transfiere, con casa, auto nuevo y aumento de sueldo.

Aplastada por el viaje, el día de oficina y el calor, Cecilia se recostó en el respaldo de la silla y murmuró mecánicamente un comentario que quería ser entusiasta.

—Luciana está loca de alegría —continuó Mamá sin oírla—. Ya estaba un poco cansada de Texas, la gente es poco sociable y no hay mucho que hacer. Dice que en Boston, una vez que los chicos sean mayores, le será fácil seguir con su carrera y encontrar un buen empleo.

Cecilia escuchó limitándose a asentir con la cabeza de vez en cuando mientras Mamá se explayaba en detalles de la vida de su hermana menor. El pensamiento de que hacía más de una semana que su madre no la veía, y que una pregunta sobre su salud o su trabajo hubiera sido apropiada cruzó su mente, pero siguió en silencio tratando de ignorar la sensación de fracaso y pequeñez que la invadían siempre que se hablaba de Luciana.

Finalmente Mamá pareció advertir su cansancio y su frente húmeda.

—¿Querés tomar algo fresco? —ofreció mientras aumentaba la velocidad del ventilador de techo—. Para comer no hay mucho. Como estoy a dieta... Pero si te quedás a cenar podemos pedir algo más tarde.

Cecilia se apresuró a negarse.

—No. Un vaso de agua fría, nada más. Yo también estoy a dieta.

—Hacés bien. A tu edad conviene estar siempre un poco por debajo del peso adecuado, después de los treinta los kilos llegan para quedarse. Y las mujeres de pechos grandes, como vos, tienen que tener un cuidado especial, sino siempre se ven gordas —añadió trayendo una jarra con agua y dos vasos con hielo.

Cecilia se apresuró a enderezar la espalda y contraer el abdomen mientras alargaba la mano para servirse agua.

—Hoy al mediodía hizo casi cuarenta grados —siguió Mamá—. Claro, vos no lo notaste, con el aire acondicionado de la oficina. Yo en cambio... tuve que recostarme un rato, tenía palpitaciones.

Cecilia se movió en la silla, incómoda, preguntándose hacia dónde se dirigía Mamá. ¿Un aire acondicionado? El ventilador de techo era nuevo, había sido parte del regalo del día de la madre. «Combinaba con la nueva

decoración», había dicho Mamá.

—Esta tarde vino Marta, ¿te acordás? La prima de la tía Mary, la que vivía con ella cuando Luciana se casó.

Cecilia no se acordaba pero dijo que sí, claro, la prima de la tía Mary, para ahorrarse la descripción del parentesco y la vida de la tal Marta.

—Bueno, el domingo nos encontramos por casualidad en la iglesia y arreglamos para vernos hoy, entonces...

Cecilia se tomó otros dos vasos de agua e intentó imaginar qué estaría haciendo Pablo mientras Mamá se apartaba las cutículas de sus uñas prolijamente pintadas y discurría sobre la visita.

—... el viaje es muy barato, como todos los que organiza el club. Y se puede pagar en cuotas. Marta me invitó a ir con ella, ya que todavía quedan un par de lugares.

Mamá suspiró, acomodándose el cabello caoba recién teñido.

—Me encantaría ir —le dijo—. Siempre quise conocer el sur, y una semana en Bariloche... Pero no creo que pueda. Casi no me queda plata. Con los estudios de la columna del mes pasado... La pensión no da para nada —Mamá volvió a suspirar, y su voz se hizo más plañidera que de costumbre—. Si tu padre hubiera sido más previsor... Siempre con miedo a cambiar de trabajo, en ese puestucho de mala muerte, esperando el ascenso que nunca llegó. Nunca se le ocurrió pensar en lo que ocurriría con nosotras si algo le pasara, como le pasó, y yo me quedara sola con dos hijas que criar. Yo se lo decía siempre, no te quedes ahí, esperando y desperdiciando tu vida. Si me hubiera hecho caso y hubiera buscado algo mejor, para ahorrar, tener un seguro de vida, yo no habría tenido que pasar las que pasé para criarlas a ustedes. Por suerte Dios me dio salud y nunca le tuve miedo al trabajo...

Cecilia, escuchando por milésima vez el discurso del triste destino de viuda de su madre, recordó el diario que acababa de comprar y la culpa le apretó el estómago. Había gastado casi todos sus ahorros en la compra, y aunque no podía arrepentirse, pensó que el viaje le haría mucho bien a Mamá, que casi no había viajado, siempre esforzándose para pagar su educación y la de Luciana.

—¿Cuánto cuesta el viaje, mamá?

* * *

Cuando volvía a casa en el colectivo, Cecilia calculó la posibilidad de

regalar el viaje a Mamá. Sí, casi seguro que podría, cuando cobrara las horas extras que había tenido que hacer para terminar el reporte. En realidad no era sólo la compra del diario lo que había desequilibrado su economía. Su sueldo era excelente y tanto ella como Mamá eran conscientes de ello, pero solamente Cecilia sabía de las enormes cantidades que gastaba casi a diario en comida.

La culpa, otra vez la culpa y la sensación de fracaso, de suciedad.

Sos una mierda, te comiste el viaje de Mamá.

Las calles del barrio estaban quietas, calladas. Las luces exteriores de las casas iluminaban las siluetas sentadas en las veredas respirando la brisa caliente de la noche. Cecilia pensó que ahora, después de dos horas de visita, Mamá no sabía de ella más que un par de horas atrás. Digiriendo el hecho con tristeza, se dijo que era natural, su vida no era tan interesante como la de Luciana, que tenía marido, hijos y noticias fascinantes de su vida en un país diferente. Luciana siempre había tenido tanto que contar. Delgada y alegre, de continuo rodeada de novios y amigas, llenaba la casa de gente mientras Cecilia se encerraba en su cuarto con un libro y los ojos bajos. Su madre adoraba a Luciana, su risa contagiosa y su constante interés por la ropa y las salidas. Su casamiento había sido todo lo que Mamá hubiera podido soñar. Reventando de orgullo, había visto a su hija salir de la iglesia dentro del exquisito traje de encaje italiano dando el brazo a su esposo, el ingeniero. El dolor de perderla había sido devorado por el placer siempre renovado de contar a sus amigas los detalles de la nueva vida de su hija, trasplantada por su matrimonio a un país cuyo nombre Mamá siempre pronunciaba con acento de misterio y respeto.

Las luces de las calles del centro destellaron en los párpados cerrados de Cecilia. ¿Y ella, que podría contar ella si Mamá preguntara? Era mejor así. Mamá se moriría de vergüenza si supiera que su hija mayor, educada en el exclusivo colegio bilingüe que con tanto esfuerzo había podido costear, era la amante de un hombre casado desde hacía ocho años. Un hombre casado, exitoso como el marido de Luciana.

Dos paradas más y estaría en casa. Su primer día de trabajo después de seis días de licencia, la primera en casi diez años. Estaba cansada, tenía hambre. No había comido en todo el día, solamente la manzana del medio día y agua y café en casa de Mamá.

No voy a comer. Mañana a las siete vendrá Pablo y quiero estar muy delgada. Me voy a poner el solero azul que a él le gusta, el del escote grande.

Si tomo agua y té durante todo el día tendré el estómago bien liso a la noche.

Te amo. Me muero por verte, por escucharte decir cuánto me extrañaste, que soy lo más importante en tu vida. Tengo tu amor, y el resto no importa.

* * *

Cecilia cerró el último mensaje en su correo y giró en la silla para echar una mirada al reloj. La una. La mayoría de los escritorios estaban vacíos, incluido el de su jefe. Sacando de su bolso el cuaderno de tapas marrones, desenvolvió el papel que lo cubría y contempló la caligrafía grande y despareja de Mercedes Saavedra.

Un cosquilleo de expectativa le subió hacia el pecho mientras buscaba la página donde había dejado de leer la noche anterior. La tinta añeja volvió a dar vida a Mercedes. Ya sabía los detalles de la vida de la joven a partir de su cumpleaños número diecisiete; conocía a su familia, sus sueños y pequeños temores, y se regocijaba en la existencia sencilla y holgada que le contaban los cuadernos. A veces era fácil meterse en la piel de Mercedes, sentarse ante el tocador de palo rosa y sentir las manos de la criada negra trenzando sus cabellos. O esconderse junto a ella bajo la higuera del patio, en una tarde tibia y perezosa con aroma a malvones, para contarse en susurros los secretos que sólo una amiga puede oír. En ocasiones la maravillaba y la asustaba encontrar sus propios pensamientos entre las líneas de las hojas amarillentas.

20 de diciembre de 1827

Anoche mi madre me reprendió nuevamente porque no quise sentarme a bordar con mis hermanas. Estaban bordando el mantel para el altar que vamos a ofrecer para la misa de Gallo en la Catedral; es muy hermoso, de raso blanco con dibujos de ángeles en hilo de plata. No me gusta bordar, me aburre. Prefiero leer o escribir este cuaderno, o sentarme al piano y tocar algo de Haydn o de Schubert, mis favoritos. Me ofrecí a tocar para ellas y mi madre asintió, pero siguió su labor con los labios apretados.

Creo que mi madre no me quiere. No parece querer demasiado a nadie, en realidad, salvo a Sofía, pero a veces pienso que le inspiro

cierta... antipatía, sí, esa es la palabra adecuada. ¿Serán así todas las madres? En las novelas las madres siempre aman a sus hijos más que a sí mismas, y a veces dan la vida por ellos. No creo que mamá diera la vida por mí, ni siquiera por Sofía. Pero tal vez me equivoque, y mamá nos quiera aunque no lo diga ni lo demuestre.

De todas maneras, su carácter está menos severo últimamente. Creo que se debe a la satisfacción que siente por el próximo compromiso de mi hermana. Siempre abrigó la esperanza de que uno de los dos hijos de los Andrade eligiera a una de nosotras para esposa. Por eso insistió en enviarnos cada año a pasar las primaveras con las tías de Córdoba, pese a que pretextaba hacerlo para robustecer nuestra salud con el aire de las sierras.

Y ahora, el hijo mayor acaba de escribir pidiendo la mano de Sofía. La conoció el año pasado, en el baile que dieron los Ocampo antes de nuestra partida. Recuerdo que no quise asistir porque tenía dolor de cabeza y tía Carlota dijo que era una descortesía de mi parte, que el baile se daba en honor nuestro, para despedirnos, y del hijo mayor de los Andrade que acababa de regresar después de años de estudios en España. El compromiso se formalizará el mes que viene, después de las celebraciones de Navidad y año nuevo. De modo que pasaremos casi todo el verano aquí, en lugar de ir a San Isidro con los abuelos, al menos hasta después de la boda. Será un fastidio, con el calor y la casa llena de parientes...

Me pregunto si mi hermana se establecerá en Córdoba con su marido, o...

* * *

El teléfono sonó, distrayéndola de la lectura. Contrariada, Cecilia contestó y anotó mecánicamente el mensaje. Después se recostó en la silla y cerró los ojos, intentando darse fuerzas. Finalmente, recogió torpemente sus cosas y se puso de pie. Sí, lo haría. Iría a la plaza a seguir leyendo sin interrupciones.

Se ruborizó ante la mirada sorprendida de una de sus compañeras cuando la vio dirigirse a la salida. Era la primera vez en años que abandonaba su trabajo para tomarse la hora de almuerzo que le correspondía. La eterna manzana frente al escritorio era su única pausa en el día, lo que hacía que a veces terminara ocupándose de tareas que no le correspondían, pero no podía

hacer nada para evitarlo. Muchas veces había mirado con envidia la salida de sus compañeras, ansiosas de esa hora preciosa lejos del aire estático y la luz artificial de la oficina, sabiendo que no podía acompañarlas. La palabra almuerzo no tenía lugar en su vocabulario, y hasta la posibilidad de caminar sola algunas cuadras la atemorizaba. Era más fácil olvidar la idea de comer en el ambiente aséptico de su escritorio, mientras que afuera esperaban los lugares de comida rápida, las heladerías, las panaderías, sigilosos pulpos de cien brazos listos para atraparla y no dejarla regresar.

Ayúdame, Mercedes. Sólo hay cuatro cuadras hasta la plaza. Quiero llegar sin detenerme, sin mirar las vidrieras ni sentir los olores de las casas de comida.

Cuando empujó la puerta giratoria el aire caliente golpeó su piel fría por la refrigeración del edificio. El resplandor del mediodía le lastimó los ojos, poco habituados a la luz natural. Durante la semana su vida transcurría dentro de la oficina, y después corría invariablemente a encerrarse en el departamento, a excepción de la visita semanal a Mamá. Los fines de semana se alargaban en horas de lectura, televisión y escapadas al supermercado, para volver corriendo a sentarse junto al teléfono a esperar la llamada de Pablo en medio del acostumbrado caos de restos de comida y platos sucios.

¿Viste, tonta? Aquí estamos. ¿No fue tan difícil, verdad? Sentémonos debajo de un árbol, allí, en ese banco oculto por el arbusto. No será tan fresco como la galería de mi patio, pero estaremos bien.

Cecilia se sentó y siguió leyendo mientras masticaba su manzana, intentando olvidarse del hambre feroz que sentía. El relato de las navidades de Mercedes la hizo sonreír con una nostalgia suave, trayéndole a la memoria sus propios recuerdos de regalos y adornos para el arbolito, enorme a sus ojos de niña, que armaba sentada en el piso junto a papá. No había habido miedo ni vergüenza entonces. La niña Cecilia era silenciosa y tranquila pero feliz.

«... finalmente, el mantel del altar quedó terminado a tiempo y mi madre pudo regodearse con los elogios del padre Ferdinando y de la concurrencia, después de la misa de Gallo...» Una vez Cecilia había pasado días enteros bordando un almohadón en punto cruz para regalo de Mamá; un regalo sorpresa, sin fecha ni motivo. Cuando por fin se lo presentó con una sonrisa tímida pero radiante, Mamá se estaba arreglando para salir y lo recibió con una mirada distraída y un «gracias, querida», y siguió aplicándose la sombra color celeste sobre las pestañas duras de rímel.

El celular sonó. Pablo, pensó Cecilia rebuscando frenéticamente en el

bolso. Era Mamá.

—Ceci, ya que estás en el centro, ¿podrías traerme algo de la farmacia que está a la vuelta de tu oficina, sobre Corrientes?

—Claro, Mamá. ¿Tus pastillas para la espalda?

—No, mi crema de noche. Fui a las dos farmacias del barrio y no la tienen. Mañana paso a buscarla por tu casa.

Si Mamá podía pasar a buscar la crema también podía comprarla ella misma en otra parte, y Cecilia lo sabía, pero no dijo nada. Mamá siempre le encargaba cosas antes de su visita semanal, que luego se olvidaba de pagar y que ella nunca reclamaba.

Sacó una segunda manzana del bolso y volvió a pensar en el almohadón en punto de cruz. Nunca más había vuelto a hacer una labor de ese tipo. Ya no le gustaba bordar, como a Mercedes.

* * *

Cuando dieron las dos en la Torre de los Ingleses, Cecilia ya sabía que Mercedes se había enamorado de Mariano Andrade, el prometido de su hermana. Inconsciente del lugar y de la hora, se sumergió en la angustia de la joven, sacudida por el cambio súbito en el desarrollo de la vida de Mercedes.

20 de enero 1828

Mañana, a las diez de la mañana, Sofía se convertirá en la esposa de Mariano. Esta es la última noche que duerme en esta habitación. Ya está dormida, veo su rostro tranquilo a través del tul del mosquitero, su boca casi sonriente en el sueño. Si yo estuviera en su lugar, no podría dormir ni aunque mi vida dependiera de ello. Estaría despierta, mirando la luna a través de la ventana, contando cada minuto que me acercara a esa mañana maravillosa que me entregaría a él.

En cambio estoy despierta, pero rogando por una noche eterna sin amanecer ni día. Si un hada madrina apareciera en este instante, o un hada mala, o el mismísimo diablo, le entregaría mi alma a cambio de una noche sin final... de cualquier cosa que impidiera esta boda. Daría mi vida y mi alma por su amor.

Soy una blasfema, Dios me va a castigar, voy a arder en el infierno por toda la eternidad.

Dios no existe, y el infierno comenzará mañana. ¿A qué otra cosa temer después?

El vestido está en un rincón, grande y blanco como un merengue enorme. Hace un rato me levanté a mirarlo y acerqué la vela para ver los detalles en pedrería del cuerpo y las mangas. El velo está sobre el sillón, suntuoso y leve, bellísimo como un sueño. La vela tembló cuando me incliné a tocar la diadema de piedras que lo sostendrá sobre la frente de Sofía. Un temblor de la llama, y el velo se hubiera encendido como una bocanada rabiosa, anaranjada. El traje también, el crujido de la tela enroscándose, la llama comiéndose los pliegues pesados y orgullosos.

Sofía se vuelve de espaldas, se aparta los rizos envueltos en papel que le arañan el cuello. No los necesita; sus bucles son naturales, pero mañana debe estar perfecta, mi madre vendrá a las siete y media para dirigir su toilette.

Julietta apareció muerta en la mañana de su boda, no estaba muerta pero todos lo creyeron así y la llevaron a la cripta familiar. La poción la durmió en un sueño parecido a la muerte, pero hay otros venenos que no te dejan despertar nunca más.

Si Sofía no despertara no habría boda sino funeral. Las flores de bodas de Julieta decoraron su ataúd... ¿conservaron el mismo aroma?

Dios mío, estoy loca. Voy a rezar hasta que me duerma; cien, mil padrenuestros y credos que me impidan seguir pensando.

Pero no quiero rezar, no quiero murmurar palabras sin sentido mientras el destello blanco del vestido se ríe de mí en la penumbra.

Mariano. Mariano duerme solo al otro lado de la casa, pero mañana dormiré con ella, con mi hermana.

Me moriré. No podré soportarlo.

Basta. Tengo que dormir. Hay que levantarse temprano, ir a la iglesia, ver a Sofía convertirse en esposa y después volver para la comida; la casa estará repleta de invitados y habrá que sonreír y bailar.

Dios mío, ayúdame. No me dejes despertar, ayúdame a no tener que vivir ese día.

¿Por qué tengo que amarlo? ¿Qué destino maldito me hace amar al hombre equivocado?

Yo no elegí este amor. No lo elegí ni lo quiero.
¿Por qué, entonces, no sé cómo escapar de él?

* * *

Cecilia cerró el diario y clavó los ojos en el césped reseco bajo sus zapatos. Una angustia común oprimió su pecho y el de Mercedes durante un largo momento. Después buscó el teléfono y marcó el número de la oficina.

—¿Doctor Ruiz? Habla Cecilia. No me siento bien, me va a ser imposible volver a la oficina esta tarde.

Escuchó sin mucha atención la protesta del otro lado.

—Está casi terminado, lo encontrará en mi escritorio. Mañana temprano le prepararé la agenda para Brasil.

Caminó hasta la parada de subte, volviendo a casa antes de las seis por primera vez en diez años. Sobre el banco vacío, una manzana solitaria empezaba a amarronarse en el único mordisco arrancado de la superficie lustrosa.

Buenos Ayres, 1828
Invierno

De pie frente a la ventana del oratorio, la figura tiesa a medias oculta por el cortinado entreabierto, doña Asunción observaba a su hija. Hacía semanas que el rostro de la dama no se suavizaba en una sonrisa. Por naturaleza poco alegre, sus sonrisas sólo habían sido emanaciones de vanidad, orgullo satisfecho o halago social. Ahora, apenas una mueca forzada curvaba sus labios en las inevitables ocasiones sociales que así lo requerían.

Los ojos clavados en Mercedes estaban llenos de odio. De ser una preocupación, casi una molestia, su hija segunda se había transformado en la personificación de la lujuria, la suciedad, todas las cosas que no habían tenido cabida —ni siquiera definición— en la existencia de doña Asunción.

La conducta de Mercedes la había obligado a dar nombre, al menos ante sí misma, a hechos y comportamientos en los que jamás creyó tener que pensar. Había crecido en un mundo donde lo malo y lo feo se disfrazaban con eufemismos, o mejor aun, se pretendía no conocer. Ni siquiera la agitada vida política de la ciudad que despertaba a su independencia y escribía su historia día tras día hacía mella en las vidas de las mujeres que, al igual que doña Asunción, habían sido criadas sólo para lo que eran. A diferencia de tantas otras damas realmente comprometidas con el devenir de la ciudad y del país, estaban las que, como doña Asunción Saavedra, veían en las reuniones de beneficencia y de labores destinadas al auxilio de las tropas nada más que otra ocasión de lucirse en los mejores salones.

En el patio, Mercedes se recostó en el banco debajo de la higuera, estirándose con movimientos casi sensuales. A pesar suyo, doña Asunción imaginó el cuerpo de Mariano, el marido de Sofía, unido al de Mercedes en uno de esos actos sucios que sólo deben ocurrir entre marido y mujer. Al asco y repulsión de doña Asunción se sumaba el asombro y la curiosidad de saber cómo Mercedes, o cualquier otra mujer, podía elegir participar voluntariamente de esos actos sin verse forzada a ello por los lazos del matrimonio. Recordó el rostro de Mercedes en esa tarde fatídica, luchando

por aferrarse a Mariano, su expresión ávida de deseo. Doña Asunción apretó los labios hasta casi hacerlos sangrar. ¿Por qué no se habría muerto Mercedes, en lugar de sus otros hijos fallecidos en la infancia? Pero no, la maldita, la única que no parecía salida de su vientre ni de su sangre, era y había sido desde su nacimiento fuerte y sana como una india. Y la única de sus hijas que se parece a la familia de su esposo, la única de cabello y ojos oscuros. La oveja negra, había bromeado Augusta Tomasa años atrás, observando las cabezas juntas de las niñas jugando sobre la alfombra.

Doña Asunción se apretó las sienes donde el rodete se estiraba hacia la nuca, intentando dejar de pensar. Pero cómo dejar de pensar en los hechos de los últimos días, en la pesadilla que se veía obligada a vivir. Su educación la había preparado para muchas cosas, pero nunca para enfrentar una crisis. En el mundo de doña Asunción se nacía como consecuencia lógica del matrimonio, se vivía de acuerdo a las reglas de la sociedad en la que se estaba inserto, y se moría cuando Dios así lo disponía. ¿Cómo, entonces, aprender a aceptar que ese orden podía ser roto, revertido? Arrancada del marco establecido donde sólo se hacía lo correcto, sin cómo ni porqués, doña Asunción luchaba con el terror de una idea que no la abandonaba.

La dama se cubrió el rostro con las manos, negando violentamente la sospecha que la enloquecía desde que supo lo que había estado ocurriendo bajo su techo, desde que Mariano y Sofía habían sido alejados de la casa como criminales, casi sin preparativos ni despedidas.

Volvió a escrutar la figura de su hija detrás de la ventana, pero no había nada para ver.

No era cierto, no iba a ocurrir. Mariano y Sofía se quedarían lejos por algún tiempo, hasta que Mercedes se casara y se alejara a su vez. Y ella sí se irá de aquí para siempre, se dijo doña Asunción, y ya no tendré que verla más. Todos nos olvidaremos de lo ocurrido, y será como si nada hubiera pasado, casi como si la maldita no hubiera existido jamás.

Pero si era cierto... Con un gemido de angustia, doña Asunción se apartó de la ventana y se arrojó de rodillas en el reclinitorio tapizado en terciopelo violeta, al pie del Cristo que dominaba la pared del oratorio. Con los ojos clavados en el rostro de mármol blanco, empezó a orar con un murmullo desesperado que, más que un ruego, era casi una orden dirigida a la figura sangrante.

9 de agosto

Se ha ido. Se marchó con Sofía. Cuando desperté ya no estaban. Mariano. Mi amor, mi vida. Regresa a mí. No me dejes morir. Porque sé que voy a morirme si no vuelves.

11 de agosto

Por favor, por favor, amor mío. Te estoy esperando. Estoy lista para ti, te espero en la oscuridad cada noche. Paso las horas frente a la ventana hasta el amanecer, helándome contra los vidrios cubiertos de escarcha.

¿Dónde estás? No puedo ir hacia ti. Sólo puedo esperar una palabra tuya, una línea, para correr a encontrarte. Sabes que no hay nada en el mundo que me impida llegar a ti si así es tu deseo, porque te lo dije en ese horrible día.

¿Estoy loca? ¿Qué espero? ¿Qué quiero creer? Este cuaderno es lo único que me mantiene cuerda, lo único que tantas veces ha evitado que me echara a gritar de dolor durante estos largos meses. ¿Pero ahora?

¿Durante cuánto tiempo podré aferrarme a estas páginas para sobrevivir? ¿Hasta cuándo podré esperarte, decirme que te oiré llegar esta noche, que vendrás a llevarme entre las sombras por las calles vacías?

¿Cuánto tardará en morir mi amor?

Julián sostuvo la puerta abierta con una mano, y con la otra, la galera y el bastón con empuñadura de nácar del doctor. El doctor Jiménez se detuvo un instante en el vano de la puerta con una pequeña reverencia en dirección a la cama de Mercedes y a la figura de doña Remedios sentada a su lado. A los pies de la cama, Dominga mojaba y retorció paños dentro de la palangana de porcelana pintada. Al ver al doctor alcanzó un último paño a doña Remedios, que lo colocó sobre la frente de Mercedes y se inclinó para retirarse.

—Muy buenos días tenga usted, doctor Jiménez. Doña Asunción y yo estaremos en el salón. Si necesita algo, no tiene más que llamar.

Señaló la campanita que estaba sobre el tocador y salió junto a Dominga.

Mercedes estaba reclinada sobre una profusión de almohadones de raso bordado, con el corpiño del vestido entreabierto y los labios casi tan descoloridos como el rostro. Extendió desganadamente una mano que el doctor tomó a modo de saludo y después conservó entre las suyas para medir el pulso.

—Tengo entendido que mi presencia ha sido requerida a causa de un desmayo, señorita Saavedra. ¿Puede ponerme al tanto de los detalles?

Mercedes levantó la mirada hasta los ojos del doctor, donde el color castaño oscuro comenzaba a azularse por la edad. El doctor Jiménez, una de las eminencias de la ciudad de Buenos Ayres y el médico de los Saavedra desde casi cuarenta años atrás, la había ayudado a nacer y había atendido sus poco frecuentes enfermedades infantiles. Recordaba los caramelos que solía sacar de los bolsillos de su levitón marrón oscuro, tan grandes y profundos que fácilmente hubieran podido reemplazar la valija negra que invariablemente lo acompañaba en sus visitas. Ni el levitón ni la valija parecían ser otros que aquellos que ella había visto con ojos afiebrados en los lejanos días del sarampión y la fiebre escarlatina que se había llevado a dos de sus hermanos pequeños.

Mercedes advirtió que el doctor aguardaba respuesta, todavía sosteniendo

su muñeca entre las manos.

—No sé cómo ocurrió, simplemente me levanté de la mesa al terminar el almuerzo y sentí que todo se oscurecía. No recuerdo más. Dicen que estuve sin sentido durante unos instantes. Ya me había ocurrido algo parecido días atrás, pero me encontraba sola y después, al sentirme mejor, no lo comenté con nadie.

El doctor abrió el valijón negro y sacó su estetoscopio.

—El desmayo parece indicar un estado de debilidad. Pero el pulso es normal. Veamos el pecho y la garganta.

Mercedes desabrochó su corpiño y se incorporó. El doctor terminó su examen y tomó asiento en el sillón junto a la cama.

—Todo parece estar bien. ¿Algún otro síntoma anormal, aparte del desmayo?

Mercedes volvió a abrochar los botones de la camisa y se cubrió los hombros con una mañanita celeste de lana fina.

—Sólo cansancio, me siento cansada aun después de dormir la siesta. También he tenido vómitos después de las comidas. En realidad como muy poco, nada me produce apetito desde hace un par de semanas.

El doctor Jiménez se retorció la punta izquierda del bigote con aire dubitativo.

—Podría tratarse de alguna enfermedad digestiva, tal vez del hígado..., o quizás...

Mercedes le clavó los ojos, expectante.

—Tendré que realizar otro tipo de examen, señorita Saavedra. Podría tratarse de otra clase de problema. Digámoslo así, alguna enfermedad de las llamadas femeninas.

Mercedes se incorporó sobre el codo y apartó de un tirón las mantas que la cubrían.

—Haga usted lo que deba hacer, doctor. Quiero saber lo que me ocurre — hizo una pausa y agregó con voz tranquila—. Tengo razones para creer que puedo estar encinta.

El doctor Jiménez levantó dos ojos estupefactos hasta los de Mercedes. Después, con un carraspeo incómodo, se inclinó y procedió a revisarla concienzudamente. La joven se aflojó bajo la presión de los dedos en su bajo vientre, y supo que era verdad antes de verlo en la mirada del doctor.

—¿Es así, verdad? —preguntó.

—Sí.

El doctor le dio la espalda para colocar sus instrumentos en el valijón de cuero. Después se acercó y volvió a cubrirla con las mantas.

—Siendo usted soltera, no me atreví a suponer... Es un embarazo de muy poco tiempo, pero no hay dudas de que va usted a tener un hijo.

Atónito, observó la expresión de felicidad y el rubor emocionado que iluminaron el rostro de Mercedes. Recogió su valija y la colocó sobre sus rodillas.

—Bien, debo marcharme. Quédese en cama hasta mañana, y luego vuelva a sus quehaceres de costumbre. En adelante necesitará mucho descanso y buena alimentación.

Mercedes asintió y le extendió la mano para despedirlo. El doctor se inclinó y se puso de pie.

—En cuanto a... sus padres querrán saber de su salud, su tía y su madre esperan mi diagnóstico...

Mercedes se encogió de hombros.

—No se preocupe, doctor. Dígales usted la verdad. De todos modos tendrán que saberlo más tarde o más temprano. Estas no son cosas que puedan ocultarse por mucho tiempo, ¿no es así? —añadió con una sonrisa.

El doctor le dirigió una nueva mirada perpleja y caminó hacia a la puerta. Antes de salir se volvió hacia la cama y agregó:

—No lo olvide, mucho descanso y tranquilidad. Volveré a verla en unos días, pero llámeme antes si me necesita.

Después la puerta se cerró y Mercedes se quedó sola en el cuarto.

* * *

El doctor Jiménez se detuvo unos momentos en la penumbra del corredor antes de dirigirse al salón, intentando ordenar las palabras que se vería obligado a pronunciar en unos instantes. Con un suspiro se pasó la mano por la calva, recordando momentos similares en su largo historial como médico de cabecera de la familia Saavedra. Recordó las ocasiones en que debió enfrentar a los padres con la más dolorosa de las nuevas, la muerte de un hijo. Ahora, en cambio, se trataba de lo contrario: anunciar un nacimiento, lo cual normalmente era motivo de regocijo y esperanza... pero no así, siendo la futura madre la mayor de las hijas solteras de la familia. El doctor se retorció nerviosamente los extremos del bigote y caminó por el pasillo. No, en este caso, el anuncio de un hijo por llegar era el anuncio del bochorno público, de

lo peor que podía enfrentar una familia como los Saavedra: la deshonra, peor que la muerte. En realidad, se dijo el doctor, era poco piadoso pensarlo así, pero estaba seguro de que los padres de Mercedes hubieran preferido enfrentar el anuncio de la muerte de su hija antes que la noticia que se veía obligado a llevarles.

«Bien —añadió para sí mismo aferrando el picaporte—, no existe ninguna duda sobre el embarazo, de modo que postergar el momento sería inútil y de ningún provecho para nadie». La tarde ya estaba cayendo detrás de las ventanas de la sala, envolviéndola en las penumbras del anochecer. Dominga encendía una a una las velas de los candelabros colocados sobre la mesa y la repisa de la chimenea. El doctor ocultó un gesto de contrariedad al ver a don Octavio sentado junto a su esposa y su cuñada. Hubiera sido más fácil enfrentar sólo a doña Asunción, se dijo con un suspiro de preocupación.

Don Octavio se levantó al verlo entrar y le extendió la mano.

—Acérquese, doctor Jiménez. Pero no se quede usted de pie, tome usted asiento —invitó al ver la actitud indecisa del doctor—. ¿Gusta una taza de chocolate, o de té? O tal vez prefiera un mate —agregó señalando el mate vacío que doña Remedios acababa de dejar sobre la mesa.

—No, muchas gracias, don Saavedra. Tendré que marcharme enseguida, debo hacer un par de visitas más antes de que caiga la noche —replicó el doctor tomando asiento frente a don Octavio y su esposa.

—¿Cómo encontró a Mercedes, doctor? —preguntó doña Remedios mientras sacudía las migas de bizcocho adheridas a la pechera de su vestido.

El doctor tosió, incómodo.

—Tal vez desee usted, don Saavedra, hablar del asunto en privado... Quizás... —añadió mirando a Dominga, que estaba recogiendo las fuentes vacías. No se atrevió a excluir a doña Remedios de forma explícita, pero sabía que era su deber enterar a los padres de Mercedes sin testigos, aun tratándose de la cuñada del dueño de casa. Para su alivio, doña Asunción le facilitó la tarea.

—Dominga, dejanos solos. Que nadie nos moleste. Más tarde retirarás la mesa.

Después levantó su mirada seca hacia doña Remedios, que seguía comiendo con expresión plácida. Advirtiendo el mensaje mudo en los ojos de su cuñada, la dama dejó de masticar y se levantó con los labios apretados.

—Iré a ver a Mercedes. Con su permiso, doctor Jiménez.

Doña Asunción esperó hasta que la puerta se cerró detrás de las mujeres.

—Bien, doctor, lo escuchamos —urgió con acento seco, casi amenazante—. ¿Qué le ocurre a mi hija?

El doctor Jiménez se acomodó una vez más en la silla.

—Les diré. En vista de los síntomas que ha experimentado la joven, he debido proceder a un reconocimiento completo para determinar la causa. A menudo, los mismos síntomas pueden ser indicadores de diversas afecciones...

Don Octavio se inclinó hacia delante.

—¿Se trata de algo grave, acaso?

El doctor levantó una mano en un gesto poco iluminador.

—No, don Saavedra, no se trata de algo grave. En realidad... se trata de un hecho natural en la vida de una mujer adulta, como lo es su hija.

Advirtiendo la palidez que comenzaba a cubrir el rostro de doña Asunción, se apresuró a terminar.

—Los síntomas indicaban un estado de gravidez, y efectivamente es así. Mercedes está encinta.

El silencio que siguió a sus palabras resultó aún más aterrador que la expresión de los ojos de don Octavio. Durante un largo momento nadie habló, y hasta la llama de las velas pareció inmovilizarse. El doctor Jiménez mantuvo la vista fija en doña Asunción, cuya palidez cada vez más tétrica amenazaba un desvanecimiento. Pero después de algunos segundos dos manchas rojas aparecieron sobre sus mejillas descoloridas y sus ojos se encendieron con una expresión de odio tan feroz que el doctor se echó hacia atrás en el sillón.

—¡Desgraciada! —susurró con los labios apretados y las manos crispadas sobre la falda—. Maldita, una y mil veces maldita seas.

Una lágrima se deslizó hacia su nariz. El doctor Jiménez no recordaba haberla visto llorar jamás, ni siquiera ante el lecho de sus hijos muertos en la infancia.

Don Octavio se volvió bruscamente hacia su esposa.

—Contrólate, mujer. Despidamos al doctor Jiménez.

Agitó con fuerza la campanilla que estaba junto a la tetera y gritó un nombre. Un instante después los ojos redondos de Julián aparecieron en la puerta.

—El abrigo y el sombrero del doctor Jiménez.

Cuando la cabeza del criado desapareció, don Octavio habló de nuevo.

—Doy por descontada su absoluta discreción, doctor.

La afirmación tenía un leve dejo de amenaza. El doctor se puso de pie y le sostuvo la mirada.

—Quede usted tranquilo. Jamás ha salido ni saldrá de mi boca una palabra sobre la condición de ninguno de mis pacientes.

Julián volvió a aparecer con el bastón y la galera de felpa. El doctor los tomó y dirigió una inclinación hacia doña Asunción, que después de sus últimas palabras había permanecido muda e inmóvil como si se hubiera convertido en una pieza más del mobiliario.

—Tengan ustedes muy buenas tardes. Volveré en unos días a ver a Mercedes. Si me necesitan antes, estoy a su entera disposición.

Ni don Octavio ni doña Asunción respondieron. Julián esperó a que el doctor saliera de la habitación y cerró la puerta detrás de él.

Mientras seguía los pasos del sirviente hacia la salida, el doctor Jiménez sacó un pañuelo bordado con su monograma del bolsillo del abrigo y se secó la calva. Después se caló la galera y se apresuró a salir de la casa.

* * *

Dominga vio salir al doctor y recordó que los platos de la merienda no habían sido retirados todavía. Pronto habría que comenzar a preparar la larga mesa para la cena, la comida más importante del día. En la cocina ya humeaban las ollas y se calentaban junto al fuego las fuentes donde se servirían los primeros platos.

Dominga dudó, pensando que si la mesa no estaba servida a la hora de costumbre sería ella la que tendría que enfrentar el mal genio del ama. Sus funciones, una especie de ama de llaves y cabeza del resto de los criados, le daban importancia a su posición dentro de la casa, pero traían aparejada la enorme responsabilidad del buen funcionamiento de un hogar tan grande y con tantas personas compartiendo su techo. Tan solo las elaboradas comidas diarias hubiesen bastado para llenar las horas del día y las manos de los muchos criados de la casa, que rondaban la docena.

El ama había hablado de invitados para la cena de esta noche, recordó Dominga. Razón de más para empezar a acomodar la mesa. A decir verdad, pensó, los invitados eran poco frecuentes desde algunas semanas atrás. Incluso las tertulias familiares se habían acortado. Algo estaba ocurriendo en la familia. Nada marchaba como era debido desde la partida de la niña Sofía y su esposo. Dominga hizo una mueca. Ella tenía sus ideas, pero era mejor

callar. Los negros debían cerrar la boca y trabajar para el amo blanco, acostumbraba decir su madre, que había llegado a Buenos Ayres en uno de los barcos que solían venir en otros tiempos directamente del África, llenos de carne negra joven y fuerte para la venta. Recordó las historias que había oído tantas veces durante su niñez, los relatos sobre el maltrato, la venta de niños que las madres no volvían a ver jamás, el cambio de amos, el miedo. Ella había sido afortunada. Nunca había sido vendida ni maltratada. Los amos de Buenos Ayres acostumbraban tratar bien a sus esclavos, aún antes de que obtuvieran la libertad gracias a las nuevas leyes. Pero Dominga sabía que el blanco seguía siendo el amo, y las palabras de su madre se le habían grabado a fuego durante una vida de esclavitud. Los problemas de la familia eran cosa de blancos, y ni ella ni los otros negros tenían nada que opinar en eso. Así había sido siempre, y así debía ser.

Escuchó sonar las siete en el reloj de la sala y se dijo que, por cierto, ya era más que hora de comenzar los preparativos para la cena.

Dio dos golpes suaves en la puerta y entró. Abrió la boca para hablar, pero las palabras se le ahogaron en la garganta ante la expresión de los dos rostros que se volvieron a mirarla. Antes de oír la orden brusca de don Octavio su figura maciza ya estaba de vuelta en el pasillo, y el eco apresurado de sus pasos se alejaba veloz hacia las cocinas.

* * *

Las siete en el reloj. «Tan... tan... tan... tan... tan... tan... tan». El té frío mancha la porcelana con una fea aureola marrón si no se lava enseguida. Maldita, mil veces maldita, no tendrás perdón de Dios ni de los hombres ni de mí. El juego de té vino de Inglaterra junto a mi madre, venía envuelto en algodón y tela para que no se quebrara con los vaivenes del barco. Todavía está sano y completo, después de tantos años y de tantas manos tocando las piezas. Te quemarás en el infierno junto a María Magdalena, la adúltera, Dios nuestro Señor la perdonó pero tú no serás perdonada. Los ojos de Octavio están llenos de furia, tiene los puños apretados. Quizás vaya a tu cuarto y te golpee. Quizás te mate. Cuarenta piezas, todas intactas. Los platos, las fuentes, la tetera, la lechera con sus asas tan frágiles, las tazas. Si los negros rompen una sola de ellas los haré azotar aunque ya no esté permitido, hasta saber quién fue.

Jamás te perdonaré. Jamás, no lo haría ni aunque arrastraras una cruz de

madera más pesada que la de nuestro Señor Jesucristo por las calles de la ciudad, ni aunque te sangraran los pies contra las piedras, aunque sudaras gotas de sangre. Si tu padre te mata no diré una palabra, nadie lo sabrá. Puede llevarte a la estancia, enviar fuera a los gauchos y hacerlo en medio de la noche. La manteca se ablanda con el calor de las velas, se derrite sobre la mantequera abierta, junto al plato de pan tostado. El plato está casi vacío. Milagros come mucho pan, y buñuelos y torta, está cada día más gorda. Será difícil casarla si continúa engordando. Remedios debería decírselo, si fuera mi hija no le permitiría comer de esa manera. Un veneno fuerte, es fácil conseguirlo, se usa para las ratas y otras alimañas. Se coloca en un vaso de vino, en una taza de té, y listo. La vela se está acabando, el pabito tiembla dentro de la cera derretida. Una gota cae sobre el mantel, habrá que rasparla y sacarla antes de lavarlo. Diremos que fue una enfermedad repentina, una fiebre, una pulmonía. Haremos un funeral elegante con misa y te enterraremos con tu asqueroso secreto, y estaremos salvados.

Dos golpes en la puerta. Quién es, es el diablo que viene a cobrarse mi alma llena de odio. Maldita sea la madre que vierta la sangre del fruto de su vientre. No, no es el diablo, es Dominga, Dominga con su cara redonda de luna, con su mirada idiota. Fuera, fuera de aquí, negra tonta, no quiero verte. Mi marido la despide, muy bien, échala, que se vuelva a sus trastos y a su cocina.

La Biblia dice que honrarás a tu padre y a tu madre. La maldita nos deshonoró no sólo a su padre y a mí, sino también a su hermana y merece la muerte.

Ya es de noche. Pronto llegarán los Anchorena y la mesa no está preparada y yo no estoy vestida, y Mercedes está en su cama con el vientre lleno de pecado. Perdón, Dios mío, perdón por estos pensamientos que no puedo detener. Castígala a ella, a ella que provocó todo esto, a ella que se burló de mí y de su hermana y de su mismo padre. El vestido violeta con encaje blanco en el cuello y los puños. Ya está sobre mi cama, planchado y listo. Cenar y conversar con los Anchorena como si nada hubiera pasado, como si la vida siguiera su curso normal. Un poco de colorete y polvos de arroz. Las niñas saludarán y se irán a la cama a las ocho y media.

El mantel está pegoteado de almíbar y dulce de leche. Habrá que llevarlo a lavar el jueves con la ropa blanca. El río se lleva la suciedad y la ropa vuelve limpia, con olor a sol. Maldita. Mil veces maldita, maldigo el día en que te cargué en mi vientre y te parí.

Desconcertada, la casa se revolvía bajo la sombra de la tragedia que se acurrucaba en los rincones arrugando los ceños, borrando las sonrisas. Un espectro nuevo, sin nombre, desconocido para la mayor parte de los habitantes de la casa, pero aunque indefinido, innegable para todos.

Las comidas se acertaban ante los largos silencios que ni siquiera las niñas se atrevían a romper. Muchos de los platos volvían a la cocina casi tan llenos como habían sido servidos, para alegría de los criados, que se regodeaban con ellos. Sólo Milagros seguía engullendo todo lo que le ponían delante con la fruición de costumbre hasta en las sobremesas, cada vez más breves e incómodas. Las tertulias eran también cortas o inexistentes, y escasos los invitados. Sólo se devolvían aquellas invitaciones demasiado importantes como para desairarlas no retribuyendo un convite. En esas tertulias obligadas la casa se vestía durante unas horas de la vieja animación, pero las risas se acartonaban en los labios, y hasta las melodías más dulces sonaban tétricas en el piano. Cuando la puerta se cerraba tras el último invitado, las sonrisas se descascaraban como máscaras viejas para volver a mostrar miradas hoscas o simplemente desconcertadas.

Hasta los sirvientes se habían mimetizado con la pesada atmósfera que oprimía la casa. Los negritos no chillaban en los pasillos durante sus juegos infantiles, ni gritaba órdenes Dominga de un extremo a otro del patio. Sólo los gatos seguían paseando entre las macetas y lamiéndose las patas sentados en el borde del aljibe, indiferentes al aire enrarecido y a los rostros demudados.

La marcha repentina de Mariano y Sofía había sido explicada con un par de excusas poco esclarecedoras que no alcanzaban a justificar esa partida al amanecer, casi sin despedidas. Pero nadie se atrevió a pedir más explicación, amedrentados ante el rostro descompuesto de don Octavio y la mirada feroz de doña Asunción. Tampoco nadie se atrevió a hacer preguntas cuando, algunos días después de la marcha del matrimonio, los dueños de casa casi

dejaron de despegar los labios en la mesa, ignorando cualquier intento de conversación. Doña Asunción comenzó a encerrarse en su oratorio durante interminables mañanas y tardes, descuidando labores, dejando el manejo de la casa en manos de su cuñada Remedios y de Dominga.

Las frecuentes ausencias de Mercedes en las comidas no dejaron de ser notadas, como tampoco sus reuniones a puertas cerradas con don Octavio, tras las cuales la joven volvía a retirarse al rincón del patio del que había sido arrancada por el llamado de su padre, dejando a este con un humor aún más imposible que de ordinario.

Cada habitante de la casa tejía sus hipótesis ante el secreto que sin duda compartían sólo unos pocos, pero los años de aceptación y las buenas costumbres cerraban las bocas y ahogaban la curiosidad.

Las noches fueron acortándose hacia la primavera, mientras un invierno cada vez más aciago seguía helando los ojos y las almas perturbadas.

30 de agosto

Los días pasaron y la espera terminó. Ya no habrá carta de Mariano, ni Mariano, nunca más.

Cuando finalmente lo comprendí, esperé el regreso de la desesperación, pero me sorprendí al encontrar un dolor sordo que me aprieta el pecho pero no me lastima. Me doy cuenta de que en realidad siempre supe que no podía esperar nada de él, de que ni siquiera yo misma creía lo que intentaba forzarme a pensar. ¿Qué me queda ahora? Este secreto que sólo mis padres comparten, que me ganó el odio de mi madre y las amenazas constantes de mi padre a las que ya no sé cómo responder. Ojalá fuera hombre, para tomar un caballo y alejarme de esta casa donde no hay lugar para mí. Estoy sola. Mis hermanas y mi prima siguen cuchicheando y bordando, ignorantes de mi vientre lleno y mi corazón vacío. No saben nada pero se apartan de mí como si tuviera la peste; tal vez lo crean, quizás vieron al doctor Jiménez venir a verme y creen que estoy enferma, leprosa, a punto de morir. Ojalá fuera así, sería más fácil morir que tener que seguir viviendo sin saber cómo hacerlo.

Casi nadie se atreve a hablarme, sólo tía Remedios o Dominga se acercan a mi cama con una taza de té cuando me siento demasiado infeliz o enferma para levantarme. Entonces hablo unas palabras con ellas, y después con mi padre, cuando me llama a su presencia para amenazarme una vez más con el convento y la pérdida de mi hijo, si no acepto el matrimonio con Segismundo Echeverría.

Ojalá fuera hombre, para poder alejarme de todos ellos, y de esta ciudad que es mi mundo. Sin embargo, el mundo tiene que ser más grande, tiene que haber algún lugar para mí aunque yo no lo conozca,

aunque haya vivido sin preocuparme por lo que existe más allá de Buenos Ayres. Estoy tan limitada por mi sexo. Ahora que necesito desesperadamente mi libertad, advierto que carezco de ella.

Como el resto de las mujeres, debo a mi padre mi techo y mi comida, el que sería luego reemplazado por mi esposo. Era así, simplemente, y no hacía falta pensar en ello. Pero ahora mi padre se niega a albergar y alimentar a mi hijo, y la persona que debería hacerse cargo de nosotros no puede y no quiere hacerlo.

¿Qué me resta, entonces? No renunciaré a mi hijo. No voy a parirlo en un convento para que sea criado por las monjas sin saber que tiene madre, o para que sea entregado a alguna familia que lo llevará lejos de mí. No sé si amo a mi hijo porque está dentro de mí o porque es parte de él, de Mariano, porque tal vez tenga sus ojos y su piel, porque será lo único que podré retener a mi lado que le pertenezca. Tiene que ser esa la razón, porque si no es así, ¿cómo puedo amar tanto a alguien que no conozco, a este pobre ser que será un estigma por el resto de mi vida?

31 de agosto

He vuelto a verla. Sus mismos ojos oscuros, las mismas líneas marcando su rostro apagado.

¿Estoy loca? No me importa. Ya no me interesa saber si esta visión es producto de mi mente desordenada. La acepto, hasta la aguardo, porque durante un instante se lleva el dolor y la soledad, y eso me basta.

El mismo día, por la noche

¿Cómo puedo amarte tanto todavía, Mariano? ¿Cómo puedo seguir viviendo sabiendo que no te tendré junto a mí nunca más? ¿Cuándo me olvidaré de tus besos, del olor de tu piel? ¿Cómo se mata el recuerdo?

Después de sufrir durante varios días las torturas que había creído reservadas a las almas perdidas en el infierno, doña Asunción se decidió a enfrentar a su marido.

Un jueves por la mañana se presentó en el despacho de don Octavio ataviada con su traje negro de iglesia. Sentado frente al enorme escritorio, don Octavio dibujaba cifras en el grueso libro de hacienda mojando metódicamente la pluma en el tintero de plata peruana. La luz tranquila de la mañana de fines de invierno atravesaba los vidrios de la única ventana de la habitación, iluminando sus mejillas rubicundas y las dos arrugas horizontales, profundas como ríos secos, que le atravesaban la frente.

Doña Asunción permaneció de pie en silencio, esperando a que cesara el rasguño de la pluma sobre el papel. Finalmente don Octavio levantó la mirada y la clavó en el rostro afilado de su esposa, sombreado por los pliegues oscuros de la espesa mantilla que le cubría los cabellos.

—¿Qué se te ofrece, mujer?

La mano enguantada de doña Asunción se crispó alrededor de las tapas de nácar de su devocionario, y un rubor furioso coloreó sus mejillas.

—Es preciso que hablemos sobre... Mercedes.

Las palabras salían de sus labios con dificultad, como si un brazo implacable se las fuera arrancando una a una de la garganta seca.

—Esta situación es imposible de soportar. Hay que hacer algo..., pronto.

Don Octavio apoyó la pluma sobre el papel secante y bajó de un golpe seco la tapa del tintero.

—Estoy de acuerdo contigo, Asunción. He estado pensando en todas las posibilidades para poner fin a esta infamia antes de que alguien más llegue a saberlo.

Doña Asunción tironeó de las cuentas del rosario de coral que le colgaba del brazo. Esperó unos instantes, y viendo que su marido continuaba en silencio, murmuró:

—¿Y cuáles serían esas... posibilidades?

Su esposo se puso de pie y apoyó las manos sobre el escritorio, mirándola a los ojos.

—Lo sabes tan bien como yo, Asunción. Muro o marido. La única salida es el matrimonio o el convento.

Comenzó a recorrer la habitación a grandes pasos.

—He pensado en enviarla a Córdoba, tal vez a Inglaterra...

Ante la mirada horrorizada de su esposa, agregó:

—No temas, ya he descartado la idea. No tenemos derecho a cargar a tus parientes ni a los míos con nuestra desgracia. Además, no es posible permitir que alguien más llegue a saber de esto. Esta vergüenza debe bajar a la tumba con nosotros y... las tres personas afectadas.

Un silencio frío siguió las palabras de don Octavio.

—Podemos contar con el silencio del doctor Jiménez —añadió—. En cuanto a Mercedes...

El rostro de doña Asunción se crispó.

—Ella no hablará. La mataré si lo hace.

Don Octavio detuvo sus paseos por el cuarto. Sorprendido, se volvió hacia su mujer y se quedó mirándola como si no la conociera. Doña Asunción se sonrojó pero le sostuvo la mirada.

—Tiene que irse de aquí —dijo en un murmullo fervoroso, parecido al que usaba en sus oraciones—. No la quiero bajo mi techo, ensuciando el aire con su desvergüenza. No soporto verla en las comidas, sentada junto a mis hijas, como si mereciera el pan que le damos. ¿Cuánto tiempo pasará antes de que...? —se detuvo, ahogándose con las palabras que no conseguía pronunciar—. Octavio, tienes que sacarla de esta casa y de mi vista, ahora.

Dos lágrimas calientes le brillaban en las pestañas temblorosas.

—Cálmate, mujer —dijo don Octavio con acento seco—. Pese a todo es nuestra hija, y no podemos arrojlarla de aquí sin más ni más.

Doña Asunción agitó las manos y las cuentas del rosario chocaron, balanceándose de un lado al otro.

—¡No es mi hija! Reniego de ella. No es mi hija la que se burló de su propia hermana, la que se rio en nuestra cara. Ha muerto para mí. Ojalá estuviera muerta —agregó temblorosa, ocultando la mirada bajo la sombra protectora del rebozo que le cubría la cabeza—. Enciérrala en un convento, oblígala a casarse de inmediato. Cualquier cosa que oculte su infamia y la aleje de aquí. Te lo ruego.

Don Octavio se tironeó el bigote, meditativo, asombrado por la pasión desconocida de la voz de su mujer. Después de unos minutos de silencio, dijo:

—La respuesta es don Segismundo Echeverría. Recuerda que pidió la mano de Mercedes hace pocas semanas. Estará dispuesto a casarse en cuanto ella de su consentimiento —hizo una pausa y agregó—. Pero Mercedes sigue negándose a aceptarlo, aun ahora.

Doña Asunción le clavó una mirada decidida.

—Encontrarás la forma de obligarla.

Dos golpes en la puerta acallaron el resto de las palabras que le llenaban la boca.

—Pasen —gruñó don Octavio.

Julián, orgullosamente vestido con su frac de iglesia, asomó la cabeza por la puerta. Inhibido ante la expresión de sus amos, titubeó antes de hablar, jugueteando con la alfombra que llevaba doblada sobre el brazo para las rodillas de su ama.

—Disculpen sus mercedes, pero me manda Dominga a decir a su merced que acaba de llegar la criada de razón (1) de doña Mariquita Igarzábal —dijo dirigiéndose a doña Asunción.

La dama recogió el libro de oraciones que había dejado sobre el escritorio.

—La recibiré. Espera en la sala, saldremos para la iglesia en cuanto haya hablado con ella.

* * *

Doña Asunción recorre el pasillo en dirección al recibidor. El odio contra su hija le enciende las mejillas y los ojos con un brillo nuevo, desconocido. No lo sabe, pero odia a Mercedes tanto más por la conversación que ha debido sostener con su marido, por las palabras que se ha visto obligada a pronunciar, que por el bastardo que lleva en el vientre. La odia por su tranquila rutina trastocada, por esa misma ira que la llena y la domina. Porque hace días, ¿o son ya semanas?, que ella, doña Asunción Thompson, no es dueña de sus pensamientos ni de sus actos.

Sucia, perdida, no eres mi hija.

Las rosas recién cortadas de los floreros de la sala están todavía mojadas de rocío, frescas y olorosas. La sala está clara, limpia de polvo, los broncecillos lustrosos hasta brillar.

La casa no volverá a estar limpia mientras la maldita siga aquí.

La criada de razón espera, juntas las manos sobre la falda crujiente de almidón. Se inclina y baja la mantilla que le cubre la cabeza hasta los hombros al ver llegar a doña Asunción.

—Dice mi ama que envía a usted sus más respetuosos saludos y que cómo está su merced.

Estoy en el purgatorio, en el infierno, con mi casa sucia de pecado.

—Dile a tu ama que le agradezco mucho su fina atención, y que estoy muy bien.

La criada volvió a inclinarse y continuó con la cantinela de costumbre.

—Y que cómo está su esposo, el señor don Octavio.

Debería estar lejos, enterrando a la perdida y librándonos de la vergüenza y del miedo. Debería azotarla hasta que acepte el matrimonio que nos salvaría. Que nos salvará, porque yo la obligaré si su padre no lo hace.

—También se encuentra bien.

—Y que si hay noticias de su hija doña Sofía, y de su esposo don Andrade.

Mi hija, mi pobre hija bella como un ángel, nadie tiene una hija tan hermosa en todo Buenos Ayres. Y ahora está lejos, lejos junto al esposo que no supo merecerla, mi hija durmiendo por el resto de sus noches junto al hombre que durmió con su hermana, pariendo hijos del padre del bastardo de su hermana.

—Dile a tu ama que están muy bien, que escribieron al llegar a la estancia.

—Y que cómo están doña Mercedes, doña Rosa María, doña Isabel y doña Amalia.

La maldita está en algún lugar de la casa con su asqueroso secreto creciendo dentro de ella. Las niñas no saben nada ni lo sabrán nunca, no permitiré que se enteren de la deshonra que caería sobre ellas si esto llegara a conocerse.

—Están todas bien.

Pero nadie lo sabrá.

La criada se inclinó una vez más y permaneció en silencio, esperando a que la dama la interrogara. Doña Asunción advirtió que era su turno para hacer a su vez las detalladas preguntas respecto a la familia Igarzábal que indicaban las buenas costumbres, y se apresuró a hablar.

—Y tu ama, ¿cómo está?

—Se encuentra muy bien, a Dios gracias.

—¿Y tu amo don José?

—También se encuentra bien, y envía a usted sus respetos.

No nos reconocería en la calle ni en la iglesia si supiera.

—Y don Bartolomé y don Emiliano, ¿cómo están?

—También los niños se encuentran en buena salud.

Tienen casi la misma edad que Isabel y Amalia, Bartolomé tiene sólo diez pero cuando Amalia tenga diez y siete, o diez y ocho ya no importará que él sea un año más joven. Serían dos excelentes matrimonios, sé que doña Mariquita también lo cree así aunque nunca lo dijo claramente todavía.

—Me alegra oír que están todos bien.

Las niñas jamás se casarán con los hijos de Igarzábal, ni con nadie que valga la pena, si llega a saberse.

—Y manda a decir mi ama que hoy tendrá el honor de hacerle a usted una visita, si su merced gusta recibirla.

—Dile a tu ama que tendré mucho gusto en verla, y también a don José y los niños, si gustan acompañarla.

Cuando la criada se despidió y se marchó, doña Asunción permaneció de pie frente a la mesita de arrimo, con la vista clavada en las flores que se derramaban sobre el borde de la jardinera de porcelana. A respetuosa distancia, Julián aguardaba, la alfombra todavía prolijamente doblada sobre el brazo y una gruesa biblia en la mano.

Finalmente, doña Asunción se volvió hacia él.

—No iremos a misa de nueve. Ve a decirle a Mercedes que la espero en mi cuarto. De inmediato.

* * *

En el saloncito que solía utilizarse como cuarto de labores, doña Remedios se instaló frente a la ventana abierta, desde donde podía ver el patio. Bostezando el perezoso remoloneo matutino, la dama se movió en el sillón buscando una posición más cómoda para su corpulenta figura y abrió la canastilla de labor. Desplegando el mantel que estaba bordando y ajustándolo en el bastidor, comenzó a enhebrar las agujas con hebras de diferentes colores. Bordó durante algunos minutos y después se detuvo para echar una mirada a través de las cortinas que la brisa levantaba sobre la ventana abierta. El cuarto daba al extremo más alejado del patio, donde las ramas de la vieja higuera convertían al rincón en el más protegido del sol y las miradas. Un

bulto oscuro sobre el banco de piedra atrajo su atención.

Intrigada, se puso de pie y separó las cortinas. Frunciendo los párpados para ver mejor, creyó distinguir una figura en el bulto lejano. Clavando la aguja en el alfilerero de su cesta de labor, salió del cuarto y se dirigió a la galería.

El sol tibio de la mañana de septiembre calentaba el lomo de los perros, amistosamente tendidos junto a los gatos. Doña Remedios llegó al extremo de la galería que rodeaba la casa con la respiración entrecortada por el paso apresurado y la opresión del corsé, y pudo ver con claridad la figura acurrucada debajo de la higuera.

—¡Mercedes! ¡Hija! ¿Qué tienes? ¿Qué te ocurre?

La joven, con las piernas dobladas contra el pecho y los brazos ocultándole la cabeza apoyada en la piedra, se sacudía en un llanto desesperado, aterrador. Conmovida, la dama apartó los cabellos que le cubrían el rostro e intentó hacerla sentar.

—Vamos, niña, cálmate. Tranquilízate y dime que te ocurre.

La forzó a incorporarse y a recostarse contra ella. Después de un rato los sollozos de Mercedes se fueron apagando y su cabeza descansó sobre el pecho de doña Remedios. La dama esperó hasta que el llanto cesara por completo y luego volvió a preguntar:

—¿Qué tienes, niña? ¿Qué te sucede?

Mercedes levantó hacia ella dos ojos secos, helados como los de una muerta en el rostro desfigurado.

—Me caso, tía. Me caso con Segismundo Echeverría.

1. Criada de razón: criada que se ocupaba de llevar y recibir mensajes, y estaba entrenada especialmente en las fórmulas de saludo y entrega de los mismos.

Buenos Aires, 2007
Verano

Al sentarse en la cama, una nube espesa le nubló la vista y la inmovilizó durante unos minutos. Cuando levantó la cabeza, la imagen que le devolvió el espejo la hizo sonreír con una mueca de diversión amarga. En el triste juego repetido, imaginó la expresión de su jefe y de sus compañeras si la Cecilia que conocían se viera por un instante reemplazada por esta que la miraba desde el vidrio. Le pareció ver frente a ella ojos redondos de repugnancia y asombro, bocas curvadas de incredulidad. Esa mujer de rostro hinchado y cabello enredado cubierta por una remera vieja no tenía nada en común con la Cecilia que se sentaría mañana a las ocho puntualmente en su escritorio, fresca de la ducha y envuelta en ropa recién planchada y un toque de perfume importado.

Estirando la mano, alcanzó un pote de helado de la pila de envases y platos sucios que rodeaban la cama y volvió a reclinarsse sobre la almohada. El resto de helado estaba casi derretido y goteó sobre su pecho cuando se llevó la cuchara a la boca. En el televisor, una nueva película había comenzado, con gritos y disparos. Pulsó el control remoto buscando otra, uno de esos dramas familiares donde a poco de empezar surge un problema que amenaza romper la armonía, pero al final los créditos se deslizan sobre la imagen de la casa iluminada que cobija un portarretrato donde la familia sonríe, nuevamente unida y feliz para siempre.

Otro canal le mostró una mujer sentada a la mesa del desayuno junto a su marido. Una espléndida cocina, amplia y cálida, donde todo brillaba y nada se ensuciaba. ¿Sería así la casa de Pablo? ¿Lo saludaría Sandra cada mañana con una sonrisa hollywoodense y el cabello perfecto como si no hubiera tocado la almohada, en un comedor con olor a medialunas y café recién hecho?

Dejando caer el pote de helado, manoteó sin mirar en el montón de envoltorios vacíos. Metiéndose en la boca un trozo de chocolate, se dejó caer de nuevo en la cama y cerró los ojos, masticando lentamente, molesta por el vientre tenso como el parche de un tambor. Domingo, otra vez la tarde del domingo. La lluvia golpea la ventana, una llovizna caliente de verano que no llega a enfriar el aire pegajoso. Las dos y media. Pablo está en algún restaurante con aire acondicionado y servilletas almidonadas, pidiendo una segunda taza de café para Sandra, fresca y elegante en su vestido blanco y sus

sandalias bajas. El mozo deposita un helado frente a los niños, sonrío a la familia perfecta como la de la película. Sandra saca un cigarrillo y Pablo se inclina hacia ella para encendérselo. Los comensales de las mesas vecinas comprenden que es la esposa de Pablo, que tiene derecho a estar allí, sentada a su lado en ese almuerzo tardío.

Yo no tengo derecho a nada y por eso estoy aquí, escondida dentro de una remera pegajosa de comida y vómito, encerrada en casa desde el viernes a la noche, cuando se fue Pablo. Quiero dormir, me duele la cabeza. No, no puedo dormir todavía, tengo que vomitar de nuevo y después ordenar un poco, mañana viene Susana a limpiar y no puedo dejar que vea esto. Ya no queda más comida y no puedo comer más, me duele el estómago, voy a explotar como un globo.

Se levantó y caminó hacia el baño sobre piernas de algodón.

Después podré dormir hasta mañana. Si Pablo me llama me despertaré, pondré el teléfono sobre la almohada.

Cuando salió del baño, la lluvia golpeaba con fuerza los vidrios. Caminó hasta la cocina luchando contra brazos y piernas de plomo; recogió uno a uno los restos de la comilona y tiró todo a la basura.

Pablo maneja camino a casa, seguras las manos en el volante mullido del auto importado, con Sandra a su lado. Los niños ríen en el asiento trasero.

Pero él me quiere a mí.

Su mirada cayó sobre el cuaderno de tapas marrones que estaba sobre el sillón del living.

Es fácil decirlo, Cecilia. Es fácil para los hombres decirlo y para las mujeres creerlo.

Corrió al dormitorio, alejándose, tapándose la cabeza con las sábanas.

«Él me ama», se repitió como un mantra, desesperadamente, antes de que el sueño la arrastrara a una inconsciencia extenuada, sin miedo ni pesadillas.

* * *

Cuando despertó era casi de noche y ya no llovía. Se desprendió lentamente de las sábanas húmedas de transpiración. El celular titilaba dos llamadas perdidas en la penumbra del living. Finalmente había olvidado llevar el teléfono a la cama, Pablo había llamado y ella ni siquiera lo había oído sonar. Con un gemido de contradicción, se apresuró a escuchar el mensaje.

—Hola, mi amor. ¿Estás ahí? Bueno, te vuelvo a llamar a la noche. Te mando mil besos. Te amo.

La voz de Pablo sonaba en un susurro. Probablemente Sandra estaba cerca. Mientras oprimía la tecla para volver a escucharlo, la frente de Cecilia se cubrió de un sudor espeso y frío como el que le adhería la remera al cuerpo. Su corazón latía violentamente, y las paredes de su estómago vacío parecían golpear contra las costillas. Tenía que comer algo o se desmayaría. Pero no, no podía comer, no podía volver a empezar. Mejor tratar de dormir hasta mañana a las siete, hasta que el despertador le recordara el comienzo de otro lunes. Secándose la frente, fue a la heladera y sacó una botella luchando por controlar el temblor de sus dedos. Al sentir las gotas de refresco dietético deslizándose por su garganta, sus ojos se llenaron de lágrimas de autocompasión.

Mi vida es una mierda.

Apretando la botella fría contra el pecho, se dejó caer al piso y apoyó la cabeza en las rodillas. La luz de la heladera abierta iluminó sus cabellos sucios, recogidos en una cola enmarañada en lo alto de la cabeza, y las lágrimas que rodaron sobre sus pies descalzos.

* * *

—No, no. Él me quiere. Hace casi diez años que estamos juntos.

—¿Juntos?

—Bueno, no todo el tiempo. Pero sí siempre que puede. Es un hombre importante, tiene una empresa a su cargo.

—Y una familia.

—Una familia, sí. Pero la arriesga para verme, para estar conmigo.

—Cuando le resulta conveniente. Es fácil y apropiado mantener el amor de una mujer que calla y agradece.

—Sos cruel. Pensé que eras mi amiga.

—Y lo soy. Por eso intento mostrarte lo que yo no supe ver.

—Pablo no es Mariano.

—No, no es Mariano. Pero tienes que reconocer una cierta semejanza.

—Basta, no quiero oírte más. Voy a llorar.

—Hazlo. Pero luego sécate las lágrimas y continúa tu vida.

—Mi vida es una mierda.

—Tú puedes cambiarla. Yo estaba atada por una sociedad que no

perdonaba jamás, por mi condición de mujer. Tú no tienes más cadenas que las que elijas llevar.

—No puedo vivir sin Pablo, sin su olor en mi almohada, sin su loción de afeitar en el cuarto de baño.

—Tal vez si lo intentaras empezarías a saber quién eres.

—No quiero escucharte. Basta. Decís estas cosas porque Mariano arruinó tu vida, y querés hacerme creer que Pablo es como él. Y al fin y al cabo todo esto está en mi cabeza, ¿o no?

—Sí. Estás tratando de convencerte a ti misma, y lo sabes.

* * *

Mamá llegó a las ocho, con casi una hora y media de atraso. Había sido Mamá la que fijara la hora, aduciendo que tenía entradas para el teatro y no podía quedarse mucho. Cecilia había salido de la oficina a las seis y cuarto y había tomado un taxi para llegar a tiempo, aunque normalmente evitaba gastar ese dinero si no era absolutamente necesario.

Mamá llegó envuelta en perfume caro dulzón y penetrante, sonriente y sin excusas por la tardanza.

—Deberías ventilar mejor este lugar, Cecilia. Hay olor a encierro.

—Acabo de llegar, Mamá. Estuvo cerrado durante todo el día.

—¿Por qué no levantás un poco más las persianas? No tenés vecinos enfrente —Mamá se sentó después de haber pasado un pañuelo sobre el sofá y agregó con un suspiro—. No me extraña, siempre fuiste poco amiga del aire libre y el sol. Igual que tu padre. Un libro en la mano, o la famosa colección de monedas, y no le hacía falta nada más. Luciana, en cambio, salió a mí.

—¿Qué querés tomar, Mamá?

—¿Tenés gaseosa dietética?

—Sí.

—Luciana siempre estaba fuera, en el patio, tomando sol o escuchando música. Hasta en pleno invierno —dijo Mamá siguiéndola a la cocina e inspeccionando el contenido de los estantes.

—¿Te pongo hielo?

—Sí, dos. ¿Qué es eso, chocolate? —preguntó Mamá sacando una caja del fondo de la alacena.

Cecilia le dio la espalda para doblar dos servilletas.

—Chocolate con almendras, y una caja enorme... ¿Cuántas barras traía?

No queda más que una.

—No sé, Mamá. Ni siquiera me acordaba de esa caja, hace tiempo que está allí. Me la regalaron en la oficina.

—No deberías comer chocolate si querés mantener tu figura. Acordate de que siempre tuviste problemas de peso. En realidad —agregó mientras caminaba hacia el living detrás de Cecilia—, no te vendría mal perder un par de kilos. Ese vestido te ajusta demasiado en las caderas.

Cecilia dejó la bandeja sobre la mesa y se sentó tratando de mantener el vientre hundido.

—Ya sabés que los hombres se fijan mucho en la figura. Tenés que preocuparte, sobre todo siendo soltera. A tu edad, conseguir marido se hace muy difícil. Cuando una no se casa siendo joven...

—No quiero casarme, Mamá.

—Tonterías. Todas las mujeres quieren casarse —Mamá se inclinó a sacar una revista de la mesita y preguntó—. ¿Conseguiste la loción?

Cecilia asintió y se volvió para tomar un paquete que estaba sobre el respaldo del sofá.

—Sí... es esta. El envase parece algo diferente —murmuró Mamá mientras inspeccionaba la caja—. Es la única que puedo usar, por mi alergia.

Cecilia terminó su bebida mientras Mamá discurría sobre los detalles de su última visita al dermatólogo. Se concentró en la frescura del líquido burbujeante deslizándose por su garganta, cayendo por el esófago hasta su estómago vacío. Pensó que no era justo tener el estómago tan inflamado si no había tomado otra cosa que café en todo el día, pensó que Mamá se iría temprano, pensó en comer esa última barra de chocolate en cuanto Mamá se fuera y bajar a comprar más comida. Pensó en la posibilidad de no comprar nada, de comer algo liviano y acostarse a dormir enseguida, pensó en no poder dormir, en tener que levantarse a la noche a seguir comiendo, en quedarse dormida y faltar a la oficina.

—... y Luciana dijo que sí, que le encantaría poder venir para las vacaciones de invierno, o sea las de verano de ellos. Me mandó fotos de la casa nueva. Mirá, ¿no es fabulosa? Parece sacada de una película. El parque, esa entrada magnífica... Y Luci siempre igual, parece una nena...

Cecilia pensó en la posibilidad de que Pablo llamara esa noche, pensó que Pablo nunca llamaba los miércoles porque sabía que estaba Mamá. Pensó en la posibilidad de que se inventara una droga que impidiera que uno sintiera ganas de comer, o que permitiera que una comiera cuanto quisiera y jamás

engordara un kilo. Pensó en la posibilidad de que Pablo llegara de improviso y conociera a Mamá, de que Mamá le dijera que era una pena que Cecilia no cuidara su peso, que siempre había sido tan poco atractiva, pensó en la posibilidad de que Sandra golpeará la puerta y entrara arrastrando a los niños para contarle a Mamá que su hija era una perdida.

—... Tal vez si sacaras algunos muebles, o algunas de esas cosas polvorientas que comprás, el lugar tendría más vida, más luz. Tantas cosas viejas lo hacen triste.

—Son antigüedades, Mamá. Hace años las colecciono, ya lo sabés.

—Ese rincón, por ejemplo. Si sacaras la mesita y pusieras algunas plantas con flores...

Cecilia pensó en el parque de la casa de Luciana, en el patio de la casa de Mercedes, en una higuera nudosa y oscura donde ocultarse a leer por las tardes. Pensó en la posibilidad de dejar a Pablo, en dejar de comer, pensó en la posibilidad de volverse loca.

* * *

Puedo esperar hasta mañana. ¿Podré?

Sí, puedo. Mercedes pudo soportar cosas peores que esto.

Pero yo soy débil, no tengo fuerzas para hacerlo.

Sí que podrás. Y si eres débil, vas a dejar de serlo.

Pero tengo hambre.

Comé.

Si como engordaré.

No, no engordarás con un plato de ensalada y un pedazo de queso.

Si empiezo a comer ya no podré parar, y será lo mismo de siempre.

Tengo miedo.

Deberías tener miedo a seguir viviendo así, dándote lástima a vos misma.

No podré hacerlo, sé que no podré.

Pero puedo intentarlo. ¿O no?

Oh Dios, necesito ayuda. No puedo sola. Por favor.

* * *

—Vos no sos la misma desde hace un par de meses, Ceci.

—No, tal vez no.

—¿Ya no me querés?

—Sí, sí te quiero.

—¿Entonces?

—Y vos, ¿me querés?

«Claro que te quiero. Te lo he repetido una y mil veces en estos nueve años, Ceci». —Por supuesto que te amo. ¿Acaso no te lo digo siempre, día tras día, desde hace nueve años?

—Sí, claro.

«Bueno, entonces no hablemos más de esto, mi amor». —Bueno, entonces todo está bien. Vení, dame un beso.

—No, quiero seguir hablando. Nunca hablamos. Jamás pasamos un día juntos, una noche...

«Es lo que más deseo, mi amor, pero no puedo, y lo sabés».

—Sabés muy bien que no puedo hacerlo, Ceci.

—¿No?

«No te olvides que vivo de la empresa del padre de Sandra, y ella quiere conocer cada uno de mis movimientos». —Sandra nunca deja de vigilarme, me llama cada hora a donde esté. Además la empresa es de su familia, no te olvides de eso. Si se entera de algo y pide el divorcio, me quedo en la calle.

—¿Y yo, Pablo? ¿Dónde estoy yo?

«Sos la mujer que amo. ¿No es ese el lugar más importante?» —Tu lugar es el más importante en mi vida. Sos la mujer que amo. Decime... ¿A qué vienen todas estas preguntas, Ceci? Creí que estaba todo claro entre nosotros, que habíamos dejado atrás las dudas. Me hacés sufrir con estos reproches. Una vez que los chicos crezcan, yo... Sabés que si yo pudiera...

—Pero no podés.

—Basta, mi amor. Ahora estamos juntos, disfrutemos de este momento en vez de estar discutiendo tonterías. ¿Me das un masaje en la espalda? Tengo los hombros y el cuello doloridos, el avión me destroza la espalda.

—Mejor lo dejamos para otro día. Yo también estoy cansada.

—¿¡Querés que me vaya!?

—...

—Bueno, está bien. Te dejo sola para que descanses, mi amor. Pero paso mañana después de la oficina, ya inventaré algo. Y quiero encontrar a la Ceci dulce de siempre, ¿sí? A mi Ceci.

—Mañana no. No voy a estar.

—¿¡Ah, no!?

—No, voy a la psicóloga.

—¿Estás viendo a un psicólogo? ¿Para qué, mi amor? ¿Ya no estás feliz

conmigo, acaso? ¿O tenés algún problema?

—¿Si estoy mal de la cabeza, querés decir? No, no creo. Pero igual necesito hablar con alguien. Hay muchas cosas...

—Bueno, mirá, vengo el viernes como siempre y me contás lo que te tiene preocupada, ¿sí?

—Sí, el viernes.

—Vení, dejame que te abrace... Te amo, te amo tanto... Nunca te olvides de eso.

—Esperá, yo te abro. Acá tengo la llave.

—Hasta el viernes, mi amor.

—¡Pablo!

—¿Sí?

—No te vayas sin besarme. Abrazame, abrazame fuerte, más fuerte...

—Mi amor...

—¿Me llamás esta noche?

—Claro, mi vida. Como siempre.

Londres, 1828
Invierno

Envuelta en una gruesa capa con borde de pieles, Mercedes contempló la niebla que envolvía la mañana londinense, desdibujando la ciudad con contornos difusos, casi fantasmales. Antes de volverse y entrar en la berlina, echó un último vistazo al otro lado del río, donde las pocas luces encendidas dejaban ver los picos lejanos de Westminster Abbey y St. Margaret's Church. La belleza de la visión le encendió el rostro por un instante. Sus manos temblaron, deseosas de aferrar las historias que vivían en las piedras que estaban viendo sus ojos, las mismas piedras que habían contemplado a su vez tantos otros en siglos pasados. La eternidad que traía aparejada la idea le regaló un instante de paz. El río y las torres seguirían estando allí, inmutables, cuando su pequeña historia burda se perdiera en el tiempo.

Dejándose caer en el asiento, Mercedes ocultó un escalofrío y se acarició el vientre ocultando el movimiento bajo los espesos pliegues del abrigo. El contacto con la ligera redondez la devolvió a la realidad, y la magia se deshizo detrás de la puerta del coche que se cerró aislándola del frío del exterior. Recostándose en el terciopelo del asiento, Mercedes miró a su marido a través de las pestañas entornadas. El rostro de don Segismundo, más colorado que de costumbre a causa de la exposición al aire frío, no demostraba emoción alguna, ni siquiera interés. Había estudiado en Oxford durante cuatro años y conocía muy bien las principales ciudades inglesas. Absorto en la tarea de encender su pipa, la frente se le arrugaba en un gesto adusto, casi colérico.

El fuerte olor a tabaco le inundó las fosas nasales y Mercedes sintió una oleada de náuseas que le subía hacia la garganta. Apretando los labios, respiró profundamente durante unos instantes y después se volvió a su marido.

—¿Sería posible ir al hotel ahora, Segismundo? No me siento bien.

Don Segismundo dio otra chupada a la pipa y respondió sin mirarla.

—Hacia allí vamos. Probablemente aún no te repones de los mareos que te

produjo el viaje.

Mercedes cerró los ojos y no contestó. Los dos meses de travesía habían sido una tortura, pero al menos el balanceo del barco había servido de excusa a sus constantes náuseas y malestar. La inquietud volvió a apretarle el pecho. Su esposo aún no había descubierto el embarazo, pero no podía pasar mucho tiempo antes de que advirtiera la creciente curva de su vientre. ¿Qué ocurriría entonces? No sabía a ciencia cierta cuanto tiempo tenía su preñez, pero sin duda eran al menos cinco los meses que había llevado en su interior al hijo de Mariano.

Abriendo los ojos, Mercedes apoyó la frente contra el vidrio. Tiene que salir bien, rogó para sus adentros. Todo el sufrimiento, toda esta miseria tienen que servir para salvar a mi hijo. Todo lo hice por ti, lo hago por ti, se repitió como un mantra de salvación, crispando las manos sobre el estómago.

Las cosas se habían llevado a cabo de la forma más rápida posible. Una vez que hubo dado su consentimiento, Mercedes había aceptado lo que vino a continuación como un espectro sin voluntad propia. La disculpa a don Segismundo, el agradecimiento y aceptación a su petición de mano. Su padre se había encargado de arreglar una boda apresurada con alguna excusa válida, un viaje de negocios que le impediría estar presente de no realizarse el casamiento de inmediato. Doña Asunción, en cambio, había sido la encargada de comunicar a don Segismundo el gran deseo de Mercedes de conocer España e Inglaterra, países de origen de las dos familias a las que debía sus apellidos, y de sugerir la conveniencia de un prolongado viaje por Europa inmediatamente después de la boda, como era costumbre entre unas pocas selectas familias de Buenos Ayres. Don Segismundo se avino a todo de inmediato, apaciguado por la disculpa contrita de Mercedes y su actitud mansa, tan distinta a la violencia de la primera negativa. Pero no había olvidado la herida a su orgullo del primer rechazo, y Mercedes lo sabía.

El día de su boda. Parecía tan lejano, como un cuento alguna vez escuchado. Tal vez porque ella sólo había estado presente en ese día como un testigo más dentro de la concurrencia que había seguido con ojos atentos el lento avanzar de la joven de rostro apagado hasta el altar central de la Catedral. Sí, era desde afuera, como un invitado no deseado, que había contemplado el intercambio de anillos y votos sin sentido. Había visto la espalda de la joven enfundada en el exquisito vestido color marfil musitando respuestas a las preguntas que no entendía. Recordaba el paso rígido de la pareja de recién casados desfilando hacia la salida, la mirada vacía de la

joven esposa, la sonrisa correcta del flamante marido correspondiendo a las de la concurrencia. Había visto, como una sombra pendiente del techo abovedado, brillar los ojos de la novia durante un instante buscando un rostro entre las caras vueltas hacia ella, para volver a caer en la misma helada indiferencia al no encontrarlo.

El perfume de lilas y claveles desprendiéndose de los enormes ramos colocados en los rincones del templo, envolviendo los cuerpos en un halo fragante de ficticia dulzura. El rostro triunfante de doña Asunción emergiendo de los encajes del vestido que se ajustaba alrededor de su cuello, erguidos los hombros dentro de la seda brillante. La mueca de sonrisa pegada a los labios de la tía Augusta Tomasa, la solterona. El regocijo frívolo de la prima Milagros ante la iglesia engalanada y los vestidos bonitos, su mirada ávida dirigida a cualquier soltero o viudo que conseguía distinguir entre la concurrencia.

La ausencia de la hermana mayor de la novia, justificada por un estado de salud delicada que había impedido el largo viaje desde la estancia donde se había establecido con su esposo pocas semanas antes. Después... los saludos de tías y amigas, los abrazos con crujido de seda estrujada, el olor a polvos de arroz en escotes y mejillas. Los besos de su nueva madre y hermana, los ojos fríos, sus abrazos duros. Y ella contemplándolo todo desde allí, siempre allí arriba, flotando sobre las copas de los sombreros y los peinetones, como un monaguillo travieso asomado detrás de los hombros del viejo organista. Viéndolo todo, y sin embargo impotente para estirar una mano y rozar la frente de la joven que se alejaba del altar con el velo ahora apartado del rostro, sin poder alcanzar con una palabra de consuelo la figura distante y sola, centro de esa farsa ruidosa, desprovista de sentido.

Y después... la luz de la mañana fría, ventosa, de primavera disfrazada de otoño. Las ráfagas frías haciendo temblar los peinetones, agitando el largo velo de encaje bordado con mostacillas de plata. El vestido de la novia no había sido pedido a París ni a Londres porque lo apresurado de la boda no lo había permitido, pero la tela sí, la había hecho traer tía Remedios años atrás pensando en el vestido de bodas de su hija. Pero no parecía haber demasiada prisa, ya que no había habido ninguna propuesta para Milagros, y doña Remedios la había ofrecido a su sobrina mientras la mecía en sus brazos bajo la higuera del patio, atribuyendo el llanto desesperado de la joven a la emoción de la inminente boda. El traje y el velo habían sido bordados por seis costureras que trabajaron día y noche para terminarlos en los diez días

que mediaron entre esa tarde y la mañana del casamiento.

Después de la ceremonia, el interminable almuerzo en la imponente casa de altos de la que su nuevo estado la hacía dueña y señora. La larguísima mesa donde brillaba un servicio de plata más exquisito y valioso que cualquiera que se hubiera visto sobre la mesa de los Saavedra Thompson. El menú eterno que se desdibujó hacia los postres solamente a media tarde, abriendo las puertas del salón de baile de la familia Echeverría, engalanado para la ocasión. El piano, las gavotas enlazándose con los minués sobre la alfombra violeta, los ojos de las primas de Córdoba sonriendo detrás de los abanicos.

No lo recordaré.

Mercedes empujó la frente contra la ventanilla hasta que el frío del vidrio le dolió en las sienas. Las tiendas de Oxford Street comenzaban a abrir sus puertas bajo la mirada de los pocos paseantes que se habían aventurado a las calles en una mañana tan oscura y fría. Las mujeres se deslizaban cautelosamente por el empedrado mojado, apoyadas en el brazo de sus acompañantes, cubiertas por grandes paraguas inútiles contra la espesa niebla que les humedecía la ropa y los sombreros.

¿De qué sirve no recordarlo si he de volver a vivirlo cada noche?

Los últimos invitados se habían retirado pasadas las once de la noche, después del oporto y el maderera, las frutas en aguardiente y el vino añejo de España. Entonces la madre y la hermana del novio se habían despedido con un beso afectuoso en la frente de don Segismundo y otro indiferente en la mejilla de su flamante esposa.

Y ella, Mercedes, oculta ahora detrás de la enorme araña que colgaba del techo del salón, había visto al marido ofrecer el brazo a la joven para conducirla al dormitorio. Los había seguido a la lujosa habitación dominada por un lecho con las sábanas bordadas recogidas, expectantes. Había visto caer las ropas de la joven esposa, la desesperación y el asco de su mirada, sus dientes apretados. Pero había tenido que quedarse allí, flotando sobre el dosel del lecho como un espíritu sin vida, sin poder tampoco ahora ofrecer una mano o una palabra a la muchacha desnuda tendida entre las sábanas. Simplemente mirando, impotente para apartar de ella el cuerpo desconocido del marido.

El pecho angosto, el vientre prominente, el bulto flácido entre las piernas delgadas como palillos. Las manos pálidas tanteando la piel fría de la joven de ojos cerrados, la respiración audible en el silencio del dormitorio y de la

noche. La boca abierta sobre sus pechos, sobre su vientre. Buscando, probando, primero con fruición y curiosidad, después con ansiedad, finalmente con rabia y frustración. Porque el bulto rosado seguía blando, lastimoso como un juguete inerte entre las piernas flacas.

Una hilera de sólidas casas en piedra gris bordeaba la calle en forma de medialuna. Mercedes observó las ventanas hexagonales a través de las pestañas mojadas y concentró la atención en las cortinas entreabiertas, anhelando las vidas sin angustia que se agitaban en el interior.

Después, la desesperación furiosa del hombre desnudo. El intento torpe e inútil cien veces repetido, y finalmente, la luz del alba descubriendo los cuerpos lacios sobre las sábanas, los ojos abiertos en el aire hostil del cuarto insomne. La mirada impotente del espectro colgado del dosel sobre el cuerpo frío y magullado de la muchacha de cabello enredado y ojos muertos. Su mano crispada como una garra sobre el ombligo tenso.

La punta de la medialuna de piedra gris se desdibujó detrás de las lágrimas de Mercedes, mientras sus dedos volvían a apretar, como en esa primera noche de casada, el vientre ahora casi redondo.

* * *

Los parientes de Londres aguardaban la visita de los recién casados con cortés expectativa, nacida no del deseo de ver a Mercedes, a quien la mayoría de ellos no conocía y otros sólo habían visto de pequeña en algún viaje a Buenos Ayres, sino de la curiosidad de tener noticias frescas de la familia. Doña Asunción había escrito a su hermano el mismo día de la confirmación de la boda de su hija, anunciándoles el próximo viaje de la pareja. Ashley Thompson, el hermano mayor de doña Asunción y el único que había regresado al país de origen de sus padres en su juventud, había ofrecido hospitalidad a su sobrina y a su esposo de inmediato al recibir la noticia de su arribo a Londres. Pero don Segismundo había rechazado firmemente la oferta, aduciendo que prefería permanecer en el lujoso hotel donde acababan de tomar habitaciones. Algo molesto, Ashley Thompson había terminado por atribuir la negativa al natural deseo de soledad de la pareja en viaje de bodas, y había propuesto en cambio una fastuosa cena en su honor. Los numerosos tíos y tías de doña Asunción formaban parte del convite, como era lógico.

Irguiendo los hombros para que la doncella pudiera abotonar la espalda de su traje, Mercedes se volvió hacia el montón de paquetes y cajas

primorosamente forradas que encerraban los regalos enviados por su madre, ya listos sobre la mesa de escribir. Cuántas horas de trabajo encierra cada una de estas cajas, se dijo. Cuántas tardes de verano bajo la parra y la higuera, cuántas noches de invierno en el rincón favorito de su madre.

También yo bordé cada uno de estos manteles y almohadas, durante muchas tardes y noches, cuando todavía no sabía de la existencia de Mariano.

Cuando todavía no sabía que un día esas labores de aguja de tiempos sin dolor la acompañarían en ese viaje odiado, inmutables a su angustia.

Doña Asunción no había vuelto a dirigirle la palabra después de la breve conversación que había resultado en el anuncio del matrimonio, desentendiéndose completamente de ella hasta el día de la boda, donde se le había aproximado junto a don Octavio al final de la ceremonia para darle la bendición. Los invitados sólo habían visto la espalda recta de la dama inclinada hacia su hija recién casada en el tradicional gesto de cariño y buen augurio. Pero Mercedes nunca olvidaría la expresión de los ojos clavados en los suyos durante un breve instante, ni el frío de los labios apretados en su mejilla. No recordaba que su madre la hubiera rozado con los labios, ni tan sólo con una mano, nunca antes.

La luna ovalada del espejo reflejaba su figura de pies a cabeza. Mercedes echó un último vistazo a su imagen con escaso interés. El traje de seda violeta oscuro era apropiado para la comida con los Thompson, pero no era por eso que lo había escogido. Era el único traje de noche que todavía lograba disimular el ancho de su talle bajo una complicada guarnición de encajes alrededor de la cintura. Sabía que era necesario impedir que los Thompson advirtieran su estado. Por esa razón su madre había sugerido a don Segismundo comenzar el viaje con una breve estadía en Inglaterra, seguida por un largo recorrido por diversas ciudades del continente.

«¿Dónde nacerá mi hijo? —se preguntó Mercedes entregándose a las manos de la doncella, que comenzó a trenzar su larga mata de cabellos lisos—. ¿Y qué sucederá cuando Segismundo lo sepa?»

Cerró los ojos, abandonándose al placentero contacto de las hábiles manos. Estaba tan cansada, cansada de pensar y de temer.

Don Segismundo atravesó sin llamar la puerta que comunicaba ambas habitaciones. Su escaso pelo castaño brillaba, aplastado por la pomada que lo fijaba al cráneo. Iba vestido con su acostumbrada elegancia, la levita de corte perfecto abrochada sobre el pecho y el bastón con empuñadura en oro y marfil sostenido entre los dedos. Sin decir palabra, se sentó en un butacón y

contempló el desarrollo de los últimos pasos de la toilette de Mercedes. Intimidada por la presencia masculina, la doncella se agitaba alrededor de la joven, sujetando los extremos de las trenzas sobre la nuca, poniéndole polvos en el cuello y el pecho. Finalmente Mercedes se desprendió de sus manos y se volvió hacia su esposo.

—Ya estoy lista, Segismundo.

El fuerte aroma del cigarro y la mirada escrutadora de él la envolvieron al mismo tiempo. Su expresión le recordó en algo a su madre, su ceño fruncido en busca de detalles discordantes antes de salir a visitas o tertulias. Los ojos de don Segismundo se detuvieron en la parte delantera de su traje, donde los encajes rodeaban la cintura cruelmente ceñida por las ballenas del corsé. ¿O era sólo una idea suya?

La doncella se apresuró a cerrar la capa bordeada de plumas de ganso sobre el pecho de Mercedes, y a acomodar los pesados pliegues que caían a su espalda. Don Segismundo sostuvo la puerta abierta ante su esposa y dio órdenes a la doncella de seguirlos con los paquetes que estaban sobre la mesa de escribir. Después siguió el camino que marcaba el borde del abrigo de Mercedes, deslizándose sobre el piso con suave susurro a terciopelo.

* * *

Cuando el coche se detuvo en Grosvenor Square, la amplia fachada de ladrillos rojos los recibió con acogedor resplandor de candelabros encendidos detrás de las ventanas. Una niebla casi tan espesa como la de esa mañana se adhirió a los cabellos de Mercedes cuando descendió apoyándose en la mano que le extendía su esposo. Al abrirse la puerta que coronaba los amplios escalones de la entrada, las notas apagadas de una sonata de Schumann salieron a su encuentro junto a la figura tiesa de un mayordomo impecable de librea gris perla.

La calidez del interior derritió en parte el frío que tensaba el pecho de Mercedes desde hacía meses. Su mirada se detuvo en la multitud de pequeños objetos de plata que se desbordaban sobre las mesillas, en los antiguos óleos que colgaban de las paredes empapeladas en marfil. Las cortinas se recogían sobre los asientos de las ventanas creando encantadores rincones que hablaban de siestas de ganchillo y lectura. El saloncito era tan acogedor y típicamente inglés que Mercedes no pudo evitar traer a la memoria las tantas novelas que habían deleitado su imaginación durante la adolescencia,

llenándola de castillos, chimeneas crepitantes y casas como la que ahora la acogía en el anochecer invernal. El país sajón, al otro lado del mundo y del mar interminable, había parecido entonces tan lejano y exótico.

La mano enguantada del mayordomo abrió una nueva puerta frente a ella y anunció con acento pomposo su nombre y el de su marido. Ashley Thompson, el dueño de casa, se adelantó a recibirlos. Mercedes encontró la mirada de su madre en los ojos azules de su tío, que les dio la bienvenida y les presentó formalmente a su esposa, su único hijo varón y sus dos hijas casadas. Después se iniciaron los saludos y las presentaciones del resto de los invitados, más cálidas de lo que Mercedes se hubiera atrevido a esperar.

—*Why, my girl, your head was not an inch above my knees when I last saw you!* (2) —exclamó el anciano que le había sido presentado como su tío abuelo Alfred, aferrando afectuosamente sus manos y besándola en la mejilla. Era el único entre los presentes, junto con su esposa, que la habían conocido anteriormente.

—*I clearly remember you as an infant, and your handsome older sister, who was recently married as well... You must tell us all about her new life, and yours* (3) —añadió su esposa Margaret.

Hundida en el asiento que le había sido ofrecido frente al hogar crepitante, Mercedes respondió a las preguntas con detalles verdaderos o inventados sobre su reciente matrimonio, sus padres y la vida de la ciudad que había quedado atrás. Mientras hablaba, su mirada tropezó con la figura de su esposo, que con las piernas elegantemente cruzadas y una copa de oporto en la mano conversaba con sus nuevos parientes en su impecable inglés de Oxford, escuchando y respondiendo con la misma encantadora atención y cortesía.

¿No sería posible, acaso...? La idea acudió a ella una vez más, reforzada por lo acogedor del momento. ¿Qué ocurriría si pidiera auxilio a esa familia hasta ahora desconocida, que pese a la distancia y las vidas separadas compartía su sangre y uno de sus apellidos? ¿Acaso no valía la pena hacer el intento? Ella tenía muy poco que perder. Ya lo había dejado todo atrás: su dignidad, su antigua y ficticia independencia, la posibilidad de una vida feliz...

¿Por qué no? Una vez terminada la comida, retirados los hombres a sus licores y sus cigarrillos, arrancar la máscara de sonrisas que le pesaba en el rostro, arrojarse a los pies de la dueña de casa, o mejor aun de la tía abuela Thompson, que la había conocido de niña, y suplicar protección para ella y

para su hijo... Rogar, ofrecerse a cuidar de ella por el resto de su vida, a cambio de un techo que le permitiera alejarse del esposo impuesto por una familia de la que sólo podía esperar odio y desprecio.

Absorta en la escena imaginada, Mercedes sintió la mirada del primo que acababa de conocer, el hijo de Ashley Thompson, y advirtió que sin duda había dejado alguna pregunta o comentario sin respuesta, ya que no cesaba de observarla con una extraña expresión en los ojos castaños. ¿Conmiseración? Se esforzó por volver su atención a las caras que la rodeaban, pero sus pensamientos se alejaban, desbocados, volviendo una y otra vez a la misma idea.

Cuando el mismo primo, cuyo nombre no había conseguido retener, le ofreció el brazo para escoltarla hasta la mesa donde la plata de las soperas destellaba entre la porcelana de la vajilla, Mercedes ya había encontrado la respuesta a sus interrogantes. Estaba sola, su suerte estaba marcada, y no podía ni debía esperar nada de nadie, ni siquiera de estas caras amables que derramaban su hospitalidad sobre ella y su esposo. Pese a la afectuosa bienvenida, se trataba de la familia de su madre, la altiva e inflexible doña Asunción. No había razón para suponer que los ancianos tíos de su madre, y menos aún su hermano mayor, cuya sonrisa de labios delgados recordaba la de doña Asunción, reaccionarían con comprensión o ternura ante el pecado que su propia madre había condenado con un odio feroz, casi brutal.

Las fuentes, pesadas de olores y colores sobre el largo aparador de mármol. Las cucharas hundiéndose en la sopa espesa, rojiza, con islotes de hortalizas y pan tostado.

Huir. Las casas anglosajonas tienen mil recovecos y hasta habitaciones secretas, siempre hay un escondrijo secreto en las novelas inglesas. Tío abuelo Alfred, se lo suplico, usted me conoció de niña, cuando era feliz. Permítame quedarme con usted. Haré lo que sea. Fregaré los pisos, lustraré el mármol de rodillas en el suelo. Cualquier cosa será preferible a estar con él, a las horrorosas noches, a su boca pegajosa y sus manos frías.

El pato, enorme y dorado. Se levanta la piel crujiente bajo el cuchillo de Ashley Thompson. Los platos llenos de tajadas humeantes y papas asadas.

Nuevamente la mirada del primo Percy, sí, Percy era su nombre, su mirada profunda detrás del botellón de limonada.

Se lo ruego, tía abuela Margaret. Yo le leeré en las noches largas de invierno como esta, me sentaré a su cabecera cuando enferme, la amaré más que sus propias hijas. Permítame quedarme a su lado.

Una casa limpia para la ladrona del marido de su hermana, la dulce y rubia Sofía, a quien usted tan bien recuerda. Nadie se olvida de Sofía, de su rostro de ángel, de sus bucles dorados. Una casa honrada para el hijo sin padre, sin nombre, a quien nadie amará más que yo.

La salsa de arándanos, oscura y violácea, poniendo un toque agridulce en las verduras hervidas. Las caras sonrientes, las buenas palabras.

Estoy sola, aquí y en Buenos Ayres.

¿Por qué es tan pequeño el mundo?

* * *

Cuando los hombres se unieron nuevamente a ellas en el saloncito, Mercedes volvió a sentirse invadida por el desasosiego que se había desvanecido durante un rato, apaciguado por la intimidad femenina. Las voces graves y el olor a tabaco arrastraron en instantes el refugio ficticio, devolviéndola a la realidad de una visita que se acercaba a su fin.

—¿Tanto la han aburrido mi madre y mis hermanas con su conversación, señora Echeverría?

Mercedes se volvió al oír la voz del primo Percy, que parecía haber estado entreteniéndose con su infortunio durante toda la velada. Algo molesta, levantó la vista hasta encontrar sus ojos. Pero no encontró en ellos la frialdad de la mirada de Ashley Thompson, que le había recordado a doña Asunción. El rostro de su hijo tenía la calma y atractiva calidez del semblante de su madre, una dama escocesa de ojos y cabellos castaños. Apaciguada, Mercedes esbozó una sonrisa y respondió:

—No, por el contrario, he pasado un rato realmente placentero. Pero —añadió en un intento por justificarse—, no olvide usted que acabo de llegar de un viaje por mar de más de dos meses. Es lógico que me sienta cansada y algo fastidiada.

Él le dirigió una sonrisa atractiva que iluminó su rostro alargado, de huesos delicados y finos, como tallados con la exactitud de un orfebre.

—Su viaje de bodas. Debe tratarse de la época más feliz en la vida de una mujer... y de un hombre.

Mercedes le sostuvo la mirada y no respondió. ¿Acaso era tan notable su infelicidad, que hasta un desconocido podía advertirla sólo con mirarla? Mientras buscaba una respuesta, reparó en el hecho de que su primo había hablado en español y ella había respondido en la misma lengua sin darse

cuenta, y consiguió desviar la conversación felicitándolo por su dominio del idioma.

—Gracias. Tuve oportunidad de aprenderlo durante una larga estadía en España. También yo debo felicitarla por su excelente inglés.

—Resulta casi sorprendente para mí escuchar elogios por el conocimiento de una lengua a la que siento como propia. Después de todo, mi madre y mi institutriz se dirigían a mí casi exclusivamente en inglés durante mi infancia.

—Comprendo. A mí me ocurre lo mismo con el francés, ya que uno de mis maestros provenía de Francia. ¿Conoce usted también esa lengua?

—No la hablo bien, pero la leo sin inconvenientes. Siempre me esforcé por hacerlo, ya que amo los autores franceses y considero de vital importancia leerlos en su idioma original.

—Coincido totalmente con usted. ¿Cuáles son sus autores favoritos?

Distendida, Mercedes se abandonó a una conversación felizmente apartada de temas personales y formulismos sociales. Percy Thompson escuchaba sin apartar de ella su mirada clara y sincera, con un refrescante interés en una charla fácil, sin ceremonia ni artificio. Mercedes se encontró disfrutando la sensación olvidada de un tibio bienestar, nacido de las palabras de él o de las suyas propias, o tal vez del sonido de ambas entrelazándose sin artilugios.

La voz seca de don Segismundo se interpuso después de un tiempo que no pudo precisar:

—Ya es casi medianoche, Mercedes. Debemos retirarnos.

La mirada de Percy volvió a detenerse en la suya mientras se despedían, y Mercedes se reconfortó en la calidez de los ojos serios, del color de la miel oscura. Su mano sostuvo la de ella durante un largo momento, y Mercedes sintió que él intentaba infundirle valor a través de sus dedos, valor para luchar contra algo que no conocía pero que de alguna forma lograba percibir. Apartándose, pensó tristemente que su desesperado deseo de protección la estaba haciendo desvariar. No obstante la sensación de soledad había disminuido, se había desvanecido durante un glorioso momento.

La opresión volvió a adueñarse de ella mientras se despedía del resto de la familia con promesas de nuevas visitas. El abrigo que su marido le colocó sobre los hombros pareció aplastarla, aislándola de las figuras que la rodeaban.

La puerta de calle se cerró detrás de ellos con un ruido seco. Con la angustia acostumbrada apretándole nuevamente el estómago, la joven se detuvo en la escalinata de la entrada, volviéndose hacia las ventanas, donde

las luces comenzaban a apagarse. Pero don Segismundo aguardaba, manteniendo abierta la puerta del coche, y la noche era fría y húmeda y era necesario marcharse.

* * *

Las tres campanadas de la madrugada ya habían dado en el campanario de St. John's Church, perezosas y lejanas, cuando Mercedes se hundió en un sueño agotado, huyendo finalmente del repugnante e inútil juego nocturno.

La llama de la vela languidecía sobre la mesa de noche, ya casi sin pabilo que la mantuviera viva. Don Segismundo se volvió hacia su esposa y advirtió que Mercedes se había dormido sin volver a colocarse la camisa de dormir, como invariablemente hacía en cuanto él se apartaba de ella. Estremeciéndose, abrochó su propia camisa sobre el pecho y se estiró para alcanzar las mantas que se enroscaban a los pies de la cama. Cuando volvió a inclinarse sobre Mercedes para soplar la vela, la joven murmuró entre sueños y se dio vuelta, quedando de espaldas sobre las sábanas.

Don Segismundo se sentó en la cama y levantando el candelabro, lo acercó al cuerpo de Mercedes. La llama temblorosa dibujó sombras fantasmagóricas sobre el vientre y los pechos desnudos de la joven.

Don Segismundo la observó largo rato. Después estiró una mano, la apoyó sigilosamente sobre el vientre de su esposa y permaneció así durante incontables minutos, como un ave nocturna al acecho de su presa.

Un delicado movimiento serpenteante, apenas perceptible, le acarició la palma. Los dedos de don Segismundo se crisparon sobre la piel tensa del vientre redondeado. Misericordiosa, la vela tembló y se apagó de golpe, ocultando en la oscuridad su rostro desfigurado de odio.

* * *

La calle vacía, vacía de gente y de vida. Solamente la niebla, siempre la niebla adhiriéndose a la piel y a la ropa, cubriendo el empedrado con una pátina sucia y resbaladiza.

Te mataré. Volveré al hotel y te mataré mientras duermes, no despertarás nunca de tu sueño de víbora. Vaciaré tu vientre de la suciedad que intentaste ocultar en mi raza.

La luz de los faroles apenas logra atravesar la niebla, es peligroso andar por las calles de madrugada, cualquier ladrón o criminal puede ampararse en la oscuridad para robar o matar.

No, no me matarán esta noche, seré yo el asesino, yo quien aferre el puñal. No despertarás jamás.

«Macbeth does murder sleep, the innocent sleep... Macbeth shall sleep no more». (4)

Pero tus virtudes no se levantarán, como ángeles guardianes, para reprocharme mi crimen. Duncan no merecía morir pero tú sí, perra sucia, morirás por lo que intentaste hacer.

Las ventanas cerradas, todos duermen, es hora de dormir en una cama tibia, no de vagar por la ciudad como un mendigo sin pan ni techo.

Quisiste endilgarme tu vergüenza, ensuciar mi sangre pura de héroes, de nombres que quedarán grabados en la historia para ser honrados por las generaciones venideras. Intentaste esconder en mi ignorancia la sangre desconocida, maldita, de algún mal nacido como tú.

No esperabas esto, zorra intrigante y burlona. Por primera vez en la vida me alegro de lo que ha sido mi vergüenza y mi castigo. Aquí está la respuesta al porqué, por qué yo, al porqué de esta cruz que no me deja ser hombre.

La niebla se hace gotas, se hace lluvia. ¿O es niebla todavía lo que corre por mi cara y moja mis zapatos? No, es lluvia, una llovizna fina y persistente como la de las mañanas de Merton College. Casi veinte años, las mismas gotas mojando mis libros en las calles de Oxford. La misma lluvia de los fines de semana en Londres. Las rondas de cerveza, los burdeles. Las mujeres. Mil caras diferentes, iguales. Las miradas compasivas, aburridas. Putas.

Putas como mi mujer.

Arrojaré tu cuerpo al río antes de que amanezca, como en los tiempos medievales, y nadie sabrá de ti ni de tu sucia historia.

Anne Boleyn hizo traer un verdugo de Francia para que su muerte fuera más rápida y misericordiosa. Un golpe certero de la espada, y su cabeza rodó por el patio de la Torre.

Tú no tendrás misericordia. No tendrás juicio ni perdón, sólo la muerte y el olvido.

Idiota, te casaste con una ramera, como aquellas que se reían de ti los sábados por la noche.

Frío, agua, barro, el pie en el charco al cruzar la calle. Un perro en el

umbral, mojado y solo, sin dueño. Yo también estoy mojado y solo pero la perra es ella, la señora Echeverría, que duerme en mi cama caliente con un bastardo creciendo en su vientre maldito.

La flamante señora Echeverría, en viaje de bodas alrededor de Europa.

La hija de los Saavedra Thompson. También ellos se jactan de apellidos que quedarán grabados en piedra. Pero su linaje está podrido, manchado con sangre desconocida. ¿O no? Quizás lo saben, tal vez conocen el nombre, y saben que no puede o no quiere limpiar lo que ensució.

Será un honor para nosotros contarle entre los miembros de nuestra familia, don Echeverría.

Mintieron, sonrieron y me apretaron la mano mientras se reían para sus adentros del idiota que los libraría de la vergüenza y el escándalo.

Pero no. Perdieron, señor don Octavio Saavedra, altiva señora doña Asunción Thompson. Eligieron al hombre equivocado. No hay preñez posible para un matrimonio no consumado.

¿Qué es esto?, el río, sí, ¿cuánto hace que estoy caminando? Qué hora es, no importa, pronto será de día y ya es tarde para matar a la ramera que duerme en mi cama.

Es demasiado peligroso, está la familia que acabamos de conocer, no puede desaparecer así, como si se la hubiera tragado la noche.

La Torre. Su silueta sólida, macabra. Si pudiera arrastrarla hasta allí, dejarla podrir en una mazmorra húmeda, hasta que las ratas vaciaran sus huesos.

El adulterio y el engaño se castigan con la muerte, siempre ha sido así, en todos los tiempos. Ella es mi esposa y soy dueño de su vida y de su muerte.

Llueve, sigue lloviendo con gotas frías y punzantes, como el cuchillo que se clavará en su corazón.

No, no la mataré aquí. Nos despediremos de los Thompson y seguiremos viaje. Será fácil hacerlo en alguna pequeña ciudad flamenca o alemana, de callejuelas vacías y noches silenciosas. Un veneno, es fácil conseguirlo, algún medicucho de campo pobre y aburrido. Un entierro rápido en un oscuro cementerio de pueblo donde nadie hará preguntas.

Una carta desconsolada anunciando la penosa noticia a la familia, que tampoco puede hacer preguntas aunque sospeche la verdad.

Ellos lo quisieron así. La ramera tendrá lo que merecen todas las de su especie.

El viudo que regresa al hogar vacío, desconsolado por la muerte súbita de

su joven esposa. Los Lasala, los Riglos, los Sarratea, los Azcuénaga, los Aguirre... Las visitas de condolencia, los apretones de mano, los rostros compungidos... Mi madre y mi hermana, sentadas en el saloncito azul con sus vestidos de seda negra y un pañuelo seco apretado entre los dedos, como cuando murió Ernestina. Pero ellas querían a Ernestina y no quieren a Mercedes, nunca les gustó, yo lo noté aunque no dijeron una palabra sobre mi decisión de casarme con ella. Tal vez se dieron cuenta de la clase de mujer que era, de que no era la mujer para mí.

Ya paró la lluvia, lo mismo da, estoy empapado, me pesa el abrigo que chorrea agua a cada paso.

¿Pero cuál es la mujer para mí? ¿Acaso lo era Ernestina, con sus labores de beneficencia y sus rezos interminables, con la casta mansedumbre a la que yo achaqué el fracaso de nuestros nueve años de matrimonio? Había habido otras antes de ellas, los burdeles de Londres y de Buenos Ayres, y sin embargo yo culpé a Ernestina de nuestras noches vacías. Llegué a odiarla por sus camisones cerrados y su entrega casta, por no haber oficiado el milagro que las prostitutas no habían conseguido tampoco, y me alegré de su muerte, que me dejaba libre para elegir una mujer nueva.

Tengo frío, estoy calado hasta los huesos, tal vez me enferme y muera y ella siga viva y riéndose de mí.

Hubo tantas madres ofreciéndome a sus hijas después de la muerte de Ernestina. Muchachas vírgenes, y también viudas jóvenes pero experimentadas en la vida, tal vez hasta en el amor.

Pero me casé con una puta preñada.

Disimular. Sólo unos días más. Una ciudad pequeña, una noche cualquiera.

Vuelve a llover, es casi de día, no sé qué hora es, quizás se detuvieron los relojes y las campanas y ya no hay tiempo, ni horas, ni sueño.

Esperar. Solamente unos días más, y la perra morirá.

2. Mi niña, ¡tu cabeza no pasaba una pulgada de mis rodillas la última vez que te vi!

3. Te recuerdo claramente de pequeña, a ti y a tu hermosa hermana mayor, quien acaba de casarse también... Debes contarnos todo sobre su nueva vida, y la tuya.

4. «Macbeth ha asesinado al sueño, al inocente sueño... Macbeth no dormirá nunca más» (*Macbeth*, William Shakespeare).

10 de diciembre

Las decoraciones de Navidad ya comienzan a aparecer en las tiendas, la ciudad empieza a teñirse de una atmósfera festiva. Veo a través de la ventana nuevos ramos de acebo en las puertas de las casas de la acera de enfrente. Ayer no estaban allí, lo sé porque cada mañana me siento en este rincón y contemplo la calle hasta que llega la hora de bajar a desayunar, he llegado a aprenderme de memoria las casas vecinas. Será una Navidad fría, con lluvia y nieve, tan diferente al calor que siempre aprieta en Buenos Ayres en esta época del año.

He estado relejendo este cuaderno, que casi se termina. Sólo quedan unas pocas hojas en blanco. Era casi nuevo cuando nos embarcamos, pero escribí tanto en el barco, cada día y cada noche. Creo que fue lo único que me hizo el viaje soportable. ¿Qué otra cosa hacer para llenar las horas lentas, con rumor a charlas ociosas en cubierta, con ese mar pavoroso, interminable, sacudiéndonos día tras día como un gigante socarrón?

Es muy temprano, acabo de despertarme. He dormido profundamente pero sé que he soñado, recuerdo las caras de tío Ashley y de mi primo Percy destacándose en la bruma de un sueño confuso, prolongación de la velada en la casa de Grosvenor Square. Segismundo duerme todavía. Es extraño, porque siempre se despierta antes que yo, casi al alba.

Tres páginas más, y habrá que empezar un nuevo cuaderno. ¿Cuántos hay ya en el altillo de la casa de mis padres? Tenía diez y seis años cuando empecé a llevar mi diario. Pero entonces no escribía tan a menudo como lo hago ahora. La vida pasaba tan rápido que a veces no había tiempo ni necesidad de volcarla en un papel. La vida en sí misma

me alcanzaba.

Pero desde que conocí a Mariano casi no pasé un día sin escribir. Este diario se volvió una necesidad, la única vía de escape para todo lo que vivía dentro de mí, para lo que hubiera querido gritarle a él y al mundo.

Todos estaban en el patio aquella tarde de invierno, porque había un sol fuerte que casi parecía de primavera, cuando me escapé para empujar el mueble del altillo y levantar las dos tablas del piso que estaban flojas. Y allí, a ese hueco que habíamos descubierto un día con la prima Milagros jugando al escondite, fue a parar aquel primer cuaderno.

Es bueno tener varios años de mi vida en ese rincón oculto a los ojos de todos. O tal vez lo era hasta que llegó el volumen de mi triste y estúpida historia, sí, no hay otras palabras para definirla.

¿Qué ocurriría si Segismundo descubriera este diario? ¿Qué si leyera sobre la desesperación de tantas noches en que pensé en huir del camarote y de él para arrojarme por la borda, a ese mar cuya profundidad negra y rugiente me espantaba, pero menos que el pensamiento de una vida entera a su lado? ¿Qué sería de mí si encontrara en estas páginas la razón que me hizo seguir con vida y en su lecho?

Quizás me mataría.

Pero nunca lo leerá. Mi baúl tiene llave y esa llave jamás se aparta un segundo de mi cuello, porque no puedo dejar de escribir, porque es lo único que se lleva un poco de mi soledad y de mi miedo.

¿Por qué nunca conocí a alguien con quien hablar como lo hago aquí, sin medir lo apropiado o lo elegante de mis frases, sin disfrazar el dolor ni la verdad? Tal vez no exista alguien así. Las mujeres que conozco sólo hablan de banalidades, dicen lo que se espera oír de ellas.

«*Girls must be seen but not heard*» (5), repetía mi madre sin mirarnos. Sofía sin duda aprendió muy bien las palabras de mamá. Siempre perfecta, los rulos redondos y brillantes, la mirada complacida y la sonrisa pronta. Con las uñas limpias y los vestidos impecables, aun después de horas de juegos en el patio.

Sofía, la niña perfecta. La esposa perfecta. La esposa de Mariano. ¿Cómo pude llegar a creer que él podría preferirme a ella? Hasta yo la amé una vez, hasta yo deseé su piel sedosa y sus pechos magníficos.

Mi hermana es todo lo que un hombre espera: hermosa, distinguida, complaciente y contenta con su suerte. Sofía siempre dirá lo apropiado, hará lo correcto, y será feliz con ello. ¿Qué más puede pedir el hombre de un ser inferior?

Sé que nos consideran así, que piensan que hay temas y cosas que no nos conciernen ni nos interesan. Es una idea que yo nunca compartí pero tampoco discutí. Era inútil e innecesario. Hay tantas cosas que decir por sentadas, sin detenerme a averiguar si eran ideas propias o si simplemente habían sido creadas por alguien más, que había escrito en mí como quien toma un lienzo en blanco y pinta en él el dibujo que le parece bonito o apropiado.

Me siento tan vieja, cuando hace poco más de un año era una niña sin angustia ni problema alguno. Me duele haber sido tan idiota. Y me duele aún más saber que ya no existe para mí una oportunidad de volver atrás, de aprender de mi error. No es justo pagar con una vida de infelicidad un momento de estupidez nacido de mi inexperiencia. ¿Cómo podía yo saber que no en todos los casos el amor es correspondido y eterno, como lo cuentan las novelas? ¿Por qué nadie me dijo que el amor no es para siempre, y que no siempre vale la pena?

En los libros son dos los que aman, dos los que luchan contra el mundo. Pero yo no supe darme cuenta de que, en mi pobre historia, yo era la única que amaba.

El mismo día, por la noche

Segismundo se ha comportado de manera muy extraña todo el día. Se levantó muy tarde, casi a las once, y salió a la calle de inmediato sin desayunar, sin darme siquiera los buenos días. A su regreso se presentó en mi habitación sin llamar y me ordenó mandar a hacer mis baúles, porque un negocio inesperado en el continente lo obliga a partir de inmediato.

Tengo miedo. Su voz era extraña, y su expresión tan feroz que apenas me atreví a preguntarle si podríamos despedirnos de mi familia. Respondió sin mirarme que mañana, antes de partir, habría tiempo de hacerles una corta visita para decir adiós y excusarnos por la brevedad de nuestra estadía en Londres.

¿Lo sabe? Y si es así, ¿qué pasará? ¿Acaso quiere alejarme de aquí por temor a que la familia advierta mi estado? ¿O es verdad que ha surgido un negocio que no esperaba y a eso se debe su preocupación y su extraño comportamiento? Pero no, sus negocios en Europa terminaron años atrás, lo oí hablar del tema con mi padre alguna vez. O quizás me pareció entender eso.

No lo sé. Estoy tan cansada. No quiero pensar ni preguntarme nada más, ya no tengo fuerzas, quiero acostarme y descansar y esperar a mi hijo.

Tengo sueño, tengo frío, el fuego se apaga.

Ya no me importa nada, sólo dormir y dejar de pensar.

Oh, Dios, tengo tanto miedo.

5. Las niñas deben ser vistas pero no oídas.

Chapelle-sur-Loise, enero 25 de 1829

Mi apreciable madre y amiga:

Es con verdadero placer que recibí a comienzos de esta semana su muy estimable del 15 de octubre pasado. En su amable carta, que llegó a mis manos con retraso debido a que hubo de seguirme a través de mi viaje por el continente, he tenido la alegría de saber que tanto usted como mi querida hermana se encuentran bien y con salud cumplida.

Dije a usted en mi correo de diciembre, que espero esté ya en sus manos al recibo de la presente, que mi esposa y yo nos disponíamos a abandonar Inglaterra luego de una breve estadía en Londres para continuar viaje por el continente. Mi intención era de apresurar nuestro avance hacia el sur con el fin de evitar los rigores del invierno, tan duros en las ciudades del norte. Pero en el curso de nuestra estadía en Bruselas hube de afligirme por la salud de mi esposa, lo que me llevó a consultar con facultativos del lugar. Como resultado de esa consulta, excelente madre mía, me encuentro en condiciones de asegurar a usted que Dios ha querido bendecirme enviándome un hijo. Me complace grandemente poder comunicar a usted esta noticia, que estoy seguro dará a usted y a mi querida hermana tanta felicidad como a mí mismo.

Debido al incipiente estado de grosura de Mercedes he decidido cambiar mi residencia en Bruselas por esta que figura al encabezado de mi carta, una pequeña y tranquila villa rural donde esperaré el desenlace de este feliz acontecimiento. Me veo por lo tanto, madre, obligado a posponer mi regreso a Buenos Ayres por tiempo indeterminado. Me entristece pensar que no veré a ustedes hasta que mi hijo haya nacido y alcanzado la edad suficiente para soportar el largo viaje, pero así son los designios de Dios, y hemos de dejarnos gobernar

por ellos.

Mi esposa Mercedes me encarga para usted y mi hermana sus finos recuerdos, a los que agrego los míos afectuosos. Quiera usted presentar mis respetos a mis tíos y primas, así como a las amistades de nuestra relación.

Queda de usted suyo afectísimo, su hijo,

SEGISMUNDO ECHEVERRÍA

* * *

Buenos Ayres, 13 de abril de 1829

Mi amado hijo de mi corazón:

Es con sumo placer que respondo a tu carta del 25 de enero último, portadora de tan gratas nuevas. Tu hermana Azucena, como es natural, se une a mí para regocijarse por tu felicidad.

Ambas nos encontramos bien y con salud, salvando mi dolor en las costillas, que me sigue mortificando mucho. De todos modos, a mis casi sesenta y cinco navidades es inevitable soportar algún achaque, y es menester aprender a sufrirlo con resignación cristiana. Dice el doctor Alzaga, que ha estado a verme esta semana, que se trata de una molestia pasajera, de modo que no hay razón para temer que a tu regreso no encontrarás a tu madre buena y sana para recibirte.

Aplaudo tu sabia decisión de detener tu viaje y establecerte en un sitio tranquilo hasta el momento de nacer tu hijo y pasados sus primeros meses de vida. Nunca es demasiado el cuidado que puedas ofrecer a tu mujer en este delicado estado, que estará ya avanzado cuando recibas la presente. Tu hermana y yo rezamos a diario una novena para rogar a Dios te dé un hijo sano, y te proteja y te acompañe en cada día que pasas lejos de nosotras.

Tus tíos Echeverría y Lasala me ruegan te presente sus recuerdos, a los que se unen tus primos y primas. Recibe también los respetos y felicitaciones de las personas de nuestra relación, a los que he tenido el gusto de enterar del próximo nacimiento de tu hijo.

No dejes de escribir a menudo, hijo mío. Ya sabes que el recibo de tus noticias es un acontecimiento esperado y celebrado en esta vida

recogida que llevamos tu hermana y yo. Ruego a Dios te de salud cumplida, y que su bendición y la mía te alcancen, tu madre,

BERNARDINA LASALA DE ECHEVERRÍA

* * *

Chapelle-sur-Loise, septiembre 4 de 1829

Mi respetada y amada madre:

Es para mí una satisfacción responder a su correo del 19 de junio pasado, comunicando a usted y a mi hermana el feliz nacimiento de mi hija, a la que he bautizado con el nombre de Josefa.

El nacimiento se produjo el viernes último, 1 de septiembre, coincidiendo casi con mi primer aniversario de bodas, y me complace noticiarle que mi mujer existe con buena salud, de cuyo bien disfruta igualmente mi hija. Sé que la grata nueva será, como para mi esposa y yo, motivo de regocijo para nuestra familia y amistades, a los que no dudo informará usted debidamente.

Reciban usted y mi excelente hermana Azucena respetuosos recuerdos de mi esposa y las bendiciones de su hijo y hermano, que queda de ustedes suyo afectísimo,

SEGISMUNDO ECHEVERRÍA

Buenos Aires, 2007-2008

¿Qué edad tendrá? ¿Más de cuarenta, menos? ¿Tendrá hijos, marido? Seguro que sí, todas las mujeres de esa edad tienen hijos y marido. Yo no, pero yo no cuento. ¿Qué se supone que tengo que hacer ahora? Hablar, sí, pero ¿de qué? El sofá es duro, mejor, si no me hundiría al sentarme y las piernas se ensanchan; mis piernas son gordas, debo verme horrible desde donde ella está sentada. Hablar, cómo empezar a hablar. Si me preguntara algo, al menos. Debe pensar que soy una idiota, sentada durante veinte minutos sin decir una palabra, como cada vez que vengo. Después se termina el tiempo y tengo que irme y me siento todavía peor, más idiota que nunca.

¿Servirá esto? ¿Y si me levanto y me voy sin saludar, y ya no vuelvo? Estoy pagando una fortuna para venir acá dos veces por semana y no decir más que algunas frases estúpidas, sin contar lo que me pasa, por qué estoy acá.

Bueno, a ella no le importa, mejor para ella, le pago igual y ni siquiera tiene que molestarse en escuchar. ¿Le importará algo de mí, se preguntará quién soy en realidad? Se supone que eligió esta carrera porque le interesa la gente, porque quiere ayudar. ¿O estudió porque sus padres querían tener una hija psicóloga, como yo que soy secretaria porque Mamá eligió por mí?

Qué hora es, las siete menos cuarto, Pablo debe estar llegando a su casa. Llega y se sienta en ese sillón enorme, redondo, que tiene en el living, con los chicos al lado, como estaban en la foto que me mostró un día. Sandra se acerca con un vaso y un plato de saladitos, a Pablo le gusta tomar una bebida fuerte y algo salado antes de cenar. Cenar, quiero comer, si me levanto y salgo corriendo puedo pasar por el supermercado y volver a casa y comer y olvidarme de esta estupidez, nadie puede ayudarme y menos ella, cómo podría ayudarme si ni siquiera puedo contarle lo que me pasa, si ni siquiera sé lo que me pasa.

Prende un cigarrillo, fuma mucho. Mamá fumaba pero ya casi no lo hace porque dice que le estropea la piel. Mamá tiene muy buena piel, claro, se cuida mucho, todas esas cremas caras y las dietas. No, no puedo irme. Me costó años llegar acá, estar sentada acá ya es un paso, aunque esté callada como una tonta, y no puedo echarlo todo a perder. ¿Qué voy a hacer si esto no funciona? ¿Qué haré si nadie puede ayudarme?

Al menos viniendo siento que lo estoy intentando, que algo puede llegar a

cambiar, no sé... No, no voy a ir a ningún supermercado, tengo verduras y pollo en la heladera, y eso es lo que comeré y después me iré a la cama y leeré el diario de Mercedes hasta que me duerma. Voy a poder, tengo que poder.

¿Y si le contara lo que estoy pensando? No le interesaría, comer es un acto normal para la gente normal, no se anuncia a los cuatro vientos lo que uno va a cenar esta noche. Pero de algo tengo que hablar, ella dijo cualquier cosa, sin pensar, y no puedo hablar de Pablo ni de mi enfermedad.

Enfermedad. ¿Eso dije? ¿Por qué habré pensado eso? Bueno, sí, los problemas alimentarios son una enfermedad, pero yo no estoy enferma. ¿Y de qué voy a hablar, si no hablo de Pablo? Si digo cualquier cosa que me venga a la mente, como ella dijo, estaré hablando de él en dos minutos.

Sí estoy enferma, y lo sé. ¿Por qué estoy acá, si no? Se puede ver a un psicólogo sin estar enferma. Claro que sí, pero yo no estoy bien, mi vida no está bien aunque yo no pueda decirlo, y estoy aquí porque finalmente pude reconocer que necesito ayuda, que no puedo sola.

¿Y por qué no hablar de Pablo, de lo que me pasa? La próxima vez lo haré.

Mira el reloj, falta poco. Tiene lindas piernas, no es muy linda pero el pelo rubio y largo la hace atractiva, y se viste bien. ¿Cómo será su marido? O tal vez está divorciada, soltera no es, tiene cara de mujer casada, con hijos. ¿Se nota en mi cara que tengo un amante y que maté a mi hijo?

Sí, la próxima vez hablaré. Lo prometo.

* * *

«Sí, ya pasó más de media hora. No hablo porque no sé qué decir. Siempre hago lo mismo, y después, cuando me voy... Me digo que no voy a volver, que para qué...

»Vine porque... bueno, porque hay cosas que... me molestan, que no me hacen... bien.

»Lo que pasa es que no estoy acostumbrada a hablar de mí, a contar lo que me pasa. No, cuando era chica tampoco. Mamá... bueno, Mamá es... Nunca hablé mucho con Mamá. O sea, ella habla mucho, pero... Con papá sí hablaba, le contaba cosas, muchas cosas. A él le importaba.

»No, papá falleció. Cuando yo tenía dieciséis años... Luciana, mi hermana, tenía catorce. Mamá tuvo que salir a trabajar, porque no había

dinero, y...

»Mamá tuvo que hacer muchos esfuerzos para criarnos, para seguir pagando nuestra educación. Las dos íbamos a colegios privados bilingües, caros. Mamá había insistido en eso. Papá no quería.

»Recuerdo un día, creo que estábamos todavía en el jardín de infantes... Papá decía que no podía pagar ese tipo de colegios, que podíamos recibir una buena educación en algún buen colegio estatal. Pero Mamá lloró y gritó... Dijo que si no teníamos una educación como la gente, nunca seríamos nadie... seríamos como él, dijo. Trabajando el día entero por dos pesos.

»No sé, no me acuerdo. Creo que yo estaba en mi cama, sí, Luciana ya estaba dormida, porque si no, habría llorado al escuchar los gritos y Mamá habría entrado a consolarla. Y después Mamá dijo que ir a un colegio caro era nuestra única posibilidad de hacer un buen matrimonio cuando llegara el momento... Papá no dijo nada.

»Mi hermana se casó bien, como quería Mamá. Y conoció a su esposo en el colegio. Joaquín era uno de los favoritos, especialmente de las chicas... Pero Luciana también era así, popular, linda... ¿Siempre pasa eso, no? Como en las películas.

»A veces en las películas el chico favorito se enamora de la chica fea y estúpida. Pero a mí no me pasó. No creo que pase en la vida real. No, no es que yo me considere estúpida, ni tan fea. Pero nunca fui simpática ni hermosa, como Luciana.

»Sí, se pasó el tiempo. Hasta el jueves.

»Y... gracias».

* * *

«No, Mamá quería que yo fuera secretaria. Yo no sabía bien qué quería hacer cuando terminé la secundaria, y Mamá dijo que el secretariado ejecutivo era lo mejor para mí. Además Luciana iba a estudiar arquitectura y ella no podía costear dos carreras largas, y dijo que así yo podría conseguir pronto un empleo bien pago y ayudarla.

»En realidad a mí me daba lo mismo, yo... Yo no estaba bien, y quería ayudar a Mamá, que había trabajado tanto para nosotras.

»No estaba bien, porque... bueno, yo tenía problemas... problemas alimentarios. Anorexia, bulimia, ya sabés.

»Si no te molesta, prefiero no hablar de eso ahora. Otro día...

»Supongo que si hubiera podido elegir... no sé... nunca pensé mucho en eso... Pintar, supongo. Siempre me encantó pintar. No, no lo hago. No sé por qué. No tengo tiempo.

»O tal vez bibliotecaria, o curadora de museo. Me encantan los libros, las cosas viejas, de otras épocas.

»A Mamá no le gustan las antigüedades, dice que mi casa parece un museo. Creo que no le gusta venir a visitarme. Pero viene, los miércoles. Yo, los lunes. Siempre voy a verla los lunes, después de la oficina.

»¿Si me gusta? ¿Qué, ir a ver a Mamá? Sí, claro. Quiero decir... Uno no se pregunta si le gusta ir a visitar a su madre, ¿no?

»Bueno, se supone que...

»En realidad, Mamá es..., no sé... ¿Qué? Incómoda, supongo. Creo que así es como me hace sentir. Pero...

»¿Sabés qué siento? Siento que estoy diciendo cosas que no quiero decir, y me siento mal por eso, y al mismo tiempo..., no sé... De todos modos, supongo que esto será como un remedio, desagradable pero que después hace bien, ¿no? ¿Cómo funciona esto? Me gustaría saber, no sé, algo... ¿Cómo me va a ayudar esto?

»¿Qué querría? Ser feliz, eso es lo que querría. Como todo el mundo.

»¿Anotar? Bueno, pero... Está bien, no pregunto.

»Sí, claro... Chau, y gracias».

* * *

«Sí, la hice. Acá está. Pero..., te voy a pedir algo. Yo te leo la lista, pero vos prometeme que no me vas a preguntar nada. No sé, me siento una idiota. Qué pensarás de mí, una mujer de mi edad, ya no soy ninguna nena, y...

»Anoté diez cosas, como me pediste, diez cosas que me gustan, o aquello que me haría feliz... Bueno, me gusta... la primera, me gusta leer, leer todo el tiempo que quiero.

»Me gustaría pintar. Siempre me gustó pintar. Gané un premio, una vez, en la primaria, por un dibujo en acuarela.

»Me gusta recorrer casas de antigüedades y visitar bibliotecas, museos, ciudades europeas, viejas, llenas de arte y de historia...

»Me gusta..., me gustaría... ser delgada y hermosa.

»Me haría feliz poder comer como una persona normal.

»Me hace feliz ver a Pablo.

»Me haría feliz poder tener el amor de Pablo para mí sola...

»Me gustaría que Sandra se muriera.

»Quiero ser como todas las demás personas... Quiero ser una persona normal, normal, normal...

»No, no voy a hablar de eso, no puedo...

»Bueno, sigo hablando de cualquier cosa, entonces...

»En realidad no me serviría de nada que Sandra se muriera. Yo no puedo casarme con Pablo ni con nadie, no puedo vivir con nadie, nadie querría vivir conmigo.

»Siempre tuve mi propia habitación, bueno, siempre no, pero sí desde los diez años, o algo así. Siempre pude cerrar una puerta y quedarme sola durante horas, muchas horas, separada del mundo. Nunca compartí la habitación con una amiga, ni me quedé a pasar la noche en casa de nadie, como hacía Luciana. Una vez, poco después de conocer a Pablo, pasamos un fin de semana juntos. Me sentí tan feliz, tan intensamente feliz de tenerlo conmigo, y al mismo tiempo tan... no sé. Tenía tanto miedo de aburrirlo, de no encontrar nada interesante que decir, que no pude disfrutarlo. Además, estaba el tema de la comida. No podía comer estando con él, o sea, comer como lo hago... eso me enloquecía de nervios, de ansiedad. Creo que él lo advirtió, porque no volvimos a pasar un día entero juntos. Era casi imposible, de todos modos, porque Sandra lo controla todo el tiempo. Hasta ese único fin de semana le causó problemas a Pablo.

»Sí, claro que querría ser su esposa, poder estar con él abiertamente. Es lo que más deseo. Pero yo lo sabía, él nunca me dijo que sería de otro modo. Yo lo acepté así. Tener su amor ya me parecía algo increíble, un regalo inmerecido, una especie de milagro...

»¿Qué porqué hablé en pasado? Bueno, no sé, no tiene importancia, ¿o sí? No sé, no sé, ¿por qué me haces dudar de todo lo que digo?».

* * *

«Y Mamá dijo que si seguía comiendo así no me casaría nunca, porque los hombres no se casan con mujeres que comen como cerdos. Yo tenía los dedos pegajosos de chocolate, recuerdo que me los limpié en el vestido debajo de la mesa y me quedó una mancha marrón, torta de chocolate en el vestido y en los dedos, y Mamá mirándome con cara de asco. ¿Qué edad tenía? No sé, siete, ocho, no más. Era el cumpleaños de mi prima Adriana, la

que tenía problemas de corazón. Sí, yo debía tener siete años porque recuerdo que todos hablaban de la operación de Adriana y a ella la operaron a los seis años, y las dos tenemos casi la misma edad.

»No sé cómo me sentí. Supongo que estaba acostumbrada, Mamá siempre encontraba mal lo que yo hacía, fuese lo que fuese. Creo que nunca le gustó que yo fuera tan parecida a papá. Mamá es muy extrovertida, habla mucho, le encanta salir y comprarse ropa, como a Luciana. Le fastidiaba vernos a papá y a mí sentados en el living, leyendo. Papá y yo pasábamos horas absortos en su colección de monedas antiguas. Recuerdo una moneda española, grande como un medallón, del siglo XVIII. Papá y yo la dábamos vueltas y más vueltas en la mano, mirando los detalles del dibujo, de los bordes gastados. Intentábamos imaginar las manos que la habían sostenido, las historias de las personas que la habían llevado en sus bolsillos, la manera en que había llegado hasta aquí. Papá me enseñó a soñar, a vivir historias a través de un objeto cualquiera. No, no lo lamento, le estoy agradecida.

»De todas maneras, supongo que habría sido más feliz siendo como Mamá y Luciana. En realidad, creo que siempre quise ser como ellas, aunque no me lo confesaba ni a mí misma. Supongo que ahí está el origen de mis problemas, de mi desesperación por estar delgada. Ser delgada me haría como ellas, me haría feliz.

»Tal vez las cosas habrían sido diferentes si papá no hubiera muerto. De alguna manera, cuando estaba con papá, mi cuerpo y mis kilos de más pasaban a un segundo plano. Él hacía que yo me sintiera importante, él me escuchaba de verdad, y el misterio de las historias que creábamos volvía intrascendente todo lo demás. Pero después papá se fue y yo no volví a tocar la caja de monedas y empecé a comer y comer más que nunca, y vino el terror a engordar, y entonces empecé a vomitar porque no podía parar de comer, y cada vez estuve más sola.

»Bueno, ya está. Qué trabajo tan desagradable el tuyo, la gente viene y llora y se saca todo la mierda que tiene adentro. ¿No te hace daño, a vos?

»No, ya sé, lo que pasa es que me resulta tan raro venir y hablar, y hablar y sentir que me escuchás, que no vas a interrumpirme para hablarme de tus cosas. Yo siempre escuché a los demás, aunque no me interesara. Nunca nadie me escuchó a mí, salvo papá. Ni siquiera Pablo.

»Disculpame, parece que hoy no puedo parar de llorar. Fue..., no sé. Lo dije sin pensar lo que estaba diciendo, y cuando lo escuché me di cuenta de que es la verdad. Pablo no me escucha. Él también viene y habla y dice las

mismas cosas desde hace nueve años. A veces hasta sé lo que me va a decir antes de que abra la boca.

»No, me voy, quiero irme. Estoy mal, y estoy sola. Es fácil para vos. ¿Sabés qué difícil es volver a casa y no saber cómo llenar el vacío? Hago lo posible para no comer, para comer sólo lo que debo y después pasar las horas hasta conseguir dormirme, pero el tiempo se hace eterno, y no sé qué hacer con él.

»Sí, ya sé que hay muchas cosas que podría hacer, que haría si fuera una persona normal. Hace años que lleno mi tiempo libre comiendo, leo y miro televisión, sí, pero siempre comiendo. Es lo único que hace que mis horas no parezcan tan vacías, tan... sin sentido. Si no como, tengo que enfrentarme con ese enorme hueco negro interior que me aterra, que me hace pensar en todo lo que no quiero pensar, que me muestra mi vida tal como es. Y el cuadro no es muy agradable, puedo asegurártelo.

»Sí, vuelvo el jueves. ¿Acaso no vuelvo siempre?».

* * *

«Sí, hice algo que me gustó, que yo misma elegí. Una vez en la vida. Sólo una.

»Siempre había soñado con Europa. Ahí estaba todo lo que amaba: el arte, la historia, el pasado. La mayoría de las monedas de papá provenían de Europa, y también los autores de los libros que él compraba para mí.

»Se convirtió en una obsesión, mi único sueño. Ese sueño me sostuvo cuando papá murió y se hizo tan difícil vivir, cuando hubiera querido llorar de soledad y desesperación y en cambio callaba y tragaba, me tragaba las lágrimas y más y más comida para llenar ese vacío enorme y doloroso.

»Cuando terminé el secretariado con un excelente puesto esperándome, supe que estaba cerca. Fue egoísta de mi parte, ya lo sé. Mamá esperaba que yo contribuyera mi sueldo íntegro para ayudar con la facultad de Luciana y los gastos de la casa. Ella misma me había conseguido el puesto mientras yo terminaba mis estudios. Mamá conoce mucha gente, le encanta relacionarse con personas influyentes y es muy buena para conseguir favores.

»Cada noche, al volver a casa, Mamá se dejaba caer en una silla y se quejaba de cansancio, de los años que le faltaban para la jubilación, de la desastrosa economía del país, de la dificultad de vivir una vejez digna. La culpa me desgarraba al oírla, el estómago se me crispaba como si me

hubieran dado un puñetazo, pero seguía ahorrando una parte de mi sueldo y entregándole lo que restaba luego de pagar las enormes cantidades de comida diaria.

»No tomé vacaciones durante dos años, hice horas extras, y cumplí mi sueño. Nunca tuve tanto miedo como el día en que se lo dije a Mamá. Ya tenía el pasaje comprado y todo listo, lo hice así porque de otro modo no hubiera tenido fuerzas. Fue horrible. Creo que Mamá no podía creer que fuera yo, Cecilia, la que le estaba comunicando que se iba de viaje por dos meses. Primero se quedó estupefacta, incrédula, después gritó y lloró. Me llamó egoísta, insensata, me comparó con papá, me acusó de quitarles el pan de la boca a ella y a mi hermana. Lloré mucho esa noche, el pasaje sobre mi almohada, me odié, me desprecié por lo que le estaba haciendo a Mamá.

»Pero fui. Fueron los días más hermosos de mi vida. A veces, cuando estoy tan mal que nada parece tener sentido, cierro los ojos y evoco la sensación de esas noches calientes bajo cielos distintos, el cosquilleo de mi estómago impidiéndome dormir de ansiedad, ansiedad por despertar a un día nuevo donde cada minuto me regalaría una emoción desconocida. A veces creo que no fui yo esa persona que me miraba con ojos brillantes en el reflejo de los vidrios de los trenes, olvidados el miedo y la timidez en el placer de cumplir mi sueño.

»Pero el sueño terminó. Volví distinta, llena de proyectos, de fuerza. Pero la realidad conocida me golpeó como una maza, me aplastó, me encerró poco a poco hasta hacerme olvidar de esa otra persona que me había sorprendido conocer. Una angustia abrumadora se apoderó de mí, anulándome, mostrándome mi pequeñez, mi fracaso. Y entonces conocí a Pablo.

»No, ya no. Cuando volví de Europa tenía planes de un pronto regreso, sabía que volvería, una y otra vez. Pero Pablo ocupó el lugar de mi sueño, se transformó en la suma de todos mis deseos y esperanzas, lo hice el centro alrededor del cual giraba mi vida. Me fui de casa por él, porque aunque volví planeando tener mi lugar propio sé que nunca me habría atrevido a alejarme de Mamá de no haber conocido a Pablo. Mamá quería que me quedara, era una forma de tener control sobre mí y mi dinero, supongo. De todas maneras seguí ayudándola, comprándole cosas, tal vez más que antes. Me impulsaba la culpa de abandonarla, de irme a vivir al centro sola, para poder ver a mi amante, un hombre casado. Para poder comer durante horas y vomitar sin que alguien fuera a golpear a mi puerta.

»Cuando me mudé y Pablo se quedó hasta tarde para acompañarme en la

primera noche, me sentí adulta, feliz. Pero después Pablo se fue, se marchó para ir a dormir con Sandra y me quedé sola. Fue la noche más horrible de mi vida. Salí a la calle. Era verano, una de esas noches perfectas, de un calor tibio que no molesta, que acaricia. La ciudad parecía caer sobre mí, aplastándome, mostrándome mi soledad, mi fracaso. La gente caminaba en grupos, las parejas se sonreían, todo el mundo tenía alguien, menos yo. Caminé como loca, sin ver, sin saber dónde estaba. Empecé a entrar a una heladería tras otra, un kiosco y otro más, caminando sin rumbo, comiendo sin parar. Después, no sé cuánto tiempo pasó, compré una bolsa enorme de comida, tomé un taxi y regresé a casa. Era viernes, y no salí durante el resto del fin de semana.

»Ese fue el comienzo, o mejor dicho más de lo mismo. Cuando estuve en Europa no pensé en la comida, por primera vez en mi vida me olvidé de mi aspecto y de lo que me llevaba a la boca. Pero volví y todo recommenzó, y cuando conocí a Pablo se me escapó de las manos, y ya no hice intento alguno por controlar lo único que me ayudaba a vivir las horas que faltaban para verlo, las horas que siempre eran tantas, demasiadas. Ese fin de semana fue la réplica de otros cientos durante estos años. Hasta hace algunos meses.

»Pensé que nunca podría contarle a nadie estas cosas, sentía tanta vergüenza, todavía la siento. Me odio por los años de encierro, de sufrimiento no reconocido ni siquiera ante mí misma, por haberme convencido de que era feliz, de que el amor de Pablo me bastaba, de que nada ni nadie me era necesario si tenía su amor.

»¿Cómo pude haber sido tan idiota? Pablo no tiene la culpa, y lo sé. Ya ni siquiera sé lo que pienso de Pablo, sólo sé que alguna vez tendré que aprender a vivir sin él, y no debería ser difícil siendo que nunca lo tuve en realidad, pero me enloquece pensar en una sucesión eterna de días sin él, sin una llamada, sin sus brazos a mi alrededor. Tengo miedo de volverme loca, loca de soledad.

»Sí, voy a pensarlo. No creo que ayude, pero bueno, de acuerdo, sí».

* * *

«¿Por qué lo hice? No lo sé, nunca lo pensé. Simplemente pasó, y supe que no podía darme el lujo de considerar siquiera otra alternativa. Pablo estaba contrariado, casi asustado. Arregló para que se hiciera lo antes posible. Dos días después de enterarme del embarazo, todo había terminado. No más

bebé, no más posibilidades, todo solucionado de la manera más rápida e higiénica. Volvimos a casa, era sábado. Pablo se quedó toda la tarde acariciándome, trayéndome tazas de té. Lo amé tanto por eso. Ahora, al recordarlo, veo su rostro y hay alivio, satisfacción, en lugar de la preocupación y el amor que creí encontrar entonces.

»Mi amante está embarazada. Un error, un gravísimo error, y Pablo no permite los errores. Hay que ocultarlo, hacerlo desaparecer antes de que la pobre idiota reflexione, se rebele, luche por ese hijo que no debe ser. Pero la pobre idiota no podía pensar, estaba vacía, ciega. Hubiera matado por él.

»Y lo hice. Maté a mi hijo.

»La semana siguiente no fui a trabajar, por primera vez desde que entré a la empresa. Me quedé en la cama, ni siquiera pude comer, ni casi pensar. Estaba muerta. Me odié, me desprecié. Pero eso no era nada nuevo en mí, y el aborto se convirtió en un dolor más, en otro penoso recuerdo. Mi vida se compone de angustias, de días negros y grises.

»Los colores, siempre los colores, sí, ¿por qué no? Las palabras tienen colores, las sensaciones también. Hace muchos años, cuando papá vivía, me despertaba y aún antes de abrir los ojos sabía que el día era rosa luminoso, o amarillo vibrante. Un pincel gigante se deslizaba sobre mí y me bañaba de color, me preparaba para vivir ese día a tono con su luz y con su brillo.

»Después el pincel se transformó en una brocha gorda que me aplasta, me embadurna de betún negro y pegajoso. Temo las mañanas, el momento de desprenderme de las sábanas para enfrentarme nuevamente con el mundo.

»Esto debe parecer tan extraño, visto desde afuera. Pero una se acostumbra a un tipo de vida, la vida que le tocó vivir, y se deja arrastrar por un día, y después otro más, de lo mismo...

»La vida que le tocó vivir. Sí, eso dije. Es una frase hecha.

»Es cierto. La vida no nos toca, la elegimos. ¿Eso es lo que quieres que diga, no? Esto es magia, ¿no? El psicoanálisis, quiero decir. Pienso cosas que nunca antes había pensado, formulo ideas que no conozco.

»¿Y por qué elegí yo esta vida de mierda?

»Tengo miedo, sigo teniendo miedo. Envidio a la gente que camina por la calle y sonrío, a mis compañeras de la oficina, con sus lunes llenos de anécdotas de fin de semana. Soy un alien, y el mundo habla un idioma que no entiendo.

»Desde hace meses, cuando empecé a obligarme a comer comida sana y no vomitar, algo cambió. No sé qué es peor, de todos modos. Antes al menos

tenía el consuelo de algunas horas de inconsciencia, en cambio ahora... llego a casa y ceno, después intento apartar la comida de mi mente y matar el tiempo que me sobra, que no sé cómo llenar. Ya no duermo tanto. Desearía hacerlo, pero no puedo. Entonces pienso, y duele. La vida me duele casi más que antes.

»Te mentí. No siempre como lo que debo. Durante la semana sí, pero los fines de semana...

»De todas maneras ya es un gran logro, ¿o no?

»¿Qué pasa conmigo? ¿Creés en la reencarnación? Tal vez en mi vida anterior fui asesino, torturador, y ahora estoy pagando con mi encierro y mi sufrimiento el dolor que provoqué.

»El pecado de los padres caerá sobre los hijos, dice la Iglesia católica. Mercedes lo sabía y lo temía, aunque había dejado de creer. Si es así, los pecados de mis padres han caído sobre mí, pero no sobre Luciana. O tal vez el hada mala que no fue invitada a mi bautizo...

»Estoy diciendo tonterías. Pero tengo que aprovechar, ¿no? Estas dos horas semanales son casi el único momento en que hablo, tonterías o no.

»¿Puedo irme? Ya no me resulta una tortura venir, y sin embargo cuando me voy me siento como un chico que termina la tarea. ¿Te parezco muy estúpida?».

* * *

«No sé qué edad tenía yo. Ocho, nueve, supongo. Me dolía el estómago, lloraba, y Mamá se sentó a mi lado y me dio un calmante. Papá vino también, me acarició la frente y me dijo que durmiera. Yo cerré los ojos aunque no tenía sueño, estaba tan feliz de estar ahí, arropada en mi cama caliente, con Mamá y papá a mi lado. Hablaban en voz baja para no despertarme. Decían... ¿qué era? No lo recuerdo, pero siento de nuevo el dolor de estómago, el miedo, y la vergüenza...

»No. No fue así, no es cierto. Yo estaba sola en la cama, llorando por una pesadilla, quería a Mamá, quería que viniera y me trajera una aspirina con azúcar y me dijera que no era más que un sueño. Pero Mamá no me oía, nadie venía, y Luciana seguía durmiendo atravesada en su cama. Siempre dormía así, con los pies colgando fuera de la cama.

»Estaban en el dormitorio, la puerta estaba apenas abierta. Me acerqué y oí las voces, iba a llamarlos pero algo en la voz de Mamá me hizo

permanecer en silencio. Mis padres nunca discutían, al menos no abiertamente. Mamá solía ser condescendiente e irónica cuando hablaba con papá o acerca de él, pero no recuerdo gritos ni palabras duras entre ellos. Ahora también hablaban, sin gritar, la voz de Mamá era dura pero baja y calma. “Estoy cansada, cansada de esta vida mediocre. ¿Hasta cuándo pensás seguir así, tranquilo y satisfecho con ese empleo sin futuro ni posibilidades? ¿No pensás en la vejez, en tus hijas, en mí? Yo soy joven, no pienso pasar el resto de mi vida de esta manera, contando el centavo, privándome de todo para pagar la educación de las chicas.”... Mamá habló y habló, mientras yo seguía allí, petrificada por el odio contenido de su tono. Divorcio, las nenas, la casa. El miedo me dolía en la garganta. Después la voz de papá, casi en un murmullo. Y de nuevo Mamá, como mordiendo las palabras. “Luciana se queda conmigo. Seguirá en el colegio y tendrá una buena vida, eso te lo puedo asegurar. A Cecilia podés llevártela y educarla como te gusta, cambiarla de colegio, ya que nunca estuviste de acuerdo con la educación privada. De todas maneras es igual a vos, y tampoco llegará muy lejos. Si sigue comiendo así, se transformará en un cerdo. Además es tímida y poco atractiva, así que no hay mucho que hacer con ella... Yo me lavo las manos.”... Papá dijo algo, que yo era buena, inteligente, algo así. Pero Mamá continuó: “De mucho le servirá eso, si es gorda y no es capaz de decir dos palabras seguidas...”. Fue entonces que volví a la cama, y comenzó el dolor de estómago. Un dolor fuerte, como si me retorcieran las entrañas. Me acurrugué debajo de las sábanas, tapándome la cara y los oídos. Tenía miedo, mucho miedo y vergüenza.

»Bueno... Sí, entiendo. Me voy. Gracias.

»¿Será por eso que...?».

* * *

«Ayer salí a caminar, como me dijiste. Había sol, hacía un poco de frío. Me puse zapatillas y un abrigo grande, y anteojos de sol. Siempre que salgo, a menos que sea para ir a trabajar, uso ropa grande y amplia, que me cubra, que me proteja.

»Sentía..., no sé... miedo, supongo. Un sentimiento muy fuerte de incomodidad. La calle me asusta, tengo miedo de las vidrieras de las confiterías, del aroma a medialunas calientes de los bares. Temo la compasión y la burla en los ojos de la gente, huyo de los rostros y de las

miradas.

»Pero lo hice. Caminé durante media hora, tal vez más. Dijiste que no importaba cuánto, ¿verdad? No lo disfruté, pero cuando regresé a casa cerré la puerta con alivio también con una especie de triunfo, como aquel día que salí de la oficina a la hora del almuerzo para leer el diario de Mercedes. Creo que ese día fue el comienzo de todo. Al menos fue el comienzo del final de mi ceguera con respecto a Pablo.

»Voy a seguir haciéndolo. Pero no es fácil. La soledad es más soportable entre cuatro paredes. Estoy sola siempre, más sola aún en medio de una multitud, caminando entre mil caras que no me conocen, que no me echan de menos cuando no estoy allí.

»Me duele, me duele mucho. Quiero que alguien me ame. Quiero el amor de Mamá, de mi hermana, de un amigo. Quiero poder caminar por la calle sabiendo que alguien me necesita.

»Basta de llorar, podría seguir llorando hasta que se termine la hora, hasta que se termine mi vida. Pero no quiero hacerlo. Siempre tuve miedo de empezar a llorar, porque sé que si lo hago ya no podré detenerme. ¿Acaso no tiene el hombre mil razones para llorar desde que llega al mundo? ¿Acaso no tengo yo más razones que cualquier humano?

»La vida me pesa, me siento vieja, cansada. No sé cómo volver a formar parte del mundo, si es que alguna vez fui parte de él. No sé cómo pedir ni provocar amor. Estoy sola, todavía más que Mercedes».

Buenos Ayres, 1836
Invierno

Levantando con ambas manos los pliegues de su flamante falda de encaje rojo, de acuerdo a la nueva moda inspirada e impuesta por el Restaurador (6), Mercedes Saavedra de Echeverría atravesó el corredor y entró al cuarto de su hija. Betiana, la mulata que se ocupaba de la pequeña, se volvió al oír el sonido de la puerta y le sonrió con su sonrisa dulce y blanca. Mercedes la había escogido especialmente para el cuidado de Josefa por la ternura y devoción, comparables a las suyas propias, que había mostrado hacia la niña desde el momento en que la conoció.

Josefa, de pie sobre una mesita, pateaba impaciente sus botitas de raso blanco mientras la criada luchaba con los botones que cerraban la espalda de su traje. Mercedes se acercó y la besó mientras la reprendía suavemente.

—Debes estarte quieta cuando Betiana te viste, Josefa. No queremos llegar tarde a la boda de tía Isabel, ¿verdad?

La niña sacudió los bucles castaño rojizo.

—No quiero ir a la boda de tía Isabel. Quiero jugar con Betiana. Quiero un cuento. Cuéntame un cuento, mamá.

Unos minutos más tarde, la niña estaba vestida y peinada. Alejándose unos pasos para contemplarla, Mercedes sintió la acostumbrada sensación de amor, casi doloroso en su intensidad, punzándole el pecho ante la diminuta figura perdida en una nube de volados y puntillas. Su mirada se ensombreció por un momento al encontrarse con los ojos de la niña, intensamente verdes con un espeso marco de pestañas oscuras. Los ojos de Mariano. El rostro de la niña, con esos enormes ojos y la boca amplia y carnosa, tenía un parecido tan marcado con su padre que hubiera resultado obvio a quien supiera dónde buscar. Mercedes lo sabía, pero hoy importaba más que nunca, porque hoy volvería a ver a Mariano.

Betiana la siguió con la niña en brazos hasta el salón, donde aguardaba su marido. Don Segismundo estaba de pie junto a la ventana con el mate en la mano.

—Da los buenos días a tu padre, Josefa —dijo Mercedes empujando suavemente los hombros de su hija.

La niña soltó sin ganas la mano de Betiana y caminó hacia don Segismundo, diminuta como un juguete frente a la figura del hombre.

—Buenos días, padre —recitó con su vocecita pequeña.

Don Segismundo se inclinó y la besó fríamente en la frente.

—Buenos días, Josefa.

La puerta se abrió para dar paso a doña Bernardina y a su hija Azucena, ambas con vestidos de seda gris y adornos de encaje negro. Doña Bernardina guardaba luto riguroso desde la muerte de su esposo, ocurrida quince años atrás, y lo reemplazaba por el gris en las ocasiones importantes. Azucena, a su vez, vestía a diario de gris o negro. La hermana de don Segismundo se consideraba viuda y actuaba como tal, pese a ser una solterona de treinta y seis años. Había estado prometida durante cuatro años a un capitán de regimiento; sobre su pecho brillaba siempre la medalla que recibió a cambio del hombre que nunca regresó, pero cuyo recuerdo le ayudó a vivir sus días virginales sin amarguras de solterona.

—Buenos días, abuela. Buenos días, tía —saludó Josefa saltando hacia las damas sin que Mercedes se lo señalara.

Doña Bernardina le dirigió una sonrisa torcida y murmuró los buenos días, pero Azucena se acuclilló frente a Josefa y la besó en ambas mejillas, acariciándole los bucles rojizos.

—Muy buenos días te dé el ángel de la guarda, Josefita. Tengo caramelos para ti, ¿sabes? Te los daré en el coche.

Don Segismundo entregó el mate al criado con un ademán brusco y comenzó a abotonarse el capote.

—No consientas a la niña, Azucena. Y vámonos ya, es tarde.

Doña Bernardina cerró su abanico de luto de varillas de nácar y país de encaje negro y se dirigió a la puerta, asintiendo enérgicamente ante las palabras de su hijo.

—Tienes mucha razón, Segismundo. El carácter de los niños se fortalece de pequeños. Cualquier indulgencia a esta edad se paga caro más tarde.

Mercedes sintió su mirada aguda y supo que las palabras de su suegra iban dirigidas a ella y no a Azucena, y se apresuró a llevar a la niña al coche antes de que volviera a repetir que no quería ir a la boda. Su insistencia a llevar a Josefa con ella a pesar de su corta edad había sido señalada por doña Bernardina como otro ejemplo más del excéntrico trato que Mercedes daba a

la niña. Segismundo se había encogido de hombros murmurando que eran cosas de mujeres, y había agregado que Josefa volvería a casa luego de la ceremonia.

Después de unos minutos de incómodo tironeo de faldas y cuidadoso equilibrio de los enormes peinetones, las tres damas pudieron acomodarse con el menor detrimento posible para sus toillettes, y a una orden de don Segismundo el coche traqueteó penosamente rumbo a la Catedral.

La charla infantil de Josefa llenó de ternura las miradas de Mercedes y Azucena, uniéndolas por momentos en una mirada cómplice. La pasión dolorosa que Mercedes sentía por su hija la había sorprendido tanto como el amor que había sentido hacia su padre. Su amor por la niña había nacido de la misma manera, avasallador e inesperado, desde el momento en que vio su carita diminuta y sucia de sangre en la madrugada europea. Nunca había podido comprender realmente esa pasión que nace de un momento a otro por seres que antes no tenían lugar en su vida, y que se hacían repentinamente indispensables. ¿Amarían así todos los seres humanos, o había sido ella bendecida —o maldecida— por esa capacidad de amor súbito, inexplicable?

Durante el embarazo había creído que amaría a su hijo poco a poco, a medida que el conocimiento y el contacto diario lo hicieran querido a su vida. Consciente de lo que esa criatura significaría siempre en su vida, hasta hubiera encontrado más natural experimentar un cariño moderado, incluso mezclado a algún resentimiento; pero lo único que Josefa había hecho nacer en ella era ese amor tan poderoso como el que sintiera por Mariano. Pero, a diferencia de su padre, Josefa era suya y siempre lo sería; amarla era un hecho normal y permitido.

Doña Bernardina observaba la calle detrás del abanico que sostenía frente a su rostro con el extremo de los dedos enguantados. Su actitud hacia la niña era casi tan fría como la de su hijo. Mercedes sospechaba que la dama percibía, sin comprenderla, la aversión que don Segismundo experimentaba hacia su hija y su mujer, y la reflejaba instintivamente. Azucena, en cambio, se había vuelto cordial y hasta afectuosa con ella desde su regreso a Europa, llevada por el cariño común a la pequeña que había llegado a la casa caminando todavía vacilante sobre sus primeras botitas.

Recostándose en el asiento tanto como se lo permitía el peinetón exagerado que la moda de ese año exigía, Mercedes contempló el empedrado irregular que sacudía las ruedas del coche, todavía húmedo por la lluvia del día anterior. El día había amanecido claro y azul, con la frescura del aire

límpido que sigue a una noche de lluvia intensa. A medida que avanzaban por Perú los ojos de Mercedes se ensombrecieron, y sus dedos se crisparon sobre los de Josefa.

No quiero verlo, no quiero verlo. Ya no lo amo, pero daría cualquier cosa por poder evitar su presencia, por no tener que verlo más. Pero es el marido de Sofía, y aunque no viven en Buenos Ayres es lógico y normal que vengan a compartir las ocasiones importantes como esta, o simplemente a visitar.

Tendremos que acostumbrarnos a vernos, a sonreír y a saludarnos unos a otros como si nada hubiera pasado, como si todo fuera como debió ser.

No importa. Ya no volverás a lastimarme, Mariano. Hay muy pocas cosas que pueden lastimarme ahora. Y ciertamente tú no eres una de ellas.

* * *

El interior de la Catedral estaba fresco y sombreado, aislado del brillo azul de la mañana. El techo se arqueaba en curvas oscuras, y Mercedes pensó en los arcos ojivales de las catedrales góticas, en la penumbra de los muros suavemente iluminados por la luz de los rosetones. Pero eran las iglesias románicas, más bajas, de sólida fachada y cruz bien definida, las que la habían atrapado en su encanto milenario. En un día de otoño brillante como este, y en una pequeña iglesia románica de campaña, había bautizado a la niña que ahora colgaba de su mano, contemplando con ella el vacío sobre sus cabezas.

Una angustia parecida a la de aquella mañana de abril le hizo temblar los labios, deteniendo sus pasos. Había oído el canto matutino de los pájaros cuando sostuvo a la niña para que el agua exorcizara su pecado original. «El pecado de los padres caerá sobre los hijos». Sin duda Segismundo lo creía así, porque había decidido que la niña fuera bautizada a horas de su nacimiento, cuando su madre todavía dormitaba en su lecho de parturienta. Ignorando la debilidad de sus piernas, Mercedes había salido de la cama para envolverse en un mantón y caminar los pocos metros que separaban sus habitaciones de la iglesia, centro de la diminuta aldea franco-alemana. No podía separarse de ese pequeño ser que todavía le era desconocido, no todavía. Aun podía el odio de don Segismundo ganar la batalla a su orgullo, pese al acuerdo final al que ella había accedido como un animal acorralado. Había estado tan sola, y había ansiado tanto la protección que le daría el regreso a Buenos Ayres. Sólo meses después, cuando Segismundo escribió a

su familia para anunciar el nacimiento de su hija, supuestamente recién acaecido, pudo volver a dormir por las noches.

El órgano desprendía acordes asordados, como temiendo entorpecer el ritmo de las conversaciones que se cruzaban, a media voz, entre los invitados que iban ocupando los asientos. Levantando el abanico sobre su rostro, Mercedes avanzó en dirección a los primeros bancos, reservados a la familia de la novia. El corsé entrecortaba dolorosamente su respiración, y los latidos de su corazón azotaban las ballenas que sostenían sus pechos bajo la camisa.

A mitad de la nave acertó el paso y se obligó a levantar la vista. Cinco figuras se recortaban por encima del respaldo de la segunda fila. La espalda recta de doña Asunción, inconfundible dentro del traje severo y la mantilla oscura. A su lado, los hombros poderosos de don Octavio, sus cabellos fuertes, abundantes como los de un caudillo rozando el cuello de la levita de terciopelo punzó. A su izquierda, una mantilla blanca, de blonda tan delgada que no bastaba para ocultar el brillo dorado de una hermosa cabeza erguida. Y junto a la mantilla, la espalda de Mariano, los hilos rojizos reluciendo en sus cabellos, los mismos que iluminaban los cabellos de Josefa cuando jugaba al sol.

* * *

No quiero ver sus ojos. ¿Cuántas veces vi sus ojos en la oscuridad, cuando todavía creía que un día volvería por mí y por su hijo? No importa. Ya no lo amo. No se puede sostener el amor durante años de vacío, no se puede acariciar una imagen que se despinta cada día un poco más. En las novelas sí se puede, pero no en la vida real. Mi hija impidió que su imagen se perdiera, pero ya no importa. Terminó, todo salió bien, pude salvar a mi hija, Segismundo nos odia pero nos perdonó la vida para poder mostrar al mundo que es un hombre como todos.

La alfombra, el perfume de las flores, puedo oler las varas de gladiolos del altar. La madera del banco, la mano de mi madre sobre el asiento, su piel amarillenta a través del guante calado. Su sonrisa seca. Sus ojos y los de Sofía, los de mi padre. Los ojos de Mariano. Todos nos movemos, nos agitamos como títeres de estopa, sonreímos bajo la mirada de lo más selecto de Buenos Ayres.

La señora Echeverría saluda a su hermana Sofía, recién llegada de su estancia en Córdoba, a quien no ve desde hace cuatro años. Sofía sonríe con

sus dientes perfectos, agita su abanico de lentejuelas blancas, pero un rubor pertinaz le pinta las mejillas realzando aún más la pureza de su piel transparente. Su mirada se desvía hacia el rostro de la niña que aferra las faldas de Mercedes y sus ojos brillan con un brillo raro, de lágrimas, pero sigue sonriendo e inclinando el peinetón frente a las figuras que van ocupando los bancos vecinos.

Mi mano en la de Mariano, sólo un instante. Sus ojos huidizos, su cara algo más roja que la de Sofía. No mira a Josefa. Un firme apretón de manos a Segismundo, que se lo devuelve con una sonrisa correcta, tranquila. No lo sabe. Mi marido es el único de nosotros que no lo sabe. Su saludo breve y seco a mis padres, que se lo devuelven en silencio.

Me dejo caer en la madera nueva de los bancos que la Catedral acaba de estrenar gracias a las donaciones de familias como la nuestra. Familias pilares de la fe católica, del respeto a las buenas costumbres, de la santidad de la ciudad.

Ya estamos todos. Mi hermana Rosa María, riendo con las primas de Córdoba como cuando era una niña soltera. El saludo alegre de la tía Carlota, el beso áspero y anguloso de la tía Augusta Tomasa, su vestido marrón rígido y atemporal como su cara. La risa afectuosa de tía Remedios, sus labios en las mejillas de Josefa. La prima Milagros, apresada dentro de metros y más metros de seda, el corsé tan ajustado que sus mejillas están manchadas de violeta.

Los rostros se vuelven, porque el órgano toca más fuerte y ya se distingue la figura de Isabel en los escalones del pórtico. La pequeña Isabel, mi hermanita. ¿Cuántos años tiene? ¿Dieciséis? ¿Quince? No sé, pero no puedo pensar en ella ni en su blanquísimo vestido, ni en la sonrisa conmovida de su futuro esposo, que es mucho mayor que ella pero no tanto como Segismundo y yo. Sólo puedo aflojarme en el banco y respirar, respirar hondo, y agradecer al Cristo que nos mira con ojos pintados aunque haya dejado de creer en él.

Porque ya no lo amo. Dios, ya no lo amo.

Era cierto que mi amor murió, que se perdió en alguna de mis noches de miedo y soledad. Veo su espalda, su perfil vuelto hacia el altar, y no siento nada. Mi corazón está vacío, libre. Mis manos están flojas, mis dedos no se estiran hacia él. No deseo sus labios ni su piel. No deseo ser parte de su vida. Mi estúpido folletín se acabó, y no queda nada, ni siquiera odio. Solamente vergüenza por haberlo amado como lo hice, como una niña, como una idiota. Qué descanso tan grande es desprenderme del recuerdo, y preguntarme cómo

ocurrió.

Tal vez fueron mis sueños, mis anhelos, toda la pasión que no había podido volcar en nadie antes. Quise encontrar en él a todos los héroes de las lecturas que sirvieron de alimento a mi imaginación, siempre tan exagerada que aun siendo yo niña asustaba y repelía a mi madre.

El rostro de Isabel está tranquilo, sonriente. ¿Sabrá que esta noche su cuerpo de niña se desnudará en el lecho de su marido, quedará a merced del capricho de este hombre que el sacerdote está convirtiendo en su dueño absoluto? Es tan bonita, tan frágil. Es la más bonita de todas nosotras, después de Sofía, por supuesto. En realidad se parecen bastante, en la piel fina y perfecta, en el cabello dorado. Era una niña de trenzas el día de mi boda, y dentro de algunas semanas estará ofreciendo sus propias tertulias.

Mariano no miró a Josefa. No tuvo el interés ni el coraje de hacerlo.

¿Se le parecerá tanto la hija de Sofía?

* * *

A las once y diez, el sacerdote preguntó a Isabel Saavedra si aceptaba convertirse en la esposa de don Federico Sarratea. Isabel dijo que sí y pensó con alivio que la ceremonia debía estar acercándose a su fin, porque las rodillas le dolían pese al terciopelo acolchado que recubría el reclinatorio. Pensó que los enormes cestos de gladiolos que decoraban los costados del altar eran muy bonitos, pero dos ramos de rosas rojas hubieran sido más bonitos todavía. Sin duda su madre había escogido las flores, y también el mantel que cubría la mesa del altar, porque reconocía su propia mano en el bordado de las figuras que lo decoraban. Pensó en las largas horas bajo la mirada vigilante de doña Asunción, y se alegró al darse cuenta de que ya no estaría obligada a hacer labores en compañía de su madre. Pensó que sería ella, ahora, la que decidiera sobre las horas de bordado, de música y de comida en su propia casa.

El sacerdote levantó la mano para bendecir a la pareja y el órgano empezó a tocar las primeras notas del Ave María de Schubert. Isabel pensó que el anillo era demasiado grande para la mano amarilla y frágil del sacerdote, y se preguntó cuándo comenzarían a llegar los hijos. Quizás cuando regresara del viaje de bodas y ocupara la casa nueva que los padres de su esposo estaban preparando para ellos, ya hubiera un pequeño aguardándola en brazos de Lila, la criada que su madre había designado para acompañarla a su nuevo hogar.

El tul del velo le arañaba la frente. Isabel pensó en apartarlo pero su mano derecha estaba ocupada en sostener el rosario de nácar y la izquierda presa bajo la de su marido, y además no era elegante apartarse el tul de un manotazo cuando una es la novia y todos la miran, y mamá apretaría los labios con ese gesto que siempre muestra cuando algo no le gusta.

Bueno, ya estaba, qué bien, los bigotes duros de don Octavio en su frente, los labios fríos de doña Asunción, el abrazo de doña Remedios, la sonrisa triste y cariñosa de Mercedes. Isabel pensó que las perdices ya estarían listas para ser llevadas a la mesa en cuanto llegaran los comensales; tiene hambre, casi no desayunó porque el tocado llevó demasiado tiempo y su estómago protesta bajo las cintas del corsé. La manecita de su sobrina Josefa le acarició el encaje de la falda. Isabel pensó que le gustaría que todos sus hijos fueran mujeres, como ella y sus hermanas, pero recordó que los hombres siempre desean hijos varones y se dijo que sin duda Federico haría venir a un niño primero.

* * *

Doña Asunción Thompson de Saavedra observó el perfil tranquilo de Isabel y pensó que el peinado estirado la hacía ver menos niña y destacaba sus rasgos finos y distinguidos, como los de Sofía. Pensó en las lágrimas que estuvieron a punto de caer de los ojos de su hija preferida cuando vio a la bastarda de su marido. El sacerdote apoyó el cáliz sobre el mantel que cubre la mesa del altar y doña Asunción pensó en la posibilidad de que una gota de vino manche la tela que tantas semanas llevó bordar, pensó en los labios rojos de Josefa y de Mariano, en sus ojos verdes, pensó en un gato de ojos verdes. Pensó aliviada en la única hija que le queda por casar, porque Amalia tiene apenas quince años y hay tiempo; en el orden de los platos que se servirán en la comida, en la posibilidad de que Dominga se ponga mala y no pueda dirigir los preparativos, en la posibilidad de encontrar la mesa vacía y el salón polvoriento.

El anillo nuevo brilla en el anular de Isabel, la flamante señora de Sarratea. Doña Asunción pensó en los abortos de los últimos años y en el niño que nació el año pasado para sobrevivir sólo un par de semanas, pensó en la posibilidad de seguir pariendo todavía, en atreverse a decirle a don Octavio que la preñez de una mujer vieja con varios nietos es una vergüenza y un pecado mortal. Pensó en la posibilidad de que los gladiolos se

mantengan frescos hasta el domingo, en la posibilidad de venir a misa de una a la Catedral y no a Santo Domingo por esta semana, en la posibilidad de que don Segismundo mire bien la cara de Mariano y lo mate en medio de la fiesta, en la posibilidad de que Sofía, viuda y deshonrada, se case con alguien de oscuro apellido, en la posibilidad de que la cocinera ponga por error un hongo venenoso en la sopa, en la posibilidad de que el hongo venenoso vaya a parar al plato de Mercedes, en la posibilidad de que Mercedes tome la sopa envenenada y se muera.

* * *

Sofía Saavedra de Andrade observó el vestido de su hermana Isabel y pensó en su propio vestido de bodas, en el roce sedoso de la seda italiana y el brillo de la diadema que sujetaba el velo sobre su cabeza. Pensó en las cintas resbalando entre los dedos de Mariano, en el ardor de sus ojos y de sus labios al ir descubriendo su piel, en el placer prolongado de esa primera noche donde ni él ni ella quisieron dormir. Se preguntó si Isabel estará preparada para lo que ocurre entre marido y mujer, como lo había estado ella. Pensó que su prima Milagros, a quien no veía desde el casamiento de Rosa María, hacía dos años, estaba más gorda que nunca, y que quizás se quedaría soltera como la tía Augusta Tomasa. Pensó que ella se había casado sabiendo lo que ocurre en la cama de los recién casados porque Mercedes lo había averiguado espionando a los negros y se lo había contado, y las dos habían jugado a ser marido y mujer bajo las sábanas, durante un breve tiempo. Pensó que era sucio y pecaminoso recordar, o pensar siquiera, en cosas equivocadas que habían pasado tanto tiempo atrás, cuando ambas eran niñas y no sabían lo que hacían.

Rosa María llevaba un traje de corte original; Sofía pensó en la posibilidad de que fuera un modelo venido de París, pensó en mandar a pedir varios modelos parisinos para el invierno, en copiar el figurín y mandarse a hacer uno similar pero de color más oscuro para que resaltara su cabello. Pensó que estaba mal hacer lo que ella y Mercedes habían hecho, y que Dios la había castigado por ello. Pensó en la posibilidad de que Dios castigara a Mariano y a Mercedes por haber hecho cosas aun peores, pensó en el rostro de la niña que estaba sentada a su espalda, pensó en su hija Lucía, de tres años y medio, que había quedado en Córdoba con los padres de Mariano. Pensó en el nuevo niño que llegaría en algunos meses, estaba casi segura de estar encinta, y en

la posibilidad de que fuera un varón, en la posibilidad de que fuera igual a Mariano, en la posibilidad de que cuando fuera hombre le hiciera un hijo a la hermana de su esposa.

* * *

Don Segismundo Echeverría concentró la atención en la cintura y los brazos finos de la novia durante la ceremonia. Pensó en la figurita blanca desnuda en el lecho nupcial, en el miembro erguido del esposo desflorando la carne virgen, y un cosquilleo le recorrió la ingle. Pensó en su propia noche de bodas, en el hecho de que la novia no era virgen y él no había podido constatarlo. Pensó en cabellos rubios y negros extendidos sobre almohadas de seda, pensó en penes erguidos, en cuartos de burdel olorosos de sexo.

Isabel extendió su mano para recibir la sortija y don Segismundo vio la sonrisa satisfecha de doña Asunción. Pensó en la necesidad de seguir siendo civil con sus padres políticos, de tragarse las ganas de gritarles que estaba enterado de todo, de escupirles la cara. Pensó en la alegría de su madre y hermana al enterarse de que Mercedes iba a darle un hijo, en la pasión de Azucena por su sobrina, en todo el amor desperdiciado en la vida de su hermana. Pensó en la fiesta de bodas, en la posibilidad de comer un buen plato de perdices asadas, de beber un poco del excelente aguardiente andaluz que Octavio Saavedra ofrecía sólo en las ocasiones especiales.

Al volverse para saludar a los recién casados, su mirada tropezó con el bello rostro de Sofía Saavedra de Andrade, su hermana política. Pensó en la oportunidad perdida de hacerla su esposa, en la decisión demorada de pedir a una de las jóvenes Saavedra por esposa, en la diferencia que unos meses de indecisión pueden traer a una vida. Pensó en la necesidad de visitar sus estancias de Córdoba y Santa Fe, en la posibilidad de que su yegua favorita estuviera preñada, pensó en un potrillo negro y brioso como una flecha. Pensó en el rostro de Mariano Andrade, el marido de Sofía. Se esforzó por recordar si había conocido antes a sus padres o hermano, porque Mariano le recordaba a alguien, estaba seguro de ello. Pensó que sin duda el joven Andrade era sano y viril como su aspecto lo indicaba, pensó en las noches ardientes que daría a su bella esposa, pensó en los grandes senos de Sofía Andrade, pensó en mujeres aullando de placer.

* * *

Doña Remedios Sáenz de Saavedra escuchó las palabras de bienvenida del sacerdote y pensó extasiada que la figura de la joven novia se veía casi angelical, y recordó vagamente algún óleo representando un hada o una diosa clásica. Pensó con pena en la figura de su hija Milagros, que era rubia como Isabel, pero tan gorda que las cintas del corsé se rompían repetidas veces antes de conseguir marcarle un esbozo de cintura. Pensó en lo feliz que debía sentirse su cuñada Asunción viendo casarse a la anteúltima de sus hijas solteras. Cuatro hijas casadas, todas con hombres de valía, y tres de ellas ya madres felices. ¿Qué más podía pedir una madre? Pensó tristemente que ella, a quien Dios había querido enviar tan sólo un hijo, y mujer por añadidura, tenía más derecho que nadie a verla bien casada. Pensó en la elegancia del reclinatorio donde se arrodillaban los novios, en la posibilidad de que fuera de jacarandá, en la posibilidad de mandar hacer uno parecido para su oratorio personal, pensó en las flores azules del jacarandá que veía a través de la ventana de su dormitorio.

Alguna locución latina conocida cayó en los oídos de doña Remedios, que pensó en pecados de indolencia de su juventud, en las horas robadas a la plegaria para correr a trepar los árboles del huerto y atiborrarse de fruta verde, y pidió perdón al Cristo silencioso que coronaba el altar, le suplicó que no castigara por ellos a su hija dejándola para vestir santos. Pensó que Milagros era muy perezosa y hablaba demasiado, pensó en pecados de gula y de maledicencia. Pensó en la posibilidad de que un joven capitán pidiera la mano de Milagros durante el baile que tendría lugar después de la comida, pensó en la seda verde que tenía reservada para hacerse el vestido que usaría en la boda de su hija.

Recordó la tela del traje de bodas de Mercedes, que había estado destinado a su hija. Pensó en la posibilidad de que Milagros, que ya tenía veinticinco años, se volviera más gorda y ya no hubiera esperanza de conseguirle marido, en la posibilidad de que las polillas se comieran la seda verde, y en las cáscaras de naranja y flores de lavanda que pondría entre sus pliegues al volver a casa para evitar que esto ocurriera.

* * *

El doctor Jiménez se santiguó en respuesta a las palabras del sacerdote y pensó que la joven Isabel se veía hermosa y saludable, pese al penoso episodio de escarlatina que le había estropeado la salud de muy niña. Casi había desesperado de salvarla, y durante los años sucesivos la debilidad de su constitución hizo temer de continuo por su vida. Pero en los últimos meses había ganado peso y su piel y su cabello estaban sanos y lustrosos, pensó el doctor mientras el novio deslizaba el anillo en la mano pequeña y delgada de la joven.

El órgano comenzó un suave Ave María, y el doctor pensó en el paciente que debería visitar en cuanto terminara la ceremonia, pensó en la posibilidad de que no fuera un caso grave y le permitiera volver y participar del almuerzo de bodas, pensó en la excelente cocina de los Saavedra Thompson. Se volvió para responder al comentario susurrado de su esposa y el rostro de Mercedes Echeverría se cruzó en su mirada. El doctor pensó en lo afortunado del apresurado matrimonio de la joven, pensó en el hecho de que pese a la prisa el embarazo ya iría para los tres meses en el momento de su boda, pensó en la posibilidad de que don Segismundo Echeverría supiera la verdad. Pensó que don Echeverría nunca se hubiera atrevido a poner en tela de juicio la virtud de una joven como Mercedes, y de haber abrigado la más mínima sospecha, no estaría ahora en la boda de su cuñada acompañado de su hija bastarda.

Doña Asunción se veía radiante, pensó el doctor mirando de reojo a la dama. Pensó en su último alumbramiento, casi un año atrás, y en la diminuta y frágil criatura que no había sobrevivido más que unos pocos días. Pensó en la posibilidad de que la dama quedara encinta una vez más, en la posibilidad de nuevos abortos, pensó en lo largo y doloroso de sus últimos alumbramientos. Pensó en la posibilidad de advertir a don Octavio sobre la necesidad de evitar otra preñez si quería conservar la salud, y aun la vida, de su esposa.

* * *

A las once menos cuarto, el sacerdote ungió a los recién casados y Mariano Andrade ocultó un bostezo detrás del guante. Pensó en lo aburrido de las ceremonias religiosas, y en el número increíble de bodas al que uno estaba obligado a asistir en el transcurso de su vida. Pensó que su boda no había sido aburrida, al menos para él, y recordó la hermosura resplandeciente de Sofía, su orgullo al verla avanzar hacia él con su paso fácil y elegante.

Pensó que las princesas que habían cambiado el curso de la historia debían haberse parecido a su esposa. Pensó en Mercedes, en su larguísimo pelo negro, en la mirada un poco loca de sus ojos oscuros, en la desesperación de su deseo. Pensó en la mirada triste y opaca de sus ojos nuevos, en los ojos verdes de Josefa, en sus propios ojos, en las lágrimas colgadas de las pestañas de Sofía.

Pensó en el corte inglés de la levita que vestía Segismundo Echeverría, pensó en el terciopelo de la levita, en el roce de terciopelo de la piel femenina. Pensó con alivio que había sido muy afortunado. Todo había salido bien, Mercedes era la esposa de un hombre rico y tanto ella como su hija tenían un apellido legítimo y ya a nadie se le ocurriría pensar en la vieja historia. Pensó en el rostro de Josefa, en la contrariedad del innegable parecido, en la posibilidad de que alguien más lo advirtiera, en la necesidad de marcharse lo antes posible de Buenos Ayres.

Pensó en el orgulloso apellido Echeverría criando una bastarda sin saberlo, en la conveniencia de que la excelente educación de Sofía le hubiera impedido dirigirle reproches, o tan siquiera mencionar el escándalo que fuera tan oportunamente acallado. Pensó en la posibilidad de dejar la estancia en las afueras de Córdoba y mudarse al centro de la ciudad ese mismo mes si podía apresurar los últimos detalles de la magnífica casa que acababa de adquirir frente a la Alameda. Pensó en tertulias y en paseos bajo los cedros, y en la imagen de Sofía destacándose como una reina en la aristocracia cordobesa.

* * *

Al dar un cuarto para las doce, Dominga desdobló el blanquísimo mantel con ayuda de Matilda y lo extendió sobre la mesa del salón. Caminando alrededor de la mesa para asegurarse de que el borde no quedara torcido, Dominga pensó en la enorme cantidad de ollas que humeaban desde el amanecer, y en la necesidad de no interrumpir sus visitas a la cocina para evitar cualquier demora en la preparación de los catorce platos salados y dulces que se servirían en el almuerzo. Pensó que a estas horas la niña Isabel ya era una señora, y que en breve estaría sentada a la cabecera de la mesa; pensó en ella, Dominga, con la piel clara y los ojos azules presidiendo un almuerzo de bodas bajo el reflejo de la platería. Pensó satisfecha que la plata brillaría, bruñida como un sol, porque ella misma la había lustrado y vuelto a

lustrar dos veces ayer noche, antes de recogerse.

A las doce en punto los platos estaban sobre la mesa, bordeados por los cubiertos de plata y las copas de cristal azul. Dominga decidió acomodarlos ella misma porque no confiaba en las manos de Matilda para acarrearlos. Pensó en la posibilidad de que doña Asunción la mandara azotar como a su madre y su abuela cuando llegaron de África si alguna de las piezas se rompía. A las doce y veinte Julián anunció que los primeros invitados acababan de detenerse frente a la casa, y Dominga voló hacia la cocina balanceando su corpulencia y pensó que doña Asunción era un ama dura y estricta pero nunca haría azotar a nadie, y aunque quisiera hacerlo no podría porque las leyes lo prohíben, y en la necesidad de servir la sopa bien caliente y espolvoreada con perejil picado diez minutos después de que la novia ocupara su lugar a la cabecera de la mesa.

6. Juan Manuel de Rosas, también llamado El Restaurador, impuso el rojo como color oficial y obligatorio durante su gobierno.

Las caras desfilaban, sonrientes como máscaras de carnaval, diversas como los abanicos que las descubrían fugaces. Brillo de dientes, de alhajas en los pechos empolvados, de relojes de oro atravesados sobre el vientre. Y aquí y allá, entre el balanceo de los peinetones, el destello blanco del tocado de la desposada, etéreo como una estela flotante.

Sentada en un rincón retirado del salón de los Saavedra, despejado para el baile que seguiría al largo almuerzo que acababa de finalizar, Mercedes sonreía a la escena que se agitaba frente a sus ojos. Por primera vez en años la caricia olvidada de una semblanza de paz descendía sobre ella, acunándola, suavizando las líneas de su rostro. Las figuras se acercaban como títeres alegres, se inclinaban, le presentaban una sonrisa o un saludo. Pero hoy era fácil contestar con una sonrisa verdadera, extender la mano y responder sin pensar en las palabras oídas o pronunciadas, en tanto una parte de ella permanecía lejana, regodeándose en la sensación recuperada.

Después, en algún momento de la tarde que se volvía noche detrás de los ventanales, un rostro se destacó entre los demás, sacándola de su ensueño.

—Es un placer verla otra vez, señora Echeverría.

Mercedes se inclinó y extendió su mano.

—Bienvenido a Buenos Ayres, primo Percy.

Llamando a la memoria los rasgos olvidados de él, volvió también su voz y una conversación lejana, cuatro años atrás. Una oleada de indefinida calidez la recorrió cuando sus dedos estuvieron en los de Percy, reconfortándola como en aquella noche de desesperación callada. Con una sonrisa, señaló con el abanico un asiento vacío junto al suyo.

—Sabía de su visita. Mis padres lo aguardaban la semana pasada.

—Así es. Pero pese al pequeño retraso, he llegado justo a tiempo para asistir a la boda de su hermana.

Mercedes sonrió, feliz de recordar que no necesitaba seguir la conversación con las preguntas de rigor a un recién llegado al que no se ha

visto por años. El recuerdo de aquella primera conversación y la reposada quietud de los rasgos de él se sumaron a su placidez, haciéndola aún más agradable. Ambos contemplaron las parejas que comenzaban a agruparse para el baile, mientras se discutía amablemente por el privilegio de sentarse al piano para la primera pieza. Después, Percy dijo:

—Aquella vez, en casa de mis padres, atrajo usted mi atención por la enorme tristeza de sus ojos. Hoy, en cambio...

Mercedes se volvió hacia él.

—Hoy parezco otra. Sí. Hoy se ha quitado de mis hombros un peso de años —volviendo a mirar frente a ella, agregó—: No lo soy, pero hoy me siento libre.

Ambos guardaron silencio. El piano marcó el comienzo de una gavota. Mercedes reconoció la mano de Sofía en las notas seguras, exactas, cien veces ensayadas durante las tardes de invierno frente al oído crítico de doña Asunción. Volviéndose, distinguió la línea orgullosa de la espalda recta angostándose hacia el talle diminuto, la nuca blanca acariciada por una cascada de bucles sedosos retenidos con una cinta encarnada en lo alto de la cabeza.

Percy advirtió su mirada.

—Es su hermana mayor, ¿verdad?

—Sí. Mi hermana Sofía.

—Es una auténtica belleza.

El comentario no denotaba lisonja ni admiración, se limitaba simplemente a establecer un hecho, y Mercedes respondió de la misma manera.

—Así es. Mi hermana es la belleza de la familia.

Percy no añadió ningún comentario lisonjero hacia ella, como cualquier hombre se hubiera sentido obligado a formular en tal caso. Mercedes encontró tanto placer en ello como en la ausencia de preguntas tras su inusitada confesión de bienestar. Pronto se encontró inmersa en una conversación tan confortable como aquella que nunca había olvidado, tal vez por ser uno de los pocos recuerdos agradables de su viaje por Europa. Continuó hablando de esa manera algo brusca y poco hilada que siempre había sacado de quicio a doña Asunción, nacida del constante fluir interno del que sólo surgían, como icebergs, frases aisladas que a menudo desconcertaban o alejaban al interlocutor. Pero Percy no pareció echar de menos las conexiones no pronunciadas, ni desconcertado ante un inesperado cambio de tema o las emanaciones poco convencionales del monólogo

interior de la joven.

Don Segismundo se unió brevemente a la conversación para saludar al primo de su esposa.

—Espero que nos honrará usted con frecuentes visitas mientras dure su estancia en Buenos Ayres —dijo con tono perentorio mientras estrechaba la mano de Percy Thompson.

Percy se inclinó levemente.

—El honor será mío, señor Echeverría.

Don Segismundo dirigió una mirada a Mercedes, que se puso de pie en respuesta a la muda orden. Sabía que no era de buena educación permanecer demasiado tiempo junto al mismo invitado, era necesario circular, sonreír y bailar, y sabía también que Segismundo no permitiría otro comportamiento que el adecuado a una dama de buena crianza.

Las conversaciones, predecibles como las chanzas y las sonrisas, se sucedieron. La noche cayó y aparecieron fuentes con licores y el famoso vino añejo español de don Octavio, acompañados de frutas en aguardiente y, para las damas, chocolate y bizcochos de yema. Se cantó un poco y hubo brindis y cuartillas dedicadas a los novios.

Era ya tarde cuando Mercedes volvió a cruzarse con Percy, y ella iba ya envuelta en su mantón.

—¿Nunca se le ha ocurrido a usted pensar —preguntó Mercedes, deteniéndose a su lado en medio de los invitados que se despedían—, qué lento y aburrido es el camino hacia la muerte?

Él la miró a los ojos durante un largo momento.

—Sí —respondió gravemente—. En ocasiones lo he pensado así.

* * *

Al dar un cuarto para las dos, don Segismundo Echeverría despertó con un grito ahogado y se incorporó de un salto en el lecho. A su lado, Mercedes despertó brevemente y lo observó con un interrogante en los ojos turbios de sueño. Don Segismundo la descartó con un ademán brusco y se dejó caer nuevamente sobre la almohada, volviéndole la espalda.

La imponente casa de altos dormía, inmóvil y silenciosa como la brillante luna nueva que iluminaba el amplio patio, dibujando los contornos de la habitación a través de la ventana. Un sudor helado humedeció la frente de don Segismundo, y sus ojos se inmovilizaron en un punto indefinido de la

penumbra que cubría su cuerpo rígido. Las escenas de la pesadilla que había interrumpido su sueño se agitaron a su alrededor, fugaces e inasibles como los ruidos apagados de la calle. El esfuerzo le crispó las manos y el ceño. Finalmente las imágenes empezaron a deslizarse una junto a otra, como en un rompecabezas donde el absurdo comienza poco a poco a ganar sentido.

Doña Asunción Saavedra, vestida de rojo y con el cabello suelto, alargándole la mano de Mercedes, riendo como una prostituta, agitando las mangas amplias del traje descarado. La mano de Mercedes que se aleja, se esconde, se niega a tomar la suya, su voz altanera, vibrante. No... no lo haré. Que se case con Sofía. Es más bella y lo hará más feliz que yo. Sofía, la hija mayor, entra corriendo con los pechos desnudos, y don Segismundo estira las manos para tomarlos, para acercarla a él, y piensa que es cierto, es más conveniente que ella sea su esposa. Pero doña Asunción ríe más fuerte y dice que no, que no es posible, que Sofía ya está casada, es la esposa de Mariano Andrade. Entonces el rostro de Sofía se pliega en llanto y se arroja sobre el sofá de terciopelo rojo como el vestido de su madre, se hunden sus pechos blancos y pesados en la tela suave, se desarman sus bucles sobre la espalda desnuda y don Segismundo siente que su pene se hincha, se escapa del pantalón, se desborda hasta ocupar la habitación entera. Doña Asunción abre la boca en un gesto de asombro maravillado y desliza los dedos sobre la piel tensa del miembro enorme, vuelve a reír, lo toma y se lo ofrece a Sofía. Pero la joven sigue llorando sobre el sillón, y Mercedes se acerca a consolarla, se arrodilla a su lado apartando con asco el pene de don Segismundo. La hermana mayor se aleja de ella de un salto, cubriéndose el pecho con los largos cabellos sueltos, y grita que su marido no la ama, que Mariano la engaña. Mariano, Mariano, Mariano... Su grito atraviesa la casa, atrae a los sirvientes, que abren la puerta y contemplan azorados a la joven llorosa y semidesnuda. Doña Asunción sigue riendo, le dice a Sofía que los hombres son así, que ella es la esposa de Mariano y eso es lo que importa, así como Mercedes será en breve la esposa de don Segismundo. De nuevo intenta doña Asunción tomar la mano de Mercedes para entregarla al pretendiente, pero ella se niega una vez más, salta sobre el sofá y sus ropas se desgarran mostrando un vientre redondo y prominente como un tambor engrasado. La joven se vuelve hacia don Segismundo y se señala el vientre, riendo a carcajadas. Los negros contemplan la escena con grandes ojos verdes, ojos verdes de gato, y también los ojos de doña Asunción se vuelven verdes cuando observan el vientre de su hija. Mariano Andrade entra en el cuarto y

mira a Sofía, que se arroja a sus pies sollozando convulsivamente, mira a Mercedes, toca su estómago hinchado. La piel del vientre se abre, el estómago de Mercedes es un hueco donde duerme un gato negro y pequeño. Mercedes lo levanta dulcemente y el gatito abre los ojos, ojos verdes como los de los sirvientes, los de doña Asunción y los de Mariano. Mariano Andrade lo toma en sus brazos y sonríe, lo aprieta contra su pecho, pero Mariano ya no es Mariano, es una hermosa pantera negra y reluciente que salta por la ventana y se aleja de la casa. Ríe doña Asunción su risa de burdel, tiemblan los senos de Sofía con su llanto desesperado, y Mercedes, con el vientre abierto y vacío, observa con sorna el pene de don Segismundo, diminuto y arrugado entre sus piernas.

* * *

La escalera cruje a su paso, tiembla la llama de la vela alumbrando fantasmas sobre las paredes oscuras. La puerta de la biblioteca, el picaporte redondo de bronce bien pulido. La llave en la cerradura, dos vueltas, el chasquido retumba en la noche silenciosa. Don Segismundo apoya el candelero sobre la mesa de escribir y la luz se derrama hacia el techo alto, iluminando la figura grave del General Sesóstris Echeverría, orgullosamente erguido dentro del óleo que lo inmortaliza de cuerpo entero. Don Segismundo contempla el rostro altivo de su padre durante largos minutos antes de dejarse caer en la silla.

El día de la petición de mano. La negativa seca y definitiva de Mercedes, su salida a escape del cuarto. Sofía Andrade, su entrada intempestiva, sus lágrimas enloquecidas, la estupefacción en los ojos de don Octavio y de doña Asunción, la desaparición de los anfitriones abandonando a la visita, sólo justificada por un desastre familiar.

La partida de Sofía y Mariano Andrade, poco después, inesperada y no justificada. Y los ojos. Los ojos del sueño. Los ojos de Josefa.

Don Segismundo se quedó inmóvil, la mirada fija en el tintero de plata. Era trabajo de orfebres del Alto Perú, lo había traído su padre en alguna de sus campañas junto con el sello para lacre que estaba a su derecha. Un día, siendo niño, Segismundo se había trepado a las rodillas de su padre y había volcado el tintero sobre la mesa con un golpe del sello que usaba para jugar. Todavía quedaban vestigios de tinta, allí, una sombra negra en la unión de la madera de jacarandá.

La quietud de la madrugada. La misma quietud de aquella madrugada lluviosa en Londres, cuatro años atrás. Su vigilia había sido la vigilia de la indecisión, de la duda atroz que destruye y corrompe. Recordó, y el odio volvió a asfixiarlo, cerrándole la garganta. Abriendo la tabaquera, encendió un cigarro y lo chupó ansiosamente, como aquella noche.

Soy casi un viejo. Tal vez sea mi única oportunidad para mostrarle a Buenos Ayres que soy un hombre normal, un hombre que puede engendrar hijos, como es el deber de todo hombre que se precie de tal.

Agotado, bebió el resto de whisky que quedaba en el fondo de la botella que había abierto una hora antes y se tendió en el sillón frente al hogar. Un pedazo de leña crujió y saltó sobre la alfombrilla, dejando una mancha negra sobre la cretona descolorida.

Los ojos se me cierran. Demasiadas noches sin dormir. Tampoco la perra duerme, lo sé, lo noto en su cuerpo tenso, inmóvil. Sabe que lo sé, y tiene miedo. Si decido dejarla vivir, le haré saber mis condiciones.

Siempre deseé un hijo. Odié a Ernestina, la culpé de mi fracaso como hombre. ¿Acaso no volví a tomar esposa buscando el milagro que terminara con la maldición, pero sobre todo para producir el heredero que tácitamente todos, aun mi madre, me reprochaban no tener?

Un heredero. No un bastardo.

Levantándose de un salto, descargó un puño sobre la frágil mesita que estaba frente al fuego. La madera crujió bajo sus nudillos. No importa, maldita mesa barata de hotel inglés de lujo.

Pero nadie sabría que el niño no era suyo.

¿O sí?

Regresaría a Buenos Ayres después de un intervalo prudencial, con su joven y distinguida esposa y el heredero concebido y dado a luz durante el extenso viaje de bodas. Mercedes y sus padres serían los únicos en saber la verdad, y por obvios motivos el secreto estaba seguro con ellos. Ellos... y el padre del bastardo. Un hombre que se reiría de él, de Segismundo Echeverría, a sus espaldas, creyéndolo felizmente inconsciente de la vergüenza que se ocultaba en su casta —los puños de don Segismundo volvieron a crisparse—. No, el cobarde no se reiría, porque no era un hombre libre. De haberlo sido, ya se hubieran encargado los padres de Mercedes de obligarlo a limpiar la

honra de su hija. El cobarde no había podido hacerlo. Quizás ni siquiera conocía las consecuencias de su vileza.

Dejándose caer nuevamente en el sillón, don Segismundo se oprimió las sienes con las manos temblorosas. Como en un caleidoscopio, las imágenes se sucedieron frente a sus párpados cerrados. Regresar a Buenos Ayres... Nuevamente viudo, nuevamente solo, a terminar sus días en insípida tertulia nocturna junto a su madre y su hermana. A buscar nueva esposa que tampoco produciría el milagro, ahora estaba seguro de ello. O de lo contrario...

Pero yo odio a la perra, y odiaré aún más a su hijo.

A mi hijo. Seré el padre indiscutido para él. Y para el mundo.

Tengo derecho a matar a la adúltera y a su bastardo. No se sabrá, y si llegara a saberse, las leyes me amparan.

El niño se educaría de acuerdo a mis órdenes, actuaría de acuerdo a mis enseñanzas —el fuego languidecía, falta de leños que lo alimentaran—. No sé. Todavía hay tiempo para pensarlo, para tomar una decisión. Ahora tengo que dormir, estoy agotado.

Podría ser mi última oportunidad para tener un hijo...

Don Segismundo apagó el cigarro y se incorporó, sacudiéndose el recuerdo. Aquella había sido una noche de vacilación, de elucubraciones. Pero esta no.

Ahora sabía bien lo que debía hacer. Y lo haría.

A su debido tiempo.

Buenos Aires, 2009

«Decírselo, o no decírselo, de todos modos qué importa. Él ya lo sabe, sabe que no soy la mujer que conoció, y no le gusta. A veces sorprende su mirada desconcertada, incómoda. A Pablo no le gustan las cosas que no puede controlar. Su vida es prolija y ordenada, su casa, su hermosa familia, su agenda exacta. Hasta se buscó una amante adecuada a su estilo de vida. Sin exigencias, sin sorpresas. Incluso nuestras citas tuvieron un horario fijo durante casi diez años. Yo sabía, y él sabía, en qué momento nos veríamos, y aunque yo me muriera por verlo y sufriera por lo breve de esos momentos, a ambos nos convenía así. Creo que nuestros encuentros deben tener un lugar en su agenda junto al gimnasio y el partido de golf en el club. Metódica y predecible, así le gusta a Pablo la vida. Y yo ya no lo soy. ¿Cómo podría serlo para él, si ni siquiera yo acabo de creerme lo que está pasando conmigo, si me escucho y no puedo creer que estas palabras salen de mí?

»Supongo que tener una amante es parte de su estatus, de su clase social. No creo que el sexo sea lo más importante de nuestra relación, aunque hemos hecho el amor invariablemente dos veces por semana durante todos estos años, como una vieja pareja de casados...

»Yo siempre estuve dispuesta al sexo, no por el sexo en sí. Disfruto de su cercanía, de su contacto, de su satisfacción. Nada me hacía más feliz que darle satisfacción con mi cuerpo. Nunca pude entender cómo Pablo, o alguien más, podía encontrarlo atractivo. Por eso mismo me fascinaba el hecho de darle placer a través de lo que ha sido mi obsesión y mi tortura durante toda mi vida.

»¿Mi propio placer? No sé, nunca pensé demasiado en eso. Era casi virgen cuando conocí a Pablo, y en lo único que pensé desde ese momento fue en hacerlo feliz, en aprender las cosas que le daban placer, en adivinar lo que le gustaba. Creo que tampoco a Pablo le interesa realmente el sexo. Si fuera así, hubiera buscado una mujer diferente, alguien que disfrutara realmente en la cama. No, una amante era un lujo, una adquisición más, otra forma de halagar su ego y su poderío.

»No, no tengo el valor para decirle nada de esto, te repito, ni siquiera sé cómo tengo el valor de decirlo aquí. Es como un torrente, llego y empiezo a hablar y una frase trae la otra y ya no puedo parar, aunque no reconozca las palabras que salen de mi boca. ¿Te acordás de las semanas que pasé sentada

en silencio? Ahora resulta extraño, pero no podía hablar, no podía aunque quisiera. Tenía tanto miedo de que te rieras de mí, de ver asco en tus ojos.

»Hoy me di cuenta sin que me lo hicieras notar de que al hablar de Pablo lo hice en pasado. Si yo cambio no hay lugar para mí en su vida. Pablo quiere aquella mujer que conoció, que lo escucha, le hace masajes, le sonrío, se viste para él. Una prostituta, una geisha. Una idiota.

»Pero yo ya no puedo. No consigo poner nada de esto en palabras en su presencia pero tampoco consigo jugar ese papel. Algo se revuelve en mi interior, me cierra la garganta impidiéndome decir lo que él quiere escuchar, hacer lo que él espera de mí. Él lo nota pero no reacciona, nunca lo hará. Advierto su disgusto, su desconcierto, pero Pablo odia las discusiones casi tanto como los cambios. Comienza a dar excusas para irse antes, para no venir en los días fijados.

»Sé que es el final de lo que fue la razón de mi vida, y me desespera, pero no puedo hacer nada para cambiarlo. No sé qué hacer de mi vida sin él, pero tampoco puedo seguir oyendo palabras que han perdido su significado, arrastrando una parodia de amor, esta lastimosa historia que acabaría por destruirme.

»¿Qué haré con el vacío, con el agujero negro, sin fin, del que hablaba Mercedes? ¿Qué haré para no terminar como ella? No sé qué hacer con las horas si no puedo llenarlas con comida. Hace tiempo, meses ya, que intento cambiar eso. Es tan duro, y tengo tanto miedo de no poder, del fracaso. ¿Por qué decidí cambiarlo? No sé, supongo que llegué al límite, al fondo del agujero. Quiero ser normal. Quisiera ser capaz de abandonar mi pequeño mundo detrás de una puerta cerrada, poder hablar con la gente, tener un amigo.

»Sí, el diario de Mercedes ayudó, ayudó mucho. Sin duda el momento hubiera llegado de todos modos, pero lo cierto es que Mercedes me hizo ver cosas que estaban frente a mi nariz y que yo me negaba a ver. A veces me pregunto si esa visión que ella tenía por las noches, esa mujer que la miraba con pena...

»No, nada. No tiene importancia, en serio. Olvidate que lo dije.

»Estoy cansada. Cansada de hablar, hablando todo parece fácil. Sí, ya sé que al principio no hablaba, y era peor. ¿Significa que ahora estoy mejor? ¿Cómo me va a ayudar esto, si me voy de aquí y todo sigue igual?».

* * *

»Hace dos semanas que no veo a Pablo. Me llamó un par de veces, pero no vino. Ni yo le pregunté por qué, ni él puso ninguna excusa. Simplemente “te llamo, mi amor”. No, no te lo había dicho. No quería hablar de eso.

»Hace algunos meses me habría muerto si esto hubiera ocurrido. Pero Pablo ya no llena mi vacío. Pablo está vacío, no creo en sus caricias ni en sus palabras. Lo intenté, intenté con todas mis fuerzas seguir amándolo, seguir creyendo en él como lo hice en los últimos nueve años. Pero no puedo. Tengo ganas de verlo, sin embargo. Me visto como a él le gusta y lo espero en cada uno de nuestros días, pero él no viene y mi vida sigue. Busco consuelo en el recuerdo del dolor de nuestras despedidas, en la soledad de mis noches intentando apresar su olor en mi almohada, en la angustia de imaginarlo en la cama de Sandra, en su cama. Me digo que algunas horas más de soledad no cambian nada. Pero saber que no tengo a nadie, ni siquiera a él con su farsa de interés, de amor eterno, me destruye.

»Ese amor, real o no, llenaba mi vida. Pensaba en él, soñaba con su voz en el teléfono cada minuto. Pablo y la comida, esa era la suma de mis pensamientos y de mi existencia. ¿Y ahora? ¿Qué hago con mi tiempo, y sobre todo, qué hago con todas las preguntas que me inundan la cabeza?

»Soy aburrida, repetitiva, ¿verdad? Pero así fue mi vida durante todos estos años, una única historia circular, un solo día mil veces repetido....

»No sé, tendré que pensarlo. Por ahora sólo quiero pasar un día más, rogar que el dolor desaparezca. Quiero ver a Pablo en el cajón de los recuerdos, quiero que su nombre no vuelva a lastimarme.

»Y sigo viviendo.

»Hay días en que siento que es demasiado. La vida es demasiado dura y ni siquiera sé si vale la pena.

»¿Sabés cuantas veces tengo ganas de mandar todo al diablo y acostarme a dormir, a dejar de pensar, o comer y comer hasta que me muera?

»Pero, ¡no! No quiero, no, no quiero morirme. ¿Por qué morirme si hay tantas cosas que podré hacer cuando me cure? ¿Sabés? Me voy a curar. Porque ahora que empecé a pensar me doy cuenta de muchas cosas.

»Sé que elegí a un hombre como Pablo precisamente porque es como es, porque nunca será parte integral de mi vida. Para poder seguir siendo esto que soy, o que era. La secretaria pulcra y eficiente que se transforma en un monstruo hinchado y devorador cuando vuelve a casa. Como Jekyll.

»Sé que me va a llevar mucho tiempo, mucho. ¿Cuánto hace que vengo acá? ¿Dos años? No, más. Casi tres. Vine cuando decidí dejar de comer... Bueno, dejar de comer como lo estaba haciendo.

»No tengo más ganas de hablar, estoy cansada. ¿No te enojás si me voy?

»Bueno, me quedo hasta que termine la hora. Pero no voy a decir nada más, te lo advierto».

* * *

»El sábado, sí. Estoy tratando, como verás, lo estoy intentando con todas mis fuerzas. Me levanté temprano, ya no duermo tanto, desayuné y...

»Una fruta, cereales, tostadas con queso. Una taza de café con leche. Un desayuno normal. ¿Estás contenta?

»Tenía hambre, tenía ganas de comer chocolates, tortas, helado, cosas pesadas y espesas, y no cereales ni fruta. Los días de semana es más fácil, pero los sábados... Pero abrí las ventanas, me obligué a comer lo que debía y me dije que hay gente que desayuna eso todos los días y les basta, y que llegaría un día en que yo también me sintiera satisfecha con esa comida. Pero no me lo creí.

»Las ganas de comer siguen allí, hace casi dos años que intento comer como todo el mundo y todavía no consigo sacármelas de la cabeza. No se van con un yogur ni con un plato de pastas ni nada de eso.

»Bueno, pero desayuné, levanté la mesa y ordené el dormitorio. La casa quedó limpia y bonita como cuando esperaba a Pablo, y me gustó verla así. Creo que ni siquiera pensé que era una pena que Pablo no la viera. Lo estoy diciendo ahora, pero en ese momento no lo pensé.

»Después de un rato tomé coraje y puse algunas cosas en un bolso. Hay una plaza cerca de casa, a tres cuadras. Caminé con la mirada baja, seguro que parecía un hurón. Me sentía ridícula extendiendo una lona sobre el pasto, sentándome con torpeza. Me parecía que todo el mundo me miraba, pero no, había familias y parejas pero también gente sola leyendo o simplemente descansando, y nadie miraba a nadie. Poco a poco me fui relajando y pude concentrarme en el libro y dejar de pensar en lo enorme que se vería mi trasero estando así, tendida en el suelo. El sol estaba tibio, un sol de mañana de otoño, suave y agradable.

»¿Si me gustó? Sí, creo que sí. No sé si disfruté realmente del sol, el pasto y el aire, o más bien del hecho de haberme atrevido. Todo es nuevo para mí,

hasta las cosas que hacía antes. Porque ahora mi cabeza está clara, bueno, al menos algo más despejada, y me parece estar haciendo todo por primera vez.

»Me siento como un bebé que estira la mano para tocar esto y aquello, intentando atrapar un mundo que no conoce... Eso me desorienta, a veces...

»Bueno, pero lo importante es que estoy haciendo cosas, ¿no? Eso dijiste vos.

»Chau, hasta el lunes...».

* * *

»Es..., no sé, como una voz dentro de mí. A veces me pregunto si estaré loca. Algunos días se queda callada y creo que se ha marchado, que ya no volverá... Pero otras veces se instala conmigo, me tortura, me acusa...

»¿Cuándo? No sé, en cualquier momento. Especialmente cuando estoy comiendo, o cuando me visto y me miro al espejo.

»Cosas. Dice cosas.

»Cuando ya terminé de cenar y voy a la heladera y tengo ganas de comer otro yogur o algo más, la voz me llama cerda. Cerda, ya comiste lo necesario, pero no te alcanza porque sos una chancha sucia y desagradable.

»¿Qué siento? ¿Y qué querés que sienta? Vergüenza. Fracaso... No sé.

»Pero antes era diferente, ¿sabés? La voz estaba conmigo casi todo el tiempo, y ahora... hay veces que no aparece.

»Además..., he empezado a contestarle. De veras. No creas que estoy loca, ¿eh? Le contesto, le digo que no soy una cerda, que estoy comiendo bien, y que si bien todavía no lo consigo del todo, estoy haciendo lo que puedo. Le digo que no voy a engordar por comerme una banana, ni siquiera medio paquete de galletitas...

»Y a veces consigo hacerla callar.

»Creo que antes ni siquiera me daba cuenta de que esa voz existía. Supongo que estaba demasiado acostumbrada a ella...

»Pero ahora puedo discutir, decirle que está equivocada... Y entonces, cuando consigo hacerla callar, me siento fuerte, y me dan ganas de seguir.

»Me da vergüenza contarte estas cosas. Vas a creer que estoy loca, oyendo voces como Juana de Arco...

»¿Será la enfermedad, que habla?

* * *

»¿Cambiar de trabajo? No, no puedo hacer eso. El sueldo es excelente, la cobertura médica, los beneficios... Y además está Mamá. Necesita algún dinero extra, la pensión de papá...

»No, no soy responsable de ella, pero Luciana está lejos, y si algo le pasa... Mamá trabajó para mí, para nosotras, sí, me siento obligada hacia ella. ¿Está mal, acaso? Es mi madre. Es normal que un hijo se preocupe por sus padres.

»Sé que Mamá dejó de hacer muchas cosas por nosotras. Siento culpa por las enormes cantidades que he gastado en comida, en la ropa cara que le gusta a Pablo, en antigüedades. Ella siempre tuvo que contar el centavo.

»No, nunca hablo de Luciana. Es... una especie de personaje de película, de cuento, una figura lejana que existe pero que no tiene ninguna relación conmigo. Pero pronto vendrá a pasar unas semanas, y la veré. A Luciana le gustará. Verme la hace sentir todavía mejor, más satisfecha de su vida de triunfadora. Así como a mí verla me hace sentir doblemente mi fracaso.

»¿Cómo podría no ser feliz? Tiene que serlo. Es hermosa, tiene un marido que la ama, tiene dinero, hijos. ¿Acaso no nos enseñaron que es eso a lo que toda mujer debe aspirar?

»Sí, desearía la vida de Luciana.

»Pero para ser feliz con la vida de Luciana debería ser como ella. No sé si yo podría disfrutar con su vida. En realidad... yo siempre pensé demasiado. Luciana no piensa mucho, nunca lo hizo. Sale, compra, lleva a los chicos de la escuela a la clase de ballet, es miembro del comité del colegio de los chicos, gasta, viaja, habla, habla.

»Tal vez ella también está tapando algo, ¿no? Yo comía para dejar de pensar, pensaba en la comida todo el tiempo para no enfrentar todo lo que no me gustaba, lo que tenía miedo de cambiar. Quizás ella también se oculta detrás de esa vida tan repleta de actividades que no le deja un minuto para darse cuenta de que nunca ha sabido quién es en realidad.

»Tal vez en el fondo todos sabemos que si no hacemos algo para disfrazar el miedo y las preguntas, se nos haría demasiado difícil vivir...

»De todas maneras, estoy perdiendo el miedo a mis pensamientos. Es como si cada día me volviera un poquito más fuerte, como si las cosas se volvieran algo menos difíciles cada día. Hay cosas..., no sé, pensarás que son tonterías, pero para mí no lo son...

»Sí, ya sé que no tengo que limitarme pensando que hablo pavadas, que tengo que decir todo lo que se me cruce por la cabeza...

»Entrar a un negocio y preguntar un precio, por ejemplo. Todo el mundo lo hace, pero para mí siempre fue un esfuerzo sobrehumano enfrentarme a un vendedor, pedir ver algo... He comprado mil cosas que no deseaba para no enfrentarme con la desaprobación de la vendedora. Terminé comprando en las grandes tiendas donde simplemente elegís lo que querés, te lo probás y lo pagás, en esas enormes casas caras que le gustan a Pablo. Compraba la ropa que a él le gustaba, en los colores que él decía que me sentaban bien.

»¿Que qué ropa me gusta? No sé, no tengo ni idea. En serio.

»Primero Mamá me compraba la ropa, mientras viví en casa, quejándose de mi pecho demasiado abundante y de mis caderas demasiado anchas que hacían que nada me quedara bien. Después conocí a Pablo, y bueno, ya te dije, lo único que me importaba era tener las marcas y la ropa que él aprobaba. Y yo... nunca pensé en eso, mi cuerpo siempre me pareció tan poco atractivo que la ropa no tenía otra finalidad que cubrirlo. Siempre me pareció increíble que a Pablo le gustara tanto. Al menos eso decía.

»Son tantas las cosas que tengo que aprender sobre mí misma. A veces me parece ser un globo, un globo de gas, de esos que soltábamos en la plaza cuando éramos chicos y que nunca se sabía adónde irían a parar. Les atábamos una tarjetita en el piolín, con nuestro nombre y dirección, para que si alguien lo encontraba en algún otro país nos escribiera y nos contara dónde había ido a parar nuestro globo. Pero nunca nadie me escribió. Me encantaban las sueltas de globos, ver el cielo lleno de colores. Con papá nos quedábamos sentados en la fuente de la plaza hasta que el último se perdía a lo lejos. ¿Adónde llegará ese, el violeta con orejas de conejo?, preguntaba papá. ¡A la China!, decía yo siempre, porque era lo más lejos que mi mente podía concebir, y papá decía que a lo mejor el dueño del globo recibía una carta con una foto de un nene de ojos muy chiquitos, como tienen los chinos.

»Siempre lloro cuando hablo de papá, no puedo evitarlo. Cuando pienso en él me doy cuenta de qué falta me hace. Creo que mi vida habría sido distinta si él estuviera vivo. Sé que él se habría dado cuenta de que yo no estaba bien, y me habría ayudado a salir de esto. Aunque tal vez yo nunca me hubiera enfermado de no ser porque él se murió. Fue ahí que se agravó todo, que se me escapó de las manos.

»Ah, sí, estaba diciendo que a veces me sentía como un globo. Es que... a veces me pregunto a dónde voy, a dónde va mi vida, si es que va para algún

lado. Me levanto y voy a la oficina, la misma computadora, el mismo subte para ir y venir. Después vuelvo a casa y como, estoy aprendiendo a comer, ¿sabés? En realidad siempre supe lo que hay que comer para estar sano, pero no podía hacerlo. Casi no he vomitado en meses. Bueno, alguna vez que otra, sí... Para qué mentir. Pero después, aunque me odio por ser débil, me obligo a pensar que no importa, que lo importante es seguir intentándolo, que alguna vez ya no necesitaré hacerlo. Después de todo han sido años, no se puede romper tan fácilmente con un hábito de años, como decía Mark Twain.

»Seguro que no me entendés. Hay que haber pasado por lo que yo pasé para saber lo que se sufre. Es como la droga o el alcohol, lo mismo. Sólo que si alguien está tratando de dejar la droga o el alcohol todo el mundo comprende lo difícil que es. Pero si contás que no podés dejar de comer, nadie te toma en serio. Y eso que hay bastante más información sobre el tema, lo veo en la televisión, pero a la gente igual le cuesta entender que la comida pueda llegar a ser el enemigo.

»Pero estoy mejor, en serio. Todavía extraño horrores a Pablo, pero no lo amo, ni siquiera sé si alguna vez lo amé.

»Bah..., qué sé yo lo que es el amor. Ni siquiera sé quién soy, y eso es más importante. Por eso te decía lo del globo, viste, el globo que va donde lo lleva el viento. Tengo la impresión de no saber nada, sobre nada. No puedo afirmar nada, porque no estoy segura ni siquiera de lo que pienso.

»Y quiero saberlo. Necesito enterarme.

»Bueno, voy a pensarlo. Pero no sé, la otra vez no funcionó... Ah, sí, es la hora. Hasta el miércoles.

»¿Sabés? Ya puedo preguntar precios y salir sin comprar».

Buenos Ayres, 1836
Primavera

Con el rostro encendido vuelto hacia un costado, doña Asunción Thompson de Saavedra se sometió a la presión de las manos del doctor Jiménez. Consciente de la humillación de la dama, el doctor no intentó levantar el espeso camisón que la cubría y se limitó a palparle el vientre a través de la tela. De todas maneras sobraba otro tipo de examen, al menos en esta visita. La preñez estaba ya avanzada. Finales del cuarto mes, dijo el doctor para sus adentros. En los últimos embarazos, la dama había esperado igualmente a que su estado se hiciera innegable antes de hacerlo venir.

Doña Asunción leyó en los ojos del doctor la confirmación que no necesitaba. Estaba nuevamente encinta. Encinta, preñada año tras año como una vaca, habiendo cumplido cuarenta años... ¡Una mujer vieja, con hijas casadas y varios nietos! Mantuvo los ojos muy abiertos para ocultar las lágrimas de vergüenza.

El doctor se incorporó y se sentó junto al lecho, omitiendo las felicitaciones que en tales ocasiones eran de rigor. Doña Asunción permaneció en silencio durante un par de minutos y después se volvió bruscamente hacia él.

—¿Hasta cuándo puede seguir pariendo una mujer, doctor? —su voz estaba cargada de rabia contenida.

El doctor Jiménez se acarició la barba con aire dubitativo.

—Es difícil asegurarlo. Algunas mujeres pierden la capacidad de procrear antes que otras, algunas incluso muy jóvenes, sin razón aparente. Pero la regla general es pasados los cuarenta.

—Yo he cumplido los cuarenta y uno. He tenido doce embarazos, trece con este.

El doctor cerró su valijón de cuero con un chasquido seco.

—Es difícil hacer pronósticos, doña Saavedra. Tal vez su organismo esté preparado para algunos años más de fecundidad, pero... sus embarazos no han sido fáciles, y el último la dejó a usted extremadamente débil.

Eligió las palabras, intentando no herir el pudor de la dama.

—De todas maneras, no debe usted preocuparse. Debe tener tanto reposo y tranquilidad como le sea posible hasta llevar a feliz término esta preñez, y después..., sería aconsejable que no hubiera otra.

Carraspeó, sabiendo que no era posible ser más explícito en sus recomendaciones.

Doña Asunción no dijo nada. El doctor recogió su sombrero y se abrochó la levita mientras se despedía.

Cuando estaba cerca de la puerta, lo detuvo la voz de doña Asunción, casi en un susurro.

—Doctor..., mi esposo está en el salón principal. Tal vez usted podría...

Se interrumpió, roja hasta la raíz de los cabellos.

El doctor se inclinó.

—Por supuesto. Informaré a don Octavio sobre su condición.

Doña Asunción se quedó sola. Una sombra cayó sobre su rostro, y su cuerpo se aflojó, agotado.

—Es un castigo divino —dijo en voz alta—. Dios me castiga por mis malos pensamientos. Mis hijos ya no son bendiciones, son castigos de Dios.

Incorporándose, se apoyó sobre el codo y sacó su rosario de coral del cajón de la mesa de noche.

—Padre, hágase tu voluntad —murmuró, pero las palabras sonaron duras como un imperio en el silencio de la habitación.

Asustada, cerró los ojos y comenzó a musitar un fervoroso avemaría.

* * *

Don Octavio Saavedra despidió al doctor Jiménez en la puerta del salón, dejándolo en compañía de Julián. Antes de cerrar la puerta contempló durante algunos instantes la figura algo encorvada del doctor, envejecida por la agilidad y juventud del negro que caminaba a su lado. Después se volvió y atravesó el largo cuarto hasta detenerse frente a la ventana.

Asunción estaba de nuevo encinta. Don Octavio sonrió bajo el bigote, escudriñando el patio a través del vidrio inglés. Su mujer podía tener muchos defectos —todas las mujeres los tenían—, pero no se le podía reprochar su fertilidad. Tal vez esta vez fuera un niño, pensó esperanzado, un niño fuerte y sano que sobreviviera. El doctor Jiménez parecía preocupado, pero a los médicos les gustaba ver problemas donde no los había. Era cierto que

Asunción había tenido partos complicados y algunos abortos, pero no había razón para pensar que esta vez...

Don Octavio abrió la ventana y respiró el aire fresco del exterior. Se sentía la primavera, aunque algunos días todavía había que encender los braseros por las tardes. En realidad, el doctor había sugerido, más bien advertido, que sería conveniente evitar más preñeces.

Qué tontería, pensó don Octavio volviendo a cerrar la ventana. A su edad convenía cuidarse de las corrientes de aire. La misión de la mujer era traer hijos al mundo, y Asunción había sido bendecida con una larga fecundidad. ¿Qué más podía pedir una mujer? Si Dios así lo quería, todavía le daría varios hijos sanos y fuertes.

28 de septiembre

Mi primo Percy ha almorzado con nosotros hoy. Vino por la mañana a saludarnos y Segismundo lo invitó a compartir el almuerzo. Ambos estudiaron en Oxford, en Merton College, y Segismundo está encantado de tener alguien con quien compartir recuerdos. En realidad es él quien habla, contando una y otra anécdota, describiendo a profesores y discípulos. Percy no habla demasiado. Escucha, mirando directamente a los ojos de quien le habla, con una expresión de seriedad e interés que invariablemente cautiva. Pero después, cuando Segismundo se excusó para recibir una visita en su despacho y doña Bernardina y Azucena fueron a hacer su siesta, pude disfrutar de su conversación durante casi una hora, hasta que volvió mi marido.

Percy ha viajado por Europa y Oriente. Conoce Nueva York y Boston, donde tiene amigos de su época de universidad. Su padre, mi tío Ashley, no comprende sus «vagabundeos», como los llama, según me confesó Percy. Sólo justifica los viajes por negocios o estudio. Su madre, en cambio, alienta el deseo de Percy de ver del mundo tanto como sea posible. Qué magnífica vida, pensaba yo mientras lo escuchaba. Envidio sus años en Oxford, la libertad de sus viajes, la variedad de sus días. Quisiera ser hombre, poder recorrer el mundo a mi antojo, simplemente por el deseo de ver cosas que nunca llegan a conocerse sin abandonar la tierra donde quiso el azar hacernos nacer. Sin duda el mundo es de los hombres. Para nosotras, el encierro, el bordado y la oración. Se nos enseña a ser o parecer figurinas decorativas y frágiles, atractivas y convenientes para el hombre. De este modo conseguiremos que alguno de ellos decida tomarnos bajo su cuidado por el resto de nuestra vida, librando así a nuestros padres de

esta gravosa y molesta tarea.

* * *

9 de octubre

Segismundo está en Santa Fe, en la estancia. Tardará algunas semanas en regresar. Me asombró y me alegró tanto que no haya insistido en que lo acompañe, porque Josefa tiene un resfriado muy fuerte y guarda cama. Escribo junto a su lecho. Miro su frente húmeda, escucho su respiración dificultosa, y mi corazón se oprime de terror. Vuelve a mí el recuerdo de mi hermanito, que se nos fue en cuatro días a la misma edad de Josefa, con un resfriado que se complicó. Vuelvo a sentir la desesperación de mis noches y de mis despertares, después que se marchó, el dolor desgarrador que creí imposible apartar de mis días. Me enloquece recordarlo, sentada frente al lecho de Josefa. Cuando la siento toser y ahogarse por las noches, toco sus mejillas calientes y vuelvo a creer en Dios para rogarle que nunca la lleve de mi lado.

No hay lugar en mi mente para imaginar la vida sin mi hija. Sé que todo ser humano tendrá indefectiblemente su ración de dolor, pero el de Josefa lo pido para mí. Ella vale el fracaso de mi vida, el destino desconocido que su nacimiento torció. Si la perdiera, el sufrimiento perdería su sentido, y también la existencia.

Hundo la cara en su cuello mojado, con aroma a leche y galletas, y el amor me desgarrar, empequeñeciendo cualquier otro amor que haya podido sentir, hundiendo mi antigua pasión por su padre en el desprecio y el olvido.

* * *

12 de octubre

Josefa está mejor, la fiebre ha desaparecido. Su piel está fresca y sus ojos han recuperado su brillo natural, ha tomado con apetito una taza de leche y galletas de membrillo.

He tenido tanto miedo, que mi cuerpo se afloja, agotado como si hubiera pasado estos días corriendo a campo traviesa en lugar de sentada a la cabecera de mi hija. Percy ha venido a menudo, y le he contado de mi terror a perderla. Me ha oído con atención, como siempre lo hace, y no ha intentado disipar mi angustia con promesas de pronta recuperación. Sabe, como yo, cuán delgado es el hilo de la vida y de la muerte.

Hoy ha venido por la tarde, como de costumbre. Cuando vio a Josefa sentada en la cama con los ojos abiertos y los rizos recién peinados, una sonrisa feliz distendió su rostro, iluminándolo. Había verdadero alivio en la mano que apretó la mía antes de acariciar las mejillas de mi hija. Su mirada se encontraba con mis ojos sobre la cabeza de Josefa, mientras ambos escuchábamos reconfortados su charla infantil, que ha vuelto a ser la habitual. Más tarde, merendó con nosotras. Doña Bernardina y Azucena lo reciben con entusiasmo. Creo que están fascinadas con la calma de su rostro y de sus movimientos, con el interés verdadero con el que oye sus conversaciones. Cuando doña Bernardina se retiró para sus oraciones de la tarde y Azucena se excusó para dedicar las últimas horas de luz a su costura de beneficencia, nos quedamos solos.

—Qué fácil ha de ser vivir de acuerdo a un metódico y ordenado patrón —dije hoy, observando la salida de Azucena a la hora acostumbrada.

—Ciertamente —asintió Percy—. La mayoría de las personas han sido bendecidas con tal capacidad.

—En cambio —suspiré yo—, nosotros hemos sido maldecidos con la capacidad de pensar demasiado.

—Una maldición con ciertas gratificaciones.

—Yo cambiaría gustosa tal don por la habilidad de ser feliz día a día con las pequeñas minucias que el resto de los mortales parece disfrutar —repliqué con amargura.

Siento que puedo expresar mis pensamientos frente a él sin medir las palabras ni sus consecuencias, casi tan libremente como escribo aquí. A veces, como esta tarde, cuando sus pensamientos y los míos parecen seguir un mismo derrotero, y una simple frase me trae su inmediata comprensión, siento una tentación irrefrenable de contarle mi verdadera historia. Pero después me trago las palabras, me reprendo

por mi inconsciencia.

Pero ¿es necesario acaso justificar el deseo de hablar sin ambages por una vez en la vida, dejando caer durante un instante la máscara de respetabilidad que se me obliga a llevar? El secreto me pesa, me oprime. Quiero hablar sin ser juzgada ni condenada. Sé que Percy no lo hará.

¿Por qué no lo hago entonces? Tal vez porque tengo miedo a estrechar más este lazo que me une a él desde aquella lejana velada de invierno en la casa de Grosvenor Square. Porque él se irá, y entonces me quedará sola, más sola que antes, más sola aún cuanto más de mí se lleve con él.

* * *

16 de octubre

Ayer estuve en casa de mis padres. Sé que no les gusta verme, especialmente a mi madre. Pero desde que regresé de Europa se ve obligada a invitarme a su tertulia de los martes, sería extraño que no lo hiciera así, y daría lugar a habladurías. Segismundo asiste raras veces y se queda sólo unos minutos, lo suficiente para hacer ver a la concurrencia que guarda el respeto apropiado a sus padres políticos. Tampoco a mí me interesa asistir, pero lo hago de la misma manera en que cumplo con el resto de mis deberes sociales: simplemente porque debo hacerlo. Porque ese fue el pacto: Segismundo daría un nombre y un hogar a mi hija, y yo sería la esposa que él necesitaba mostrar a la sociedad de Buenos Ayres.

Pero ahora, en cambio, espero con entusiasmo la ocasión de visitar a mis padres, porque es una ocasión más de ver a Percy. Advierto que los días en que no nos visita, lo cual hace casi a diario, se alargan monótonos e insípidos, faltos de significado. aguardo nuestros momentos de conversación a solas como el prisionero al proverbial rayo de sol que ilumina brevemente su celda en las mañanas, y siento pena de mí misma. Su irrupción en mi vida pone de relieve la enorme soledad en la que me he habituado a vivir; me desentumece, haciéndome ansiar aquello cuya misma existencia acostumbraba negar.

Amo a Josefa, sí, pero aunque ella justifique mi vida no puede ni

debe compartir mis pensamientos; es mi deber ahorrarle los oscuros caminos de mi mente. Su pequeño mundo feliz es egoísta y caprichoso, no sabe de dolor ni soledades. Ojalá sea niña durante mucho, mucho tiempo, ojalá nunca entienda que siempre llega el momento de llorar.

* * *

19 de octubre

¿Por dónde comenzar? ¿Cómo expresarlo..., todo? No sé si pueda hacerlo, las palabras me fallan, debo ordenar mi alma y mi cabeza.

Se lo he dicho todo.

Estábamos solos en mi saloncito, Encarnación y Azucena habían salido a hacer visitas. Hablamos largamente, como de costumbre. La tarde fue cayendo suavemente, llenando la habitación de sombras de las que no nos percatamos, y entonces..., le conté la verdad de mi vida, del pacto que me mantiene presa en un matrimonio que aborrezco. Se lo dije todo, incluso el nombre de Mariano.

No me atreví a mirar sus ojos hasta que hube terminado. Temía encontrar desprecio o compasión, pero sus ojos tibios, que siempre parecen ver más allá, me devolvieron la mirada con la placidez de costumbre. Me agradeció con voz suave la confianza que depositaba en él, y guardó silencio. Yo necesitaba ese silencio y él lo sabía, de la misma manera en que siempre parece saber qué hacer o qué decir para convertir cada momento en único y perfecto. Se inclinó y volvió a llenar nuestras tazas de té, y ambos bebimos lentamente.

Me arrellané en el sillón y miré a través de la ventana, donde una rama de duraznero se recortaba contra el cielo oscurecido. Más lejos, sobre el contorno de la tapia que rodea el patio, el rosado se volvía naranja hasta perderse en el horizonte.

Percy se acercó a la ventana. Permaneció de pie frente a ella, de espaldas a mí.

—Es la partida del sol —murmuró sin volverse—. Para los que habitan este lado del mundo.

Después de un momento, añadió:

—Pero es al mismo tiempo el comienzo de un nuevo día en mi país. Y en muchos otros.

Yo dije en voz baja:

—También hay noches eternas.

Él se volvió hacia mí con una sonrisa, una de esas raras sonrisas que le llenan el rostro de luz, dándole el aspecto alegre y pícaro de un muchacho.

—La noche no puede ser eterna. Siempre la sucede el día. Es ley natural del universo.

Permanecimos en silencio. Las sombras nos rodeaban ya, y me acerqué al hogar para avivar el pequeño fuego que calentaba la habitación. Luego encendí algunas velas y las coloqué sobre un par de mesitas bajas, de modo que el resplandor iluminara suavemente los rincones.

Después de algunos minutos, murmuré:

—Qué fácil y reconfortante es este silencio.

Percy sonrió.

—El silencio sólo molesta a quienes no tienen nada que decir.

La noche cayó finalmente, enrojeciendo el fuego que crepitaba en la chimenea. Me volví para contemplarlo, y mientras lo hacía el conocimiento me atravesó como un rayo, quitándome el aliento. Sentí la proximidad física y mental de Percy, pude oír los pensamientos de ambos entrelazándose en un dibujo armónico, exacto, y me vi completa. El calor del fuego se extendió a mi alrededor, penetrándome, derritiendo años de insensibilidad. Cerrando los ojos, me entregué ávidamente a la sensación nueva, placentera como un goce sensual.

Y supe que lo amaba.

Cuando me volví a mirarlo, lo hice con cautela, casi con temor. Tenía curiosidad por saber cómo lo verían ahora mis ojos, por saber cómo era su rostro a la luz de mi amor por él. Pero encontré sus facciones de siempre, bellas y suaves. Porque mi amor no había nacido de los ojos sino del alma.

Él advirtió mi mirada y su significado. Nuestros ojos se encontraron durante un largo momento. Después, su sonrisa y su mano en la mía me dieron la respuesta que buscaba. Supe que tenía su amor.

Un amor que tampoco ha nacido de los ojos, y por lo tanto tampoco morirá.

* * *

23 de octubre

El mundo se descubre nuevo y extraño, sorprendente como un libro desconocido.

No quiero decir que este amor ha cambiado mi vida. Es una frase de novela, y yo he dejado de creer en el amor de las novelas, el amor ciego, absoluto, en el que creí a los veinte años, el amor que hace morir o matar.

Amar a Percy me hace feliz, llena mis horas y mis pensamientos. Deseo verlo, estar a su lado, más que cualquier otra cosa. No camino por el mundo con una venda en los ojos, como lo hice una vez, olvidándome de todo y hasta de mí. Pero soy una persona diferente. Mis pensamientos y mis acciones cobran importancia, porque hay alguien que quiere saber de ellos, alguien a quien le importa que yo exista o no.

He dejado de estar sola.

* * *

1 de noviembre

Hace días que no escribo. Me ocupo en mil tareas desusadas en mí, despierto con fuerzas y me duermo tranquila, con el sueño calmo y reposado de mi infancia. Tengo ganas de dormir y de levantarme, de comer con apetito las tortas del desayuno.

Los colores han vuelto a iluminar los objetos que veo a diario con tonos vivos, apasionados, los rostros se han llenado de vida y de interés, los platos tienen sabores y olores que había olvidado.

Me estiro, me ensancho, me alargo, intento apresar cada precioso momento de este estado de mi alma, desconocido para mí.

No puedo ver más allá, imaginar lo que vendrá. Pero nada cambiará el hecho de que seas tú, amor mío, quien me hizo saber que ser feliz quizás sea posible todavía.

* * *

3 de noviembre

Quiero creer que Segismundo no regresará nunca, pero sé que su ausencia no puede prolongarse demasiado aun. Escribió un par de veces, la primera desde Santa Fe, a pocos días de su llegada. Doña Bernardina nos leyó su carta después del almuerzo, en ese tono pomposo que siempre usa para hablar de los asuntos de su hijo. La segunda llegó esta mañana, enviada desde Córdoba. Después de la visita de rutina a la estancia de Santa Fe, Segismundo decidió seguir viaje hasta las tierras que posee en las afueras de Córdoba. Cuenta en su carta que aprovechó para hacer una visita a Mariano y Sofía, y agrega que disfrutó algunos días de la hospitalidad que le ofrecieron en la nueva casa de la Alameda antes de dirigirse a la estancia.

Me extraña mucho esta visita de Segismundo. Me detesta y detesta a mis padres, y por consecuencia a mi familia. ¿Por qué este interés por visitar a mi hermana, a quien apenas conoce?

Debería sentir miedo, pero no lo siento. No quiero pensar en Mariano, ni en Sofía, ni en mi marido. No puedo pensar más que en Percy, en la sonrisa con la que me saluda al llegar por las tardes, en el brillo de sus ojos al encontrarse con los míos. Mi amor ha crecido, se ha disparado fuera de los límites de mi cuerpo y de mi mente, de mi mundo conocido. A veces, cuando estamos solos, su mano toma la mía y mi cuerpo se ablanda, se desdibuja hasta volverse parte de él. Una vez, sólo una, una tarde en que doña Bernardina y Azucena hacían visitas, estuve entre sus brazos. No sé cuánto tiempo permaneció mi rostro oculto contra su pecho. Mis ojos estaban cerrados y sus brazos alrededor de mi cuerpo, sus labios sobre mis cabellos, mi frente y mi boca, una y otra vez. Fue uno de los momentos más intensos de mi vida. Y, como todas las heroínas de las novelas en las que dejé de creer hace tiempo, rogué a Dios que no terminara jamás.

¿Está el amor lleno de lugares comunes?

* * *

6 de noviembre

Quiero ser suya, lo deseo, lo necesito.

He conocido a dos hombres: uno me tomó por diversión; otro, por odio y venganza.

¿Cómo será el amor cuando son dos los que aman?

* * *

9 de noviembre

Cuando son dos los que aman, se puede conocer el cielo del que habló el Dante, el cielo que nos hicieron ambicionar cuando niños, el cielo por el que se vive y se muere.

No puedo escribir. Voy a dormir, con el alma y la piel llenos de él, con su voz susurrada en mis oídos. Con el rostro hundido en mis cabellos, en el hueco de mi brazo, buscando su aroma en los rincones de mi propio cuerpo, que huele a él.

* * *

10 de noviembre

Sucedió en su cuarto, en casa de mis padres. Fue fácil pretextar una visita a mi madre con la excusa de su estado delicado. Mi madre no recibe a nadie, pero doña Bernardina no lo sabe. Nunca la visita fuera de la obligada tertulia de los martes, a la que mi madre responde con una breve visita matutina cada jueves. Pero hace ya casi un mes que mi madre dejó de salir y de recibir y, como es natural, a mi suegra le resultaría difícil creer que una madre pueda negarse a ver a su propia hija.

La casa de mis padres está vacía y silenciosa desde que tío Amadeo se marchó a San Isidro. Mi padre pasa mucho tiempo afuera y los criados holgazanean en el patio, libres de las órdenes constantes de mi madre, que casi no se deja ver desde que su embarazo se hizo notorio. La única que permanece en la casa es Amalia, que se pasa los días

encerrada con mamá en el cuarto de costura o en el oratorio. Pobre niña. Espero que pueda casarse pronto. Tal vez así su vida se vuelva más atractiva, al menos durante un tiempo.

Percy ocupa las habitaciones que solían utilizar tío Amadeo y tía Remedios, en el extremo sur de la casa. El cuarto huele a los jazmines que mi madre hace colocar en su mesa cada mañana. Desde su ventana, que da al patio, se ve la higuera vieja y retorcida que me recuerda tardes de verano. Afuera, la hiedra se desliza hacia la ventana, amenazando introducirse por los postigos que cerré a la luz del sol.

Sabía que sería yo la que iría a él. Percy no me pediría algo que encierra tan enorme riesgo para mí, y yo lo sabía, como sabía que no esperaba de mí más que aquello que yo quisiera darle. ¿Pero acaso existe algo en mí que yo no esté dispuesta a ofrecerle? Desearía ser la más hermosa de las mujeres, la más sabia, la más encantadora, para ser capaz de aferrar su alma, que parece escurrírseme entre los dedos aun cuando sus ojos se hunden en los míos.

Comprendo ahora el porqué del amor usado hasta el cansancio en los volúmenes de mil bibliotecas sin edad. El amor inspira, eleva, nos impulsa a repetir aquello que se ha dicho antes mil veces, como si fuera único y original.

Hoy, nada me importa. Pase lo que pase, amor mío, siempre uniré tu recuerdo a las horas más perfectas de mi vida. Sé que la memoria de la tarde de ayer bastará para mitigar el dolor que, como una fiera al acecho, quizás todavía se agazapa en mi futuro.

* * *

12 de noviembre

Esta mañana llegó otra carta de Segismundo, enviada en el momento de partir. Sin duda llegará hacia el anochecer. Doña Bernardina y Azucena se excusaron después del almuerzo para ocuparse de preparar su cuarto y ordenar sus platos favoritos para la cena, y pude recibir a solas la visita de Percy. Lo aguardé en el vestíbulo, sin cuidarme de las miradas de los sirvientes, casi enferma de ansiedad.

Percy ha ofrecido salvarme. Hemos hablado largamente, el castaño

de sus ojos ensombrecido de seriedad. Le duele mi vida, le duele más que a mí.

Hemos hablado de huida. No hay otro camino. Segismundo me mataría antes que dejarme ir.

Esta huida significará la deshonra definitiva para mí a los ojos de Buenos Ayres, pero también hará difícil la vida de Percy. Somos primos, mi madre es hermana de su padre, el respetado Ashley Thompson, al que mamá siempre nombra con admiración y cariño. Su familia, que es la mía, nos repudiará. Estaremos solos. Eso no significa gran cosa para mí: siempre lo he estado. Teniendo a Josefa y a Percy a mi lado, nada ni nadie me hará falta jamás. Pero temo por él, por su felicidad. Le he preguntado si no llegará a lamentar esta decisión.

—¿Acaso es posible saberlo? —me ha respondido, con su sonrisa tranquila—. Sólo es posible saber lo que se siente, lo que parece adecuado y justo en un momento determinado. Lo que ocurra más tarde con ese sentimiento... no resta sino aguardar a que el tiempo nos lo muestre.

A veces su calma me desconcierta, me desencaja. Mis palabras surgen a borbotones, en ocasiones sin mucho sentido, impulsadas por la fuerza de mis emociones. Quisiera escuchar de sus labios un juramento, un intercambio de votos, tener la seguridad de su amor eterno e incondicional.

—Sólo se puede aferrar el ahora. El futuro... ¿quién puede hacer promesas sobre lo desconocido? ¿Acaso puede alguien prometer no cambiar, si el cambio es inherente al ser humano e independiente de su voluntad?

Lo oigo, y tengo que admitir que hay verdad en sus palabras. Pero mi amor quiere ser eterno, no quiere admitir siquiera la posibilidad de una mutación. Necesito aferrarlo, ponerle palabras, proyectarlo hacia el infinito.

Percy me mira, sonrío, me estrecha contra su pecho, y siento que está conmigo. Me ama. Pero su inteligencia lo obliga a racionalizar incluso este sentimiento, y su honestidad le impide mentir, ni siquiera para hacerme feliz.

Pero yo sé que mi amor por él no morirá nunca, lo sé a pesar de sus verdades. Mi amor por Mariano hubiera muerto por sí mismo de haber podido seguir un curso normal. Mi amor por Percy se alimentará de

nuestras almas aun cuando nuestros cuerpos se sacien y fatiguen.

Ahora es necesario pensar, es necesario no olvidarse del mundo. Está la necesidad de ocultar, de disimular, desde ahora hasta el final.

Percy odia la mentira y el subterfugio, pero aborrece más aún la trama de mi vida. Me llevará con él, y ese hecho eclipsa cien promesas vacías. ¿Cómo era la vida sin miedo ni mentiras? No consigo recordarlo.

* * *

18 de noviembre

Hace días que no escribo. Casi no he podido hacerlo.

Estoy a punto de romper con el mundo conocido, con los rostros que me acompañaron durante toda mi vida, con el pasado y el presente. La expectativa me anuda el estómago, impidiéndome tragar bocado. Pero me obligo a sentarme a la mesa y tomar cada comida, a mantener la rutina normal de mis días. El pensamiento de que pronto estaré lejos de todo esto pone en mis ojos un brillo delator, obligándome a clavar la mirada en el plato. Aprieto los labios para disimular la sonrisa que el pensamiento constante de Percy trae a mis labios, y siento miedo. Debo tener cuidado, mucho cuidado.

Segismundo volvió esa misma tarde en que se decidió nuestra huida, estando aún Percy en la casa, hace seis días. Habló con entusiasmo del viaje y las estancias, respondió largamente a las preguntas de doña Bernardina y Azucena, que lo escuchaban embelesadas, las mejillas encendidas con la alegría de su regreso. La devoción de doña Bernardina no tiene límites, raya en adoración. No le es posible pronunciar diez palabras seguidas sin mencionar a Segismundo, su orgullo, el único hombre en su vida fuera del marido que perdió años atrás. En cuanto a Azucena, se inclina ante Segismundo como protector y ángel guardián de su condición de mujer soltera. Si no temiera la herejía, a no dudar colocaría la imagen de su hermano junto a los santos de su oratorio.

A veces las observo, sentadas a la mesa de costura mientras yo finjo leer para evitar la conversación, y pienso que me desgarrarían con sus propias uñas, como buitres, si pudieran oír mis pensamientos. Desvió la

mirada y un estremecimiento me recorre, recordándome el oprobio que haré caer sobre su hijo y hermano. Creo ver el odio deformando sus plácidos rostros, el veneno de sus almas corrompiendo el aire del saloncito donde no volverá a reinar esta calma. Cierro los ojos, porque imagino tentáculos de furia alargándose hacia mí a través de los océanos, atrapándome en viscosa venganza.

Pero nada importa. En pocos días seré libre, y no volveré a saber de ellas ni de sus vidas. Seré yo misma, cada día. Josefa crecerá en un mundo diferente, un mundo donde habrá amor y libertad. No tendrá más límites que aquellos que el respeto a sí misma y a los demás le impongan. No se verá envuelta, a menos que así lo desee, en la intrincada y absurda trama de convencionalismos sociales que una gran parte del mundo utiliza como escudo contra la alarmante tarea de vivir.

* * *

19 de noviembre

Mi pensamiento y mi corazón vuelan hacia Percy. No hemos vuelto a estar juntos, es demasiado peligroso. El recuerdo de esa única tarde se me adhiere a la piel, suaviza la mirada que me devuelve el espejo. Salgo al jardín y regreso con los brazos llenos de jazmines que derramo por los rincones, para que su aroma me siga por la casa. Sé que nunca volveré a aspirarlo sin recordar esa tarde.

Percy viene cada día, como lo hacía en ausencia de mi marido. Es necesario que nada cambie. Doña Bernardina y Azucena hablaron con entusiasmo de la compañía que nos hizo en su ausencia, y Segismundo agradeció formalmente a Percy esa deferencia hacia las damas de su familia.

Sólo de tarde en tarde tenemos unos minutos a solas. Pero hay que tener tanto cuidado, tanto. Hablamos poco, pero sus ojos y los míos son libres de decir lo que es necesario ocultar. Después, en la despedida, sus labios rozan mis dedos, y corro a encerrarme en mi cuarto con esa caricia y su última mirada.

El día pasa rápido, pero luego llega la noche, esa noche que vuelvo a aborrecer desde el regreso de Segismundo. Pero no pensaré en eso, no, ni siquiera aquí. No importa, ya nada importa. Falta tan poco, amor

mío, y estaré contigo, y mi vida comenzará.

* * *

21 de noviembre

Ayer Segismundo estuvo fuera por la tarde, y gracias a la visita de las hermanas de caridad que se ocupan de retirar la costura de beneficencia, doña Bernardina y Azucena tuvieron que excusarse para atenderlas y tuve casi una hora a solas con Percy. Sin poder evitarlo, me arrojé en sus brazos en cuanto la puerta se cerró tras ellas, buscando sus ojos, el aroma de sus ropas y de su piel. Después surgieron las palabras, y nuevamente fui parte de él, sus pensamientos entrelazándose con los míos y mi amor creciendo hasta escaparse de mis manos, de la habitación y de la casa, disparándose hacia el universo entero.

En una semana más estaré a su lado para siempre. Iremos a Inglaterra por un tiempo muy breve y de allí a la India, donde viviremos algunos años, hasta que el tiempo suavice el escándalo a los ojos de su familia. Después volveremos a Inglaterra, o tal vez no... Percy está en lo cierto. Conoceremos el futuro cuando lleguemos a él, no antes. De todos modos, no importa. Estaré a su lado, día a día, mi vida se dibujará con la suya. El resultado no puede ser sino bello.

Sigo el trazo de la pluma sobre el papel, veo la tinta estampando palabras, y no puedo creerlo todavía. Mi pecho se ensancha, desborda de júbilo. Quiero abrir las puertas, echar a correr por las calles y gritarle a Buenos Ayres que me marchó con él, que no verán más a Mercedes Echeverría, que ni ella ni su hija serán ya parte de su estúpida y ordenada pantomima social.

Voy a ser feliz, gloriosamente feliz. Tendré a mi lado los únicos seres que importan en mi vida; habrá un suelo diferente, caras nuevas que no habrán conocido a la señora Echeverría sino a mí, Mercedes. Y la señora Echeverría se perderá en el brumoso mundo de los muertos olvidados, como esos seres incorpóreos que poblaron los sueños que no queremos recordar.

* * *

23 de noviembre

Nuestros planes están listos. Percy me ha detallado en una carta lo que necesito saber, porque es imperioso evitar quedar a solas durante estos pocos días. Evitaremos hasta la charla casual y normal de primo y prima en las tertulias. He ocultado su carta en la misma caja donde guardo este cuaderno, cuya única llave jamás se aparta de mi cuello. Es un joyero de madera tallada con gavetas forradas en seda verde, regalo de mis abuelos. Se irá conmigo con este único cuaderno. El resto, junto a una parte de mi vida que ya ha perdido valor e importancia, se quedará en el ático de la casa de mis padres. No me importa. Me llevo mis días con Percy, lo único que contará en mi nueva vida.

Soy tan feliz, que no puedo sentir miedo. No tengo más pensamiento que el deseo de que estos escasos días queden atrás, que llegue por fin esa madrugada que me alejará de aquí junto a Percy y a mi hija.

Es muy tarde, la casa está en silencio, un silencio profundo de noche de verano. Lejos, en el patio, croan las ranas presagiando lluvia. Segismundo se ha marchado a su dormitorio más temprano que de costumbre, tal vez se esté fatigando ya de la ridícula farsa nocturna. En cuanto lo vi salir me deslicé en puntillas hasta el cuarto de Josefa. Necesitaba ver su sereno sueño de niña, sus espesas pestañas acariciando la curva de nácar de sus mejillas. Besé sus cabellos y le prometí al oído que todo saldría bien, que pronto estaría lejos de esta casa que no es suya.

La vela se termina. El reloj marca tres pomposos y sonoros golpes que hacen eco a través de las escaleras y las puertas cerradas. Casi al instante, el grito lejano: “las tres han dado... y sereno”, le hace eco en la calle.

Estoy contigo, amor mío. No he dejado de estar a tu lado desde que supe de mi amor y de tu amor. Sé que estoy en tu mente y en tu espera. Falta poco, muy poco. No volveré a dormir lejos de ti.

Buenos Aires, 2010

«¿Cómo explicártelo? Cuando vine por primera vez no tenía palabras para explicar la mierda que era mi vida, para hablarte del miedo, de la vergüenza, de la angustia. Y ahora quiero contarte esto que me pasa y tampoco tengo palabras. ¿Es tan difícil definir el dolor como la dicha?

»Me ocurrió ayer, en un segundo, de repente. Caminaba por una calle, una calle común, más sucia que limpia, hacía calor y había mucha gente, gente con pantalones cortos y ojotas y camisas húmedas de transpiración. Las parejas pasaban con bolsas de comida en la mano, eran casi las nueve de la noche. Los imaginé planeando la cena después de un día de trabajo, cocinando con las ventanas abiertas a la noche de verano. Los rostros hablaban, se reían, se fastidiaban en la parada del colectivo, se dormían en los umbrales pegoteados de cerveza. Y me sentí feliz.

»Algo explotó en mí, algo así como una luz tibia y naranja... no sé cómo decirlo. Como si mil luciérnagas se pasearan por mi interior, iluminándome, dándome calor. Yo era parte de la ciudad, parte de la gente, otro rostro más entre los otros, pero también yo tenía un lugar en la calle y en la noche calurosa.

»No estaba sola. No tenía miedo de volver a mi casa vacía, no tenía miedo a la cena que cocinaría al llegar y que luego me sentaría a comer en el balcón. Mis ventanas estarían abiertas, como todas. Mis piernas estaban desnudas bajo el vestido, y yo no tenía vergüenza de ellas ni del sudor que me pegaba la tela a la espalda, ni del descuido de mi cabello recogido en la nuca.

»Sentí... no sé, que yo era..., alguien. Puede sonarte estúpido, pero creo que fue la primera vez en la vida que experimenté esa sensación. En cierta forma fue algo parecido a lo que me ocurrió en aquel viaje a Europa, pero mejor, porque no fue el éxtasis casi místico que experimenté frente a lo que me encontré allí, sino que surgió de mí misma, de algún lugar oculto de mi cabeza o de mi cuerpo.

»Sentí que existía. Yo, por mí misma, independiente de la opinión ajena, de los hombres, de Mamá, de todo aquello no escogido por mí.

»No sé si fue exactamente así, pero es lo único que puedo decir para intentar ponerlo en palabras. Fue una sensación, más que una idea o un pensamiento. Duró unos instantes, nada más. Pero de alguna manera sé que va a volver, que volverá para quedarse, y sé que alguna vez ocupará gran

parte de mis días.

»Y es así como quiero vivir, ¿sabés? Quiero sentir que puedo hacer lo que elijo, que soy libre, que las personas que quieran estar conmigo me harán sentir mejor o más feliz, pero mis decisiones o mi bienestar no dependerán de ellos. Quiero que los amigos o la pareja que pueda tener algún día aumenten mi felicidad, pero no quiero dejar cosas por ellos, ni siquiera cambiarlas.

»Quiero ser yo, quiero amarme por sobre todas las cosas.

»¿Suena muy horrible? ¿Soy terriblemente egoísta?

»No sé. Me falta tanto, tanto camino, que a veces todavía tengo miedo. Pero hasta mi miedo ha cambiado, es un miedo diferente, como si... como si hasta me diera fuerzas.

»Estoy diciendo tonterías, ¿no? Lo que pasa es que esto es tan raro, tan nuevo. Pero eso es bueno, ¿verdad?

»Todavía no sé qué será de mí. Pero no me preocupa. Bueno, no me preocupa tanto como antes. Porque si alguna vez la luz tibia y naranja se queda a vivir dentro de mí, podré hacer cualquier cosa.

»Lo que sea».

* * *

«Sí, volví a hacer la lista. Diez cosas que me gustan, o que quisiera tener, como siempre. ¿Cada cuánto hay que hacer esto? ¿Todos los años? Ya hace más de tres años que vengo, y ya van tres listas...

»Anoté así, como me dijiste, sin pensar...

»Bueno... Quisiera pintar. Tener una paleta y muchos colores, y una tela limpia para poner en ella lo que quiera...

»Quiero volver a Europa, un viaje largo por todos los países y las ciudades que no vi, y las que ya conozco también.

»Quiero otra casa. Hace tres años que terminé de pagar el departamento, es mío, pero ya no me gusta. Ni siquiera sé si alguna vez me gustó. Lo elegí apurada, de un día para el otro, cuando conocí a Pablo y me escapé de casa de Mamá buscando un lugar para poder estar con él.

»Sí, elegí el departamento pensando en Pablo. ¿Por qué si no? Tiene habitaciones cuadradas, blancas y modernas, como a él le gusta. Pero a mí no.

»Querría algo antiguo, tal vez una casa, o un departamento con escaleras de mármol... Un patio.

»Sí, un patio como el de Mercedes. ¿Por qué no?

»Ya no hay patios como el de Mercedes, ya sé. Pero hay patios pequeños, o terrazas... Desde que empecé a acostumbrarme al aire libre he pensado en eso.

»Además, sería bueno estar en un lugar diferente... Siempre que llego a casa pienso en todos los años que pasé ahí, encerrada, destruyéndome.

»Sigo con la lista. Quiero seguir aprendiendo a comer, y quiero que llegue un día en que ni siquiera recuerde cómo era ser bulímica.

»Lo dije, ¿viste? Dije bulímica.

»Quiero perder el miedo a la gente. Quiero tener una amiga, un amigo.

»Quiero sentir esa sensación de la que te hablé, ¿te acordás? Lo de la luz color naranja llenándome.

»Quiero hacer cosas, hacer cosas, hacer cosas...

»Desearía... que Mamá me quiera.

»Ser importante para ella, como Luciana».

* * *

«Sí, compré las pinturas. Las tengo acá, en la cartera. Las compré antes de venir... En realidad las compré porque sabía que me ibas a preguntar otra vez, y no iba a tener otra excusa...

»Este fin de semana voy a pintar, sí.

»¿Qué? No sé, lo que salga. Cuando era chica pintaba siempre, sabés. Nunca te lo dije. Papá dibujaba muy bien, pintaba cuadros que colgaba en el living y que Mamá guardaba en el altillo después de un par de semanas. Creo que por eso dejé de pintar, también. Por la muerte de papá, quiero decir. No pinté más desde que papá murió.

»A él le gustaban mucho mis dibujos. Decía que yo sería una pintora famosa algún día. Se sentaba conmigo en el patio y me miraba dibujar, y yo me sentía la persona más feliz del mundo. Mis cuadros estarían en las mejores galerías de arte, papá lo decía y papá no mentía nunca.

»Gané un premio, ¿sabés? Fue en la secundaria. Yo tenía doce o trece años. Gané el primer premio en un concurso de pintura organizado por varias escuelas privadas de la ciudad.

»¿Que cómo me sentía? ¿Cuando pintaba, querés decir?... No sé, no me acuerdo. Feliz, ya te lo dije.

»Sentía..., no sé. Sentía como si el resto del mundo careciera de importancia. Cuando mi cuadro quedaba terminado... me iba a dormir con

una enorme paz, una sensación que no he vuelto a experimentar. En realidad no me acordaba de eso, hasta este momento. Me había olvidado.

»¿Es extraño esto, no? Uno viene acá y termina recordando cosas que parecen nuevas.

»No sé si me gusta. A veces me quedo mal, me obligo a pensar en cosas que me hacen daño. Si uno no recuerda es por algo, ¿no? Eso dijiste una vez. ¿Es realmente necesario revolver todo eso?

»Claro que quiero pintar. Lo incluí en la lista, ¿no? Pero tengo... no sé, un poco de miedo. Hace tanto tiempo que no lo hago...

»Tal vez tengo miedo a darme cuenta de que no lo hago tan bien como papá me hizo creer...

»¿Por qué le das tanta importancia a esto? Yo me estaba sintiendo bien, te lo dije... Y ahora saliste otra vez con esto de la lista, y vino lo de pintar, y mudarme de casa, y todo... Lo único que conseguís con esto es que me angustie de nuevo.

»Por supuesto que lo sé. Tengo que hacer cosas, y quiero hacerlas. ¿Pero por qué tanto apuro?

»Bueno, me voy... Hasta el miércoles».

Córdoba-Buenos Ayres, 1836
Primavera-Verano

El aire estaba claro y seco. Una brisa leve proveniente de las sierras aliviaba el calor de finales de noviembre cuando Mariano Andrade salió a la calle en la siesta cordobesa. Aguardando a su esposa, Mariano se detuvo en el portal de la casa y pensó que las mujeres siempre demoran demasiado para vestirse, pensó que a Sofía podía perdonársele cualquier tardanza que sirviera para realzar la admirable belleza que le había ganado un lugar de honor en la sociedad de Córdoba.

El sol daba de lleno en el vano de la puerta, Mariano se alejó unos pasos para protegerse bajo la sombra de los álamos que bordeaban la calle y pensó que hacía demasiado calor para noviembre, pensó que la flamante fachada era sin duda una de las más soberbias de la Alameda. Pensó en los largos paseos de las noches calientes, en el contacto del brazo desnudo de Sofía bajo sus dedos, en el saludo respetuoso de los vecinos, en la contrariedad de tener que interrumpir los paseos en pocos meses más a causa del embarazo de Sofía, en la conveniencia de ese nuevo embarazo, en la necesidad de tener un hijo varón, en los muchos hijos que sin duda vendrían con los años.

Sofía se le reunió finalmente envuelta en una mantilla fina y vaporosa. El sol inundó su rostro destacando la pureza de su piel y la perfecta simetría de los dientes que descubrió en una sonrisa dirigida a su esposo. Mariano le rodeó la cintura para ayudarla a subir al coche y pensó que su figura seguía siendo elegante pese a la preñez, que ya debía ir por el quinto o sexto mes. Sosteniendo las riendas con ambas manos, Mariano observó el lomo de la yegua y pensó que era necesario ir despacio, pensó que la estancia de su familia no estaba lejos, sólo a cinco leguas de la ciudad, pensó que la yegua era mansa y el camino bastante bueno, pensó que no habría ningún peligro para el niño.

Los vecinos saludaron al paso del coche, Mariano se llevó la mano al ala del sombrero repetidas veces hasta salir de la ciudad. Los paisanos miraban a Sofía con la boca abierta. Mariano pensó que se veía excepcionalmente

hermosa con el traje veraniego de muselina a rayas y el rostro sombreado por las puntillas del rebozo, pensó satisfecho en el azul límpido del cielo, en la excelente merienda que se serviría en casa de sus padres para celebrar el regreso de Domingo, su hermano menor, recién llegado de España con flamante título de doctor en leyes después de una ausencia de seis años.

Al salir de la ciudad la brisa se hizo más fresca, Mariano contempló los contornos de las sierras y pensó que las ondulaciones dibujaban formas contra el azul, pensó divertido en jorobas de camello y lomos de gato enojado. Se lo dijo a Sofía, que se rio de buena gana y buscó más figuras en los morros.

El paisaje se volvió verde y marrón, Mariano pensó en limones dorados, en jugo fresco de limón con azúcar, en el licor de mandarina que preparaba cada invierno doña Augusta Tomasa, la tía solterona de su esposa.

Al salir de una ondulación bastante pronunciada dos figuras a caballo se dejaron ver al costado del camino. Mariano pensó que parecían estar aguardando, pensó que sin duda eran viajeros extraviados, pensó que en pocos metros más podría distinguir sus rostros. Sofía dijo algo sobre el sol o el calor, Mariano respondió sin dejar de mirar los rostros cetrinos de los paisanos, a los que no conocía, ahora estaba seguro de ello. Uno de los hombres alzó una mano, Mariano tiró de las riendas y la yegua acortó el paso. Sofía abrió el abanico sobre su rostro y miró a través del borde de encaje. Mariano pensó que tal vez los hombres buscaran la estancia de su familia para conchabarse, pensó que a su padre no le gustaría ver llegar gauchos armados.

Uno de los hombres sacó la pistola del cinto, la levantó. Mariano oyó el grito enloquecido de Sofía, vio sus manos de dedos largos y finos agitándose hacia él, pensó en una bala gris y fría, no pensó nada más.

* * *

... dijo él solo, el hombre nada más, ella no...
... ¿Viste una hembra así alguna vez en tu vida?
... sostenla, agárrala fuerte, que le saco la ropa... Yo primero.
... puede venir alguien, vamos, te estás jugando la vida...
... se desmayó, así es más fácil...
... mira que cuerpo...
... está preñada, déjala, vamos, apúrate... No se puede.

... Déjala, te digo. Si nos agarran perdemos la plata y vamos al cepo.
... bueno, vamos...
... dale, espolia... Hay que estar lejos cuando los encuentren
... Qué lástima... semejante hembra.

Levantando la costura hacia la luz, doña Asunción cortó el galón dorado que acababa de coser y alisó los pliegues de la diminuta prenda terminada. Las tijeras se deslizaron de su falda hasta el piso. Al inclinarse para recogerlas sintió la incómoda presión del vientre contra las rodillas y apretó los labios, volviendo a incorporarse contra el respaldo. Amalia se apresuró a levantar las tijeras y entregárselas.

Doña Asunción murmuró secamente las gracias y agitó la campanilla que tenía a su lado. La figura de Dominga se materializó junto a ella con una rapidez que desmentía su enorme corpulencia.

—Mande, ama Asunción.

—Tráeme el oratorio de Santa Teresa.

Con un suspiro, doña Asunción miró por la ventana abierta. La brisa caliente trajo promesas de verano y el aroma de los jazmines del patio. Doña Asunción pensó en el ramo fragante que hacía colocar cada mañana en el cuarto de su sobrino Percy, quien nunca dejaba de agradecerle la atención en algún momento del día. Pensó en el rostro de ojos atentos y sonrisa cordial y un esbozo de sonrisa le aflojó los labios. Al enterarse por su hermano de la visita de Percy a Buenos Ayres, le había ofrecido hospitalidad de acuerdo a su deber familiar, si bien sin mucho entusiasmo. Pero la visita se había convertido en agradable compañía en lugar de estorbo, y su sobrino en la única persona para la cual doña Asunción seguía siendo visible, fuera de su hija y su marido. En cuanto el embarazo se hizo imposible de ocultar la dama se había retirado de la vida pública, suspendiendo sus concurridas tertulias bajo pretexto de salud delicada. Se recluyó en sus habitaciones en compañía de Amalia, abandonándolas sólo a la hora de las comidas. Pero Percy seguía siendo bienvenido a su saloncito, donde se retiraba después del almuerzo y antes de la siesta. La calma de los movimientos de Percy, sus preguntas claras y directas y la sencillez de sus frases traían un momento de reposo al alma de la dama, cuyo estado natural eran el nerviosismo y el recelo. Sin advertirlo,

mantuvo con su sobrino algunas de las pocas conversaciones sinceras de su vida, y aunque no lo hubiera admitido ni siquiera ante sí misma, sentía vivo placer en su compañía.

Dominga volvió a entrar sosteniendo una caja rectangular con paredes de vidrio. Doña Asunción la abrió y extrajo cuidadosamente la santa de madera pintada, colocándola con reverencia sobre la mesa. Con ayuda de Amalia reemplazó la túnica que la cubría por la prenda que acababan de terminar. Santiguándose, volvió a depositarla dentro del oratorio y restauró el orden de las flores de tela con centro de perla que la rodeaban.

Amalia sonreía contemplando la imagen, la cabeza castaña inclinada a un lado. Doña Asunción pensó que su hija era bastante bonita, si bien no hermosa como Isabel, y ciertamente no como Sofía. Pensó con rabia que era inútil conservar esperanzas de que Percy la pidiera por esposa. Todas sus insinuaciones habían caído en saco roto. Percy trataba a Amalia con el respeto y el cariño de un hermano, pero era obvio que no tenía el menor interés en ella. En cambio visitaba a diario a Mercedes, la ramera, madre de una bastarda cuyo rostro mostraba a las claras el pecado que la había engendrado. Sin duda Percy encontraba más interesante la compañía de una mujer perdida que la de una niña inocente. Los hombres eran así, aun aquellos tan correctos como su sobrino.

Las mejillas de la imagen de madera estaban suavemente coloreadas; doña Asunción pensó en el rostro sonrosado y saludable de su nieta bastarda y volvió a santiguarse, apretando los labios hasta ponerlos blancos. El niño se agitó en su vientre. Estirando los extremos del mantón para cubrirse mejor, volvió a agitar la campanilla y ordenó servir el té.

—¿Está en la casa mi sobrino?

—No sé, ama —respondió Dominga mientras desplegabla el mantel con aroma a flores de lavanda—. ¿Desea el ama que vaya a ver?

Doña Asunción cerró el costurero y se quitó las hilachas de la manga.

—No. Pero si lo ves luego, dile que el té está servido aquí.

Amalia levantó con esfuerzo la pesada tetera y sirvió las tazas bajo la mirada vigilante de su madre. Pertenecía a uno de los juegos ingleses que doña Asunción recibiera como regalo de bodas de sus padres, recuerdo de las meriendas de su niñez.

La puerta se abrió dando paso a la figura alta y ancha de don Octavio Saavedra. Doña Asunción abrió la boca para hablar, pero se detuvo al advertir la expresión del rostro de su marido.

—Déjame solo con tu madre, Amalia.

La jovencita se inclinó y salió a toda prisa. Don Octavio se dejó caer frente a la taza humeante de su hija menor.

—El marido de Sofía ha muerto.

Las mejillas de doña Asunción se tiñeron de rojo púrpura sobre la palidez amarillenta de su rostro. Guardó silencio, esperando que su marido continuara.

—Lo asesinaron. Fue muerto de un tiro en la cabeza.

Doña Asunción se cubrió la boca con las manos, ahogando un grito.

—Y, ¿Sofía?... —preguntó finalmente, con voz ronca.

—Ella no ha sufrido daño, pero está muy mal... —don Octavio se interrumpió, dudando, y luego añadió—: Estaba con él cuando sucedió.

Doña Asunción se recostó en el sofá, cerrando los ojos.

—¿Cómo..., cómo ocurrió?

Don Octavio guardó silencio, con la mirada en las manos que su esposa mantenía cruzadas sobre el vientre. La muerte de Mariano no podía afectarla demasiado, eso era obvio para ambos. Pero no podía decirle a su mujer, en su estado, que Sofía —preñada a su vez— había sido encontrada con las ropas desgarradas y casi enloquecida de horror. Se temía por su razón y por su vida.

—Dímelo todo, Octavio —urgió doña Asunción con voz áspera—. Tendré que saberlo de todos modos. ¿Le ha ocurrido algo a mi hija? —hizo una pausa—. ¿Está... muerta?

—No, mujer, claro que no. Pero está con fiebres... es natural —añadió advirtiendo la agitación del pecho de su esposa—. Vio morir a su marido. Se recuperará.

Levantó la taza y la bebió de un golpe.

—No se sabe quiénes fueron. Mariano y Sofía salieron de la casa nueva, en la Alameda, y los emboscaron en las afueras de Córdoba, en el camino a la estancia de los padres de Mariano. Sofía habló de dos hombres a caballo que salieron del monte... Se piensa en una venganza.

—Pero ¿cómo? ¿Por qué?...

Don Octavio meneó la cabeza.

—No se sabe aún. Pero lo averiguarán. Los Andrade no permitirán que esto quede así.

Se puso de pie.

—Debes quedarte tranquila, mujer. Sofía se pondrá bien. Yo debo salir enseguida para Córdoba, me necesitarán allá. Tú recuéstate y no te preocupes.

Te enviaré noticias en cuanto llegue.

Doña Asunción se quedó sola. Sofía, su hija favorita... su pobre hija, engañada, vilmente traicionada, ahora viuda. El mal nacido bien merecía lo que le había ocurrido... Dios sabía lo que hacía, pero su hija... ¡Fiebres!

Sofía no merecía morir por ese desgraciado que no había sabido merecer su belleza ni su clase.

El vientre se le endureció, y gruesas gotas de sudor le mojaron la frente. Doña Asunción sacó su pañuelo, se lo pasó por la cara y después se lo llevó a la nariz, pero el aroma a agua de colonia que lo impregnaba le produjo náuseas.

Amalia entró acompañada de Dominga, que sostenía una bandeja con una botella de aguardiente.

—Madre... ¿qué tiene usted? ¿Está usted mala?

Doña Asunción intentó responder, pero la boca se le llenó de saliva espesa y amarga.

—Aquí tiene, ama Asunción... Tómese este vasito del licor que le manda el amo.

Un dolor agudo, afilado como la punta de un facón, atravesó el vientre de doña Asunción, que se dobló sobre sí misma con un grito. Su respiración surgió jadeante, entrecortada.

—Amita... Déjeme ayudarla... Ven, niña, ayúdame a sostenerla.

Amalia se arrodilló junto a su madre con manos y labios temblorosos.

—Es... el niño... —gimió doña Asunción, mientras otro dolor volvía a atravesarla—. El doctor Jiménez... ¡rápido!...

El sol ya había caído en el patio, y el aroma de los jazmines se hacía más intenso en la tenue luz del atardecer. La brisa caliente de noviembre lo trajo hasta doña Asunción antes de que otro espasmo le quitara el sentido.

* * *

Don Octavio Saavedra abrió su caja de rapé de alpaca y tomó una pizca con gesto nervioso. Ya era medianoche, y el doctor Jiménez seguía encerrado en el cuarto de Asunción. Irritado, don Octavio volvió a mirar el reloj. Las doce y media. Todos dormían, y él estaba allí perdiendo el tiempo, cuando debería estar camino a Córdoba desde horas atrás. Era necesario que alguien se hiciera presente junto a Sofía lo antes posible. ¿Qué pensarían los Andrade si nadie aparecía a presentarles las condolencias en nombre de la familia?

Asunción estaba excusada, naturalmente, pero él...

Con creciente irritación, comenzó a dar zancadas por el cuarto, maldiciendo la ocurrencia del doctor Jiménez. Dar a luz no tenía nada de particular, menos aún para Asunción, que había parido una docena de veces. Los partos eran cosas de mujeres y de médicos. ¿Qué podía hacer él allí, más que servir de estorbo?

Resopló indignado y salió a la galería. El patio estaba oscuro y silencioso. El aire nocturno, pesado y cargado de humedad, amenazaba lluvia. En el extremo más alejado de la casa una luz temblaba en la ventana de Percy, el sobrino de Asunción. Sentados en el borde del aljibe, los gatos husmeaban el aire cargado de tormenta. Dominga salió de las cocinas y atravesó el patio seguida de Matilda, que cargaba una olla humeante.

—Dile al doctor que quiero verlo —ordenó don Octavio a la joven mulata, volviendo a entrar a la casa.

Pero transcurrió otra media hora antes de que el doctor Jiménez se le reuniera. Don Octavio lo miró entrar, vio las ojeras bajo los ojos cansados y la sangre que le manchaba la levita. Su ira se apaciguó.

—Doctor —dijo ofreciéndole una silla y sirviéndole una copita de licor de mandarina—. ¿Es realmente necesaria mi presencia? Ha habido una muerte en la familia. Se trata de Mariano Andrade, el marido de mi hija mayor. Debo salir para Córdoba lo antes posible.

El doctor no aceptó el asiento que se le ofrecía. Se quedó de pie, con las manos sobre el cuero del respaldo.

—Don Saavedra, su esposa está muy mal. Temo seriamente por su vida. El parto es prematuro y el niño viene de nalgas.

Después de unos minutos de silencio, añadió:

—Temo que el niño esté muerto. He estado intentando extraerlo. Debo hacerlo cuanto antes, de lo contrario doña Asunción morirá.

Don Octavio abrió la boca y volvió a cerrarla, enmudecido por la brutalidad de la declaración del doctor. Después se pasó la mano por la frente y dijo:

—Pero sin duda usted... Quiero decir, una vez que el niño nazca... no hay razón para que mi mujer continúe mal.

El doctor le dirigió una mirada cansada.

—Su esposa está extremadamente débil, don Saavedra. Sufre mucho, y su corazón no está bien. Confíe usted en que haré todo cuanto esté en mis manos para salvarla.

Don Octavio se quedó mirando la puerta que acababa de cerrarse tras el doctor y pensó en el niño, muerto en el vientre de su esposa, pensó que el doctor podía equivocarse, que tal vez al extraerlo se diera cuenta de que estaba vivo y sano. Intentó imaginarse las maniobras necesarias para apresurar el parto, pero no lo consiguió. Se dijo que no tenía caso continuar pensando en eso, ya que no había nada que él pudiera hacer. Asunción era fuerte, había salido de otros trances delicados. Se acercó a la mesa de arrimo y encendió un cigarro. Tenía sueño. Pensó que si el asunto iba para largo tal vez podría descabezar un sueñecito en el sillón.

* * *

El doctor Jiménez aferró una vez más las piernas del niño y tiró, pero se vio obligado a abandonar nuevamente el intento.

La comadrona, una mujer flaca de cabellos pajizos y nariz afilada, se inclinó entre las piernas de doña Asunción y meneó la cabeza.

—Nada, doctor. Recuerdo un caso parecido, hace algunos años. El niño tenía la cabeza demasiado desarrollada. El parto demoró días, sí, tres días con sus noches.

El doctor se limpió la sangre de las manos en la toalla que se apresuró a acercarle Dominga y levantó la muñeca de la parturienta. El pulso de doña Asunción era débil e irregular. El doctor se inclinó y murmuró unas palabras de aliento que la dama pareció no escuchar. Sus ojos, opacos y exangües, estaban clavados en algún punto de las molduras del cielorraso. Dominga mojó sus labios entreabiertos y después extendió el paño húmedo sobre su frente amarillenta.

El doctor rebuscó en el valijón de cuero negro y extrajo con gesto dubitativo un instrumento de aspecto aterrador. La comadrona advirtió la maniobra y asintió en silencio, moviendo vigorosamente la cabeza.

El doctor suspiró y levantó los fórceps. Había intentado evitar su uso hasta el último momento, pues significaba causar a doña Asunción aún más sufrimiento del que llevaba ya padecido, y un peligro para el niño, en caso de que aún siguiera con vida. Pero no era posible esperar más.

Inclinándose entre las piernas de la dama, hizo señas a la comadrona de sostenerle los brazos y se dispuso a comenzar la ingrata tarea.

La lluvia comenzó al dar las dos. Mercedes vio caer las primeras gotas sobre las hojas oscurecidas de los malvones que bordeaban la ventana, las oyó caer, gordas y pesadas, en el techo de la galería que rodeaba el patio.

El momento estaba allí, por fin. Con la frente apoyada en el vidrio, pensó vagamente en los momentos que se aguardan y se viven tantas veces por anticipado que, cuando finalmente llegan, conservan todavía la irrealidad de un sueño.

Esa noche había acostado a Josefa como de costumbre, después de asistir a su temprana cena. Había visto caer sus párpados casi de inmediato en la dulzura del sueño infantil, y había depositado un largo beso en la mejilla sedosa musitando en su oído: «Es la última vez que duermes en esta cama que no te pertenece. Mañana serás libre, hijita mía amada. Duerme feliz, que en pocas horas te sacaré de aquí». Segismundo se había retirado a su cuarto poco después de medianoche, como invariablemente hacía desde el regreso de Europa. Hacía tiempo ya que no compartía su lecho durante toda la noche, desde aquel primero y horroroso año de recién casados. Mercedes cerró los ojos y se sacudió el recuerdo con un escalofrío.

Su pensamiento volvió a escaparse hacia Percy. En este momento, también él estaba como ella, despierto y alerta, sus destinos enlazados. Su vida juntos había comenzado.

Imaginó la figura de Percy en la oscuridad, aguardando, oyendo el sonido de la misma lluvia. Pensó en las gotas deslizándose sobre los azulejos pintados del aljibe del patio en casa de sus padres, pensó en la mirada castaña de Percy siguiendo su trazo en la inquietud de la espera. Vio las mismas gotas dibujando otras formas en las macetas de su ventana, en el vidrio que la separaba del patio de la casa de los Echeverría, la casa que estaba a punto de abandonar para siempre.

* * *

Sólo unos pasos más. Sólo unos segundos más, y todo habrá terminado. La puerta de la habitación de Josefa. La ventana de la habitación de Josefa, que da a la calle. La ventana abierta, rápida, silenciosamente. Se tarda más en pensarlo que en hacerlo. Detrás de la ventana, Percy. Josefa en mis brazos, Josefa en brazos de Percy, el baulito a través de la ventana, mi mano en la de Percy, la calle. El coche. Las calles, adiós, Buenos Ayres, adiós, casas bajas y feas. El puerto. Los ojos de Percy, nuestros cuerpos húmedos por la lluvia, su abrazo tibio, el sueño ininterrumpido de Josefa, sus pestañas negras sobre las mejillas redondas, despertará lejos, será libre, seremos libres por siempre. Junto a él. Sus brazos alrededor de mi cuerpo en cada noche del resto de mi vida. Te amo. O Dios, te amo más que a mi vida, porque me devuelves la vida. Por ti.

Las sombras de la casa dormida no se alteran con el paso sigiloso de Mercedes, no se inmutan con el eco de los pensamientos que retumban en su cabeza. Finalmente el picaporte redondo y lustroso del cuarto de Josefa, no más soñado, sino real, frío y resbaloso bajo su mano. Los pasos sigilosos en la oscuridad del cuarto, la ventana.

Estoy abriendo la ventana, es cierto, ya no lo estoy soñando ni pensando. Percy, su abrazo verdadero, bajo la mortecina luz del farol de la calle. Está ocurriendo. Al fin está sucediendo.

Percy trepando al balcón bajo, Percy dentro de la habitación. La vista se acostumbra a la oscuridad, las sombras se aclaran levemente con el lejano resplandor de la calle.

El chasquido seco de la puerta que se abre. La luz del candelabro que inunda la habitación. La mano que sostiene el candelabro.

* * *

El aire se inmovilizó, congelando las tres figuras enfrentadas en la dureza carente de expresión de una escultura medieval. Después, mucho tiempo después, la voz de Segismundo.

—Déjeme solo con mi esposa, señor Thompson.

La mano de Percy en la de Mercedes, el tono firme y bajo de su voz.

—Lo lamento, señor Echeverría, pero no puedo hacerlo.

El rostro de Segismundo se endureció en una mueca de supremo sarcasmo.

—Es mi deber recordarle, señor Thompson, que está usted en mi casa, y que Mercedes es mi esposa. Aguarde usted en el salón contiguo. Cuando termine de hablar con mi mujer, ella estará libre de ir a reunirse con usted.

La mirada de Percy se dirigió al rostro de Mercedes, cuyos ojos estaban clavados en el lecho vacío de su hija. La voz de Segismundo masticó las palabras.

—Estoy esperando, señor Thompson.

Sin apartar la vista del rostro demudado de Mercedes, Percy se volvió y se dirigió lentamente hacia la puerta.

—Estaré afuera, Mercedes —su voz era suave como una caricia.

Mercedes lo miró salir y se volvió a su marido con un sollozo en la voz.

—¿Dónde está Josefa?

—Mi hija no está en la casa. He decidido enviarla fuera durante unas semanas. Pero no debes preocuparte por ella, está bien cuidada y feliz. Regresará a su debido tiempo.

Mercedes se dejó caer en la cama de la niña y sollozó, cubriéndose el rostro con las manos. Su cuerpo, tembloroso en la violencia de su llanto, se mecía hacia atrás y hacia adelante en un vaivén desesperado. Segismundo la observó con el rostro contraído de odio.

—Te burlaste de mí una vez. ¿Cómo pudiste creer que iba a permitir que lo hicieras nuevamente?

Mercedes levantó hacia él el rostro congestionado. Su voz cargada de llanto gritó las palabras, enronqueciéndose hasta quebrarse.

—Yo no me burlé de ti. Fui obligada a casarme contigo contra mi voluntad. Mis padres no me dejaron otra opción. Era el único modo de conservar a mi hija. Jamás tuve intención de agraviarte —los sollozos volvieron a sacudirla—. Yo sólo quería proteger a mi hija.

Segismundo caminó hasta detenerse frente a ella.

—Hicimos un trato, Mercedes. Yo aceptaría a tu bastardo y le daría mi nombre, lo criaría como a hijo propio. Y tú serías una esposa intachable —hizo una pausa—. Una esposa de la que nadie podría decir una palabra sin levantar una calumnia.

La lluvia había cesado, y un silencio profundo caía sobre la casa, interrumpido a intervalos por el golpeteo irregular de las últimas gotas rezagadas.

—Yo cumplí mi palabra. Sólo me resta esperar que cumplas la tuya. Eres mi mujer y Josefa es mi hija, y así será hasta que Dios disponga de tu vida o de la mía.

Mercedes no dijo nada. Sus ojos se habían secado, convirtiéndose en dos pozos opacos sobre la intensa palidez de sus mejillas.

—Podría amenazarte con la prisión o la muerte. La mujer adúltera es el peor enemigo de la ley. Podría encerrarte, incluso matarte para impedirte salir de mi casa para seguir a otro hombre, y todas las leyes me respaldarían — volvió a detenerse, y luego agregó—: Puedes, sin embargo, elegir marcharte. No te detendré. Pero Josefa se queda. Mi madre y yo la educaremos como consideremos conveniente, y crecerá sin echar de menos a la madre que renegó de ella y de su padre.

Después de un momento añadió:

—Pero recuerda, si te marchas, todas las leyes están de mi parte. No verás más a Josefa.

El silencio los envolvió junto a la ciudad dormida. Las lágrimas se secaron sobre la piel de Mercedes, que permaneció inmóvil bajo la mirada redonda y fría de las muñecas de su hija, alineadas sobre el respaldo del sofá. Un enorme cansancio la invadió, convirtiendo sus brazos y piernas en masas de plomo inerte. El reloj marcó la media de alguna hora desconocida y absurda. Mercedes pensó en las horas deslizándose hacia el mañana o el ayer, hacia el nunca más, pensó en el tiempo, en la medida del tiempo, en un mundo sin calendarios ni relojes. Pensó en las horas humanas, dolorosamente largas o absurdamente breves, en el ridículo intento humano de parcelar, de ejercer algún tipo de control sobre el paso del tiempo. Pensó en el miedo humano ante él, porque lo conduce inexorablemente a la muerte. Pensó que Percy aguardaba en la habitación vecina, pensó que debía salir y verlo por última vez, pensó que una vez que lo hubiera hecho toda marcación humana temporal carecería de sentido.

Se puso lentamente de pie. Una fatiga enorme le aplastaba los hombros, le opacaba la piel. Segismundo no la miró cuando salió del cuarto y cerró la puerta tras de sí.

* * *

Los brazos de Percy. El roce de su barba húmeda contra su mejilla seca. El aroma de su piel, de sus cabellos, del cuello de su abrigo. La mirada enorme,

profunda, la comprensión muda en su mirada castaña. La sinceridad de su amor tangible, sin pasado ni futuro, pero casi corpóreo en la intensidad de su presente. Su contacto. Su cercanía, su presencia. La certeza de la pérdida, la certeza del dolor.

La comunión de sus mentes y sus almas, más difícil de quebrar que la necesidad física.

El dolor inconmensurable de dejarlo ir. El miedo al dolor. La insensibilidad. Los brazos flojos. La mirada vacía. La profundidad negra, infinita, llevándose la despedida y el adiós, comiéndose la imagen del rostro amado de Percy.

* * *

La mirada de Mercedes. El amor y la derrota en sus ojos oscuros, su mirada subiendo hacia él desde el fondo de un pozo sin luz y sin salida.

«Methinks I see thee... as one dead in the bottom of a tomb». (7)

Las palabras sonaron tan claramente en sus oídos como si ella las hubiera gritado en lugar de dibujarlas con sus labios contra su mejilla. Su esfuerzo silencioso y desesperado por ahogar el dolor se adhirió a su piel, lastimándola.

El calor de sus cabellos lisos y suaves bajo sus labios. La agonía de ver un destino de sombras escrito en su frente pálida. La impotencia de tener que dejarla atada a él. La conciencia de ambos de la inutilidad de intentarlo.

La humedad de sus palmas frías como las de una muerta.

Las manos vacías de ambos. El eco de los pasos, y la luz lejana del amanecer despertando los jazmines en el patio.

El empedrado mojado, la frescura del viento limpiando el cielo de nubes, haciéndolas correr al infinito. El coche, los caballos, el silencio de las calles vacías. Las últimas casas de Buenos Ayres, el olor del puerto.

La lejanía, y el comienzo del recuerdo.

7. «Me parece verte... como un muerto desde el fondo de la tumbó» (*Romeo y Julieta*, William Shakespeare).

Doña Asunción Thompson de Saavedra dejó de existir a las cinco y treinta de la mañana del veintisiete de noviembre del año del Señor de mil ochocientos treinta y dos, tres horas después de dar a luz a un niño varón muerto. La causa de su muerte fue una hemorragia acompañada de fiebre puerperal que se presentó súbitamente cuando el doctor Jiménez comenzaba a concebir esperanzas de su recuperación, en vista de que había resistido al largo y complicado proceso de la extracción del niño por medio de fórceps.

La luz de una mañana fresca después de la noche de lluvia comenzaba a iluminar las ventanas cuando Dominga, acompañada de la mulata Matilda, se arrodilló junto al lecho de su ama y comenzó una larga letanía de avemarías. Doña Asunción, con el pelo peinado en dos prolijas trenzas que caían sobre su pecho, descansaba sobre sábanas limpias, con el rosario de coral entre los dedos cruzados sobre el pecho. La comadrona se había retirado llevándose el cuerpecito del niño, al que don Octavio había besado con pena después de hacerle la señal de la cruz sobre la frente.

Amalia, pálida y desgredada por el súbito despertar, temblaba de pies a cabeza frente al cadáver de su madre, sin decidirse a unirse a las plegarias de Dominga. Julián se presentó con un manojo de velas, que entregó a Dominga antes de santiguarse y desaparecer nuevamente en el pasillo.

El doctor Jiménez, con el rostro envejecido por la larga noche sin sueño, bebía en silencio una taza de chocolate caliente junto al viudo dueño de casa. De pie frente a la ventana, don Octavio observaba la calma del patio donde los gatos pisaban cautelosos sobre mosaicos todavía mojados.

—Tendré que mandar aviso a mis hijas —dijo con un suspiro, volviéndose hacia el doctor—. Ya es casi de día. Habrá que comenzar los preparativos para los funerales.

El doctor no dijo nada. Recostándose en el asiento, sacó un pañuelo del bolsillo y se limpió los restos de chocolate del bigote.

—También tendré que enterarlas del fallecimiento del marido de Sofía.

Temo que nadie podrá viajar a Córdoba a acompañar a mi hija en este trance —agregó después de unos minutos de reflexión.

Don Octavio se volvió una vez más hacia el patio y agregó con acento triste:

—Dos muertes en la misma semana, el niño malogrado y mi hija Sofía enferma de fiebres... Dios parece haberse olvidado de nosotros.

El doctor se puso de pie y se acercó al dueño de casa, palmeándole el brazo.

—No debo hablar así —protestó don Octavio apartándose de la ventana—. A mi pobre Asunción no le gustaría.

Sirviéndose una segunda taza de chocolate, dijo:

—La pobre siempre fue muy piadosa —suspirando, agregó—: Fue una excelente esposa. Que Dios la tenga en su gloria.

Sentada en el saloncito, Mercedes permaneció inmóvil en la penumbra de la noche que se volvía tímidamente día. Una rama de naranjo golpeaba los vidrios de la ventana, impulsada por el viento que se llevaba los resabios de tormenta. Los ojos de Mercedes, abiertos, no pestañeaban.

«Methinks I see thee... as one dead in the bottom of a tomb...» (8)

Como un mantra, sonaban en su cabeza las dos líneas angustiosas, insistiendo en escaparse de ella para adueñarse de la habitación entera, de la casa, de la ciudad, del mundo. Cada palabra se dibujaba en la sombra de los rincones, crecía ante sus ojos, danzaba en el aire helado de la habitación para luego enroscarse sobre sí misma y huir por la ventana.

Finalmente el eco de la última sílaba murió a lo lejos y la habitación quedó vacía. Entonces Mercedes pudo contemplar el resto de su vida, avistar la enorme vastedad desierta que se extendía frente a ella, oír el silencio de mil noches sin voz.

Las sombras empezaron a aclararse. Un rayo de sol se deslizó dentro del cuarto y devolvió los colores a la porcelana de los floreros y al brocado español de los sillones.

La figura estática de Mercedes no se inmutó bajo la claridad del día que se anunciaba. Dos golpes en la puerta precedieron la entrada de Feliciano, su criada personal. Sorprendida al encontrar a su señora en la semioscuridad, se apresuró a abrir las ventanas e informarle que acababa de llegar un criado de casa de sus señores padres, con un recado para la señora.

Mercedes no respondió ni la miró. Titubeando, Feliciano depositó el sobre frente a su ama y se volvió para marcharse. Al llegar a la puerta se detuvo y anunció tímidamente que el amo había ordenado servir el desayuno temprano, y que ya todo estaba dispuesto, si la señora gustaba acercarse al comedor.

8. Ver nota anterior.

Buenos Ayres, 27 de noviembre de 1832

Mi amada hija:

Es con gran pesar que me ocupo del doloroso deber de ofrecerte mis más sinceras condolencias por la muerte de tu esposo, de la que acabo de tener noticias. Me es muy sensible que hayas perdido a un amigo irreparable, y te invito a poner en ejercicio la moral y fortaleza cristianas necesarias para soportar con resignación y tranquilidad una pérdida de tal magnitud.

Mi deber se hace aún más penoso, porque me veo en la obligación de añadir más dolor al que ya padeces. Pero no puedo postergar el momento de informarte del fallecimiento de tu madre, ocurrido hoy en horas de la madrugada. Debo, por lo tanto, excusarme con pesar por mi imposibilidad de acudir a tu lado y acompañarte en este trance, encontrándome obligado a permanecer en Buenos Ayres para despedir a tu apreciable madre. Te ruego hagas partícipe de mis condolencias y respetos a la familia de tu pobre esposo.

Te suplico seas fuerte, hija mía, en estos momentos en que las aflicciones nos rodean y Dios parece habernos dejado de su mano. Pero es menester recordar, mi querida, que Él jamás se olvida de nosotros, y respetar y aceptar su voluntad, que siempre es sabia. Me uno a tu dolor, que es el mío, para rogarle que nos dé paciencia y conformidad ante estos grandes sufrimientos que se ha servido enviarnos. Recibe la bendición de tu padre,

OCTAVIO SAAVEDRA

* * *

Córdoba, 5 de diciembre de 1832

Apreciable y respetado amigo:

Con el corazón abrumado de pesar me dirijo a usted en respuesta a su correspondencia del 27 de noviembre dirigida a su hija Sofía, la que obra en mi poder por haberme rogado mi pobre hija ocuparme de una tarea para la cual ella carece de fuerzas.

En momentos como el presente, es difícil para un padre dolorido intentar consolar a un amigo como usted, agobiado a su vez por la pérdida de su excelente compañera de la vida. Sírvale a usted de consuelo saber que la inmensidad de mi pesar ante la injusta muerte de mi hijo Mariano acompaña y comparte la irreparable pérdida que le toca a usted sufrir a su vez.

Nuestra pobre Sofía se recupera lentamente, pero el médico ha recomendado un largo período de reposo en vista de su delicado estado. Todos seguimos rogando a Dios que le dé las fuerzas necesarias para sobrellevar este doble dolor que hoy le toca vivir. Quiera Él que recupere prontamente su salud, y que tanto ella como el hijo de mi pobre Mariano salgan airoso de tan injusta prueba.

Mi esposa, mi hijo Domingo (quien acaba de regresar de Europa luego de seis años de ausencia, para encontrarse con estas terribles desgracias) y yo agradecemos profundamente sus sinceras condolencias, a las cuales retribuimos tristemente las nuestras. Quiera Dios dar gracia eterna al alma de nuestros queridos muertos, y a nuestras almas la paz de la resignación.

Queda de usted suyo afectísimo,
q.b.s.m.,

D. JUAN JUSTO ANDRADE

Esquela mortuoria entregada en mano y publicada en *El Diario de la Tarde* del 28 de noviembre de 1832:

D^a ASUNCIÓN THOMPSON DE SAAVEDRA
(Q.E.P.D.)

FALLECIÓ EL 27 DE NOVIEMBRE DEL AÑO 1832.

SU ESPOSO DON OCTAVIO SAAVEDRA, SUS HIJAS Y FAMILIA
SUPLICAN A USTED SE SIRVA ACOMPAÑARLES A ROGAR A
DIOS POR EL DESCANSO ETERNO DEL ALMA DE SU
QUERIDA DIFUNTA, OBSEQUIO AL QUE QUEDARÁN MUY
RECONOCIDOS. EL FUNERAL SE CELEBRARÁ EL VIERNES 30
DEL CORRIENTE A LAS 10 DE LA MAÑANA, EN LA IGLESIA
DE SANTO DOMINGO.

NOTA: EL DUELO SE CUMPLIMENTARÁ EN LA PUERTA DEL
TEMPLO.

Buenos Aires, 2010
Verano

Sentada en la penumbra del balcón a medias iluminado por la luz proveniente del living, Cecilia contempló la noche que envolvía la ciudad. Miles de ventanas se abrían como ojos sobre el contorno oscuro de los edificios, revelando un chispazo furtivo de la vida anónima de sus habitantes. Otras se cerraban ocultando celosamente el sueño o la vigilia de otros tantos. En muchas, el brillo movedizo del televisor iluminaba la penumbra con resplandores fugaces.

Cecilia se esforzó en distinguir alguna escena a través de las ventanas más cercanas. Su pensamiento voló hacia Pablo, su figura recortada en el recuadro iluminado de alguna otra ventana anónima y lejana, sus historias enlazadas a través de la ciudad indiferente. Pensó que sus historias ya no estaban enlazadas y que nunca más lo estarían, y era mejor así. En realidad nunca lo habían estado, aunque ella se hubiera esforzado en creerlo. Estaba ella, Cecilia, con su propia ventana y su propia historia por reescribir.

Una sombra de melancolía descendió sobre ella, dejándola desamparada frente a las vidas que se encendían en la ciudad. Pensó en tortas de chocolate espesas, en cucuruchos de helado crujientes de cerezas y nueces, y el vacío y la angustia se acentuaron en su interior. Poniéndose de pie, entró a la cocina, llenó una jarra de agua y regó despaciosamente las macetas del balcón. Después fue a la heladera y se sirvió un vaso de jugo dietético con mucho hielo.

No tenía sueño, era temprano todavía. Con el vaso en la mano volvió al balcón y se tendió nuevamente en la reposera, acariciando el cuero marrón del cuaderno que estaba junto a ella, sobre la mesita. En los edificios más cercanos varias ventanas se habían apagado, oscureciéndolos. Encendiendo la lámpara que estaba sobre su cabeza, abrió el cuaderno y se sumergió en la lectura, confundiendo su melancolía con la de Mercedes.

La noche siguió avanzando, apagando el rumor del tráfico lejano. Cecilia se quedó dormida en la reposera y el cuaderno resbaló sobre su falda, abriéndose. La luz amarillenta del balcón iluminó la fecha que encabezaba la página: 17 de marzo de 1843. La caligrafía grande y alargada de Mercedes, menos despereja que la de los primeros cuadernos, se extendía sobre el resto de la hoja.

«A veces, cuando pienso en Percy, sus rasgos no acuden a mi memoria. Su recuerdo se compone de sensaciones, de sonidos, de impresiones. Intento traer a la memoria el color de sus ojos y dudo, pero sin embargo recuerdo vivamente su mirada en los míos, el calor que se derretía en mi interior al sentirlos sobre mí. Sus facciones se pierden, la forma de su nariz, de su frente, pero vuelve a mí el aroma de su cuello y la cálida protección de sus brazos en torno a mi cuerpo, el roce de su casaca contra mi mejilla.

»Sé que si lo viera todo él volvería a mí, y el tiempo desaparecería uniendo su presencia a mis recuerdos. No he dejado de amarlo. No puedo ni deseo hacerlo. Es mi único y precioso recuerdo placentero. Sigo hablando con él en las horas lentas, en las noches sin sueño. Dibujo una historia diferente para nosotros, recupero los años vacíos y los lleno de él, de recuerdos no vividos...».

Una brisa súbita agitó los cabellos de Cecilia alrededor de su rostro dormido y las hojas del cuaderno abierto sobre sus rodillas. Las páginas temblaron, volviéndose como impulsadas por una mano invisible, mostrando de tanto en tanto retazos de la escritura que las cubría.

«Me digo que soy afortunada. Hay tantas mujeres que no han conocido el amor, mujeres como mi madre, casadas por deber con desconocidos que nunca llegaron a amar. Pero el consuelo es pobre y breve. Me pesa mi vida estéril, me duele contemplar el futuro, penoso, vacío de esperanza. Es tan difícil vivir sin sueños.

»Mi último sueño se alejó con Percy, aquella madrugada lejana. Ese día reconocí y acepté el fracaso de mi vida.

»Doy gracias a Dios por mi hija. Josefa es casi una joven, hermosa como yo nunca lo fui; como su padre, poderosamente atractiva. Destella vida y color, deslumbra con el brillo de sus enormes ojos y la risa de su boca roja y ancha. Se transforma rápidamente en mujer bajo sus ropas de niña, y su mirada desmiente la inocencia de las trenzas que lleva todavía. A veces me asusta su fuerza, su avidez, la sensualidad innegable que provoca miradas que su corta edad debería ahuyentar. Pero no debo preocuparme. Segismundo la vigila estrechamente, y siguiendo sus órdenes, miss Levington no se aparta jamás de su lado. Mi marido planea para su única hija un futuro brillante, el más alto de los matrimonios, y lo conseguirá.

»Josefa será feliz, debe serlo. Si no fuera así, mi sufrimiento habría sido

inútil, desperdiciado. No la culpo: mi hija no es responsable de su nacimiento ni de mi renuncia, mucho menos de mi cobardía. Yo escogí este camino, nadie más que yo debe pagar por ello. Pero necesito tanto su amor. Ese cariño caprichoso y frívolo que, como el de Mariano, sólo consigo apresar en esporádicos, maravillosos instantes.

»En cambio, mi amor por ella es absoluto, inenarrable. Josefa da sentido a mi existencia, es lo único que me resta. Ella y los libros, miles de libros prestándome historias, llenando las horas vacías de mi ajetreada vida de señora de alta alcurnia. Alejándome misericordiosamente de un mundo al cual, con la inevitabilidad de la muerte, siempre es necesario regresar».

«En ocasiones intento reconciliarme con mi existencia y conmigo misma. Me digo que el destino ha sido más benévolo conmigo que con otros miles de seres, cuyas vidas nunca conoceré. Sé que hay mucho dolor en el mundo, porque los libros lo trajeron hasta mí. Pero de alguna manera el sufrimiento ajeno y desconocido se despinta, se vuelve tan irreal como las historias de las novelas viejas. Intento imaginar el hambre, el sufrimiento físico, el frío, padecimientos todos que me fueron ahorrados, que me son extraños. Sé que debería regocijarme por ello. Pero esta vida cómoda y muelle me es propia y natural. No he conocido otra, y es difícil dar gracias por lo que siempre hemos dado por sentado.

»Sin embargo, sigo buscando. Busco desesperadamente un pensamiento que me devuelva un minuto de paz. Daría años de mi vida por un instante de lo que se llama felicidad. Me aferro a mi hija, abrumándola con un cariño que la ahoga, intento llenar con ella horas que se vacían sin remedio. Siento que se aleja de mí, que la mujer ha reemplazado a la niña que buscaba refugio entre mis faldas...».

«Hay días en que disfruto de mi melancolía, ese suave y perezoso *laissez-faire* en el que se deslizan mis días. Me repito que pese a todo no debo quejarme de mi suerte. Nadie me ama pero tampoco me odia o interfiere con mi voluntad. Segismundo ya no me molesta, simplemente me ignora. Hace años que abandonó mi lecho para siempre. Supongo que su odio se extinguió en alguna de esas penosas noches en que la búsqueda de placer y venganza no le dejó más que hastío. O tal vez su deseo desapareció aquella mañana en que vio el miedo en mis ojos, la mañana en que supe que Mariano estaba muerto. Cuando tuvo la certeza de que nunca más me atrevería a intentar irme

de su lado.

»A veces permanezco en mi cuarto hasta la hora del almuerzo; otras, vago por la casa y los patios ignorando la mirada de Azucena y los criados, que no se habitúan a mi paso silencioso e inesperado por las habitaciones. Tomo un libro y leo, leo hasta que me queman los ojos, o me siento al piano y toco durante horas las melodías de mi adolescencia, de cuando fui feliz sin saberlo.

»Un día es igual a otro y al que sigue. Hay cielos azules y grises, resplandores tibios en el patio y ráfagas frías que atraviesan los vestidos, jornadas que se acortan y se alargan a un ritmo que no conozco ni advierto. Y a veces, entre las páginas que se confunden ante mis ojos, mi persona y mis recuerdos se desdibujan y se hacen parte de un libro tan real o irreal como los otros. Entonces todo pierde importancia, hasta el dolor de recordar.

»Mi vida está llena de horarios y comidas, visitas, caras nuevas y viejas interrumpiendo la duermevela que me arrastra de una noche a la otra. Entonces me visto, hablo, saludo y sonrío, pero también mis gestos y mi voz se alejan de mí para instalarse en una historia que contemplo desde afuera, desde mi propio tiempo. Y entonces, por un breve intervalo, se hace fácil vivir.

»Pero siempre vuelven los demonios, mordiendo con saña, desgarrando viejas cicatrices. Y vuelvo a sufrir por lo que fue y lo que no fue, por lo que ya nunca será, por los infinitos *sólo si* que perdieron la pasión y hasta el sentido...».

Una nueva ráfaga de viento levantó el vestido de Cecilia, que se incorporó con un escalofrío. Poniéndose de pie, se frotó los ojos y recogió el vaso vacío y el cuaderno, llevándolos al living. Con lentitud adormilada, cerró la puerta ventana que daba al balcón y se dirigió al dormitorio.

Buenos Aires, 2011

«Desde que comencé a pintar hay tantas cosas que han perdido importancia. De repente, al permitirme hacerlo, he descubierto un mundo diferente dentro de mí. A veces cierro los ojos y me veo llena de colores, de sombras, de imágenes esperando salir. Entonces tomo el pincel y pinto, pinto hasta que la tela se parece a la imagen encerrada en mi interior... y cuando al fin lo consigo... ¿cómo explicártelo? Creo que la palabra es felicidad. Sí, lo que experimento entonces tiene que ser la felicidad.

»Y salgo a la calle con la luz naranja llenándome, riéndose conmigo de mil cosas que solían ser escollos insalvables.

»Me pregunto cómo hice para vivir sin pintar. Ahora me parece comprender mejor el vacío de mi vida, el vacío que intenté llenar con Pablo y la comida. Sé que no fue esa la única razón, hubo muchas otras cosas. Pero ya no importa.

»¿Sabés? El orgullo que siento por haber logrado salir de todo eso es mayor que mi vergüenza por haberlo vivido. Porque he sido fuerte, ¿verdad que sí?».

* * *

«Hoy se fueron los albañiles, al fin, y pude empezar a poner todo en orden. Ayer compré plantas para el patio. No es muy grande, así que voy a poner pocas macetas, para tener más lugar... Pienso pintar allí cuando haga buen tiempo.

»Todavía no invité a mamá a conocer mi casa. Puso el grito en el cielo cuando se enteró de que iba a vender el departamento... Dijo que era una locura comprar una casa vieja que necesitaría mil reformas, viviendo sola y teniendo un departamento coqueto y moderno en una de las mejores zonas de Buenos Aires. Coqueto y moderno, eso fue lo que dijo. Habla como los

empleados de la inmobiliaria.

»Dijo que era tirar la plata, eso de ponerse a remodelar una casa que se caía a pedazos. En realidad tiene miedo de que yo desperdicie mis ahorros y no pueda seguir bancando sus caprichos.

»Pero la casa no era cara, no está bien ubicada y eso bajó mucho el precio, tuve suficiente para la compra y las reformas con el dinero de la venta. Ni siquiera toqué mis ahorros.

»Son para mi viaje, sabés.

»Y la casa no se caía a pedazos. Es muy linda, y va a ser mejor cuando termine de arreglarla. ¡Y es mía! Bueno, el departamento también era mío, eso fue una buena cosa que Pablo hizo por mí..., pero no me gustaba realmente, ya te lo dije. Me gustaban mis muebles y mis antigüedades, pero no el departamento con sus paredes blancas y asépticas. Nunca tuve la fuerza o la decisión para cambiarlas... a Pablo le gustaba así.

»Sé que voy a estar bien en la casa nueva. Yo la elegí, yo elegí el color de las paredes, yo cambié los azulejos del baño.

»¿Sabés? Cuando cerré la puerta del departamento y entregué las llaves al nuevo dueño, sentí como si saliera de una cáscara, como los pollos cuando nacen. Como si estuviera encerrando allí un montón de cosas que ya no sirven ni vale la pena recordar...

»A mamá no le va a gustar mi casa, ya lo sé.

»Y a decir verdad, tampoco me importa.

»Bueno, no tanto...».

* * *

«Hoy quiero hablar de mi cuerpo.

»Creo que estoy empezando a quererlo... Es como si..., como si me hubiera liberado de una esclavitud, sí, esa es la única palabra que se me ocurre para definirlo. O sea... mi cuerpo era algo con lo que no podía contar. Todo dependía de él: mi día, mi humor, dependían de mi vientre hinchado o liso, de mi piel, que se ponía verdosa por ayunar o vomitar.

»Pero ahora sé que puedo confiar en mi cuerpo. Está ahí, como es, hoy y mañana, coma lo que coma, haga lo que haga. Me responde. Duermo ocho horas y me siento bien, tengo energía durante el día, casi no tengo más palpitations ni mareos ni calambres en las piernas.

»Además, estoy más linda. Me da vergüenza decirlo, pero es la verdad.

Tengo el cutis limpio, los ojos y el pelo más brillantes...

»Hace algunos días me miré al espejo, desnuda. No lo había hecho por años y años, y pensé que no soy tan fea como piensa mamá... Es cierto que no soy muy alta, y que mis piernas no son delgadas... Pero no es malo que mis pechos sean tan grandes y pesados, aunque mamá diga que no hay ropa que me quede bien. En realidad el busto grande está de moda, y a los hombres les gusta. A Pablo le gustaba mucho.

»Pensarás que soy una frívola estúpida, seguro. Pero cuando una ha vivido odiando el propio cuerpo, es una gran liberación empezar a quererse un poco...

»Estoy feliz, ¿sabés? Y te lo quería decir. Ya no tengo miedo a salir a la calle. He empezado a hablar con la gente. He empezado a tener cosas que decir.

»Y creo que mucho de eso te lo debo a vos.

»Bueno, sí, ya sé que fui yo misma la que se dio cuenta de las cosas, que todo lo logré yo, por mí misma. Pero vos me ayudaste.

»¿O no? Podría haber sido cualquier otro profesional, seguro que sí... Pero fuiste vos.

»Y quería decirte: Gracias.

»¡Ah! Nunca te conté. La voz... se ha ido. En serio. Desapareció. Así, como te lo digo... como si nunca hubiera existido...

»La hoguera ya no será necesaria, ya... después de todo, creo que ya he tenido mi ordalía de fuego, en cierta forma...».

* * *

«Claro que hay días malos. Muchos. Pero todo el mundo los tiene, ¿no?»

»Hay veces en que quiero dejarlo todo, me aburro del esfuerzo, me abruman los cambios, el paso adelante que me obligo a dar cada día. En esos días, cuando todo vuelve a hacerse cuesta arriba y la soledad me aplasta como una piedra más grande que el mundo, me acuerdo de Mercedes. Hay un párrafo en su diario que me golpea cada vez que llego al final de su historia, que recuerdo sílaba por sílaba:

»*“Ahora, mirando atrás, reconozco mi debilidad y mi miedo. La conciencia de la propia cobardía duele, lastima más que el fracaso. Ahora sé que había tanto por hacer cuando yo lo creía todo perdido. Mi vida podría haber sido útil, provechosa para alguien, si no para mí misma. Sé que me*

refugié en mi mundo cómodo y yermo por temor. Porque siempre es más fácil dejar pasar la vida. Porque el intento trae aparejada la posibilidad del fracaso.

»*”Siempre se puede. Ahora lo sé. Es la sabiduría estéril que me dejaron años de lectura y reflexión, la inútil sabiduría del que vivió mirando la vida desde afuera. Porque era más fácil que arriesgarse a vivir”.*

»Y sé que es cierto. No quiero mirar atrás un día y pensar en todo lo que pudo ser. No es tarde. En realidad nunca lo es, aunque Mercedes lo creyó así alguna vez.

»Ya tengo un largo ayer al que no me gusta mirar. Quiero un mañana, quiero muchos mañanas brillantes que serán un día recuerdos a los que podré volver los ojos con placer y nostalgia.

»¿Sabés? Mis días han vuelto a llenarse de colores».

* * *

«Hay una chica nueva en la oficina. Otra secretaria, empezó la semana pasada, y compartimos el escritorio. Llegó el lunes con un vestido floreado suelto y sedoso, como le gustan a Pablo.

»¿Por qué carajo no puedo dejar de comparar todo con lo que le gusta a Pablo? Me da rabia.

»Es un poco más baja que yo y algo gordita, pero no parece preocuparle. Me sonrió al sentarse al escritorio. Uno de los jefes me la presentó y me pidió que la pusiera al tanto del funcionamiento de todo. La mañana se nos fue en eso, y cerca de la una me preguntó si podía salir a almorzar conmigo.

»Dije que sí y me incliné para acomodar mis cosas. No quería que me viera la cara. Es la primera vez que alguien me propone salir a almorzar, desde hace diez años, cuando empecé a trabajar en la oficina. Aquella vez no pude aceptar, por supuesto, y pronto todas se olvidaron de mí, de la figura silenciosa que pasaba la hora del almuerzo inclinada sobre la computadora con una manzana en la mano.

»Es fácil hablar con Marga. En realidad se llama Margarita, pero no le gusta y prefiere que la llamen Marga.

»Caminamos hasta Florida y entramos en un restaurante bastante grande, con plantas colgantes en los rincones. Las mesas tenían manteles rojos y limpios y servilletas blancas almidonadas.

»¿Te molesta que te cuente tantos detalles? Ya sé que todo el mundo sale,

escoge un lugar, se sienta y come. Pero para mí no fue simplemente eso, ¿entendés?

»Sí, ya sé. Estoy siempre a la defensiva.

»Estar sentada ahí con Marga, abrir el menú, elegir la comida, comerla como cualquier otra persona y no salir corriendo al baño después..., creo que nadie que no haya pasado lo que yo pasé pueda entender lo que eso significó para mí.

»En realidad fui al baño al terminar la comida. Porque quería seguir sintiéndome normal, quería pintarme los labios y acomodarme la blusa en la cintura. El estómago está un poco hinchado al terminar de comer. Pero no importa, porque eso es normal.

»Normal, normal, normal. Soy una persona como todas. Ese era el pensamiento que resonaba en mi cabeza mientras tomaba el café y charlaba con Marga.

»Hablamos, ¿sabés? Me contó que vive con su mamá y su hermana menor, pero que ahora que consiguió este trabajo podrá mudarse a un lugar propio. Me preguntó muchas cosas sobre mi nueva casa, sobre vivir sola, cosas así. Me gustó contarle, ¿sabés? También le dije que pinto. ¡Y quiere ver mis cuadros!

»Ya terminó mi hora, ¿no?

»¿Sabés? Hoy no tengo ganas de irme... De veras».

Mamá se sentó en el borde del sillón nuevo de Cecilia sosteniéndose el vestido contra las caderas para no arrugarlo. Cecilia observó el zapato de taco aguja de mamá y pensó que es difícil caminar sobre esos tacos, ella nunca lo había conseguido. Sin embargo, mamá no usaba otro tipo de calzado, ni siquiera de entrecasa, porque siempre odió no ser alta y se acostumbró a ellos desde pequeña.

—¿Qué es eso? —preguntó mamá señalando la tela en la que Cecilia estaba trabajando.

—Una pintura —repuso Cecilia.

Mamá se acercó y levantó el lienzo que la cubría.

—No está terminada.

—No, la empecé el fin de semana.

Mamá se volvió hacia ella, seria.

—¿Es tuya?

Cecilia asintió con la cabeza y sirvió más café en las tazas.

—Entonces es por eso que pediste reducción de horario en la oficina.

El café estaba demasiado fuerte. Cecilia agregó dos pastillas de edulcorante al líquido negro y espeso, «plop, plop».

—Sí, por eso y por otras cosas.

—Menos horas significan menos dinero. Y demuestra falta de responsabilidad y poco interés por el trabajo. Yo jamás rechacé una hora de trabajo. Todo lo contrario. Hora extra que se ofrecía, ahí estaba yo para cubrirla. Pero yo, claro, las tenía a ustedes a cargo...

Cecilia se recostó en el sillón.

—Yo, en cambio, no tengo a nadie a cargo por el momento. Y quiero pintar. Siempre me gustó pintar. ¿Te acordás? Te enfurecía que pasara el tiempo dibujando en lugar de hacer la tarea.

Mamá se asomó al patio y dijo desde allí:

—Bueno, vos sabrás lo que hacés. Ya sos grandecita. Pero yo, en tu lugar,

me preocuparía por conseguir un ascenso y un marido en lugar de encerrarme a embadurnar telas.

Cecilia clavó los ojos en la cucharita de café. Una, dos, tres vueltas en el pocillo. No me importa lo que mamá piense. No voy a dejar que me haga daño.

—No quiero un ascenso, mamá. Ni un marido, por ahora. Quiero hacer lo que me gusta. Y pintar me gusta, me hace feliz.

Mamá estaba examinando las macetas del patio.

—Allá vos. Yo lo digo por tu bien. Ya estás un poco crecidita para jugar a la bohemia. Esta casa vieja, este barrio deprimente...

—San Telmo no es deprimente, mamá. Es antiguo, y a mí me gusta todo lo antiguo. Las cosas con historia. Te lo dije mil veces, mamá, pero no me escuchás.

Dándose cuenta de que estaba gritando, Cecilia cerró la boca de un golpe. Mamá la observó en silencio desde la puerta de la cocina.

—De todas maneras, no tenés por qué preocuparte —agregó Cecilia después de un momento—. No pienso inscribirme en Bellas Artes. Era la carrera que había elegido a los trece años, ¿te acordás?

Mamá seguía sin decir nada. Cecilia pensó que era la primera vez que mamá parecía prestar atención a sus palabras, que ella recordara.

—No, no creo que te acuerdes. Ni siquiera yo lo recordaba, hasta que... Bueno, lo cierto es que por ese entonces yo tenía planeado estudiar artes al terminar el secundario. Pero vos pusiste el grito en el cielo. Dijiste que los pintores eran todos unos vagos muertos de hambre.

—Y es cierto. Salvo unos pocos, contados con los dedos, que llegan a hacer fortuna y a tener un nombre. Pero la mayoría se muere de hambre en el camino.

Cecilia recogió las tazas vacías y las llevó a la piletta de la cocina.

—No creo que yo llegue a aumentar las estadísticas de ninguno de esos dos casos.

Mamá se inclinó a olfatear una caja de té inglés, pero la caja estaba vacía y no olía a nada. Cecilia la había comprado por el diseño, típico de los años veinte.

—No me dijiste si conseguiste la loción.

Cecilia empezó a lavar las tazas.

—No puedo comprarte esa loción, mamá —respondió dándole la espalda—. Tuve muchos gastos este mes, y es demasiado cara.

Mamá se quedó muda durante unos instantes, y después dijo con aire ofendido:

—Es la única que puedo usar, ya sabés que soy alérgica y tengo el cutis muy delicado. No es capricho mío, sino una prescripción del dermatólogo.

Con un movimiento brusco, Cecilia volcó más detergente en las tazas que acababa de enjuagar y empezó a fregarlas de nuevo.

—Mamá, tiene que haber algún producto más barato para reemplazar esa loción. Es importada, y cuesta la mitad de una jubilación básica. Pedile a tu médico que te recomiende otra, alguna que esté cubierta por tu obra social.

—Parecés insinuar que soy yo la que le pido al dermatólogo que me recete productos de lujo. Como si no me hubiera pasado la vida privándome de todo, para que vos y Luciana tuvieran la educación que tuvieron... —dijo mamá con vos seca, descolgando el abrigo—. Pero no te preocupes. Ya la conseguiré yo.

Cecilia le alcanzó la cartera y la acompañó hasta la puerta en silencio, con los ojos clavados en los escalones. Mamá le ofreció la mejilla sin decir nada.

—¿Voy el lunes, como siempre? —preguntó Cecilia dándole un beso.

Mamá asintió con la cabeza sin mirarla y se marchó. Cecilia se recostó contra la pared del vestíbulo, mordiéndose las uñas. Al pasar por el living se enfrentó a su mirada turbada en el rostro enrojecido. Pasándose las manos por el pelo, volvió a la cocina. Mientras guardaba las galletitas que ni ella ni mamá habían probado, advirtió que el lienzo que cubría la tela a medio pintar había quedado sobre la mesa.

Acercándose a la pintura, recorrió con la mirada los contornos de la figura bosquejada en el centro de la tela. Pensó que mamá ni siquiera se había detenido a observarla un instante. Admiró largamente los tonos anaranjados de los cabellos, encendidos en una llamarada fundida con el ocre del fondo. Era un buen cuadro. Tenía vida, destellaba color. Así lo había visto cuando la tela todavía estaba vacía.

—Mamá se lo pierde —dijo en voz alta, volviendo a cubrirlo con el lienzo.

Pero una sombra de melancolía la siguió por la casa, persistente, mientras ponía en orden los pinceles y sacaba del armario la ropa para el día siguiente.

* * *

Como casi todas las noches, Cecilia se dirigió hacia el cajón donde

guardaba, envueltos en papel de seda, los cuadernos que contenían la vida de Mercedes. El contacto del cuero viejo la llenó una vez más de una melancolía agridulce. Levantó con reverencia el último cuaderno. El tono de las páginas se volvía en este más y más sombrío, ya no había casi referencia a hechos cotidianos, lugares ni casi acciones. Parecían haber sido escritas por una mano incorpórea, por alguien que podría haber vivido en Buenos Aires o en el confín del planeta, en 1853 o en cualquier otro azaroso momento del devenir de los siglos. De haberse borrado las fechas que encabezaban las entradas, no se habría podido decir a qué época pertenecían. El mundo y la realidad se habían escapado a la mano que sostenía la pluma, dejando sólo pensamientos, sensaciones reiteradas y dolorosos recuerdos.

Cecilia salió al patio y encendió la luz que había hecho colocar sobre el juego de jardín. Sus manos volvieron una vez más las páginas, mientras la calurosa noche de domingo oscurecía las hojas de las plantas recién regadas. Un rumor lejano de chicharras trajo verano a sus oídos, y Cecilia pensó sin darse cuenta en playas italianas y rasgueo de guitarras en noches sevillanas. Pero su corazón siguió apretado en la desesperanza de la mano fantasma, que continuaba hablando a nadie sobre el papel.

Buenos Ayres, 1853

15 de enero

Todos estamos aquí para algo. Lo dice la Biblia, lo dicen todas las religiones. Quisiera alcanzar la paz de saber cuál es mi misión, mi lugar en este mundo. Mi vida carecerá de sentido hasta saberlo.

A veces me parece haberme reducido a una sombra incorpórea, creo sentir mi espíritu volando lejos de mí. Salgo de mí misma, me observo alejarme y desaparecer hasta fundirme en la nada.

No hay una sola persona en el mundo a quien le importe si vivo o si muero. No quiero estar aquí, en esta casa, en esta ciudad, en esta vida, pero no tengo adónde ir. No existe una mano extendida hacia mí en el mundo entero. La hubo, sólo una vez, pero debí rechazarla.

Fue muy duro admitir que ni siquiera mi hija me quiere. Creo que lo sabía, pero me rehusaba a creer en su indiferencia, intentando disfrazar su desamor con mi cariño apasionado. Le di todo el afecto del que fui capaz. Viví para ella, porque no tenía otra cosa por la cual vivir. Tal vez mi amor está maldito, tal vez yo estoy maldita. ¿Por qué no puedo provocar amor? Sólo puedo sentirlo, doloroso y punzante, sin respuesta. A veces hasta dudo del amor de Percy, ese amor que lo unió a mí brevemente, y que a mí no me abandonó jamás. Pero después me digo que no es cierto. Su amor era verdadero, pero el tiempo y la distancia vuelve absurdo e irreal aun aquello que fue sublime. Y entonces puedo seguir viviendo.

Ahora sé que Josefa es como su padre, vanidosa y frívola, satisfecha de sí misma, sensual pero fría, incapaz de verdadero amor por alguien que no sea ella misma. Sus ojos brillan al hablar de su próximo matrimonio con Miguel Ugarte, de su futura vida en Europa. No hay cabida en sus brillantes planes para mi angustia de perderla definitivamente, de no verla más.

Mejor para ella. Mariano disfrutó su vida, buscó placer en cada uno de sus días. Ahora, mirando atrás, advierto su complacencia con su destino, con su alto nacimiento, con su virilidad, con su belleza física. Con su omnipotencia.

Josefa heredó sus ansias de vivir, la avidez por el goce y los

placeres. No me necesita, no necesita a nadie. Como él, utilizará a quien le proporcione diversión o comodidades, y lo descartará si un día falla en hacerlo.

Me alegro. Al menos ella será feliz, como lo fue Mariano.

* * *

7 de febrero

Josefa se ha marchado. El mar se llevó su risa de recién casada feliz, el brillo de sus ojos abiertos hacia el mundo que la espera, hacia el futuro. Se desprendió impaciente de mi abrazo demasiado largo, demasiado apretado. Vi su pañuelo agitándose en respuesta al saludo de Segismundo y Azucena, hasta que el barco se perdió de vista.

Después volvimos al coche. Segismundo hablaba satisfecho del marido de Josefa, de la sociedad brillante a la que pertenecerá su hija en Europa, y Azucena dejó de llorar y se unió a sus comentarios entusiasmados. Comentaron la sensatez de haber aguardado para casarla. Miguel Ugarte es, sin duda alguna, el mejor partido de Buenos Ayres.

Cuando llegamos a la casa, fui al cuarto que ocupaba Josefa cuando era niña y me acosté en su camita. Hundí la nariz en sus ositos de felpa, en la muñeca sin la cual no lograba dormirse, buscando el aroma de sus mejillas tibias al despertarse de su siesta, ese aroma que me sacudía las entrañas de un amor que reduce al absurdo el que un día sentí por Mariano. Pensé en sus bracitos extendidos hacia mí cuando iba a levantarla en las mañanas, en las preguntas absurdas y repetidas de sus primeros años, en la confianza absoluta de sus ojos de bebé clavados en los míos. Después me dormí.

* * *

Sin fecha

Todo se ha vuelto demasiado penoso. Tengo la impresión de vivir bajo una enorme piedra que me oprime sin dejarme aire ni deseos de

respirar. El dolor pasado y presente se ha vuelto intolerable, y el miedo al inevitable dolor futuro me aplasta, dejándome inerte. La vida es demasiado dura. Ya no puedo engañarme, refugiarme en una piadosa insensibilidad, hace tiempo que no lo consigo. La lucha es penosa e inútil, escasa y escurridiza la recompensa.

Estoy cansada. Cansada de buscar, de esperar, fatigada de correr tras los momentos escasos y efímeros a los que se da el nombre de alegrías. Triste y vacía de no recordarlos siquiera.

* * *

Sin fecha

Es preferible interrumpir esta larga y monótona carrera hacia la nada. No se puede vivir sin esperar ni ansiar.

* * *

Sin fecha

... De todas maneras este cuaderno se acabará pronto, y no voy a comenzar otro. ¿Para qué? Las palabras ya no tienen forma ni sentido, ni siquiera las mías propias. A veces, en las tertulias, me quedo mirando los rostros, las bocas que se abren y se mueven dejando escapar sonidos que no comprendo. Pero después escucho otros sonidos que salen de mis propios labios, y sé que se engarzan con los otros y se comprenden, porque las bocas me sonrían, y no hay estupor ni extrañeza en las miradas.

Siempre creí que la vida tendría un sentido, aunque todo lo demás fallase, mientras estuviera la lectura, que cien vidas humanas no alcanzarían a agotar. Pero hay días en que las manos me pesan para sostener un libro, los párpados me arden y de nuevo las palabras se vuelven absurdas, jeroglíficos de un lenguaje desconocido. Las historias no me gustan ni me sirven. Las palabras de amor suenan huecas, hasta ridículas en su poesía vacía, destinada a morir en el olvido. Los anhelos y las luchas que desvelan a los personajes se me

antojan tan fútiles e intrascendentes como los de las personas que me rodean.

Ni siquiera he vuelto a ver el rostro de mi desconocida amiga flotando sobre mí, acompañándome con la tristeza de sus ojos oscuros, robándose mi soledad por un instante.

También ella me ha abandonado.

* * *

Sin fecha

Quisiera tener el consuelo de creer. Quizás entonces podría salvarme... Pero las iglesias siguen vacías, rígida la madera pintada y el mármol de las estatuas bajo los mantos que mi madre y otras damas augustas bordaron para adornarlas. La seda de las sotanas sigue cubriendo a hombres que, como yo, también intentan huir del miedo y del dolor. Me he arrodillado en el aire frío y oscuro de tantas catedrales, esperando; pero lo único que apretó mi corazón fue la fuerza que siglos de oración y de fe ajena dejaron estampada en la piedra.

Sin embargo, creo conservar algo de la fe que algún día vivió en mí, porque miro la muerte sin temor ni repugnancia. Es difícil imaginar la nada, el no ser, y me resisto por lo tanto a creer que todo acaba en la quietud eterna de la tumba. De una u otra manera, ¿a qué preocuparse? Si así fuera, ya nada quedará de mí para saberlo y lamentarlo. Y si no es así, ¿cuán peor puede ser lo que vendrá? De todas maneras todos y cada uno de los que poblamos los salones de Buenos Ayres sonriendo en cada giro de minué, encontraremos eventualmente la respuesta.

¿Para qué esperar? No temo al diablo de cuernos ardientes ni a las almas encadenadas, ni ansío un cielo de arpas y ángeles de alas blancas. No tengo deseos de deslizarme por los días y los años que me falte vivir en esta espera inútil, desnuda de esperanza y objetivo. Ni siquiera tengo ganas de sostener esta pluma, de seguir hundiéndola en el tintero para dejar mi pobre pensamiento en estas páginas.

Levanto la vista y veo el cielo gris de otoño a través de la ventana. Una rama de sauce sacude sus hojas amarillentas en la brisa fresca que preludia el invierno. Hubo una época, allá a lo lejos, en que el otoño

me llenaba de una paz tierna, en la alegría anticipada de braseros encendidos y tardes de mate y buñuelos de anís. ¿Dónde quedó aquella niña que sentía tanto y temía tan poco? ¿Por qué murieron tan temprano mis sueños?

Sigo preguntándome, con la pertinaz insistencia del idiota, para qué vine a este mundo donde durante tan corto tiempo me sentí a gusto. El padre Ferdinando decía que Dios tiene señalada una misión para cada uno de sus hijos, y es para cumplirla que estamos aquí. Lo decía los domingos, cuando almorzaba con nosotros luego de la misa de una, sentado a la derecha de mi madre, que asentía ante sus palabras. Tal vez mamá encontró su misión en la tierra. O quizás nunca se lo preguntó. Estaba demasiado ocupada bordando manteles para el altar y mantos para las vírgenes de madera dorada.

Yo sigo preguntándomelo, ahora sin angustia ni desesperación, casi sin curiosidad. Es tan triste sentir que se pasó por la vida en vano, como una planta crecida bajo una roca en el desierto, a la que nadie vio jamás ni echó de menos. ¿Cometí yo los errores, o fue mi vida un error? ¿Para qué seguir preguntándome, preguntándolo?... ¿a quién? Ya no busco culpas ni culpables, ni siquiera motivos.

¿Por qué sigo escribiendo?

Tal vez porque nunca me gustaron las historias sin final. Una vez, cuando tenía catorce años, encontré una novela fascinante en el escritorio de mi padre y la llevé a escondidas a mi cuarto. La devoré en una tarde y una noche, y cuando volví la última hoja advertí que el último capítulo había sido arrancado: los hilos de la costura sostenían todavía un resto de papel desgarrado.

¿Pero qué final tiene mi historia? Y aun si lo tuviera, ¿a quién le importa? Cuando era joven, cuando comencé este diario, solía encontrar mi propia vida fascinante, y creo que sin confesarlo ni siquiera ante mí misma abrigaba la esperanza de que algún día alguien leería emocionado sobre mi gloria y mis triunfos. Pero ni la gloria ni el triunfo llegaron, ni tampoco la felicidad, y ya es tarde para buscarlos, hasta para desearlos. Es extraño sentir que no queda en mí deseo ni calor, estoy vacía como una cáscara rota.

El vidrio de la ventana abierta frente a mí refleja mi mirada muerta, un surco profundo a ambos lados de la boca se hunde profundamente en mis mejillas. Es el rostro de una mujer madura, con el cabello

recogido en la nuca en un prolijo *chignon* opaco como sus ojos. Es el rostro de la señora Echeverría, esposa y madre, dueña de los apellidos más respetables de Buenos Ayres y de la residencia más envidiada de la ciudad.

¿Fui débil? Sí, posiblemente sí. Ahora, con el valor inútil que trae la madurez, me digo que las cosas pudieron haber sido diferentes. Temblé y acepté por miedo, por ancestral obediencia mujeril. Pero hasta esta reflexión es ya inútil. Sin duda la historia se hubiera escrito de manera muy diferente si los *sólo si...* pronunciados en la vejez hubieran podido llevarse a cabo.

De todas maneras, nada importa, ni siquiera estas vagas elucubraciones. Estoy tan cansada. Este cuaderno es el último que dormiré en el ático de la casa de mis padres, olvidado, hasta que estas palabras se borren por el tiempo y el olvido. No volveré a tocar la pluma, y también eso ha perdido toda importancia. Me resisto a la idea de quemarlos, porque su existencia es mi única posibilidad de permanecer.

Dormir y no despertar jamás, y saber por fin si hay ángeles o demonios, o si es la nada la que cobija a los que se marchan. Espero que sea esto último. Sería lo más lógico, después de todo. La nada como continuación de la nada, pero una nada menos dolorosa, la verdadera, sin alegría ni dolor.

No lo sé. Lo sabré, como todos, cuando llegue el momento, y entonces podré reírme de los ridículos temores y trabajos de aquellos que sufren y se afanan por expresar una existencia irrisoria, absurdamente breve, comparada con toda una eternidad sin dolor.

Ya basta, estoy desvariando. No hay a quién decir adiós, sino simplemente dejar caer la tapa del tintero, así...

A las diez y treinta de esa mañana del miércoles 3 de agosto de 1853, Mercedes Saavedra de Echeverría volvió del jardín con dos grandes ramos de flores blancas. Dejó uno de ellos en manos de la criada para que adornara con él los rincones del salón principal, y se llevó el otro a su saloncito particular. Desprendiendo lentamente cada flor, fue colocándolas en la jardinera de porcelana que estaba en el hueco de la ventana.

La criada entró con una jarra de agua fresca. Mercedes le ordenó llenar los dos frágiles floreros de cristal que estaban sobre su secreter de caoba, a ambos lados del tintero. En cada uno de ellos colocó una rama de jazmín; las hojas verdes y brillantes desprovistas de flores en esta época del año.

Cuando la criada salió, Mercedes cerró la puerta con llave y sacó papel de carta. Reclinándose en el asiento, observó durante largos minutos el patio de la residencia Echeverría a través de la ventana, bañado por el sol tibio de la benévola mañana de invierno. Después se volvió hacia el pliego en blanco que estaba frente a ella, tomó la pluma y la hundió lentamente en el tintero.

* * *

A las diez y treinta de esa mañana del 3 de agosto de 1853, don Octavio Saavedra tomaba mate bajo el naranjo del patio. El sol calentaba bastante por ser un día de invierno, pensó don Octavio, pateando una naranja que acababa de caer a sus pies. Levantó la vista para mirar el árbol, cargado de frutos redondos y relucientes como soles. Qué pena que sean amargas y no se puedan comer, se dijo una vez más, y pensó que los niños nunca se convencían de ello y andaban trepados al árbol al comenzar cada invierno.

Su mujer se acercó prendiéndose los guantes y le comunicó que iba a hacer visitas a casa de las Escalada. Don Octavio le preguntó si gustaba un mate antes de marcharse y ella se lo tomó de pie, protegida del sol por una

mantilla de muselina clara. Don Octavio pensó que Dolores seguía siendo una buena moza, casi tanto como cuando se casara con ella, quince años atrás. Dolores Mitre era joven y fuerte, y su salud no se había minado con los muchos embarazos que habían seguido al matrimonio. Había traído al mundo una prole saludable. Y la mayoría de ella, varones.

Don Octavio se recostó satisfecho en su asiento. Pronto cumpliría los ochenta años, y todavía se sentía vigoroso. Tal vez siguieran llegando hijos. El más pequeño no tenía cinco años, y Dolores todavía no cumplía los cuarenta...

Sintió el ruido de la puerta de calle al cerrarse. Dolores hacía demasiadas visitas, y no iba a misa más que los domingos. No era conveniente que una dama hiciera una vida tan poco recogida. Su rostro se endureció. La mujer, la pata quebrada y en casa. Esta noche hablaría con ella, y le pondría los puntos sobre las íes. A las mujeres hay que llevarlas con la rienda corta, se dijo. Si no se las trata con mano dura se encabritan y corren sin ton ni son, como los potrillos.

* * *

A las diez y treinta de esa mañana del miércoles 3 de agosto de 1853, el cuerpo de doña Asunción Thompson de Saavedra descansaba en el mausoleo de la familia Saavedra, en el cementerio de los Padres Recoletos. Sobre la tapa del sólido ataúd de caoba una cruz de plata maciza mostraba la figura del Cristo crucificado. Los cabellos de la dama, peinados en dos largas trenzas descoloridas, se enroscaban formando apoyo al cráneo reseco. Sus cuencas vacías miraban al infinito, y en los dientes descubiertos se perpetuaba una grotesca sonrisa. Sobre la seda oscura del traje que la envolvía, que conservaba todavía su lujoso brillo original, un rosario de coral se enredaba en las falanges descarnadas.

A su alrededor, sobre la misma losa de mármol, descansaban varios ataúdes pequeños, de madera clara, conteniendo los restos de sus hijos muertos en la infancia o al nacer.

Un silencio perfecto congelaba el aire de la bóveda cerrada. Detrás del mausoleo, la brisa susurró en los cipreses y un pájaro cantó, batiendo las alas sobre el ángel de piedra que coronaba el monumento.

Una ráfaga de viento se deslizó a través de la cerradura y volvió a escapar sibilante, arrastrando con ella un resabio lejano a cera derretida y

putrefacción.

* * *

A las diez y treinta de esa mañana del 3 de agosto de 1853, doña Remedios Sáenz de Saavedra estaba tejiendo el segundo par de escarpines de bebé de esa mañana. Se había levantado a las seis y media, como de costumbre, y después de dedicar unos minutos a su toilette y una hora larga a sus oraciones, se había hecho servir el desayuno en el cuarto de costura, su lugar favorito en la casa de la calle Perú. Después de la muerte de su esposo el aburrimiento de la soledad de la estancia de San Isidro y las últimas esperanzas de casar a su hija la habían llevado a mudarse nuevamente a Buenos Ayres, hacía ya trece años.

El chasquido de la puerta anunció a Milagros, que entró bostezando y arrastrando un par de feas pantuflas con borde de piel de conejo. Doña Remedios respondió a sus buenos días y observó con disgusto la bata de tartán no demasiado limpia que Milagros se había echado sobre la camisa de dormir, y el moño de cabello sin peinar en lo alto de su cabeza. Era cierto que en la casa no vivían hombres, y que no se esperaban visitas hasta la tarde, pero aun así... Una verdadera dama debe verse siempre prolija, pensó doña Remedios, aun si está sola en casa.

La criada entró con el desayuno de Milagros, que pareció despertar finalmente y comenzó a engullir buñuelos mientras le servían el chocolate caliente. Doña Remedios terminó el zapatito y lo colocó en la caja de cartón que tenía sobre la mesa, comentando que las Hermanas de Caridad pasarían a buscarlos a mediodía. Milagros, que a instancias de su madre había prometido contribuir otra docena y no había pasado del primer par, no contestó y se sirvió una segunda taza de chocolate. Después se levantó para revolver la caja de novelas que recibía semanalmente, escogió una y fue a tenderse en el canapé.

Doña Remedios observó con tristeza la figura obesa de su hija, que leía con los bonitos ojos todavía hinchados de sueño mientras estiraba la mano para servirse bizcochos de la bandeja del desayuno, y pensó que Milagros parecía bastante feliz. Su soltería no parecía dolerle como a la tía Augusta Tomasa, su vieja cuñada de Córdoba, y tantas otras mujeres.

La dama comenzó a devanar otro ovillo y suspiró. Después de todo, se dijo a modo de consuelo, no creo que Milagros hubiera hecho una buena

esposa.

* * *

A las diez y treinta de esa mañana del 3 de agosto de 1853, Dominga salió de la cocina y atravesó trabajosamente el patio en dirección al aljibe. Un gato la siguió, frotándose contra sus piernas y haciéndola trastabillar. Dominga masculló una maldición y alcanzó a tomarse del borde del aljibe para no caer. Echó una ojeada a la figura de su amo, pero don Octavio estaba de espaldas a ella en el otro extremo del patio. Sus piernas ya no eran buenas, y no era fácil sostener la corpulencia que no había hecho sino aumentar con el paso de los años. Se preguntó cuánto tiempo más podría seguir ocupándose del manejo de la casa. Después de todo ella ya iba por los sesenta y cinco y cada paso, pese a que nunca se quejaba y no hablaba a nadie de ello, era un poco más doloroso cada día. De todas maneras, el ama no había advertido la creciente lentitud en sus movimientos, como tampoco advertía el polvo sobre el mueble que Matilda olvidaba limpiar, ni las flores marchitas en el oratorio. El ama no era muy exigente, se conformaba con tener sus vestidos siempre listos para salir y una buena comida sobre la mesa. Dominga pensó que las cosas serían bien diferentes de no haberse malogrado tan temprano la vida de doña Asunción, quien parecía volverse un poco más agria con cada año que se iba. Las amas, cuanto más viejas, más difíciles, pensó Dominga. De hecho, el ama nueva no podía tener más edad que Sofía, la hija mayor de don Octavio, a quien ella misma había visto nacer y corretear aquí mismo, bajo esta higuera.

Inclinándose, intentó levantar uno de los baldes llenos de agua que estaban junto al aljibe, pero un fuerte dolor en la cadera le quitó el aliento. Feliciano, el hijo de Julián, salió a la galería. Dominga lo llamó y le ordenó llevar dos baldes a la cocina, porque ya era hora de empezar a hervir las gallinas del almuerzo.

* * *

A las diez y treinta de esa mañana del 3 de agosto de 1853, Sofía Saavedra de Andrade estaba encerrada en su cuarto en compañía de su modista, rodeada de muestras de tela, alfileteros y figurines franceses. Arrodillada a su lado, la modista rodeó con la cinta métrica la cintura de Sofía, casi tan fina

como en su juventud gracias a su estructura ósea privilegiada y la ayuda de los mejores corsés que París podía ofrecer.

Sofía miró su imagen en el espejo, con los brazos y hombros desnudos, y pensó satisfecha que pese a su edad todavía se veía muy bien. La modista envolvió un retazo de raso sobre su pecho para que pudiera apreciar el efecto del color sobre su piel. Sofía asintió y se sentó en la cama a observar un grabado de *La Moda* que reproducía el modelo llevado por la condesa de Pineda en Madrid, para una función de gala en la corte. Dubitativa, pensó que el escote era demasiado bajo para la sociedad cordobesa, y más aún para ser usado en el casamiento de su hija. Pero tal vez adaptando el busto...

Hubo dos golpes suaves en la puerta, y el rostro de su hija Delfina asomó en el cuarto. Invitándola a entrar con una seña, Sofía abandonó la discusión sobre su propio traje para enfrascarse en ultimar los últimos detalles del magnífico trousseau de su hija. La joven era su segunda hija mujer, habida a poco de su matrimonio con Domingo Andrade, hermano menor de Mariano, su primer esposo. Delfina era, a sus diez y siete años, una de las bellezas más celebradas de la sociedad cordobesa, como antaño lo fuera su madre.

* * *

A las diez y treinta de esa mañana del 3 de agosto de 1853, los restos de Mariano Andrade reposaban en el ataúd de jacarandá con adornos de bronce, bastante deteriorado por la humedad de la tierra que lo cubría. El suelo de la parcela que la familia Andrade había destinado a sus muertos era negra y rica en humedad y lombrices.

El cabello de Mariano, largo y abundante, caía sobre los agujeros vacíos de sus ojos y el otro orificio, grande e irregular, sobre su frente. Bajo el terciopelo de su chaqueta, sobre el corazón, descansaba un daguerrotipo oval que mostraba el rostro de una joven rubia de belleza perfecta. Debajo de la miniatura, cuidadosamente doblado, un papel rosado con las palabras «Te amo, hoy y para siempre. Tu esposa».

* * *

A las diez y treinta de esa mañana del 3 de agosto de 1853, el doctor Jiménez se despertó con un sobresalto. Saltando de la cama, buscó el valijón

donde guardaba su estetoscopio y demás instrumentos, pero el valijón no estaba por ninguna parte. Abrió cajones y revolvió los roperos, y se agachó con esfuerzo para mirar debajo de la cama. ¿Y su levita? ¿Dónde estaba su levita? Se quitó la camisa de dormir y la dejó caer al suelo, pensando preocupado que el parto podría complicarse y el bebé moriría si no llegaba a tiempo. Las comadronas no eran de fiar. Intentó abrir la puerta para llamar a su esposa y preguntarle qué diablos había ocurrido con sus cosas, pero la puerta estaba cerrada con llave. La llave no estaba a la vista. Forcejeó, sacudiendo el picaporte.

La puerta se abrió finalmente, y entró una mujer alta de sonrisa cariñosa que levantó la camisa de dormir y volvió a colocársela pese a sus esfuerzos por impedirselo. La mujer hablaba, lo llamaba papá, le hizo calzar pantuflas y una bata y dijo que ahora irían al comedor a tomar un buen desayuno. El doctor Jiménez le explicó que no había tiempo para desayuno, doña Saavedra no tenía partos fáciles y debía partir de inmediato, pero la mujer volvió a sonreír y dijo que no había ningún parto, que no se preocupara y que viniera a desayunar con ella y con sus nietos.

Nietos, pensó el doctor Jiménez mientras seguía buscando el valijón con la mirada. Yo no tengo nietos, mi única hija es una niña todavía. Esta mujer está loca.

La mujer lo guió hasta una mesa lista para el desayuno, donde tres niños esperaban impacientes.

«¿Dónde estoy? —pensó el doctor—. No conozco a esta gente. No importa, se dijo mientras la mujer lo sentaba a la cabecera y le servía una taza de café con leche. Tomaré el desayuno, como ella quiere, y después saldré de aquí y volveré a mi casa, y no me verán nunca más».

* * *

A las diez y treinta de esa mañana del 3 de agosto de 1853, cuando en París eran las dos y media de la tarde, Josefa Echeverría de Ugarte acababa de almorzar junto a su marido en un *restaurant-dansant* de la avenida Les Champs-Élysées.

Llevándose a la boca el último bocado de crepe de durazno, Josefa se echó hacia atrás en la silla y contempló a su alrededor con ojos brillantes. Las mujeres, frescas en sus vestidos de verano de tela vaporosa, destellaban joyas en el escote y los hombros empolvados.

Una joven de cabello rizado y enorme escote se acercó al piano que estaba en un extremo del salón. Después de un breve diálogo susurrado con el viejo pianista, empezó a cantar.

*J'aime bien l'amour que tu me donnes,
J'aime bien le bon plaisir...
A moi le vin, la nuit, les hommes
A moi la joie, la vie...*

La joven subrayó los giros picarescos de la canción con impúdicos movimientos de hombros y de caderas, clavando en el público sus ojos negros, enormes gracias a los afeites que los sombreaban. Josefa agitó la cabeza al ritmo de la música y se echó a reír, encantada del lugar, de su viaje de bodas y de toda la diversión que prometía su nueva vida. Se alegraba de que su marido tuviera que establecerse indefinidamente en Europa. Buenos Ayres era tan aburrido y gris comparado con Madrid y París, las dos capitales que había visitado hasta el momento.

Sentado frente a ella, Miguel Ugarte pidió otra copa de coñac y dejó de prestar atención a la cantante para volverse a mirar a su mujer, que reía con los labios anchos abiertos y húmedos sobre los atractivos dientes. Josefa advirtió su mirada y volvió hacia él sus largos ojos verdes de gato, y Miguel Ugarte pensó en la noche, en la sensualidad de su cuerpo desnudo, y en el placer de enseñarle lo que con tanto gusto parecía aprender.

* * *

A las diez y treinta de esa mañana del 3 de agosto de 1853, don Segismundo Echeverría estaba sentado junto a su hermana Azucena discutiendo los arreglos para la tertulia semanal, que los Echeverría ofrecían a sus relaciones cada domingo a partir de las siete.

Al fallecer doña Bernardina, Azucena se había hecho prudentemente a un lado esperando que la esposa de su hermano reemplazara a su madre en el manejo de la casa, como era natural. Pero no pasó mucho tiempo hasta que su cuñada le hizo saber a las claras su obvio desinterés por cualquier asunto doméstico, exceptuando el cuidado de Josefa. Feliz en su nuevo e importante papel, Azucena se entregó entonces de lleno al cuidado de su hermano y a

manejar la docena de criados que pululaban en la enorme casa.

Don Segismundo se sirvió una tercera taza de café y advirtió que estaba frío. Agitando la campanilla, ordenó al criado que se presentó al instante que trajera café fresco y más bizcochos de yema. Mercedes atravesó la sala con los brazos llenos de flores y se dirigió a su saloncito sin decir palabra. Segismundo plegó los labios en un gesto de sorna. Mercedes era una completa inútil. Dejaba correr los días con un libro o ese estúpido cuaderno marrón en la mano, y lo máximo que se podía esperar de ella era que arreglara las flores con un poco de gusto. No cosía ni bordaba, como cualquier dama de buena familia, no hacía dulces ni conservas para obsequiar a sus relaciones, ni siquiera prestaba gran atención a la modista que visitaba regularmente la casa. Tampoco se lucía en tertulias ni visitas: no le interesaba bailar y hablaba casi por obligación.

Don Segismundo se inclinó sobre la lista de invitados que le extendía su hermana y su rostro se distendió. Sí, casarse con Mercedes había sido el peor error de su vida. Pero todo había salido bien. La muy perra lo estaba pagando, como lo había pagado el mal nacido que la preñó, como lo pagaría cualquiera que intentara burlarse de él, Segismundo Echeverría.

Tachó un nombre de la lista de invitados dominicales y sonrió, contento. Sí, Mercedes lo seguiría pagando por el resto de su vida. Y ahora, ni siquiera su adorada hija la necesitaba más. Había valido la pena esperar tanto para casar a Josefa. Miguel Ugarte era el candidato que había estado esperando por años. La bastarda de ojos de gato estaba lejos y, con un poco de suerte, no regresaría nunca más.

Buenos Aires, 2012
Otoño

Eran casi las cinco de la tarde cuando Cecilia se detuvo en el portón para dar paso a dos ancianas tomadas del brazo. Cuando subieron trabajosamente los escalones y pasaron junto a ella, Cecilia olió lavanda y fijador para el pelo. Olor a anciana vestida de domingo. Pensó con melancolía que pronto serían pocas las ancianas que lo parecieran, como aquellas de su niñez, de zapatillas de paño con borde de piel y cabellos azules.

Observó el dibujo dorado de los números estampados sobre los azulejos blancos y negros de la entrada: 1822; y comenzó a caminar sobre las baldosas acanaladas de la avenida central del cementerio. Se preguntó cómo serían las mujeres de ahora dentro de treinta o cuarenta años, tratando de imaginar un mundo sin arrugas ni vejez.

Una pareja de japoneses apareció súbitamente a su izquierda, casi tropezando con ella al doblar en el pasillo. Cecilia contó tres callecitas y dobló a la izquierda. El cielo estaba oscuro y nuboso, pero las nubes arrastradas por el viento dejaban ver aquí y allá parches azules, relucientes por la luz del sol todavía alto.

A su izquierda, el pasillo se angostaba, oscureciéndose por el paredón que lo cerraba en un extremo. Cecilia caminó lentamente, observando las tumbas más antiguas, los nombres y las fechas de las lápidas envejecidas. 1823, 1825, 1850. Después, un sepulcro imponente adornado con ángeles en actitud de plegaria y leones de piedra de mirada feroz y fauces entreabiertas, amenazantes... El corazón de Cecilia se oprimió ante este fútil intento de proteger los restos de los seres amados de los muertos y de los vivos.

Llegó hasta el final del pasillo y se volvió hacia las bóvedas de la derecha. Y allí, casi junto a la pared, coronado por un enorme ángel de piedra de alas extendidas y un dedo alzado hacia los cielos en ademán de reto, lo encontró. Con un vuelco en el estómago, leyó la inscripción grabada en piedra en la parte superior del monumento.

1840

SEPULCRO DE LA FAMILIA DE SEGISMUNDO ECHEVERRÍA

Con un suspiro lento y profundo, Cecilia acercó la cara a los vidrios de la puerta. En la pared, bajo un ventanuco de vidrios coloridos sucios y

resquebrajados, un crucifijo mostraba la figura de Cristo en el martirio. Debajo del crucifijo, cuatro grandes nichos de mármol blanco vetado, cerrados por gruesas lápidas.

Cecilia leyó la inscripción de las dos losas superiores, escritas con trazo negro y pomposo.

AQUÍ YACE
D^a MERCEDES SAAVEDRA DE ECHEVERRÍA
AMADA ESPOSA DE SEGISMUNDO ECHEVERRÍA
EXCELENTE MADRE DE D^a JOSEFA UGARTE,
QUIENES LE DEDICAN ESTE RECUERDO.
R.I.P.
FALLECIÓ EL 3 DE AGOSTO DE 1853
A LA EDAD DE 46 AÑOS.

Cecilia leyó una y otra vez la inscripción, hasta que las palabras comenzaron a perder su significado. Entonces, haciendo un esfuerzo, volvió la vista a la losa que estaba a su lado.

AQUÍ YACEN LOS RESTOS DE
D. SEGISMUNDO ECHEVERRÍA
ESPOSO DE LA ANTERIOR.
PADRE, ESPOSO Y HERMANO EJEMPLAR,
CIUDADANO DE HONRA Y MÉRITO.
R.I.P.
FALLECIÓ EL 11 DE JULIO DE 1871
A LOS 86 AÑOS DE EDAD.

El ruido del tráfico proveniente de la calle se mezclaba con el rumor de voces en las calles del cementerio. Pero nadie se acercó al pasillo estrecho donde, de pie frente a la tumba de Mercedes, Cecilia permaneció inmóvil durante un tiempo que no supo medir. El cielo se oscureció sobre ella, y una llovizna espesa y súbita le mojó la cara. El gato barcino que dormía en los escalones del monumento agitó las orejas, molesto, pero no se despertó.

Cecilia se resguardó bajo la entrada de una de las bóvedas de la hilera opuesta y contempló desde allí el mausoleo de la familia Echeverría. Había imaginado la escena cien veces, bosquejándola con pinceladas

cinematográficas: un atardecer de verano con cielo celeste, ella con un vestido claro y un ramo de flores en la mano, el discurso emocionado frente a la tumba, y finalmente, su figura perdiéndose en el *fade out* de una música triste y dulce.

Pero ahora, de pie a metros de Mercedes, con la fina lluvia mojando la piedra silenciosa, las palabras no vinieron. Sólo una enorme pena, insondable, que le oprimió el pecho y la garganta en un nudo de lágrimas invisibles. Después de algunos minutos la lluvia cesó, y Cecilia se acercó a leer nuevamente las palabras escritas sobre el mármol blanco a través del vidrio mojado. Su mirada recorrió cada detalle del recinto estático y añejo, buscando, pero su mente siguió vacía de palabras.

Finalmente, recordando la hora, miró el reloj. Eran casi las seis. Enderezando los hombros, suspiró profundamente y rozó el bronce húmedo con la punta de los dedos.

—Hasta pronto, Mercedes.

Una ráfaga fría levantó los cabellos de Cecilia mientras caminaba lentamente hacia el final de la callecita, barrota por el chaparrón. Cuando dobló por la calle central que daba a la salida, un par de gatitos se le acercaron con maullido juguetón, frotando los lomos contra sus tobillos. Cecilia se acuclilló, los acarició y la opresión de su pecho se aflojó, permitiéndole respirar libremente el aire fresco y húmedo.

—Vámonos, Mercedes. Salgamos de aquí.

Las palabras surgieron finalmente, arrastrando la angustia.

—Quisiera poder decirte que viniste al mundo para salvarme, Mercedes. Para hacerme ver mi error en el tuyo.

La pareja de japoneses salió junto a ella, con los rostros sonrientes y las mochilas mojadas.

—Quisiera estar segura de que esa era tu misión. Pero yo tampoco tengo respuestas, ¿sabés?

Salió del cementerio y caminó en dirección a la plaza. La gente volvía a acercarse a los puestos, donde los feriantes reordenaban la mercadería desbaratada por la llovizna. Un hombre ceñudo leía el tarot a una mujer de anteojos oscuros, mientras sostenía los naipes con ambas manos para evitar que el viento los levantara del tapete rojo.

Marga la esperaba en el centro de la plaza. Al verla sonrió y agitó un paraguas con graciosos dibujos del ratón Mickey sobre fondo azul oscuro. Cecilia le dio un beso y se disculpó por la tardanza.

—No te preocupes, acabo de llegar —dijo Marga tomándola del brazo—. Ya tengo las entradas. La película empieza a las seis y media, así que tenemos que apurarnos.

Empezó a lloviznar de nuevo mientras atravesaban la plaza. Marga abrió el paraguas sobre sus cabezas y las dos se apresuraron, riéndose del viento que les levantaba la ropa.

—Qué pena, este mal tiempo —comentó Cecilia—. Esperaba que pudiéramos caminar un poco a la salida del cine. Me encanta esta parte de Buenos Aires.

—En realidad, yo quería proponerte otra cosa —dijo Marga—. Hoy es el cumpleaños de mi hermano, y vienen a casa sus compañeros de facultad para festejarlo. Pizza y cerveza, algo muy sencillo. Me dijo que te llevara. Le hablé de vos, y quiere conocerte. Él también pinta, ¿sabés?

Cecilia se volvió hacia Marga con una sonrisa.

—Me encantaría ir con vos.

Ya casi no llovía cuando entraron al complejo de cines. Pero volverá a llover más tarde, pensó Cecilia. Había hecho demasiado calor. El agua se evaporaba y volvía a transformarse en lluvia. Era inevitable.

Cornwall, Inghilterra, 1853
Inverno

El reloj del comedor acababa de dar la media cuando Percy Thompson levantó la vista del libro que leía junto al fuego para contemplar el exterior a través de la ventana. Ascendiendo con dificultad la vasta extensión pedregosa que se extendía hasta la casa, la figura familiar del viejo cartero se destacaba sobre el terreno desierto. Percy depositó la taza de té vacía sobre la mesa del desayuno y se dirigió a la puerta. Al abrirla, el viento frío de la mañana de finales de diciembre le golpeó el rostro caldeado por el fuego. Cuando el cartero se marchó, Percy separó dos cartas y, tras un instante de vacilación, pidió su abrigo al sirviente que se disponía a recoger la mesa. Después, con una sonrisa y un gesto cariñoso dirigido a la figura sentada al piano en el otro extremo de la habitación, abrió la puerta y salió de la casa.

Rocoso e irregular, el terreno descendía suavemente hacia la costa detrás de la enorme casa, que se destacaba como un sólido bloque gris sobre el paisaje inhóspito de la costa de Cornwall. Percy se abotonó el abrigo sobre el cuello y caminó aspirando el aroma del mar en el viento que le azotaba el rostro. Pensó en las dos cartas guardadas en el bolsillo de su chaqueta. Una de ellas, proveniente de la India, trajo a su memoria el calor continuo de largos días luminosos, devolviéndole imágenes de techos de bambú y atardeceres color naranja. La otra, de su madre, le recordó el comienzo de los recibos invernales en la casa de Grosvenor Square, con el constante desfile de visitas que su madre se complacía en recibir en su cálido saloncito adamascado.

En un promontorio elevado sobre el acantilado que bajaba hacia el mar, una roca ahuecada proveía abrigo contra el viento. Percy se sentó en el hueco y contempló las olas que golpeaban contra la pared que caía abruptamente a sus pies. Amaba el mar, sobre todo en invierno, y la soledad de la costa árida. Después de algunos minutos sacó la carta de su madre del bolsillo y la abrió. Otro sobre color marfil, pequeño y cuadrado, acompañaba el pliego rosado cubierto por la caligrafía alargada y elegante de su madre.

Percy contempló la escritura grande y desapareja del sobre cerrado durante largos minutos. Su mirada se volvió hacia la línea brumosa del horizonte, donde el mar se confundía con el cielo plomizo. Después se reclinó sobre la aspereza de la piedra y rompió lentamente un extremo del sobre.

Buenos Ayres, 3 de agosto de 1853

Percy, amado mío:

Es irreal, casi fantasmagórico, observar el trazo de la tinta sobre el papel dibujando las palabras cuyo eco acompañó mi vida durante los últimos veinte años. Es dar cuerpo a una idea, arrancarla del mundo de los sueños para hacerla parte del universo cotidiano y tangible, si es que tal cosa existe en realidad.

Intento imaginar tus manos sosteniendo este papel, tus ojos recorriendo estas líneas absurdas, alejadas de toda convención y orden; me esfuerzo por adivinar la expresión de tu rostro al descifrar esta carta que no es tal cosa, sino un vago devenir que ni yo misma comprendo. Pensé tantas veces en escribirte, desde aquella lejana madrugada. Nunca lo hice. Primero porque era doloroso e inútil; más tarde, porque ya no tenía sentido hacerlo.

¿Por qué lo hago ahora? ¿Por qué me atrevo a irrumpir en tu vida, donde no tengo parte ni derecho?

Podría decir simplemente que, después de tantos años de vacío, de haber perdido el hábito de la sinceridad, cuando la máscara de las apariencias ha pasado a convertirse en la propia piel, quise regalarme este solaz que me arranca del disimulo durante un momento. Aún no sé si te enviaré esta carta, pero el hecho de estar escribiéndola me devuelve una paz parecida a aquella que sentí a tu lado.

Los fantasmas del pasado no deben resucitar, ni siquiera para decir adiós. Pero es tan dulce pensar que volveré a ser parte de tu vida, al menos durante el tiempo que dediques a leer esta carta. Ha sido duro, Percy, tanto como lo comprendí aquella madrugada en que estuve por última vez entre tus brazos mojados de lluvia. O tal vez más.

No necesito disculparme por esta confesión, porque sé que no creerás que sea tu compasión lo que busco. Me reconforta saber que no me compadecerás. No lo merezco, soy consciente de ello, y de que tú lo supiste también. Mi vida no ha sido tan mala. Las hay peores, más dolorosas, hay más largos y tristes peregrinajes en el mundo y en la historia. No; mi existencia no ha sido dura, sino absurda.

Me pregunto cómo hubiera sido mi vida a tu lado, y aunque haciendo eco a tus palabras me digo que no es posible elucubrar sobre

lo no ocurrido, sé que hubiera sido feliz. Fui cobarde. ¿Pude haber cambiado mi destino? No lo sé. Sólo tengo unas pocas certezas, y muchas preguntas olvidadas. El sufrimiento me enfurecía y me fatigaba, y renegué mil veces de ese destino que parecía tan injusto. Sin embargo, nunca dejé de agradecer el haberte conocido. Tu recuerdo me acompañó en todos los momentos. Solía dialogar contigo en medio de las conversaciones que me rodeaban, en los silencios de mis veladas familiares. No me avergüenza reconocer que idealicé tu figura y nuestro amor. Sabrás, como lo sé yo, que nunca conoceremos la vida, la felicidad o la desgracia que pudimos haber vivido juntos.

Ojalá hayas encontrado un alma en compañía de la cual las palabras son un placer y a menudo dejan de ser necesarias, como un día nos ocurrió. Estoy segura de que no ha sido difícil. Cualquier mujer derretiría su corazón al abrigo de tu ternura, transformaría su lado oscuro para merecer tu luz. Así lo espero. Es mi deseo, el deseo más sincero de mi vida, que tu destino no te escatime la paz y la felicidad que te mereces.

Cuando leas esto, si es que mi voluntad y el poder humano hacen que este papel te alcance a donde te haya llevado la vida, ya no seré. No permitas que la idea te dañe, porque en mí no queda angustia ni miedo. Me siento en paz, por primera vez en mucho tiempo. Solamente me atrevo a pedir un lugar en tu recuerdo. Es un deseo egoísta, pero después de todo, siempre lo fui bastante.

Adiós. Escribir esta carta me ha devuelto a ti, y ha acallado la última voz interior que me perturbaba. Adiós, una vez más.

MERCEDES

Agradecimientos

Mi más profundo agradecimiento a Susana Reinoso, por su invaluable ayuda y apoyo permanente.

A Mercedes Güiraldes, por creer en mí.

A mamá, Rosa Gelsomino, quien comparte mi pasión y mi camino.

A mi esposo Greg y mi hijo Miles, por el apoyo y el amor incondicional que me hacen ser mejor cada día.

A mi padre, Edgardo Mendoza, por su esfuerzo y su apoyo sonriente y silencioso, por su mirada en este mundo y en el otro.

A Susana Fogel, en el recuerdo de entrañables tardes de libros, historias y café.

A Jorge Alaniz, por ser parte de esta novela y de mi historia.

A todos quienes acompañaron el largo camino de esta novela y me facilitaron la investigación social del periodo histórico en el cual está situada: personal de la Biblioteca Nacional de Buenos Aires, Registro Civil y Archivo Histórico de la ciudad de Bragado.

A los muchos amigos que me acompañan y me alientan de continuo en lo que es la pasión de mi vida.

Grupo  Planeta

¡Seguinos!

